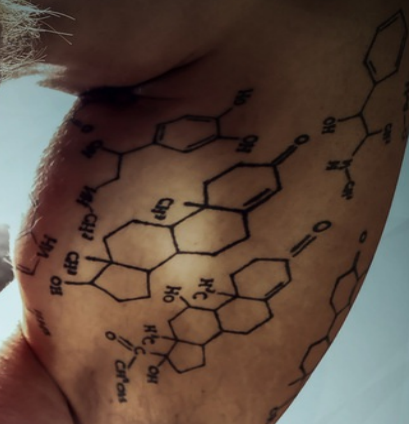




Chantaje



EVA WINNERS

Chantaje

COLECCIÓN REYES MULTIMILLONARIOS

Eva Winners

Derechos reservados © 2023 por Winners Publishing LLC y Eva Winners
Diseñador de imagen de portada: Eve Graphic Design LLC
Modelo: Vinicious
Fotógrafo: Wander Aguiar
Traducción al español: Sirena Audiobooks, LLC
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Visita: www.evawinners.com y suscríbete a mi boletín.

Grupo de Facebook: <https://bit.ly/3gHEe0e>

Página de Facebook: <https://bit.ly/30DzP8Q>

Instagram: <http://Instagram.com/evawinners>

BookBub: <https://www.bookbub.com/authors/eva-winners>

Amazon: <http://amazon.com/author/evawinners>

Goodreads: <http://goodreads.com/evawinners>

TikTok: <https://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/>

Índice

[Nota De La Autora](#)

[Playlist](#)

[SINOPSIS](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Capítulo Treinta](#)

[Capítulo Treinta Y Uno](#)

[Capítulo Treinta Y Dos](#)

[Capítulo Treinta Y Tres](#)

[Capítulo Treinta Y Cuatro](#)

[Capítulo Treinta Y Cinco](#)

[Capítulo Treinta Y Seis](#)

[Capítulo Treinta Y Siete](#)

[Capítulo Treinta Y Ocho](#)

[Capítulo Treinta Y Nueve](#)

[Capítulo Cuarenta](#)

[Capítulo Cuarenta Y Uno](#)
[Capítulo Cuarenta Y Dos](#)
[Capítulo Cuarenta Y Tres](#)
[Capítulo Cuarenta Y Cuatro](#)
[Capítulo Cuarenta Y Cinco](#)
[Capítulo Cuarenta Y Seis](#)
[Capítulo Cuarenta Y Siete](#)
[Capítulo Cuarenta Y Ocho](#)
[Capítulo Cuarenta Y Nueve](#)
[Capítulo Cincuenta](#)
[Capítulo Cincuenta Y Uno](#)
[Capítulo Cincuenta Y Dos](#)
[Capítulo Cincuenta Y Tres](#)
[Capítulo Cincuenta Y Cuatro](#)
[Capítulo Cincuenta Y Cinco](#)
[Capítulo Cincuenta Y Seis](#)
[Capítulo Cincuenta Y Siete](#)
[Capítulo Cincuenta Y Ocho](#)
[Capítulo Cincuenta Y Nueve](#)
[Capítulo Sesenta](#)
[Epílogo Uno](#)
[Epílogo Dos](#)
[Agradecimientos](#)

Nota De La Autora

Este libro toca temas delicados y algunos lectores podrían encontrarlo perturbador. Hay contenido desencadenante relacionado con pérdida de un familiar, suicidio y violencia. Cualquier parecido con personas y cosas vivas o muertas, lugares o sucesos reales es pura coincidencia.

Este es para todos aquellos que aman a su multimillonario alfa con un toque de gris.

COLECCIÓN REYES MULTIMILLONARIOS

La serie abarca a cada uno de los hermanos Ashford por separado. Aunque cada libro de la serie puede leerse de forma independiente, los acontecimientos y referencias a los otros libros están presentes en cada uno de ellos. Así que para disfrutar al máximo considera darle una oportunidad a cada hermano Ashford.

¡Que lo disfrutes!

Playlist

<https://open.spotify.com/playlist/6agXiSGPBsrQQFJMgcjlvx?si=fuYaIsi9S6Kmh7OO7Lvt1A>

SINOPSIS

Mi aventura de una noche.
Un desgraciado despiadado.
Un multimillonario sin corazón.

El hombre que gobernó su imperio con una cabeza fría y un corazón aún más frío. Y lo más importante, el padre de mi hijo. Excepto que, él no sabía de ese pequeño dato. Para los medios, Byron Ashford es un rey multimillonario. Para mí, es un recordatorio de la noche más ardiente y prohibida de mi vida. Y mi mayor error.

No lo había visto en años y esperaba que nunca nos cruzáramos de nuevo.

Pero entonces, mis planes mejor trazados siempre parecían descarriarse. Ahora, necesito su ayuda para sacarme de problemas. Es un multimillonario y solo soy una cirujana en la ruina y llena de deudas.

En contra de mi buen juicio, lo busqué. Debería haber sido fácil, entrar y salir. Excepto que, nada con Byron Ashford es fácil. Se niega a dar favores gratis. ¿Y el precio por su ayuda?

Mi libertad. Literalmente.

Quiere encadenarme a él con un matrimonio que no quiero y luego tirar la llave.

Sus demandas son escandalosas. Sus reglas son peligrosas para mi corazón.

Se suponía que iba a ser un acuerdo beneficioso para ambas partes, no obstante, nada con Byron es tan simple. Una vez que desliza el anillo en mi dedo, las reglas cambian.

Sus exigencias aumentan. No solo quiere poseer mi cuerpo. También quiere mi corazón y mi alma. Sin embargo, ya no soy esa mujer joven e ingenua.

Lástima que este multimillonario haya olvidado una cosa. Nadie puede ser dueño de tu corazón a menos que se lo des libremente.

Y esta vez, no estoy cegada por su sonrisa y menos aún por sus mentiras.

*El amor es un rompecabezas.
Cuando estás enamorado, todas las piezas encajan.
Pero cuando te rompen el corazón,
Lleva mucho tiempo recomponerlo.
Y a veces las piezas nunca encajan del todo bien.*

Prólogo

Byron



Mi padre y Nicki me saludaron en cuanto salí de mi despacho.

Hacía meses que sentía una presión en el pecho. Desde que me alejé de ella. O tal vez fue ella quien se alejó de mí.

—Byron, tu padre y yo... —Dejé de escuchar. La voz de Nicki me ponía los nervios de punta. No tenía ganas de lidiar con ella ni con mi padre en ese momento. Estaba a punto de volver a mi despacho cuando un olor captó mi atención.

Manzanas frescas.

Fue como un golpe directo a la ingle. Peor aún, al corazón.

Ignorando a mi padre y a Nicki, me apresuré a pasar junto a ellos, donde se sentaba mi asistente ejecutiva. Me detuve junto a su escritorio, apretando con los dedos el borde de la madera caoba oscura.

—Señora George, ¿ha venido alguien a verme? —El corazón me latía salvajemente, cada latido haciendo eco de su nombre.

«No. No. No».

No podía ser *ella*. Había dejado claro que no quería tener nada que ver conmigo.

—Sí, señor Ashford, subió una joven. —Miró detrás de mí hacia donde estaba parado mi padre y la inquietud apareció en su expresión. Sin embargo, eso no era inusual. La mayoría de la gente se sentía incómoda a su alrededor, con aprensión y miedo—. Quería verlo, pero no tenía cita. Se fue al mismo tiempo que su padre llegó. —Nunca nadie venía a verme—. Acaba de bajar por el ascensor.

No tenía ni idea de cuanto tardé en bajar las escaleras. Seguí el olor de las manzanas como un maldito sabueso. Acababa de salir de mi edificio cuando la humedad del aire de julio y el alboroto de la ciudad se abalanzaron sobre mí: sonidos de bocinas, *smog*, charlas, risas... y gritos.

Acababa de producirse un accidente, dos automóviles chocaron entre sí. Un hidrante de incendios empapaba la calle. Algo me atrajo hacia ahí, como un imán. Un oscuro presentimiento llenó cada célula de mi cuerpo. Uno morboso y bastante malo.

Me ardían los pulmones al doblar la esquina. No podía respirar. Cada paso parecía una eternidad. Hasta que lo vi: el peor escenario posible que jamás pudiera haber imaginado.

Una larga melena pelirroja se extendía por el sucio pavimento, con reflejos en tonos dorados y fresas que brillaban demasiado entre la sangre y los escombros.

Sangre. Demasiada. Esperaba que no lo suficiente para hacer aquello más horrible de lo que ya era.

Corrí, maldiciendo y apartando a todo el mundo de mi camino hasta que caí al suelo junto a ella. Un desgraciado borracho sollozaba, balbuceando una disculpa entrecortada, mientras pasaba sus manos sobre ella, sacudiendo su cuerpo inerte. El miedo, como nunca lo había sentido, se apoderó de mí y lo aparté de un empujón.

—¡Aléjate de ella, imbécil! —gruñí, apretando los puños y luchando contra las ganas de darle una paliza.

Acuné su cabeza e intenté que sus ojos avellana se abrieran para mí. Le aparté el cabello y puse dos dedos en su pulso. Los segundos parecieron días, siglos, mientras intentaba encontrar pruebas de que seguía viva.

Mi corazón se retorció, saliéndose de mi pecho y palpitando dolorosamente. Lo ignoré, rezando por tener pulso. «*Solo dame un pulso*».

Un leve golpe bajo mis dedos me trajo una oleada de alivio. Me golpeó como un tsunami, arrasándome.

Gritando como un loco, exigí médicos, enfermeras y ambulancias.

—¡Que venga alguien ya!

Me temblaban tanto las manos que tardé varios intentos en quitarle los mechones mojados de su cara.

—No te atrevas a morir. —Mi voz era ronca, las emociones reprimidas de los últimos meses se arremolinaban en mi interior—. Por favor, haz esto último por mí. No te vayas, cariño.

Algo brillaba en su mano, apuñado en su palma ensangrentada.

Una ecografía.

Casi me rompió. Tres décadas de esta jodida vida, y nunca nada me había roto. Pero esto me partió el corazón y lo quebró en mil pedazos.

—¡Ambulancia! —rugí, sintiendo que me fallaba el corazón—. ¡Que alguien llame a una ambulancia!

Capítulo Uno

Odette



Tres meses atrás

Santo Cielo.

La sala de examinación número cinco albergaba al espécimen masculino más hermoso que jamás había visto.

El corazón me dio un vuelco al mirar al hombre sentado en la camilla. Mis ojos lo recorrieron y me convencí de que se trataba de una apreciación estrictamente clínica. Además, hombres atractivos habían ido y venido a lo largo de los años, y los había atendido sin ningún problema. Sin embargo, eso no explicaba las mariposas no tan *clínicas* que volaban por mi estómago.

Cabello oscuro. Mandíbula afilada. Profundos ojos color aguamarina que me recordaban a tomar el sol en la playa, y sentir la sal en el aire y sobre mi piel. Me succionaba el oxígeno de los pulmones y vaciaba el tanque del generador de mi cerebro sin siquiera pestañear.

—¿Vas a entrar o piensas quedarte en la puerta para examinarme? —espetó, con claro enfado en su voz.

Y como polvo en el viento, la atracción desapareció.

Sacudí la cabeza, despejándola de mi fascinación inicial. Ninguna buena apariencia podía excusar a un idiota.

Con la historia clínica del paciente en la mano, entré en la habitación con la confianza que mi padre me había inculcado: la barbilla erguida, la columna recta y una concentración profesional que rivalizaba con la de mi padre. Era el dueño de este pequeño hospital privado en la Riviera Francesa y, con el habitual aumento de pacientes que entraban por sus puertas, su concentración no tenía rival.

—Señor... —Eché un vistazo al historial que tenía en la mano y leí el nombre—: Señor Ashford. ¿Qué lo trae por aquí hoy?

La ubicación del hospital de mi padre solo tenía un inconveniente. Atraía a todo tipo de esnobs e imbéciles. Los niños con fondo fiduciario de los ricos y famosos eran los peores. Aunque no había nada de joven en este tipo. No era exactamente viejo, pero a la no tan tierna edad de, leí su fecha de nacimiento, treinta y cuatro años, no había nada de joven en él.

—Obviamente, necesito ver a un doctor. —«Bueno, *duh*, idiota». Apreté los labios para asegurarme de que esas palabras no salieran. Sí, estaba de mal humor. Mi padre me tenía

atendiendo a sus pacientes hasta altas horas de la noche y ese día me había dado el turno de la mañana.

—Voy a tomarle la presión sanguínea y a comprobar su ritmo cardíaco. —A la mierda, podía quejarse con mi padre de cualquiera que fuera su problema. Le tomaría sus signos vitales y papá se encargaría a partir de ahí.

Aquellos oscuros ojos aguamarina encontraron los míos y enarcó una ceja.

—¿No eres un poco joven para jugar al médico?

El enfado se disparó en mi interior. Si quedaba algún atisbo de atracción, acababa de verter litros de agua helada sobre ella y la había extinguido para siempre con su tono arrogante.

—¿No eres un poco mayor para estar tan malhumorado? —espeté, sabiendo muy bien que mi padre me despediría si me oyera hablarle así a un paciente.

Lamentablemente, no podía evitarlo. Sí, tenía veintidós años y era mucho más joven que este viejo, que era demasiado guapo e imbécil, pero no había necesidad de descartar mis cualificaciones. Y nunca dije que fuera doctora. Por lo general, las enfermeras tomaban los signos vitales de los pacientes, por si quería ser específico. Todavía estaba en mi primer año de medicina y ayudaba a papá durante mis vacaciones de primavera.

—*Touché*. —Sus ojos recorrieron mi bata de enfermera, buscando una placa con el nombre que no encontraría—. Enfermera Betty.

Sacudí la cabeza. Era mejor no discutir con el hombre, conocía a los de su tipo.

—No soy enfermera. Soy estudiante de medicina. Por favor, quítese la camisa.

No se movió y enarqué una ceja. Casi esperaba que me contestara con un comentario sabelotodo. Cuando no dijo ni una palabra más, me sentí decepcionada. Si bien no tenía por qué caerme bien para disfrutar de una buena discusión, estaba claro que no podía seguirme el ritmo.

«*O tal vez sentía dolor*». Bueno, eso también podía ser.

Me quedé mirando cómo sus largos dedos desabrochaban los botones uno a uno de su costosa camisa antes de alcanzar la mancuernilla de diamantes de su muñeca derecha. La piel bronceada de su pecho indicaba que pasaba mucho tiempo en el sol. Y que buen pecho.

Las mariposas de mi estómago volaron de nuevo, a pesar de mis objeciones, y el pequeño vistazo a sus abdominales hizo que mi corazón diera un vuelco. Aparté la mirada antes de que pudiera reprocharme *otra vez* mi falta de *profesionalismo*. Este hombre era todo fuerza y poder, rezumaba atractivo sexual.

Como un imán, mis ojos volvieron a él. Era incapaz de apartar la vista.

¿Tal vez también necesitaba un chequeo? Eso, o necesitaba tener sexo. ¡Rápido!

—¿Vas a ver cómo me desnudo? —Su voz me sacó de mi asombro y mis mejillas se encendieron. Estaba ardiendo. *Maldito idiota*. No sabía de quién era este *niñito* de fideicomiso, pero no había duda de que era de alguien. Nadie que haya trabajado duro desde abajo era tan arrogante y directo... o con ese bronceado.

Me di la vuelta y me dediqué a leer las notas del historial. Apellido Ashford. Nombre Byron. *Byron Ashford*. Volví a sacudir la cabeza. Sin duda, el nombre de un imbécil rico.

Estaba aquí por una *quemadura de sol*. Fruncí el ceño. ¿Me estaba tomando el pelo? *Ya le restaba puntos a su atractivo*.

El sonido de un material suave moviéndose contra la piel parecía resonar en la pequeña habitación. Seguí comprobando lo que había anotado la enfermera hasta que hubo silencio a mis espaldas. Dejé el historial clínico y saqué el estetoscopio del bolsillo. Luego agarré el tensiómetro y abrí el brazalete mientras me daba la vuelta.

Mis pasos vacilaron.

Santa... madre... de... Dios. Nunca había sido una gran fan de los hombres grandes y musculosos, pero por este tipo, haría una excepción. *Dios mío*. No pude evitar observarlo. A regañadientes, tuve que admitir que tenía un físico fantástico, al menos la parte superior, lo que me dejó curiosa sobre el resto de su cuerpo.

«*Dios mío, déjame pecar con este hombre desnudo*».

El calor se intensificó y estaba bastante segura de que mi boca estaba en algún lugar del suelo. Podía ser que incluso hubiera algo de baba. Este hombre, idiota o no, tenía un pecho objetivamente magnífico. De piel dorada, sus músculos estaban definidos incluso en su pose relajada. ¡Y esos abdominales! El repentino y poco habitual deseo de echarle alcohol, agua, jugo... cualquier maldita cosa encima y luego lamerlo hasta dejarlo limpio, era abrumador.

Ni siquiera quería empezar con esos gruesos bíceps. Serían la envidia de cualquier atleta. Su piel estaba libre de tinta con la excepción de un tatuaje en su bíceps derecho.

Fruncí el ceño. Parecían elementos periódicos; reconocí el grupo metilo enlazándose entre el carbono y sus átomos. Por extraño que fuera, no me impidió estudiar cada centímetro.

La fiebre me lamía la piel, una corriente de calor líquido me recorría el cuerpo y se acumulaba entre mis muslos. Los apreté con fuerza, tratando de ignorar las palpitaciones.

No podía creer que esto estuviera pasando. Excitándome con solo ver a un hombre. ¡*Un paciente!*

—¿Vas a examinarme? —El bajo pesado de su voz se sentía como la caricia de un amante.

Tenía que recomponerme. Comprobar su presión sanguínea y alejarme de él antes de hacer algo estúpido. Como lanzarme sobre él. Justo aquí, en esta mesa de examinación. Me sentaría a horcajadas sobre él y...

Se aclaró la garganta, sacándome de mis sucios pensamientos.

«*Necesito tener sexo*», pensé de nuevo.

—De acuerdo —conluí, sacudiendo la cabeza e intentando sonar profesional—. Vamos a hacerlo. Examinarte, quiero decir. Obviamente.

La sombra de una sonrisa apareció en la comisura de sus labios.

—Obviamente.

Mierda, ¿por qué dije eso? Esto no podía ser lo que una educación en Stanford me consiguió. ¿Babeando y mirando embobada a los pacientes? Aunque en mi defensa, uno no se topaba con un espécimen tan *sexy* regularmente.

Le puse el brazalete alrededor del bíceps y tomé la presión. *Piff. Piff. Piff.* Los ruiditos del globo al inflarse llenaron el espacio que había entre nosotros. Solté la válvula y el brazalete emitió un largo y lento silbido de alivio. Luego, me puse el estetoscopio en los oídos y coloqué el diafragma contra su pecho, sin hacer caso de su leve estremecimiento bajo las yemas de mis dedos.

—Uno setenta y ocho sobre noventa y cinco. Es alto. —Arranqué el cierre del brazalete con un rápido tirón—. Tu historial dice que estás aquí por una quemadura del sol. ¿Dónde está exactamente?

Me lanzó una vistazo. Exasperado. Molesto.

—En mi espalda.

Dios, ¿por qué estaba tan malhumorado? Tan insufrible.

Me moví alrededor de la mesa, toda formal, cuando mis ojos se clavaron en su espalda. Mi mano se detuvo en el aire al ver su piel quemada y llena de cicatrices. Su espalda, fuerte y

hermosa estaba cubierta de cicatrices rojas y casi blancas, la epidermis superficial desfigurada. Supuse que se trataba de una vieja quemadura química afectada por la larga exposición al sol.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la lesión inicial que causó las cicatrices? —pregunté, poniéndome manos a la obra. Las ampollas y la hinchazón en toda la espalda tenían que ser dolorosas, incluso sin el daño en el tejido subyacente. No me extrañaba que necesitara ver a un doctor.

Sus hombros se tensaron.

—Años.

Su respuesta fue cortante. Seca. Sin embargo, no pude evitar pensar que lo molestaba. Era tan hermoso y fuerte en todos los sentidos y, aunque no me parecía vanidoso, algo me decía que no le gustaba mostrar su espalda a extraños.

Me tragué el nudo que tenía en la garganta y tomé su historia clínica, poniéndome adelante de su forma sentada y haciendo todo lo posible por apartar la mirada.

—El médico tendrá que revisarte para aprobarlo, aun así, te recomendaré una inyección de corticosteroides para aliviar los síntomas de picor y dolor. Podemos hacer una aplicación de gel de silicona el día de hoy, y puede continuar su aplicación durante los próximos siete días.

—¿No eres doctora? —No podía decidir si se estaba burlando de mí o no, pero decidí darle un respiro, teniendo en cuenta su evidente estado de incomodidad.

—Todavía no, estoy en mi primer año de medicina.

Me miró y sonrió.

—Una novata, ¿eh?

Sonreí.

—No diría exactamente una novata. —Desesperada por forzar cierta distancia entre nosotros, volví a dar la vuelta para evaluar el grado de su quemadura, escribiendo notas en su historial—. ¿No le advirtió su médico de los peligros de tomar el sol? El tejido cicatricial será sensible ante cualquier tipo de exposición al sol.

Se encogió de hombros.

—Me quedé dormido en la cubierta.

Sacudí la cabeza.

—Vamos a revisar su temperatura.

—Es alta —afirmó rotundamente. Fruncí el ceño al encontrarme con su mirada aguamarina—. Más alta de lo habitual —añadió. La intensidad de sus ojos era errónea en muchos niveles, sin embargo, a mi cuerpo no le importaba. *Lo* exigía. Jesucristo, perdería mi licencia médica antes de obtenerla.

—¿Suele tener la temperatura más alta de lo normal? —inquirí con curiosidad.

—No, a menos que esté enojado o... —Hizo una pausa y alcé una ceja, esperando—. O teniendo sexo.

Me quedé boquiabierta al imaginarme a este espécimen practicando sexo. Dios mío. Mi imaginación se apoderó de mí y en mi mente aparecieron imágenes calientes. La forma en que sus músculos se abultaban mientras empujaba...

Sacudí la cabeza, regañando a mis promiscuos pensamientos, y le acerqué el termómetro a la boca.

—Abra. —Me incliné, deseando que mis manos se mantuvieran firmes, y coloqué el termómetro bajo su lengua—. Cierre.

Apretó los dientes. *Bip. Bip.* Hubo un pitido, un intervalo y un último pitido.

—Ciento tres —expresé—. Está alta. Le traeré un vaso de agua y Motrin. El doctor debería estar con usted pronto.

Me dirigí al cajoncito donde papá guardaba las botellas de agua. Luego me giré hacia el armario y saqué un sobre de Motrin. Me dirigí hacia él, con sus piernas en todo su esplendor masculino. Me detuve a medio metro, luchando contra el impulso de interponerme entre ellas.

—¿Cuál es tu nombre? —me preguntó mientras extendía la palma de la mano y le entregaba las dos pastillitas.

—*Enfermera Betty* —alegué con un toque de sarcasmo.

Frunció el ceño y sacudió la cabeza como si no le importara. Agarró las pastillas, se las puso en la lengua y buscó la botella de agua que me había olvidado de ofrecerle.

Nuestros dedos se rozaron. Un roce fugaz, pero que ardía como las llamas del infierno. Retiré la mano y me encontré con su expresión desconcertada. ¿No lo había sentido? Literalmente cargó el aire con tanta electricidad que estaba segura de que toda la habitación zumbaba con ella.

Destapó la botella y se bebió el agua mientras observaba cómo se movía su manzana de Adán con cada trago, hipnotizada. Incluso el movimiento aparentemente inocente era muy *sexy* en este hombre.

Mis ojos encontraron los suyos y, de nuevo como una tonta, me dejé ahogar en ellos. El aire que me rodeaba zumbaba y me producía un hormigueo en los brazos y el pecho. Sacudí la cabeza, intentando despejar la niebla.

La puerta se abrió y ambos fijamos la atención en el doctor. Mi mirada se desvió hacia el paciente y descubrí que ya me estaba observando. Una sombra de lo que parecía decepción cruzó su rostro antes de desaparecer tan rápido como apareció. Apartamos la vista y el arrepentimiento me invadió. La tensión empezaba a crecer entre nosotros y había algo embriagador en ello.

A diferencia de este enigma de hombre, no era tan buena ocultando mis emociones, pero me obligué a ponerme en modo profesional.

Después de todo, el médico era mi padre.

Capítulo Dos

Byron



La chica apenas tenía la edad legal.

No obstante, había algo en ella que me atraía. Mas no sabía qué. Su cabello era rojo, más bien rubio rojizo. Sus iris eran una mezcla de verde, marrón y dorado, el tono de avellana más singular que jamás había visto. Eran fascinantes. Del tipo en los que te podías perder.

Parecía el tipo de mujer que sería dulce e inocente, pero no aguantaría la mierda de nadie. Mi debilidad. Me gustaban con agallas. Y si le añadías una boca y un cerebro, listo, ya me tenía en sus manos. Alguien que se dejaba pisotear hacía que mi miembro flaqueara al milisegundo de intentar una conversación.

Cada vez que me miraba con asombro, su boca se entreabría y sus mejillas se sonrojaban. Lo malo era que también lo sentía. Y era lo último que necesitaba en ese momento.

Especialmente con los gritos teatrales que acababa de recibir por mi último error. Era la razón por la que estaba irritable cuando llegué. Esa maldita mujer puso un somnífero en mi *whisky* e hizo que me desmayara en la cubierta. Debería haber sabido que decirle que jamás nos casaríamos a pesar de lo que nuestros padres querían no iba a salir bien. Nicki era una niña mimada que quería todo lo que no podía tener. Aún recordaba el berrinche que hizo cuando su padre le regaló un coche del color equivocado para su decimosexto cumpleaños.

No hacía falta decir que Nicki no se tomó bien mi sinceridad. Aunque nunca entendería qué pensaba conseguir drogándome. Ya no importaba. Ella era historia.

No necesitaba más drama en mi vida.

Las mujeres eran un dolor de cabeza que no necesitaba. Incluso cuando las reglas estaban claramente establecidas. Siempre parecían olvidarlas. Después de una semana o dos, empezaban a pensar que me pondría de rodillas y pediría matrimonio.

¿Sucedería lo mismo con esta? Por alguna razón, no lo creía.

Nuestras miradas se cruzaron, aquellas motas doradas brillando amarillo. Cerró los ojos y sacudió la cabeza. La fuerte atracción que nos unía era tan intensa que casi podía saborearla. Aunque no tenía ningún maldito sentido. Era demasiado joven, al menos una década más joven que yo.

En cuanto entró el doctor, toda su atención se centró en él. Mi instinto me decía que tampoco era por fingir. Se tomaba en serio su trabajo.

—Odette. —*Odette*. Le quedaba bien.

El médico saludó a la “enfermera Betty” con una inclinación de cabeza y me tendió la mano para que se la estrechara. Su cabello plateado era prueba de sus muchos años de profesión.

—Hola, señor Ashford. —Su voz estaba fuertemente acentuada. Un francés—. Soy el Doctor Swan. ¿Cómo está usted?

En ese momento me di cuenta de que Odette no tenía acento. Era americana.

—Podría estar mejor —manifesté, volviendo a mirarla.

—Lo aliviaremos y lo pondremos en camino enseguida —aseguró. Desvió su atención de mí—. Odette, ¿tienes los signos vitales?

—Por supuesto.

—¿Y el historial del paciente?

—Todo está aquí —pronunció sonriendo. Le entregó al médico mi historial y, mientras leía las notas, le preguntó—: ¿Tu recomendación? —Hojeó las páginas. Debía de ser su mentor, ¿quizá terminaría aquí su residencia?

—Inyección de corticosteroides y aplicación de gel de silicona durante una semana.

Levantó la cabeza y la miró a los ojos, con una sonrisa cálida y afectuosa. ¿Una aventura amorosa tal vez?

—Excelente, y la elección correcta. Buen trabajo, Odette.

La mujer asintió y lo miró, mas no se emocionó. No se ruborizó. Debía de estar acostumbrada a los elogios. Entonces el doctor se giró hacia mí y me di cuenta de que mi suposición de una relación amorosa era totalmente errónea. Tenía que ser su padre o un familiar. Tenían exactamente los mismos ojos.

—Estoy de acuerdo con el tratamiento —afirmó—. Odette me ayuda. Está en la escuela y aprovecho sus habilidades cuando está en casa. —Asentí, fingiendo desinterés—. Si vas a estar en la ciudad dentro de siete días, podemos ponerte una inyección extra antes de partir, pero nada de tumbarte al sol. Si tienes que hacerlo, una camiseta de manga larga con protección UV te servirá.

—Eso no será un problema —aseveré. Sin embargo, quizá tuviera que pensar en una excusa para ver a esta joven mujer una vez más.

—Bien. —El médico se subió las gafas por la nariz y se giró hacia Odette, cambiando al francés—. *Vete a casa. Terminaré aquí. ¿Te veré más tarde?*

—*Sí. Me voy a reunir con unos amigos en Le Bar Américain para tomar unas bebidas. Pero cenaré contigo antes* —agregó en un francés fluido. *Demonios*. Inmediatamente me pregunté si gemía y gimoteaba palabras en francés cuando se la follaban.

Mal momento para tener una erección. Especialmente en el estado de dolor en el que estaba con esta maldita quemadura.

—*Bien*. Ve a descansar, entonces —comentó, cambiando de nuevo al inglés.

Con una última mirada hacia mí, asintió, besando su mejilla al salir.

—Hasta luego.

Y no fue hasta que salió de la habitación que sus ojos me encontraron una vez más.

El doctor Swan preparó la inyección mientras mis pensamientos vagaban hacia aquel maldito día en que mi espalda se quemó por primera vez, dejándome las cicatrices. Mi segundo despliegue con mi equipo SEAL podría haberme matado. Si mi comandante no hubiera vuelto cuando lo hizo, probablemente me habría quemado vivo. Pero lo hizo, y desde entonces somos los mejores amigos.

Sentado en la cama del hospital, dejé que el médico me inyectara con aquella maldita aguja. No sentí el pinchazo, pero sí la sensación de frío que siguió justo después. Dejándome con la promesa de que alguien volvería enseguida para atenderme y aplicarme loción en la espalda, me deseó lo mejor y salió de la habitación.

La puerta se abrió poco después. No levanté la vista, esperando a una enfermera.

—Voy a aplicarte esto en la espalda y puedes seguir con tu día. —La misma voz. Ronca. Cálida. Tan cálida. Me gustaba. Tacha eso. Me encantaba su voz.

—Gracias.

—Ni lo menciones.

Se hizo el silencio. Escuché sus suaves pasos contra el suelo de azulejo de la habitación mientras trabajaba eficientemente, preparando lo que fuera que iba a hacer.

—Odette, ¿eh?

No me contestó mientras la veía bajar un recipiente de un estante situado en mi periferia, y poco después el ruido metálico de la tapa contra la encimera llenó el silencio. La sexy estudiante de medicina se colocó unos guantes en las manos mientras el aroma fresco de manzanas crujientes se filtraba en mis pulmones. De algún modo, sabía que olería demasiado delicioso.

Sus dedos se acercaban suavemente a mi espalda, provocándome un escalofrío que nada tenía que ver con el gel frío. Odiaba que me la tocaran y no recordaba la última vez que alguien se había acercado.

—¿No te ibas ya? —Lo intenté de nuevo. Por alguna estúpida razón, quería oír su voz ronca y tranquilizadora. «*Si mis hermanos pudieran verme ahora*». Normalmente me quejaba de la gente que parloteaba constantemente, pero aquí estaba, charlando como una abuela que no le prestan atención.

—*Mmm*. Terminó contigo —afirmó con calma, sin cesar sus movimientos—. Después me iré de aquí.

Vi por encima del hombro y capté su expresión cuando nuestras miradas se encontraron. Abrió la boca. Sus mejillas se tiñeron de carmesí y comprendió el significado de sus propias palabras.

—Nada me haría más feliz, que terminaras conmigo.

Sus mejillas se sonrojaron. A pesar de que el tono dorado de sus ojos brilló, bufó y prefirió no contestar.

Sin embargo, la mirada que me dirigió me dijo que tenía mucho que decir.



Me senté en mi oficina, en la cubierta principal de mi yate, con todas las ventanas y puertas abiertas. Había venido a la Riviera Francesa a seguir una pista sobre una posible adquisición con Winston.

Los negocios de los Ashford se expandieron en muchas ramas, pero nuestra debilidad eran las marcas de lujo, y el diseño de joyas había sonado prometedor. Mi hermano tuvo la idea de comprar pequeñas joyerías en lugares privilegiados y convertirlas en Ashford Diamonds. No obstante, después de este fin de semana, me aseguraría de que nunca nos aventuráramos en ello, por muy intrigante que fuera la perspectiva. Tratar con los diseñadores era como hablar en una lengua alienígena. Al preguntar sobre sus portafolios y finanzas, las respuestas parecían cambiar.

Todo el maldito tiempo. No tenía paciencia para sus tonterías.

Winston no estaba de acuerdo. Si bien no lo verbalizó, conocía a mi hermano lo suficiente como para entender su lenguaje corporal. De hecho, no me sorprendería saber que se había aventurado en el negocio después de todo.

El fuerte zumbido de una alarma cortó el silencio, seguido inmediatamente por una retahíla de maldiciones.

—Apaga esa maldita cosa. —La voz retumbante de Winston competía con la alarma ruidosa.

Sacudí la cabeza. Tenía que poner orden en su vida. Apenas era dos años menor que yo, no obstante, se prostituía como si cada mujer fuera el último coño que obtendría.

—¡Byron, apaga la alarma! —gritó, lo bastante alto como para que lo oyera toda la Riviera Francesa. Lo ignoré. Ya se daría cuenta de que era su propio teléfono.

El sol de la tarde se deslizaba por la Riviera, el aroma del mar flotaba en el aire. Aunque el sonido de las olas rompiendo contra el barco debería haberme tranquilizado, no podía encontrar paz.

Era tan irónico. Era uno de los hombres más ricos del mundo e incluso así ni siquiera podía disfrutar de los frutos de mi trabajo, ni de mi condición de multimillonario. Como el hecho de que tenía un yate y no podía tumbarme en la cubierta por miedo a la exposición al sol en mi espalda llena de cicatrices.

Aún recordaba a la enfermera que me curó las heridas de guerra después de que mi piel se hubiera derretido. Era pelirroja, irónicamente parecida a la joven estudiante de medicina que conocí ese día, y se encogía cada vez que tenía que cambiarme las vendas. Nada te jodía tanto la autoestima como eso. Ninguna cantidad de dinero, riqueza o poder tenía la capacidad de borrar feos sentimientos como esos.

Mi mente vagaba hacia el pasado. A ese día casi fatal.

El sudor resbalaba por mi frente mientras las balas volaban a nuestro alrededor. Estábamos al descubierto, expuestos y vulnerables al enemigo. Era una maldita trampa y nos atacaban por todas partes.

La muerte me rodeó. Las llamas quemaban el recinto. El hedor a productos químicos, pólvora y sangre llenaba el aire, invadiendo mis pulmones.

River, Astor y Darius, que no formaban parte de la Marina y normalmente pilotaban Black Hawks, gritaron una advertencia. Apostaba a que se arrepintieron de su decisión de tomar el servicio de patrulla ese día.

Lo vi demasiado tarde. Una fuerte explosión sacudió la tierra mientras un dolor cegador me atravesó. Mis rodillas cedieron. Me zumbaban los oídos y sacudí la cabeza, tratando de despejar el fuerte pitido de mis oídos.

Un dolor agudo me atravesó. El hedor a carne quemada llenó mis fosas nasales y tardé demasiados latidos en darme cuenta de que era mi propia piel la que ardía.

Tres hombres me rodearon. La muerte me miraba a los ojos, pero si caía, lo haría luchando. Ignorando el dolor cegador que me atravesaba, agarré la pistola que tenía a mi lado. Apunté a matar. Bang. Bang.

Kristoff, mi comandante y buen amigo, mató a un tipo. Maté al segundo. Ambos disparamos al tercero.

Kristoff me tendió la mano y, por su mirada, supe que era malo.

—Maldición —gruñó, poniéndose de rodillas.

—No creo que salga de esta —confirmé entre dientes. Incluso hablar dolía demasiado.

Me cambió de posición para que la arena no me rozara la espalda. Sinceramente, me daba miedo preguntar por la gravedad de mis heridas. Me dolía todo el cuerpo, sin embargo, el malestar inicial en la espalda se adormeció.

—Lo harás. —La determinación estaba grabada en su voz y en su expresión—. Vamos a largarnos de aquí. Para que puedas cuidar de tu hermana y tus hermanos.

—Royce y Winston se ocuparán de Aurora —gruñí, mientras mi conciencia se desvanecía lentamente. Su forma se desdibujó hasta que ya no pude verlo.

«Concéntrate. Respira. Vive. Sobrevive».

«Respira. Vive. Sobrevive».

Esas palabras se repetían en mi mente. Lo último que recordaba era a Kristoff echándome por encima del hombro y vociferando algo al resto de los hombres.

Cuando desperté, la piel de mi espalda había desaparecido. Tenía quemaduras de cuarto grado en los músculos y la piel. Las terminaciones nerviosas estaban gravemente dañadas, aunque no destruidas, y dejándome con poca sensibilidad en la espalda. A menos que me quemara el sol.

Obviamente mi espalda no era muy bonita y las mujeres hacían una mueca de disgusto ante ella. «Todas menos una», susurró mi mente.

Sentí el picor de la joven estudiante de medicina en mi espalda como el fantasma de mi quemadura solar. Tenía que ser la razón de mi falta de modales cuando había entrado por primera vez en la habitación del hospital. Ni siquiera recordaba una maldita palabra en francés. Yo. Un hombre que terminó la universidad dos años antes de su clase, incluyendo varias clases de francés. Yo. Un hombre que sirvió como SEAL de la Marina de los Estados Unidos.

Aquellos ojos color avellana parecían disparar directamente a mi alma.

La forma en que se había mantenido fuerte a pesar de mi actitud agria ocupando espacio en la mesa de exploración hizo milagros para mi libido, incluso bajo el insoportable dolor de mi espalda.

Le eché un vistazo al expediente que me esperaba cuando volví a mi yate. Doce años. Por el amor de Dios, era doce años mayor que ella y, por alguna estúpida razón, no podía dejar de pensar en ella.

Odette Madeleine Swan.

Estaba terminando su primer año en Stanford. Su padre era un médico francés, su madre una modelo de modas que murió hace doce años. Tenía una hermana mayor, y ambas se habían criado en Estados Unidos hasta la prematura muerte de su madre. Su padre las trajo de vuelta a Francia y terminaron allí la preparatoria. Tan complicada como era mi familia, la suya era todo lo contrario.

Sencilla. Limpia. Cariñosa.

Winston apareció en la puerta de cristal de mi despacho, vestido solo con un *short* para nadar.

—¿Quieres ponerte algo de maldita ropa? —gruñí.

Agitó la mano.

—¿Para qué? Estamos en la Riviera Francesa. Podríamos actuar como franceses y holgazanear desnudos todo el día.

—Excepto que nadie está holgazaneando excepto tú.

Entonces me vino una idea a la cabeza. Era una mala idea, lo sabía. A lo largo de los años, había pulido y perfeccionado la más mínima idea y la había convertido en una decisión inteligente. Por lo visto, esta no era una de ellas.

—Dúchate y prepárate, Winston. Te voy a llevar a cenar. —Mi hermano me lanzó una mirada desconfiada—. He oído que *Le Bar Américain* está de moda —aclaré.

Al mencionar un bar, se le iluminaron los ojos y, por primera vez, me escuchó. Agarré el teléfono y llamé a mi viejo amigo River, quien había servido conmigo en Afganistán. Tenía una empresa de seguridad en Portugal, pero resultó que también estaba en la Riviera Francesa.

Contestó al primer timbrazo.

—No te preocupes. Tu ex psicópata está escondida en el Ritz Carlton. Le di suficiente dinero para darle la vuelta al mundo cinco veces.

Maldita Nicki. Lo peor que pude haber hecho fue tener una relación casual con ella. Y luego el idiota de Winston con el consejo de papá, la hizo volar y reunirse con nosotros en Italia, donde estábamos atracados por unos días. Dijo que era por mí. Mentira. Lo hacía para mantenerme ocupado y lejos de sus asuntos.

—Gracias por ocuparte de eso, River —declaré secamente.

Cuando me desperté con la espalda quemada como una maldita papa asada, me dolía tanto que estaba totalmente dispuesto a asesinarla. Nicki ni siquiera tuvo la astucia de ocultarlo, los sedantes estaban a la vista. Debería haber prendido fuego a toda esa maldita relación “amistosa”. Desgraciadamente, era un hombre justo, así que le di la oportunidad de explicarse. Excepto que la perra tonta tomó el camino de la negación, jurando que solo me dio una vitamina.

Reconocería el mal sabor en cualquier maldita vida. Ya me había acostumbrado bastante durante las primeras semanas de recuperación. Los doctores me llenaron de sedantes para adormecer el dolor y minimizar mis movimientos.

Por suerte para ella, River estaba allí y la sacó de mi vista antes de que pudiera llevar a cabo mi plan.

—Sí. ¿Cómo está tu espalda? —River, al igual que yo, sirvió en el ejército y tenía cicatrices. Sus cicatrices eran invisibles. Las mías... estaban *muy* a la vista.

Esos ojos avellana brillaron en mi mente.

—Bien.

—¿Qué te llevó a traer a Nicki a tus vacaciones de primavera?

River y yo nos conocíamos desde hace mucho. Nuestros primeros días en la Marina. Nuestros despliegues compartidos cuando apenas salíamos vivos. Algunas noches jodidas en las que compartíamos armas, alcohol y mujeres porque no sabíamos cómo afrontar nuestros problemas. Ya fuera el trastorno post traumático u otra cosa.

—No lo hice —siseé—. Winston la dejó subir a bordo porque es un idiota y mi padre la hizo volar para que desfilara delante de mí con la esperanza de que cayera rendido a sus encantos.

—Y en su culo. —Se rio River—. Tiene un buen culo, pero Dios, en cuanto abre la boca, te das cuenta de que su culo no vale la pena.

No era esa la maldita verdad.

—¿Te apetece reunirte con Winston y conmigo esta noche? —Cambié de tema—. ¿O estás de camino de vuelta a Portugal?

—No, todavía estoy aquí. Probablemente durante una semana más o menos. ¿Dónde quieres que nos encontremos?

—*Le Bar Américain*.

—¿En serio? —La sorpresa en su voz era evidente—. ¿No es más una escena para buscar alguien para follar?

Me reí entre dientes.

—¿Estás en una relación comprometida que yo no sepa?

—Las relaciones no son lo mío —señaló en un tono más seco que la ginebra.

—Lo mismo digo —repliqué, sabiendo que entendería exactamente a quién me refería. Haría falta una circunstancia extraordinaria para que me comprometiera en una relación. Especialmente con alguien tan codiciosa, egoísta y sin tacto como Nicki.

Dejando a un lado el tema del sexo opuesto, hablamos de una adquisición en la que estaba trabajando, aparte del negocio de las joyas. Se trataba de una empresa de seguridad con presencia consolidada en Europa, y River era un experto en la materia, ya que él mismo poseía una junto a nuestros compañeros del servicio militar. Al igual que yo, River, Astor y Darius habían construido su propio imperio. Kian... bueno, él venía de un imperio. Un imperio de un cártel brasileño.

En cuanto a mi imperio, la herencia de mi madre de su pasado de princesa de la mafia me dio ventaja a la hora de poner en marcha mis negocios. A mi padre solo se le daba bien gastar dinero y relacionarse con personajes dudosos. Siempre confiaba en mí para arreglar sus desastres, y si no estaba disponible, recurría al siguiente hijo en la jerarquía, como si fuéramos su equipo personal de limpieza de relaciones públicas.

Al menos mis compañeros de guerra, Astor, Darius y River, no tenían que lidiar con idioteces como esas. No estaba seguro de Kian, a quien había conocido hacía pocos años. Mantenía para sí sus relaciones familiares.

Concluimos la conversación acordando una hora para vernos en *Le Bar Américain* y colgamos.

Me levanté del escritorio y me dirigí a la suite *principal*, situado en la parte delantera de mi yate. Una vez adentro, me quité la ropa y me metí en la ducha. El agua estaba fría y se sintió bien en la piel. La inyección me había aliviado el dolor y no podía evitar querer volver a tener aquellas manos en mi espalda.

Ese toque calmante y suave.

Mi polla se puso dura al instante. ¡*Joder!* Si con tan solo pensar en ella se me había puesto dura, no quería ni imaginarme lo que me haría tocarla.

Debería fingir que nunca la conocí y seguir adelante. El sentido común me instaba a hacerlo. Mas no creía tener el autocontrol.

Terminé de ducharme y me vestí con algo informal. «Quizá me hará parecer más joven», pensé irónicamente.

Me puse unos chinos a medida y una camisa ligera de lino de *Vitale Barberis Canonico* para encajar con los visitantes de la Riviera que solían holgazanear alrededor de sus piscinas, o de sus yates, pasando el día. Mi hermano ya estaba de pie en el salón principal, con sus bermudas blancas y una camiseta negra, rematando el atuendo con un *blazer* y un sombrero de paja. No le costaba nada adaptarse a la vida relajada de la Riviera Francesa. Era su único objetivo en la vida: sexo, playa, alcohol, comida y no necesariamente en ese orden.

Bostezó, probablemente aún luchando contra la resaca. Aunque el sol empezaba a ocultarse en el horizonte, mi hermano se comportaba como si fuera el comienzo de la mañana.

Sacudí la cabeza.

—¿Estás listo?

—Nací listo —murmuró Winston—. Vamos.

No tardamos mucho en llegar. Cuando nos detuvimos frente al edificio de cristal, vimos una fila que serpenteaba alrededor del bar. Estaba conectado con el Hotel Riviera por la parte de atrás. El lugar atraía a los clientes más exclusivos de todo el mundo.

Me bajé de mi Ferrari rojo, River no muy lejos en su Porsche negro. Era lo que más me gustaba de mi super yate. Guardaba mi coche.

Le entregué al *valet* las llaves de mi auto.

—*Que lo estacionen al frente* —dije en francés, dándole quinientos euros. Por lo que parecía, River estaba haciendo lo mismo.

—Hombre, ¿estás seguro de que esto es una buena idea? —refunfuñó River. Había optado por unos chinos verde oscuro y una camiseta negra con botas de combate—. Esto es como un lugar de moda para los gritones.

La música sonaba. Las chicas gritaban. Algunos hombres también. O tal vez eran chicos. Idiotas con fondos fiduciarios que no habían ganado un centavo en toda su vida. Su único propósito era vivir a lo grande y gastar el dinero de su familia.

—Creo recordar que te gustan las gritonas —me burlé. De hecho, lo vi de primera mano. Podía sonar jodido para algunos, pero a veces River y yo compartíamos mujeres. Funcionaba a mi favor. Entraba y salía. Manteniendo mis cicatrices fuera de la vista—. Estoy dispuesto a apostar que eso no ha cambiado.

River me mostró el dedo del medio mientras nos dirigíamos a la entrada. Entre nuestros coches caros y las generosas propinas, recibimos un trato VIP, ya que el portero desabrochó la cuerda de barrera al instante y nos dejó pasar.

Apareció una *hostess*, probablemente alertada de nuestra presencia, y nos llevó a una mesa en la sala VIP situada a un lado. El bar estaba abarrotado, los cuerpos apretados unos contra otros sin apenas espacio para moverse. Estaba seguro de que se había sobrepasado la capacidad de personas, no obstante, a nadie pareció importarle.

Mis ojos recorrieron la multitud mientras nos sentábamos en las sillas de felpa. Una mesa justo fuera de nuestra zona estaba llena de jóvenes turistas tomando *shots*.

—¡*Bang!* —gritó uno de ellos—. No puedes vencer al campeón.

—¿Qué les sirvo? —Ofreció la *hostess*, evitándonos la molestia de ir al bar.

—Coñac —respondí. River asintió pidiendo lo mismo.

—¿Alguna marca en particular? —Quiso saber.

—Cualquier cosa de primera —afirmé, dejando que mis ojos recorrieran la multitud en busca de cierta pelirroja.

Cuando llegó el turno de Winston, respondió:

—Johnny Walker Etiqueta Roja.

La *hostess* lo miró sin comprender mientras negué con la cabeza. Sabía muy bien que aquí no tendrían esa mierda. Agarró el menú de bebidas, murmurando alguna estupidez en voz baja. Probablemente sobre lugares salvajes que no llevaban las etiquetas que tanto le gustaban.

—Pide otra cosa, Winston —ordené, mi paciencia se agotaba.

—Bien, vodka. —La *hostess* se escabulló mientras me ponía a estudiar la multitud—. Este es un bar de mala muerte —refunfuñó Winston.

River se rio entre dientes.

—Esto es ser joven. Solo eres un viejo gruñón.

Fue entonces cuando la vi. Entró con grandes zancadas, pasando por delante de la cola, con un sencillito vestido blanco veraniego y un pañuelo de seda *Hermès* atado en el cabello, que lo sujetaba por encima de los hombros. Su piel besada por el sol brillaba incluso desde aquí, y me pregunté si seguiría oliendo a manzanas.

Giró a la derecha, hacia el bar. Desde mi ángulo, tenía la vista perfecta. Dos finos tirantes caían en una v profunda dejando al descubierto sus elegantes y tonificados músculos. Me picaban las manos y, en el fondo, sabía que sus curvas encajarían perfectamente en mis palmas. Casi como si estuviera hecha a la medida para mí.

Apreté los puños a los lados al recordar que había visto mis cicatrices y que, desde luego, no había actuado con repulsión. Tal vez, solo tal vez, maldición, era a la que había estado buscando.

Mía.

¿Por qué demonios se me ocurrió esa palabra mientras la miraba? Tal vez porque se veía aún mejor de lo que imaginaba sin su bata.

Su sonrisa se amplió y saltó emocionada, agitando la mano.

—Ah, ya veo por qué estamos aquí —Winston mencionó sin emoción, siguiendo mi mirada—. ¿Quién demonios es?

Nunca aparté mis ojos de ella.

—Mi enfermera. —La sonrisa que apareció en mi rostro al decirlo escondía un gran significado.

Capítulo Tres

Odette



Le *Bar Américain* estaba abarrotado cuando entré.

La hermosa vista sobre la Riviera Francesa atraía a todo el mundo a este lugar. La brisa recorría la terraza, cálida y relajante. Las luces brillaban desde las pérgolas con rayos de zafiro y rubí que deslizaban por toda la terraza, iluminándola cada pocos segundos.

La música retumbaba en todo el lugar, alternando *hip-hop*, *dance* y R&B. Algunos miraban, otros bailaban y muchos bebían. Había detalles dorados y estatuas de mármol por todas partes. La exuberancia cubría cada rincón del lugar.

Prefería venir cuando no estaba tan lleno, pero las vacaciones de primavera eran una época de mucho movimiento. Y este era el lugar preferido de nuestros amigos. Ninguna multitud nos alejaba. Ayudaba el hecho de que no teníamos que esperar en las largas filas.

Marco levantó la vista de detrás del bar, sus ojos oscuros se cruzaron con los míos y sonrió al instante. Ignorando la fila de clientes, saltó por encima de la barra y se me acercó, su aire de confianza obvio para los que nos rodeaban. Las mujeres se quedaron boquiabiertas, mirándole el trasero descaradamente. No es que pudiera culparlas. Marco era modelo a tiempo parcial, camarero de medio tiempo, esperando su gran oportunidad.

—¡Hola, Maddy! —Me rodeó con sus brazos y me dio un beso en la mejilla—. ¿Cómo está la doctora Swan hoy?

Me reí entre dientes.

—Todavía no soy médico.

Lo conocía desde hacía una década y siempre había sido increíblemente agradable. Aunque Billie no le caía particularmente bien, Marco siempre se esforzaba por ser amable. Durante nuestros años de preparatoria, todos constantemente bromeaban con que terminaríamos saliendo. Sin embargo, nunca lo hicimos. Ninguno teníamos sentimientos románticos entre nosotros. Solo éramos buenos amigos.

—Pero ya casi. —Me golpeó el trasero juguetonamente—. Tu hermana está allí.

Seguí su mirada y encontré a mi hermana, Billie, en la mesa con todos nuestros amigos, riendo y bebiendo como si fuera su último día en la tierra. Sacudí la cabeza. Éramos como dos polos opuestos, pero nos llevábamos muy bien. Siempre nos cubríamos la espalda.

—Escuché que tú y Pierre terminaron. —Por supuesto, la noticia había corrido rápido. Los hombres chismeaban tanto como las mujeres.

—Sí. —Era mejor no dar más detalles.

—¿Necesitas que le dé una paliza? —Negué con la cabeza y sonrió—. Te dije que los dos estábamos hechos el uno para el otro.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí. Llevaba bromeando con eso desde que éramos niños. Aún solía utilizarlo como una forma de hacerme sentir mejor. No podía verlo de otra forma que como una figura fraternal.

—¿Trabajaras toda la noche? —inquirí en lugar de responder. Nunca quise darle a entender a un hombre, intencionadamente o no, que buscaba una relación con él. Nuestra amistad era más importante. Cuando nos mudamos aquí después de la muerte de mamá, fue una de las primeras personas que Billie y yo conocimos. Yo tenía diez años, Billie era un poco más grande. Marco tenía mi edad. Me ayudó con la transición durante ese tiempo y forjamos una amistad duradera.

—Sí. No podía dejarlo pasar. Las propinas son buenas esta semana.

Asentí en señal de comprensión.

—Por supuesto.

Marco mantenía económicamente a su madre y a su hermana. No sabía cómo había tenido éxito en no irse a la bancarrota. No es que nuestro padre fuera rico, no para los estándares locales, pero no debíamos tener dos trabajos para salir adelante. Billie pudo ir a la universidad sin necesidad de trabajar, y yo había entrado en Stanford con una beca, la ayuda económica de mi padre y un trabajo a medio tiempo en un café.

Me acompañó a la mesa donde nuestros amigos ya estaban en camino a emborracharse.

—¡Maddy, estás aquí! —gritó mi hermana a todo pulmón, poniéndose en pie de un salto y levantando ambos brazos en el aire—. Nuestra futura cirujana que salvará el mundo.

Sacudí la cabeza con incredulidad. Estaba medio borracha. A pesar de que las dos nos amábamos y nos apoyábamos mutuamente, no podíamos ser más diferentes. Billie era la más creativa, centrada en los diamantes y el diseño de modas. A mí, en cambio, me gustaban la ciencia y la medicina. Billie era como nuestra madre; yo, como nuestro padre.

Volviendo mi atención a Marco, me incliné y le di un beso en la mejilla.

—Te veo luego.

La pandilla habitual ya estaba sentada alrededor de la mesa y sonreí.

—El alma de la fiesta está aquí —anuncié mientras me unía a la mesa—. ¿Me extrañaste?

—Mujer, ¿dónde estabas? —La voz de mi hermana salió un poco arrastrada, y tomé nota mental de pedirle un poco de agua o al día siguiente se sentiría muy mal.

—Cenando con papá. Se suponía que ibas a estar allí también. ¿Recuerdas?

Agitó la mano, sus movimientos ligeramente torpes.

—Comeré mañana. Estoy cuidando mi peso para el verano.

Me le acerqué, agarré su vaso y lo bebí.

—Si quieres limitar las calorías, evita el alcohol. No la comida.

Hizo un puchero con los labios.

—Pero...

—Sin peros. —Dirigí mi atención a nuestros amigos—. ¿Cuánto tiempo llevan aquí?

—Antes de que abrieran. —La respuesta vino de Desiré, la mejor amiga de mi hermana. No obstante, tenía la sensación de que en cuanto Billie se enterara de su papel en mi ruptura, las dos no seguirían siendo tan buenas amigas. Ambas habían sido cercanas durante muchos años. Desiré había sido tan tonta como para dejarse engañar por Pierre y su encanto. Los dos consiguieron lo que querían uno del otro. Mas no sería yo quien le dijera eso a mi hermana. No

me cabía duda de que Desiré acabaría soltándolo y contándoselo a Billie. Esperaba que fuera una vez que estuviera de vuelta en Stanford.

Billie y Desiré tenían la misma edad y estudiaban moda en la misma universidad. Incluso tenían el mismo color de cabello. Las largas piernas de Desiré y su impresionante complexión la convertían en la candidata perfecta para ser modelo. Sin embargo, lo único que lograba conseguir era arrebatárles el novio a otras mujeres.

Como mi ex Pierre, por ejemplo. No es que estuviera amargada ni nada de eso. Rompimos tres meses atrás, después de probar una relación a distancia. No funcionó. Por supuesto, habría sido mejor si hubiéramos terminado antes de que ella saltara sobre sus huesos, pero no, Desiré aprovechó la ventana ligeramente abierta y se deslizó adentro.

—Es-tamos eee-ebrios —balbuceó Tristan—. Las mejores vacaciones de primavera. Me encaaaaaaanta Francia.

—Parece que Francia también te ama —comenté sonriendo. Tenía abrazadas a dos mujeres que solo llevaban un traje de baño. Y yo estaba preocupada por no estar bien vestida para el club.

Tristan y yo estábamos en nuestro primer año en Stanford y nos habíamos hecho buenos amigos. Era mi compañero de estudio. Nos motivábamos mutuamente cuando estábamos demasiado cansados o teníamos la tentación de saltarnos una noche de estudios.

Su hermana, años más grande que él, estaba sentada en la mesa muy correcta y seria. Era doctora en el hospital George Washington, en Estados Unidos. Al parecer, ser médico era un requisito en su familia. Sus ojos recorrieron la terraza, con una expresión ligeramente aburrida en el rostro, hasta que se posaron en el bar. Estaba mirando a Marco.

«Hmmm, interesante».

Marco necesitaba una mujer seria en su vida.

—Ese es Marco —mencioné despreocupadamente—. Es nuestro amigo. —La hermana de Tristan volvió su atención hacia mí, levantando una ceja—. Podemos presentarte. —Ofrecí.

Sacudió la cabeza, justo cuando su teléfono zumbó y giró su atención hacia él. Tristan era demasiado simpático; su hermana, no tanto.

Me dediqué a recorrer la terraza, buscando caras conocidas, hasta que se posaron en la única persona a la que esperaba no ver durante mis vacaciones de vuelta en casa. Mi ex. Con una nueva mujer del brazo. Por lo que había oído, había estado pasando de una mujer a otra como si estuvieran pasadas de moda.

Me puse rígida y apreté la mandíbula. Aunque era mi ex, seguía molestándome que se estuviera acostando con alguien mientras yo llevaba una larga temporada de sequía.

—De acuerdo, ya no puedo con esto. —La voz de mi hermana desvió mi atención del desgraciado infiel. Sus dedos me rodearon el brazo y me empujaron hacia la parte trasera de la terraza, lejos de nuestra mesa—. Exijo saber qué pasó.

Parpadeé.

—¿De qué estás hablando?

Los cambios de tema de mi hermana podían resultar chocantes y desorientadores. Un minuto estaba hablando del clima y al siguiente de un viaje a la luna.

—Tú y Pierre —siseó en voz baja—. Cada vez que alguien lo menciona, te pones de mal humor.

Puse los ojos en blanco.

—No estoy de mal humor.

—Sí, lo estás.

Solté un fuerte suspiro, demasiado cansada para discutir con ella.

—Bien. Me enfada que cada vez que me doy la vuelta, me entero que tiene una nueva mujer. Y yo estoy aquí, seca como un maldito desierto.

Mi hermana frunció las cejas.

—¿Eh? ¿Qué desierto?

La cabeza hueca de mi hermana me ponía de malas esta noche. Por lo general, no me importaba, sin embargo, podía sentir que mi temperamento se encendía. Necesitaba tener sexo lo antes posible.

Me giré hacia la izquierda y me encontré con los ojos marrones de Billy. Los había heredado de nuestra madre, al igual que su precioso cabello rubio.

—Solo quería decir que quiero un *ménage à trois* —suspiré con nostalgia. Fue algo al azar, pero sabía que mi hermana se emocionaría. Estaba pasando por una revolución sexual. ¿O era exploración? En cualquier caso, decía que para cuando se casara ya lo habría probado todo, así que sabía a lo que renunciaba cuando por fin le diera el “sí, acepto” a un pobre imbécil.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó—. ¿Eso está en tu lista de deseos?

Ese era un departamento en el que Billie nunca carecía. El sexo era su especialidad. Solo tenía una regla en la vida: probarlo todo una vez. Si no le gustaba, no volvía a hacerlo. Yo, en cambio, necesitaba evaluar los pros y los contras de cualquier situación.

Incluido un *ménage à trois*,

Mis ojos volvieron a Pierre.

—Lo está ahora —murmuré.

Pierre quería explorar un *ménage à trois*, excepto que no era para mí. Quería dos mujeres. Me negué, y estaba segura de que fue la razón de su engaño. Desiré se subió a ese barco y le dio exactamente lo que él quería. Aunque luego también terminó con ella.

—¿Qué pasó con Pierre? —Billie era implacable en su búsqueda de información. Realmente deseaba que se convirtiera en reportera. Su entrometimiento sería útil. En vez de eso, me dejaba sujeta a todas sus investigaciones.

Le lancé una mirada.

—Fue infiel.

La furia brilló en los ojos cafés de mi hermana.

—Ese hijo de puta. —Se lanzó hacia adelante, probablemente para ir a él y darle un puñetazo en la cara.

—Han pasado meses. Lo he superado, y no vale la pena.

—¡Demonios, claro que él no vale la pena! —Intentó soltarse, mas mi agarre era demasiado fuerte—. Pero mi hermana sí y...

—Billie, déjalo —ordené.

El mejor adjetivo para describir a mi hermana mayor era *petardo*. Medía un metro sesenta y dos, pero no dudaba en enfrentarse a cualquiera. A veces me preocupaba por su seguridad. Una vez la vi golpear a un tipo de la MMA porque la llamó gatita. Gracias a Dios que era un caballero y no le devolvió el puñetazo.

Al final resultó ser un problema de traducción y no quiso llamarla gatita, sino tigresa. De todos modos, eso no importaba.

—¿Con quién lo hizo? —Se giró para observarme y se puso las manos en su cintura—. Al menos debería darle un puñetazo a ella.

Sacudí la cabeza.

—No importa.

—Sí, es importante —objetó.

—No, no lo es. Es historia y ella también.

Siguió el silencio, estirándose como una goma elástica. No quería arruinar su amistad.

Me encogí de hombros.

—No importa.

Billie me miró y, de algún modo, supe... demonios, que ya tenía la respuesta.

—Es Desiré, ¿verdad?

—Vamos, Billie. —Suspiré pesadamente—. La noche es demasiado agradable para arruinarla con toda esta mierda.

—Es una amiga —declaró, con voz retumbante—. Eres mi hermana. No hay comparación.

—Sus ojos se desviaron hacia Desiré, estrechándose hasta convertirse en rendijas—. Le voy a dar una paliza.

Antes de que pudiera decir algo, Billie se dirigió indignada hacia su mejor amiga y levantó la mano. Mis oídos zumbaron y mis ojos se abrieron de par en par. Jesucristo, no le pegaría. ¿O sí? Justo cuando abrí la boca, Billie arrancó una pulsera de la muñeca de su mejor amiga.

Una ronda de jadeos recorrió la mesa, pero no le prestó atención a nadie y mantuvo la mirada fija en ella.

—¡Zorra! —gritó—. ¡Cómo te atreves! Perra traicionera. Espero que Pierre te haya contagiado herpes.

Me encogí. Eso era ir demasiado lejos, sin embargo, no reprendería a mi propia hermana. Al fin y al cabo, lo hacía por mí.

Se me calentó el pecho. Amaba a Billie porque, pasara lo que pasara, *siempre* me cubría la espalda. Se dio la vuelta, como una reina con su séquito, y volvió hacia mí.

—Te amo. —La abracé—. Eso fue un poco duro —le susurré al oído.

—Nadie se mete con mi hermana —musitó—. ¿Debería haber dicho gonorrea?

Se me escapó una risa estrangulada.

—No, herpes era probablemente mejor. —La apreté con más fuerza, respirando hondo. No esperaba que se pusiera de mi lado tan apasionadamente, aunque debería haberlo sabido—. Tengo tanta suerte de tenerte.

Sonrió.

—¿Quieres que vuelva y le dé un puñetazo?

Sacudí la cabeza.

—Por favor, no —pedí, sonriendo—. Te lo prometo, estoy bien. Así que nada de pegarle a alguien y olvidémonos de Desiré y Pierre.

Se movió ligeramente y me miró.

—Solo si te vengas de esos dos idiotas.

Una carcajada vibró en mi pecho. Solo mi hermana pensaría en vengarse en un momento así. No me dejaba pisotear en una relación, pero tampoco tenía sed de venganza como Billie. Había visto a mi hermana hacer que sus exnovios se arrepintieran de haberla dejado rociando su perfume en sus almohadas para que la echaran de menos. Y, de hecho, volvieron arrastrándose. Por supuesto, nunca los aceptó de vuelta. Con justa razón.

—Seguro que será fácil encontrar a dos hombres atractivos disponibles para una noche de sexo. Le enseñaré a Pierre lo que se ha perdido —reflexioné, sin poder ocultar una sonrisa de satisfacción.

Definitivamente sería una victoria para mí, por no mencionar el doble de placer con dos hombres. Pierre, ese desgraciado egoísta, solo había querido ver a dos mujeres besándose.

Sus ojos recorrieron la terraza hasta que miró por encima de mi hombro. Y los abrió de par en par mientras su boca se entreabrió.

—*Oh*, mis bragas —murmuró, sus mejillas se tiñeron de carmesí.

Curiosa por saber qué la tenía tan nerviosa, seguí su mirada y me quedé helada. Tres hombres guapísimos sentados en la mesa de al lado, a uno de ellos ya lo conocía. ¿Qué probabilidades había de volver a encontrármelo?

—Hola de nuevo, Odette.

Parpadeé cuando la voz retumbó, haciendo que un escalofrío me recorriera la espalda desnuda.

Byron Ashford me devolvió la mirada, saludándome con una sonrisa y esos preciosos iris azules. Se reclinó en su silla. Su camisa blanca se le pegaba al estómago por la humedad, resaltando sus tentadores abdominales. Mis ojos se detuvieron en ellos un segundo de más.

¿Qué podía decir? Me encantaban los abdominales en un hombre. Y esos bíceps. *Jesucristo*. Estudié ese tatuaje que me intrigaba por alguna razón. No se veía mucha gente con elementos químicos tatuados en el cuerpo.

El regalo de Dios a las mujeres, excepto que estaba segura de que este tipo estaba aún más *sexy* que el mismo demonio. Su barba incipiente no le quitaba atractivo a su rostro. En todo caso, le daba más. Esos labios carnosos que estaba segura de que hacían muchas cosas obscenas. Quería seducirlo, que le hiciera cosas pecaminosas a mi cuerpo.

Me miré y fruncí el ceño. En ese segundo desearía haber dedicado un poco más de tiempo a vestirme. Busqué comodidad e informalidad, no verme *sexy* y recatada. Nunca se me había pasado por la cabeza que volvería a verlo.

—Me alegro de verte sin bata —comentó con voz áspera. Algo en ese tono ronco me hizo sentir un nuevo cosquilleo en el pecho. Se me endurecieron los pezones solo con ver cómo me observaba y, de repente, lo supe. Tenía que acostarme con este hombre. Sería una experiencia fuera de este mundo, de eso estaba segura.

Me acerqué dos pasos a su mesa, Billie justo a mi lado.

—Señor Ashford —saludé, ofreciéndole una sonrisa mientras alisaba con una mano mi corto vestido—. Me sorprende verlo en un lugar como este. ¿Me está acosando?

Escuché las palabras salir de mi boca, bajas y entrecortadas, y tuve que reconocerlo. Aunque había pasado mucho tiempo, aún podía coquetear. Nuestras miradas se encontraron y algo en sus profundidades azules me golpeó justo en el pecho. *Soledad*.

Se inclinó, apoyando el codo en la mesa, su tono oscuro y decadente mientras decía:

—¿Quieres que te acose?

Me lamí los labios, con mi corazón agitándose como las alas de una mariposa capturada. Su atención se clavó en mi boca, ardiendo con algo caliente. Prometedor.

Capté en sus ojos el atisbo de vulnerabilidad que, estaba segura, le ocultaba al mundo. No sabía cómo lo sabía, sin embargo, lo sentía como si fuera mía. Byron Ashford llevaba una máscara, pero debajo de ella, tenía la sensación de que había más en este hombre de lo que se veía a simple vista.

—No me gustan mucho los acosadores —opiné con indiferencia—. Aunque podría hacer una excepción. —Levanté juguetonamente el hombro y miré a los otros dos hombres en su mesa. Vaya, qué amigos más guapos. Asintiendo con la cabeza, añadí—: Solo esta vez.

¡*Ménage à trois*, aquí voy!

—Pero solo si nos presentas a tus amigos —interrumpió Billie, con la vista fija en el de barba desaliñada y expresión ligeramente aburrida en el rostro. No obstante, su otro amigo... *ooh la la*.

Mis ojos volvieron a Byron, algo en él me atraía.

—Esta es mi hermana. —La presenté—. Billie.

Arqueó una ceja y apenas la reconoció. No es que quisiera que la ignorara, mas el hecho de que pareciera más centrado en mí me ponía nerviosa.

—Este es mi hermano, Winston. —Inclinó la cabeza hacia el hombre que estaba directamente a su derecha, y si estudiaba bien sus rasgos, podía ver el parecido. Los mismos ojos. La misma barbilla. Cabello oscuro—. Y este es mi amigo River.

Suspiré soñadoramente. River tenía el cabello soñado por cualquier mujer. Nunca me gustó la melena larga en los hombres, mas había algo en la forma en que él la llevaba: Limpia y Fuera de su rostro. Tan *sexy*. Los mechones ondulados que caían justo debajo de su barbilla. Lo suficiente para pasar mis dedos.

«*Aunque no es tan sexy como mi señor Ashford*», pensé en silencio.

Asentí con la cabeza.

—Encantada de conocerlos.

—Lo mismo digo —respondió River, sonriendo y mostrando una dentadura perfecta—. ¿Qué te trae a Francia?

—Vivimos aquí —contestó mi hermana antes de que pudiera abrir la boca—. Bueno, yo sí. Maddy suele estar en Estados Unidos, asiste a la universidad para obtener su carrera en medicina.

Noté que Byron fruncía el ceño, probablemente porque Billie me llamaba Maddy cuando él me conocía como Odette. Solo mis amigos íntimos me llamaban Maddy. Era la abreviatura de Madeline, que era mi segundo nombre.

—¿Y tú? —inquirí con curiosidad—. No estás aquí *solo* por el sol y el mar —agregué suavemente.

River y Winston se perdieron la broma, pero los labios de Byron se curvaron en una sonrisa. Las mariposas volvieron a despegar. ¿Por qué nunca había sentido esas mariposas?

—Trabajo —replicó Byron vagamente.

Alcé una ceja.

—¿Y qué es el trabajo? —Curioseé—. Algo aburrido, supongo.

River se rio entre dientes.

—Puedes llamarlo así.

Byron nunca contestó.

Capítulo Cuatro

Byron



Mi hermano tenía una sonrisa de suficiencia en la cara que intentaba ocultar. Quería borrarla del rostro con el puño. Creía que lo tenía todo claro en su estado de embriaguez. No sabía una mierda.

—No todos podemos tener carreras médicas emocionantes —indiqué secamente. No diría que mi carrera era aburrida, exactamente. Después de todo, dirigíamos un imperio, pero si no había oído hablar de la familia Ashford, prefería dejarla en la oscuridad. Era realmente refrescante encontrarse con una mujer que no tenía ni idea de quién era.

Odette soltó una suave risita.

—Así que me estás diciendo que eres aburrido, ¿eh?

—Nunca dije eso —rebatí—. No saques conclusiones precipitadas.

Puso los ojos en blanco, claramente poco impresionada.

—Bueno, cualquier cosa aburrida que hagas para ganarte la vida debe ser un secreto ya que te niegas a compartirlo.

—Soy un hombre de negocios—pronuncié, sin concretar.

Sus labios se curvaron en una mueca.

—Vaya, es incluso peor que aburrido.

Winston y River se rieron y necesité toda mi fuerza de voluntad para no romperles el cráneo y dejarlos inconscientes. El público era realmente inoportuno en ese momento.

—Bueno, he oído que Francia es un país libre, así que tienes derecho a sentirte como quieras.

—Mi tono fue más agudo de lo que pretendía. Por el amor de Dios, esta mujer me hacía perder el temperamento por el que era conocido.

Sorprendida por mi tono cortante, me lanzó una mirada curiosa. Casi como si intentara descifrarme como si fuera su próximo rompecabezas. Luego, se encogió de hombros y no pude evitar preguntarme qué estaría pasando por su cabeza.

—Bueno, supongo que ha sido un placer volver a verte —dijo Odette, o era Maddy, intercalando la vista entre River y yo. Si hubiera sido cualquier otra mujer, no me habría importado. Pero a ella... no quería compartirla. No quería que nadie la mirara.

Sin embargo, esta mujer quería un *ménage à trois*, según la conversación que escuché entre ella y su hermana.

Hice crujir los nudillos bajo la mesa mientras observaba su espalda desnuda alejarse de mí,

manteniendo el rostro inexpresivo todo el tiempo. Una pizca de debilidad y Winston estaría sobre mí como un perro con un hueso. ¡Cabrón!

—Parece material para casarse —comentó Winston.

Le lancé una mirada fulminante. Algún día podría matarlo de verdad. El matrimonio nunca estuvo en mi lista de cosas por hacer. Por supuesto, a nuestro padre se le había metido en la cabeza últimamente que uno de sus hijos debía casarse. Y, por eso, toda la atención estaba puesta en mí, ya que era el mayor.

Preferiría cortarme la verga con un cuchillo de mantequilla que casarme con alguien para apaciguar a mi padre.

Ya tenía la vista puesta en quién debería ser también. Como si fuera a pasar. Nicki Popova era la última persona en la tierra con la que me casaría. Preferiría aplastarme la polla con una puerta que conectar a mi familia con la suya. La familia Popov tenía una larga historia en la política y una lista de conexiones aún más larga. La nuestra solo había estado en la política durante dos generaciones. Mi abuelo se aventuró en ella, y su hijo, mi padre, siguió sus pasos. El abuelo tenía moral y normas; mi padre no. Vendería su alma al diablo para conseguir lo que quería.

La presidencia.

—Adorable, inteligente, joven. Si no la quieres, la tomaré. —A Winston le encantaba sacarme de quicio. Era su especialidad—. A menos que prefieras casarte con Nicki.

—¿Quieres callarte, Winston? —Me bebí el coñac de un trago. Solo en pensar aprisionarme en un matrimonio con Nicki me provocaba urticaria.

—¿Qué? —Mi hermano levantó su bebida—. Por el amor, el matrimonio y los niños.

Podía ver a través de él. Me presionaba para que me casara, así no había peligro de que mi padre lo hiciera con él. Ni siquiera estaba seguro de por qué se preocupaba. Ninguno escuchaba las tonterías que decía papá. El senador Ashford no era alguien a quien admirar y ninguno de nosotros hacía caso de sus consejos. Había estado más que contento de esparcir su semilla, abandonar a Alessio y Davina, dos hijos que tuvo fuera del matrimonio, y nunca perdió el sueño por ello. Incluso antes de que mamá muriera, no estaba mucho a nuestro alrededor, dejando a mis hermanos a mi cuidado. Podría haber perdonado todo eso, pero no lo que nos costó. Nuestro hermanito, Kingston, y casi a nuestra hermanita.

Padre perdió su posición de cabeza de la familia cuando Kingston desapareció, aunque hasta hacía poco supimos con certeza que se debía a sus “tratos” con la mafia. Nuestra familia se mantuvo unida solo por las apariencias y para garantizar que nuestro imperio permaneciera intacto.

—¿Estamos pensando en casarnos? —indagó River.

—Yo no —aseguró Winston sin expresión—. Byron sí. Nicki se habría casado con él, pero la echó del barco antes de que intentara matarlo con somníferos. Así que queda fuera de la posición.

«Respira, Byron. Respira».

—Ya sabes lo que pienso de esa mujer.

Nicki no era material para el matrimonio. En. Absoluto. Sospechaba que papá esperaba el apoyo de Popov para ayudar a su campaña de reelección. Simplemente se negaba a renunciar a su sueño de convertirse en el próximo presidente de los Estados Unidos. De ninguna manera permitiría que mis hijos o mi esposa pasaran por eso. Cazafortunas o no.

—He oído... que el matrimonio es la felicidad —dijo Winston con una amplia sonrisa.

—Entonces cástate, Winston —declaré con tono monótono.

Últimamente, había tantos putos días en los que apenas podía tolerarlo. Lamentablemente, era mi hermano, así que tenía una obligación.

—Me casaría con *ella* —insistió mi hermano, inclinando la barbilla en dirección a Odette—. Esos ojos con reflejos de oro. Esa sonrisa. ¿Y una futura doctora? Demonios, podría dejar de trabajar y ella me mantendría.

Winston tenía dinero suficiente para durarle diez vidas.

No es que lo dejaría acercársele a Odette Swan. Esa mujer marcaba todas las casillas para mí. Mente aguda. Una figura menuda. Ojos en los que podía perderme. Había algo idealista y angelical en ella, incluso cuando era sarcástica.

Sí, me sentía atraído hacia ella. Desde sus primeras palabras supe que estaba perdido, pero ¿podían culparme? Era hermosa, inteligente, y tenía un carácter de acero.

Mi mirada se desvió hacia la mujer. Algo en ella me atraía. No sabría decir qué. Tal vez era la vulnerabilidad en sus ojos. O tal vez la soledad que intentaba ocultar tras su gran sonrisa, algo que conocía muy bien.

La vi bailar con su hermana, levantando las manos, con la cara radiante de risa y picardía. Me costaba apartar los ojos de sus caderas, de la forma en que se movían.

Aprecié sus suaves piernas desnudas. Se me calentó la sangre en las venas, se me endureció la polla y me entraron ganas de tocar su piel. Me pregunté si su cabello hasta la cintura sería tan suave como parecía. Joder, deseaba a esta mujer. No recordaba haberme sentido así antes.

No quedaba rastro de la profesional responsable del hospital. En su lugar había una joven sensual que sabía exactamente lo que hacía.

Se veía bien. Hermosa. Iba arreglada en comparación con otras mujeres en este lugar y eso la hacía destacar aún más. Tal vez era exactamente eso lo que me gustaba. Podría admitirlo.

Me gustaba. Al diablo los años que nos separaban.

Un tipo a su lado le gritó:

—¡Bonito culo! Muévete más rápido, no tengo toda la noche.

Ni siquiera le dedicó un vistazo, tan solo le sacó el dedo medio por encima del hombro. Me le acerqué despreocupadamente y le di un golpe en la cabeza. Volví a centrarme en ella. Nuestras miradas se cruzaron, aun así, siguió moviéndose. Más espacio. Más sensual.

La picardía bailaba en sus ojos. El tiempo se detuvo. Esperé. No sabía qué. Pero entonces alguien chocó con ella y el momento se perdió. Encogiéndose de hombros, como si me ignorara, se dirigió al bar. La vi hablar con el *bartender* justo cuando un francés de aspecto de fraternidad le agarraba el trasero.

¿Acaso esa mujer no podía pasar un solo minuto sin que los hombres cayeran rendidos a sus pies?

Mis hombros se tensaron y al segundo siguiente caminé entre la multitud. Algo oscuro se enroscó en mi estómago. Lo vi inclinarse hacia ella, ignorando por completo su espacio personal, y susurrarle algo al oído. Aunque ella le retiró la mano de su trasero, era evidente que el idiota no captaba la indirecta.

Se le acercó con el ceño fruncido, pero antes de que pudiera tocarla, me abalancé sobre su muñeca y se la retorció.

—Creo que la dama dijo que no. —Lo miré fijamente a través de mi rabia.

Este desgraciado tenía una de esas caras perfectas de modelo, sin embargo, la arrogancia de su expresión la arruinaba por completo.

—Es mi novia.

Me quedé quieto, no obstante, antes de que pudiera decir algo y convertir esta relación en cenizas, Odette siseó con frialdad:

—*Exnovia*.

«*Gracias a dios*».

No me habría gustado tener treinta y tantos y recurrir a métodos sucios para romper una pareja. Por la conversación con su hermana que había escuchado, sabía bastante. Este tipo no era lo suficientemente bueno para ella.

Odette lo miró fijamente.

—Ya te lo dije antes, no doy segundas oportunidades. Para nada ni para nadie. No me molestes más.

La ira irradiaba de cada una de sus palabras y de cada uno de sus poros. Esta mujer era impresionante. No me extrañaba que me gustara.

—Ya oíste a la dama —declaré, mi tono rivalizando con la voz ártica de Odette—. Piérdete. Se burló.

—Se está haciendo la dura —se mofó—. Maldita puta.

Mi expresión pasó de agitada a homicida. Lo agarré por la camiseta barata y lo tiré al suelo. Luego le rodeé la garganta con la mano y apreté mi agarre. Un gemido se escapó de sus labios. Así que apreté un poco más. Estaba a punto de darle un puñetazo y estropearle aquella cara de modelo cuando unos dedos suaves y fríos me rodearon el bíceps.

—No vale la pena —sugirió en voz baja, sacudiendo la cabeza. Estábamos atrayendo público.

Volví a centrar mi atención en su ex.

—Discúlpate —demandé. Murmuró algo ininteligible—. No la hemos oído. Discúlpate con la dama. —Su cara enrojeció, mas quería parecer más duro de lo que era. Por la expresión en sus ojos vi que estaba pensando en decir una estupidez, así que le ofrecí una oportunidad más—. Última advertencia. Después te daré un puñetazo y dejaré una cicatriz en esa cara bonita.

Eso lo hizo reconsiderar sus palabras.

—*Désolé* —murmuró en francés, con los ojos brillantes con odio.

—No te *oímos* —repetí, apretándole un poco más la garganta. Este tipo nunca volvería a modelar. Me aseguraría de ello. Mi sonrisa contenía una oscura amenaza, y dejé que la viera toda.

—*¡Désolé!* —Esta vez, gritó la palabra. Aflojé mi agarre—. Lo siento, de acuerdo —gimoteó. Lanzó una mirada temerosa en mi dirección, con la cara enrojecida por el pánico.

—¿Es suficiente su disculpa? —le pregunté a Odette. Necesitaba que entendiera que sería la última vez que se le acercaría, si tenía algo que decir al respecto.

—Sí, es suficiente. —Los dedos de Odette se apretaron alrededor de mi bíceps—. Vamos, señor Ashford. Baile conmigo.

Jesucristo. ¿Acaba de llamarme señor Ashford?

Solté al cretino y di un paso atrás, pasándome una mano por la mandíbula. Joder, ¿cuándo fue la última vez que perdí así la cabeza?

El tipo desapareció antes de que pudiera decir lárgate. Volví a centrar mi atención en Odette. Me dedicó una amplia sonrisa y algo en mis entrañas pataleó al verla. Era hermosa, pero cuando sonreía era impresionante.

—Bien, señor Ashford. —Sonrió, tomando mi mano entre las suyas. Mi otra mano la rodeó y

descansó en la parte baja de su espalda, acercándola a mí—. No me diga que no soporta a la gente grosera y malhumorada.

—*Touché* —reconocí—. Debería disculparme por eso.

Sus ojos brillantes encontraron los míos y su sonrisa se hizo más amplia.

—Debería, señor Ashford.

—Por favor, llámame Byron.

Sonrió.

—Solo después de que te disculpes.

—Doctora Swan...

—No. —Me cortó, poniendo los ojos en blanco—. El doctor Swan es mi padre. Soy Odette.

Mis amigos me llaman Maddy.

—¿Por qué te llaman Maddy?

—Es la abreviatura de Madeline. Mi segundo nombre.

Resoplé.

—Entonces te llamaré Madeline.

Arrugó las cejas.

—¿Por qué no Maddy?

Me incliné más hacia ella, el aroma de las manzanas me llenaba los pulmones.

—Porque no soy tu amigo. Voy a ser el hombre que te folle hasta dejarte sin sentido y te haga olvidar a tu ex y ese *ménage à trois* que crees que quieres.

Su aguda inhalación llenó el espacio entre nosotros. Su cuerpo estaba pegado al mío, apretándose contra mí. Por el color en sus mejillas y la forma en que tragó saliva, me di cuenta de que también sentía esta atracción. Sus ojos brillantes encontraron los míos, con un dorado más pronunciado.

—¿Está seguro de estar a la altura, señor Ashford? —El desafío brillaba en su mirada y en la forma en que inclinaba su barbilla besable. Apostaba a que hacía lo mismo cuando era testaruda.

Nuestras miradas se cruzaron. La atracción bailaba. No podía ser el primer hombre que caía tan espectacularmente a sus pies. Era preciosa, con un rostro y un cuerpo que podrían tentar al mismísimo diablo. Ninguna mujer había conseguido nunca acelerar tanto mi ritmo cardíaco, y mucho menos tan rápido. Hasta que esta estudiante de medicina entró por la puerta.

—Byron —corregí—. No quiero escucharte gritar señor Ashford más tarde. Ese es mi padre.

Sus mejillas se tiñeron de carmesí y abrió la boca. Tuve que ejercer todo mi autocontrol para no aplastar mis labios contra los suyos. Ya estaba tentado de sacarla de aquí y tenerla para mí solo el resto de la noche.

—Escuché tu conversación con tu hermana —dije—. Si quieres tachar un *ménage à trois* de tu lista de deseos, te lo daré. Pero solo con una condición.

Parpadeó y su rubor se extendió por su escote, desapareciendo en su vestido. Aun así, no apartó la vista.

—¿Cuál es la condición? —Respiró suavemente.

—Después, te tendré toda para mí, y me dejaras demostrarte que solo necesitas un hombre para satisfacer todos tus deseos.

En su expresión brilló la diversión y arqueó una ceja.

—¿Y quién podría ser ese hombre?

—Yo, Madeline —declaré—. Solo me necesitarás a mí.

Capítulo Cinco

Odette



S entí mis mejillas sonrojarse y sonreí ampliamente mientras lo observaba, dejando que mis ojos recorrieran libremente su rostro.

—Byron, entonces —enuncié inexpresiva, mientras el corazón amenazaba con salirseme del pecho. Su fuerte cuerpo estaba tan cerca de mí. Su aroma inundó todos mis sentidos. Olía bien, a cítricos y sándalo, todo envuelto en sexo. Era todo hombre—. Y no me olvidaré de gritar el nombre correcto.

Fingí la confianza que realmente no tenía en ese preciso momento. Mi hermana tenía de más, sin embargo, yo solía ser la reservada. Esta noche no. Tal vez nunca más. Este hombre lo sacaba todo de mí. Al diablo con la cautela y la inteligencia: no quería perdérmelo.

—Bien —dijo, con la vista fija en mis labios mientras seguíamos balanceándonos al ritmo de la música—. Estoy deseando oír tu voz ronca cuando lo grites por enésima vez.

Tenía la confianza suficiente por los dos. Realmente me gustaba esa cualidad. Tal vez no en todos los hombres, pero algo me decía que él podría cumplir su promesa.

—¿Se te ha ocurrido pensar que tal vez tú grites *mi* nombre? —lancé, fingiendo inocencia y frunciendo exageradamente el ceño.

En su favor, me siguió el juego. Ladeó la cabeza, considerando mi pregunta.

—Tienes razón, Madeline, no se me había ocurrido. No obstante, lo que puedo garantizarte, es que estarás gritando primero. *Siempre primero*.

Me quedé boquiabierta. El hombre no era en absoluto lo que esperaba. Sacudí la cabeza, conteniendo a duras penas la sonrisa. A ese paso, acabaríamos en la esquina antes de que terminara la canción. Las palpitaciones entre mis muslos se intensificaron con aquellas imágenes. No me importaría en absoluto. Y si su amigo River se nos unía, sería el paquete completo.

Mis ojos se desviaron hacia su amigo, cuya mirada ya estaba fija en nosotros, pero algo en Byron me atrajo de nuevo hacia él. Era como si cada célula de mi cuerpo lo necesitara. Era emocionante y ligeramente aterrador.

La mirada de Byron se clavó en River y le hizo un gesto con la cabeza, lo que hizo que River se pusiera en movimiento.

—¿De qué se trata eso? —escudriñé con curiosidad.

Sonrió sombríamente. Pecaminosamente.

—Le dije que haríamos esto.

El corazón me dio un vuelco y el pulso me retumbó en los oídos. Casi se me cortaba la respiración. Tragué saliva, intentando controlarme y no actuar como una niña tonta y emocionada.

—¿De verdad te quedaste dormido mientras tomabas el sol? —Era más seguro cambiar de tema. Todo mi cuerpo zumbaba con expectación, y realmente esperaba que cumpliera. Hacía más de nueve meses que no tenía sexo.

—Eso fue lo que pasó —respondió. Me burlé suavemente y frunció el ceño—. ¿Por qué parece que no me crees?

Me incliné para que mis labios rozaran su oreja y comenté:

—No te creo. No eres de los que se quedan dormidos.

—¿No lo soy? —Su voz se llenó de interés mientras me apretaba más contra él. La música a nuestro alrededor sonaba a todo volumen, pero sentía cada una de sus palabras en mi cuello.

—No, no lo eres. —No había ni una pizca de duda en mi voz—. No eres lo suficientemente relajado.

Arrugó el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Eres demasiado... —Busqué la palabra adecuada—. Demasiado intenso. Nunca te quedarías dormido en una silla. En un avión. En una playa. En cualquier sitio, de hecho.

Sonreí mientras me daba la vuelta y me atraía de vuelta a él, los cuerpos que se amontonaban a nuestro alrededor eran prácticamente inexistentes.

—¿Estoy en lo correcto? —No pude resistirme a preguntar.

Se detuvo un momento.

—Tal vez —contestó crípticamente.

No pude resistirme a rodar los ojos.

—Tengo mucha razón —indiqué—. Te leo como un libro abierto.

Eso pareció divertirlo.

—De acuerdo —cedió—. Ya que me lees como un libro abierto. ¿Cuál fue mi primera impresión de ti?

Me reí entre dientes.

—Teniendo en cuenta tu cálido recibimiento, debió haber sido fabulosa.

—¿Quizá me cegó tu belleza y odié que alguien tan hermosa me tomara la presión arterial?

Resoplé.

—De alguna manera lo dudo. Pero sígueme la corriente. —Nuestros cuerpos se movían como uno solo en la pista de baile. Nunca adivinarías que no habíamos bailado juntos antes—. Dime, ¿cuál fue tu primera impresión?

—Lo primero que pensé fue cuánto me gustaría quitarte ese uniforme blanco y reluciente. Y entonces me fijé en los hoyuelos de tus mejillas. Cuando sonreíste, caí de rodillas a tus pies.

Me reí entre dientes, negando con la cabeza y sintiendo cómo se me sonrojaban las mejillas. Aunque estaba segura de que me había puesto roja, me negué a ponerme nerviosa con sus cumplidos. Debía de tener a su disposición muchas mujeres hermosas todos los días. Me costaba imaginar que alguien pudiera impresionarlo.

Mantuve mi voz ligera, ocultando el efecto que tenía en mí.

—O has estado aislado sin una mujer a la vista durante bastante tiempo.

Se rio entre dientes. Sinceramente, era chocante verlo tan relajado.

—Tu turno. —Enarqué una ceja, preguntándome a qué se refería—. Tu primera impresión de

mí.

Solté una risita. Ciertamente esperaba que no estuviera buscando un cumplido.

—Pensaba que eras un imbécil. —Medio me burlé—. Un viejo idiota cascarrabias.

Me dedicó una sonrisa ladeada, que lo hacía parecer más joven. Sonreí, mareada por el coqueteo.

—De viejo y gruñón, nada. Todavía se me para.

Me eché a reír. Era lo último que esperaba oír salir de su boca.

—¡Señor Ashford! —solté sorprendida por su comentario—. Así no se le habla a su pareja de baile.

Me miró, con toda nuestra alegría anterior borrada de su cara.

—Pero no eres solo mi pareja de baile, ¿verdad?

—Oh, de verdad. ¿Qué soy?

—Cariño, eres una mujer que pretendo tener tirada en mi cama y gritando mi nombre.

Sentí como si todo el aire hubiera salido de la habitación. Con el corazón latiendo fuertemente, susurré, apenas lo bastante alto para que me oyera:

—Eso es terriblemente presuntuoso.

Sus ojos bailaban con picardía.

—Solo expongo los hechos.

Me acercó más. Dios, se sentía bien. Cálido. Duro. Grande.

Mi pulso se aceleró. Irradiaba calor, cada centímetro de su enorme musculatura rozaba mi cuerpo suave, y tuve que luchar contra el impulso de presionarme contra él.

—No puedo decidir si eres una buena o mala idea —reflexioné contra su pecho, con los párpados pesados. Estaba cayendo bajo su hechizo.

Sentí su sonrisa más de lo que la vi.

—Definitivamente soy una buena idea. —Agachó la cabeza, su boca rozando mi sien—. La mejor que tendrás.

Sonreí suavemente mientras el aire se arremolinaba entre nosotros, sorprendida por lo encantador que me estaba pareciendo. Normalmente, me burlaría de un hombre tan engreído. Pero realmente tampoco coquetearía con un perfecto desconocido ni me atrevería a pedirle un trío.

Mis mejillas ya debían de estar ardiendo.

Siempre había sido una chica buena. La responsable. Mi ex incluso me llamaba *vainilla*. Eso era llevarlo demasiado lejos, pero desde luego no era mi hermana. De cualquier manera, un *ménage à trois* nunca había pasado por mi mente. No hasta que Pierre me dejó, y en ese instante, lo deseaba más que nada.

Como venganza. Como revancha. Mas, sobre todo, por mí. Mi placer.

Se me había presentado la oportunidad de tener uno y no iba a desaprovecharla. De alguna forma, en el fondo, sabía que estaba a salvo con él. Sabía que se aseguraría de que disfrutara cada minuto. Me daría mi placer antes que el suyo. No sabía cómo; simplemente lo sabía.

—¿Estás preparada para renunciar al control, Madeline? —Un escalofrío me recorrió la espalda al escuchar sus palabras. El hombre aún no me había besado y el placer viajaba por mi cuerpo. Me ahogué en sus profundos ojos azules. Eran oscuros, me recordaban a lo más profundo del océano.

Las palabras de Byron me hicieron sentir viva. Experimenté como si un cable vivo zumbara a través de mí, y la electricidad no se detendría hasta que lo tuviera. A los dos.

Esta noche, era una mujer diferente. Pervertida y traviesa, muy lejos de ser *vainilla*.

Se acercó más y me pasó el brazo por la espalda. Su contacto eléctrico me estremeció el cuerpo y se me entrecortó la respiración.

—Puedes decir que no —susurró seductoramente. Su voz era ronca. Áspera. Cautivadora. Y estaba funcionando.

—No voy a decir que no. —No había ninguna posibilidad. Este tipo de hombre aparecía una vez en la vida. No me importaba si me daba una noche o un mes; aprovecharía la oportunidad y disfrutaría cada maldito segundo—. ¿Me deseas?

A pesar de mi creciente confianza, sentí brotar mis viejas inseguridades. Toda la noche me sentí como si hubiera estado interpretando un papel, y no tenía ni idea de dónde venía la valentía. O aquel lado coqueto. Tal vez solo estaba esperando a este hombre para salir a flote. Pero, aun así, necesitaba oírlo decir las palabras.

Byron me apartó un mechón de cabello del hombro. El roce me aceleró el pulso. A ese ritmo, el corazón se me pararía cuando por fin me desnudara.

—No tienes ni idea de cuánto. —Ronroneó. Su colonia era embriagadora. Su barba incipiente me rozó la mejilla como papel de lija, y mi mente creó inmediatamente imágenes de él entre mis piernas, comiéndome mientras su barba rozaba mi suave piel—. Pero te advierto que no me gusta compartirte con otro hombre.

Incliné la cabeza.

—¿No has hecho esto antes?

—Lo he hecho.

La sorpresa me invadió.

—Entonces por qué...

Bajó la cabeza hasta que su boca se acercó a mi oreja. El corazón me dio un vuelco y me aferré a sus hombros como si necesitara que me centrara.

—Porque contigo me siento demasiado posesivo para ver cómo te toca otro hombre. Aunque sea River, en quien confío con mi vida. —Un grito ahogado salió de mis labios ante su admisión. Por alguna razón, no creía que fuera tan abierto y franco—. No obstante, por ti, lo intentaré. Aun así, no te sorprendas si después le doy una conmoción cerebral. Tengo que asegurarme de que no te recuerde, cómo te sientes, los sonidos que haces.

Su voz era grave y ronca. Pasó un largo rato antes de que girara la cabeza y buscara mi mirada, con sus ojos ardientes. Mi piel estaba demasiado caliente para ser cómodo y respiraba entrecortadamente.

—De acuerdo.

—¿Estás lista?

Tragué saliva mientras la excitación me recorría por dentro.

—Estoy lista —suspiré mientras el corazón me golpeaba contra las costillas. Me quedé viendo sus labios carnosos, preguntándome, no, deseando tenerlos sobre mi piel—. Muy preparada.

—Entonces vámonos. —Dejamos de bailar y esos labios se extendieron en una sonrisa oscura. Llena de secretos. Llena de promesas.

—Déjame decirle a mi hermana que no me espere. —Dios, ¿esto estaba pasando de verdad? Me ardían las mejillas ante la insinuación de que pasaría la noche con él. Me lamí los labios nerviosamente, y sus ojos siguieron el movimiento—. A menos que no dure toda la noche.

Maravilloso, en ese momento sonaba como una virgen inexperta.

—Durará tanto como tú quieras. —Su voz se deslizó sobre mi piel—. Espero que mucho más que una noche.

Dios. Mío. Sí. Por favor.

—Mañana tengo el turno de la tarde —informé con picardía, insinuando que estaba dispuesta a prolongar mis aventuras sexuales.

—Tu hermana está sentada con mi hermano —avisó, sus ojos parpadeando sobre mi hombro—. Iremos a decirles que no nos esperen despiertos. ¿Vamos?

Me tendió la mano y la tomé, como si fuera lo más natural del mundo. Como si lo hubiera hecho un millón de veces. No lo había hecho. Pierre fue mi primer novio. Mientras a Billie le gustaba experimentar, a mí me gustaba la estabilidad. Pero esta noche, sería una mujer de mundo.

De acuerdo, quizás eso era ir demasiado lejos.

Llegamos a la mesa, Winston y Billie estaban en una animada discusión.

—Oye, *me voy* —le anuncié a mi hermana en francés, con las mejillas sonrojadas.

—También me iré —anunció Byron—. Igual River.

El calor me recorrió el cuerpo y apreté los muslos. ¿Nos estaba esperando? ¿Estaba listo para nosotros? *Oh. Mi. Dios.* Estaba tan preparada para ellos, para ambos. Se sentía tan prohibido. Arriesgado.

—De acuerdo. —La respuesta de mi hermana fue cortante. Winston ni siquiera se molestó en prestarle atención a su hermano.

Los ojos de Billie se encontraron con los míos, aquellas pecas de su nariz y de sus mejillas más pronunciadas. El hermano de Byron debía de haberla enfadado. Era la única vez que sus pecas resaltaban así.

—¿Estás bien?

Parpadeó, respiró hondo y exhaló. Repitió el movimiento y solo entonces contestó.

—Sí, todo está *parfait*.

Sí, nada estaba perfecto. Le eché un vistazo a Winston. Parecía distante, casi gruñón. ¿Cuál demonios era su problema? Antes me recordaba a Byron cuando entré por primera vez en la habitación del paciente, pero en ese momento no estaba tan segura.

Billie y Winston compartieron una mirada fugaz, pero ambos apartaron rápidamente la vista. *Hmm.* Decidí archivar ese pensamiento para otro día.

—¿Quieres que me quede contigo? —Ofrecí, a pesar de que sería difícil renunciar a mi oportunidad de un *ménage à trois*. Por primera vez en mi vida, *quería* ser egoísta.

—Absolutamente no. —Se levantó de su asiento—. Volveré a mi mesa. —Se me acercó y me dio un beso en la mejilla—. Te veré luego. Cuídate.

Y con eso, se escabulló hacia donde estaban sentados todos nuestros amigos. Dejé escapar un suspiro de alivio. Eso fue más fácil de lo que pensaba.

—Vámonos.

La palabra de Byron me erizó la piel. Mi corazón se aceleró. Asentí y, sin decir nada más a su hermano, nos dirigimos a la parte trasera del bar. Fruncí el ceño. Esperaba que no pensara que me iba a quitar la ropa en un rincón.

—Tenemos una *suite* arriba —explicó como si leyera mis pensamientos. Aunque sabía que el bar estaba conectado a un hotel, era tan lujoso que nunca me había alojado allí—. Pensamos que conseguir una habitación sería más rápido que volver a mi yate.

Me acercó más, sin soltarme la mano y utilizando su cuerpo grande y musculoso.

Atravesamos el abarrotado bar y nos dirigimos hacia los elevadores que conectaban con la parte trasera del hotel. River esperaba allí, apoyado en la puerta del ascensor. A medida que nos aproximábamos, parecía que nos acercábamos al dominio del pecado. Metafóricamente, por supuesto.

—Hola, Odette.

—Hola, River. —Respiré.

¡Santo cielo! «*Estoy haciendo esto. Lo estoy haciendo de verdad*». Tragué con fuerza. Fluyó la adrenalina. Mi corazón se aceleró.

Los dedos de Byron me acariciaron los nudillos y mi piel cantó bajo un tacto tan simple. Me moría de ganas de ver qué pasaba cuando me tocara en otra parte. Sentí un hormigueo de anticipación.

Su confianza emanaba de él. No sofocante, sino de la forma adecuada. No necesitaba transmitirlo, y lo sabía. Tal vez era eso lo que era mi afrodisíaco.

Mi cuerpo zumbaba y mis labios se entreabrieron, esperando.

Me soltó la mano cuando entramos en el elevador y me agarró firmemente por la cintura.

Ding. La puerta del ascensor se cerró tras nosotros.

Tragué saliva con brusquedad y levanté la cara hacia Byron. Estudié su mandíbula cincelada. Su rostro. Sus labios. Sus ojos.

Pero ni siquiera parpadeó. Estaba esperando que diera el primer paso.

Así que, lo hice, acortando la distancia entre nosotros con impaciencia.

Capítulo Seis

Byron



River se apoyó despreocupadamente contra la pared, sus ojos penetrantes fijos en nuestra pequeña mujer. No, no *nuestra*. Era *mía*.

Inhalé profundamente y luego exhalé. River me miró y asentí con la cabeza.

Pulsó un botón y detuvo el elevador, sin dejar de observarla. Había calor en su mirada, y demonios, no me gustaba. En el pasado, nunca me importó compartir una mujer con él. Hacíamos apuestas y, con un poco de astucia y estrategia, seducíamos a nuestra presa. Ganábamos todos. Ella obtendría el mayor placer de su vida, y nosotros conseguíamos mantener nuestras cicatrices fuera de la vista.

Excepto que esta vez, el plan de seguir con el trío de Odette podría haber sido contraproducente. Había visto mis cicatrices, y no creí que le importaran. Las vio todas, y, aun así, el deseo llenó su expresión. Todavía me quería, aunque no solo a mí.

Maldición, los celos me corroían.

Supongo que había una primera vez para todo.

«*Esto es para Odette*», me recordé.

Nunca lo había hecho. Era natural que sintiera curiosidad. Acortó la distancia, su suave cuerpo apretándose contra el mío. Había fuerza en ella. Valentía. Pero también algo vulnerable que me atraía. Me hizo querer protegerla, me hizo querer que ella lo disfrutara.

River se acercó por detrás y le apartó suavemente los mechones rojos del cuello. Un visible escalofrío recorrió su cuerpo pequeño; sin embargo, su atención no se apartó de mí. ¿Me deseaba tanto como yo a ella?

Acaricié sus mejillas y acorté la distancia que nos separaba. Mis labios se acercaron, apenas a un suspiro.

—¿Lista, mi seductora?

Levantó la barbilla, con deseo empañando en sus hermosos ojos.

—Sí. —Su voz era apenas un susurro. Una súplica necesitada.

Mis labios apenas rozaron los suyos cuando un suave gemido vibró en su grácil cuello. *Por Dios*. Era el sonido más dulce que jamás había escuchado. Bajé las manos por su cuerpo y sentí cómo se retorció ante mis caricias.

La boca de River estaba en su cuello. Echó la cabeza hacia atrás para apoyarla en su hombro, permitiéndole un mejor acceso. Y, aun así, sus ojos estaban sobre mí. Exquisitos. Hambrientos.

Mi mano izquierda viajó hacia el sur desde su cintura, hasta encontrar el dobladillo de su falda. Las manos de River recorrieron su espalda antes de detenerse en su precioso trasero, apretándolo. Un grito ahogado salió de sus labios y se arqueó, empujando sus pechos hacia mí.

Su cabeza cayó hacia delante, apoyando la frente en mi pecho. Apenas había distancia entre Odette y mi excompañero militar. Entre ella y yo. Los dos sabíamos cómo proporcionar un placer alucinante a una mujer curiosa. River me miró mientras le recorría el cuello con la boca. Había duda en sus ojos, preguntándose si estaba bien.

Aunque esto no se trataba de mí. Era para Odette, por mucho que quisiera echarlo a patadas y quedármela para mí. Asentí sin decir palabra cuando la mano de River apartó su roja melena, rozando con besos el borde de sus hombros.

Mis dedos subieron por el interior de sus muslos hasta llegar a sus pliegues. Le acaricié el coño y se quedó sin aliento.

Me quería y me *necesitaba* ahí.

Levantó la cabeza, me miró a la cara y separó ligeramente sus labios. Era la viva imagen de la lujuria. Y sus iris, con motas de oro que brillaban aún más.

—P-por favor —suplicó, con la voz entrecortada y necesitada. Sus caderas se arqueaban ante mis caricias, moviéndose y necesitando fricción. Le rocé con los dedos los pliegues empapados, la fina tela de su tanga era lo único que me separaba de su coño.

Cuando River le recorrió la nuca con la boca, ella se agarró a mis hombros y sus dedos se enroscaron en mis bíceps.

Acerqué mi boca a su pecho, mientras mis dedos seguían acariciando su entrada. Sus gemidos llenaron el espacio.

Sus delicados dedos se introdujeron en mi cabello y lo agarraron mientras dejaba caer besos a lo largo de su escote. Saboreé su sabor, el aroma a manzanas que se arremolinaba en mi nariz y hacía palpar mi verga. Era embriagadora.

Aparté sus bragas y mis dedos rozaron sus pliegues, encontrando su clítoris.

—Byron, ohhh...

Pasé mis labios por su cuello, besando el hueco de su garganta. Lamiéndola. Mordisqueándola. Por el rabillo del ojo, vi la mano de River enredada en sus mechones rojos y su boca besando el borde de sus hombros desnudos, su mano rozando su brazo lentamente, arriba y abajo.

Se retorció. Gemía. Jadeaba.

En épocas anteriores, River siempre era el que se aseguraba de que las mujeres que llevábamos a nuestra cama se sintieran queridas, aumentando su placer con sus caricias, sus palabras susurradas. En cambio, yo siempre fui del tipo que se las follaba y las abandonaba.

Con Odette, quería darle placer, susurrarle cosas dulces y darle mi todo. Follármela, pero nunca dejarla. Era así de adictiva. Ni siquiera podía precisar qué era lo que me había atraído de ella tan rápidamente. Había pensado que podía ser su belleza, mas también el hecho de que no se disgustara ante mi espalda llena de cicatrices, y el hecho de que tuviera agallas y me regañara sin pensárselo dos veces. Si bien no estaba seguro, sabía que la deseaba como a ninguna otra mujer.

Mis dedos rodearon su clítoris. Se estremeció y sus pequeños gemidos me dijeron que le gustaba. Su cuerpo se retorció entre River y yo, aun así, no me quitaba la vista de encima. Siempre en mí. Como si estuviéramos solos.

La palma de mi mano se rozó contra su coño hasta que su respiración se entrecortó.

—Más —demandó, y esa sola palabra casi me hizo estallar en mis pantalones.

Introduje mis dedos en su coño al mismo tiempo que tomaba su boca, mi lengua explorando, tragándome sus jadeos. Quería devorar cada uno de sus sonidos y quedármelos.
Fue el primer indicio de mi adicción.

Capítulo Siete

Odette



Las sensaciones colisionaron dentro de mí. Como un tornado. Quería más. ¡Adelante!

No sabía que el placer pudiera sentirse así. No me extrañaba que mi hermana estuviera dispuesta a todo. Esto era estimulante. Exquisito. Intoxicante.

Sus manos estaban sobre mí. La boca de River en mi nuca hacía temblar mi cuerpo. Sus manos recorrían mi espalda y mi trasero, haciéndome sentir viva y sensual. Me sentía voraz, ávida, necesitando más de sus caricias y de sus labios por todas partes. Cada beso era como un cerillo que encendía todas mis células. Un temblor me sacudió cuando dos hombres me tocaban. Me besaban. Me consumían.

Y Byron. Demonios. Ya no había posibilidad de que olvidara su nombre.

Su mirada se encontró con la mía. Azul. Como un cielo oscureciéndose. Un destello de posesión, posiblemente locura obsesiva, brilló en ella. Y que Dios me ayudara porque me gustó. Un ruido profundo y áspero me retumbó entre las piernas, y mis ojos se entrecerraron cuando Byron me agarró con más fuerza.

Este hombre era *adictivo*.

Apretó su frente contra la mía, todo músculo duro y fortaleza. Mis pechos ardían bajo el calor de su cuerpo. Mis pezones se endurecieron. Se encendieron chispas bajo mi piel, crepitando por la hiperestimulación de dos hombres. El corazón de Byron latía con fuerza contra mi pecho, al ritmo perfecto del mío, y mi insensato corazón lo encontraba tan romántico.

Mis labios buscaban los suyos, ansiando su sabor. Deseando sus manos sobre mí. En cada centímetro de mi piel. Estaba hambrienta de todo lo que me diera.

Rompió el beso.

—Todo lo que quieras —afirmó Byron, su voz me calentó la sangre.

—Lo que sea —murmuró River.

Los dos se apretaron más contra mí, uno detrás y otro adelante, acorralándome. La adrenalina me corría por las venas. Me estaba emborrachando con esta sensación.

Tenía el vestido amontonado en la cintura y River me tocaba el trasero desnudo, apretándolo y estrujándolo. Los dedos de Byron trabajaban dentro de mí, mis paredes se apretaban a su alrededor. Estaba cerca. Los meses sin sexo por fin me habían alcanzado.

La dura longitud de Byron ser rozaba contra mí y, por cómo se sentía, era enorme. Con E

mayúscula. Consumía mi boca, hambriento y exigente. Posesivo. Todo donde me tocaba me hacía arder.

Mientras Byron reclamaba mis labios, aplastando su boca contra la mía, River rozaba con sus labios mi cuello, besándome sensualmente y deslizando su nariz por mi piel, inhalando profundamente.

Byron me acariciaba el clítoris cada vez con más fuerza. Sus dedos se hundieron más profundamente en mi centro. Me temblaban las rodillas. Estaba estremeciéndome y lo único que me mantenía erguida era el apoyo de las manos de River. Mi sexo ansiaba más. Más de Byron. Más sensaciones. Más placer.

Mi deseo ardía más. El placer se enroscaba con más fuerza. Byron me cogía con los dedos, implacable, mientras devoraba mi boca. Luego, torció sus dedos, golpeando ese punto dentro de mí.

El éxtasis se abalanzó sobre mí, despojando mi mente de toda razón o pensamiento. Un placer al rojo vivo se apoderó de mí. La boca de River no dejaba de besarme, mordisquearme y lamerme la nuca y la espalda desnuda, mientras Byron se tragaba mis gemidos y los devoraba con codicia.

Estábamos los dos hombres y yo, solos en el mundo. Fue el mejor orgasmo de mi vida.

Entonces me moví contra la mano de Byron, ansiosa por otra ronda.

—No tan rápido —gruñó, sacando los dedos y llevándoselos a los labios, chupándolos hasta dejarlos limpios.

Jesucristo.

El dolor entre mis piernas volvió con toda fuerza. Palpitante. Me sentía vacía. Lo necesitaba. Tal vez a los dos, juntos.

—Hueles a manzanas —susurró River detrás de mí. Lo miré por encima del hombro, encontrándome con su mirada lujuriosa por primera vez desde que entramos en el elevador. Demonios, era tan sexy. Byron era sexo con patas, pero este tipo podía hacer que te derritieras—. Apuesto a que tu coño también sabe a manzanas. —Sonrió con picardía. Sus ojos se desviaron hacia Byron durante apenas un segundo, antes de que una expresión de suficiencia pasara por su rostro—. Quiero lamerte cada centímetro, besarte, comerte.

Byron gruñó. *De verdad*, gruñó, y mis ojos volvieron a él.

Se oyó una risita suave detrás de mí, no obstante, seguí concentrada en Byron.

¿Estaba...?

No, no podía ser. Ni siquiera nos conocíamos.

Alcé una ceja cuando la boca de Byron se estrelló contra la mía en un beso contundente, consumiéndome con fuerza.

—Nadie va a tener tu coño más que yo —demandó contra mis labios. Su mano volvió a meterse bajo mi vestido y metió los dedos en mi centro empapado—. *Mío*.

Oh. Dios. Mío. ¡Byron *estaba* celoso! Y si la risita de River era un indicio, él también lo sabía.

Excepto que me gustaba. Sus celos. Su posesividad.

Los dedos de Byron seguían dentro de mí, empujando dentro y fuera, me mecía contra él mientras lo miraba bajo mis pestañas.

—Creía que ya habías hecho esto antes. —Respiré, con el corazón martilleándome contra las costillas. Sentía que otro orgasmo me subía por la espalda.

—Así es. —Alcé una ceja—. Solo que no quiero *compartirte*.

Su admisión hizo que me recorriera una espiral de satisfacción. Caliente y pesada.

—¿Qué hará River *mientras* me comes el coño? —No creí que lo tuviera en mí. Palabras sucias. Incluso más sucias, acciones pecaminosas. Y me encantaba. Sospechaba que todo tenía que ver con el hombre que tenía adelante.

Byron Ashford podía entregarlo. Y sin un ápice de duda, sabía que me daría el máximo placer.

Me hizo girar, alejándome de River, y empujó mi espalda contra la pared. Luego, cayó de rodillas.

—Puede mirar. —La voz de Byron era oscura. Posesiva. Tan amenazadora que temí que, si River intentaba besarme en ese minuto, lo pagaría caro.

Este *ménage à trois* apenas había empezado, y por muy divertido que fuera, mientras duró, esperaba que una noche con Byron superara mis fantasías más salvajes, sin otro hombre de por medio.

Tan. Delicioso. Y emocionante.

A pesar de lo fascinante que era tener a dos hombres, preferiría solo a Byron. No podía precisar por qué. Sentía una conexión indescriptible con él. Tal vez era el atisbo de soledad que había detectado en sus ojos. O tal vez era ese tinte posesivo en su mirada azul eléctrica que me tenía intrigada. Por alguna razón, quería explorarlo y ver adónde nos llevaba. Los dos solos.

No obstante, trabajaban bien en sincronía y el placer de sus bocas y manos era más caliente de lo que sabía qué hacer con ello. Byron era más que suficiente para mí, y quería toda mi atención en él. Pero nunca le diría que lo prefería solo a él. Ya era bastante engreído.

Así que observé a River. Tal vez sería mejor para él mirar. Se me ocurrió de repente. La idea me emocionó y me excitó bastante. Parecía que me gustaba mucho más que el sexo vainilla.

—¿Quieres...? —Mi voz se quedó sin aliento, la idea de preguntarle duplicó el ritmo de mi corazón, haciéndome sentir avergonzada y nerviosa.

No llegué a terminar mi pregunta porque Byron me bajó las bragas de un tirón, y el sonido del material al romperse llenó el espacio. Sus fuertes dedos me rodearon el tobillo y engancharon mi muslo por encima de su hombro hasta que su cabeza quedó entre mis piernas.

Gruñó contra mis pliegues, como si hubiera encontrado su paraíso personal. Volví a apoyar la cabeza contra la pared y cerré los ojos, olvidándome de River.

Su lengua rozó mi húmedo centro. Comió mi coño con desenfreno y mis caderas se movieron contra su cabeza. Era implacable.

Lamiéndome. Devorándome. Consumiéndome.

Abrí los párpados y descubrí a River observándome, apoyado en la puerta del ascensor con los brazos cruzados, mientras su vista enardecida recorría mi cuerpo. Durante una fracción de segundo, nuestras miradas conectaron, algo en sus ojos me decía que ya le pertenecía a su amigo. Sí, River me deseaba, pero no había la misma locura obsesiva en su expresión como en la de Byron.

Bajé la vista hacia el magnífico hombre de rodillas. Esto quedaría grabado para siempre en mi memoria como la noche más caliente de mi vida. Con Byron Ashford, el hombre que estaba más ardiente que el mismo Satanás.

La forma en que ya sabía cómo hacer que mi cuerpo se deshiciera. Me mordisqueó el clítoris y llevé las manos a su cabeza, enredando los dedos en su cabello. Me agarré a su pelo mientras follaba su cara, gimiendo y jadeando.

—¡Byron! —grité—. O... oh...

Empujé su cabeza, necesitaba algo de espacio. Mi coño estaba demasiado sensible por el último orgasmo. Era demasiado. No era suficiente. Se negó a dejar espacio entre nosotros. Lamió, implacable y ansioso. Tan ávido.

Mis caderas se agitaron contra su boca. El placer se enroscaba. Se retorció como la agonía más exquisita, hasta que una oleada se abalanzó sobre mí.

Byron introdujo su lengua en mi entrada y su pulgar frotó mi clítoris mientras el placer me recorría en espiral. Saber que River estaba allí, observando, lo intensificó todo. El corazón me retumbaba en los oídos, tan acelerado que no podía recuperar el aliento. La pesada mirada de River acariciaba mi piel, mas toda mi atención se centraba en el hombre arrodillado ante mí.

El placer invadió cada fibra de mi cuerpo, ardiendo por mis venas. Inundó cada célula. Me hizo estremecer.

—Debería haber sabido que tu sabor era perfecto —musitó Byron y mi corazón se calentó. Sus manos se acercaron a mi trasero, acariciándolo y amasando mi carne. Un escalofrío me recorrió la columna, preparada para cualquier otra cosa que me ofreciera.

Todo mi cuerpo estaba tan en sintonía con él que podía sentir su mirada clavada en mí. Abrí los párpados, mirándolo a través de los pesados párpados. Parecía un rey, incluso de rodillas.

—Supongo que perdí —dije, sonriendo suavemente. Cuando me lanzó una mirada interrogante, añadí—: grité tu nombre primero.

Se puso en pie. No se me escapó cómo le impedía a su amigo ver mi coño y mis piernas. Jesucristo, me sentía egoísta por haber tenido tanto placer mientras River solo podía mirar, aunque por lo que parecía, no le importaba.

Volví a verlo a los ojos cuando me lanzó una sonrisa diabólica.

—Me largo de aquí —anunció, pulsando el botón que puso de nuevo en marcha el elevador.

Ding.

—Buenas noches, *tortolitos*. —Y como un fantasma, River desapareció.

Probablemente con un caso grave de bolas azules.

Capítulo Ocho

Odette



A penas habíamos salido del ascensor cuando las manos de Byron me agarraron el trasero y su boca se apoderó de la mía. Mis piernas rodearon su cintura antes de que nos estrellara contra la pared. Su boca devoró mi cuello con avidez, casi como si quisiera borrar todo rastro de River.

Acababa de llegar al orgasmo, dos veces, y con la forma en que me tocaba, me besaba, me hacía temblar por otro.

Nuestra química era alucinante. Increíble. Estaba girando entre nosotros. Consumiéndonos. Si alguien me hubiera dicho antes que así pasaría mi noche, no lo habría creído.

Se sentía tan bien. Tan natural.

En mi opinión, que, en verdad, podría estar totalmente sesgada por mi prolongada abstinencia, él valía cada pecado. Cada oscuro placer.

Sabía que nunca volvería a tener la oportunidad de estar con un hombre como él. Justo después de las vacaciones de primavera, volvería a Stanford. La escuela de medicina era intensa. Quería convertirme en cirujana, y luego pasar unos años con la ONU en África. Esas metas eran tan reales para mí como mi propio nombre, aunque por el momento, no existía nada más que este hombre.

Me mordisqueó la clavícula, chupando la piel sensible donde se unían mi cuello y mi hombro.

—Puerta. —Jadeé, inclinando la cabeza hacia un lado. Su boca en mí era el paraíso. Sus manos se sentían aún mejor.

Byron sacó una llave de algún lugar y la pasó por el censor de la puerta. Entramos en la habitación a trompicones y me arrojó sobre la cama, con una mirada oscura y posesiva que recorría mi cuerpo. Aún llevaba puesto el vestido, pero podría haber estado desnuda.

Nos quedamos viendo fijamente, ambos jadeando, mientras el aire entre nosotros crepitaba con tanta electricidad que temí una explosión.

—¿Te estás arrepintiendo? —susurré.

Levantó las cejas, su pecho subía y bajaba en sincronía con el mío.

—Joder, no.

Se quitó la camisa por encima de los hombros y se me cortó la respiración. Igual que cuando se la retiró en la sala de examinación. Tenía un pecho tan hermoso, ancho y musculoso, con piel

aceitunada. Y esos abdominales.

Recorrí con la mirada un camino de vello que iba de su ombligo y desaparecía dentro de sus chinos. Mi sexo gritaba por él. Tan adolorido de necesidad.

Me lamí los labios, mis ojos lo devoraron.

—¿Vas a quitarte los pantalones?

Su cabello oscuro hacía que sus iris parecieran de un azul brillante, el poder que había detrás de ellos me dominaba. Algo sobre este hombre sacaba un lado de mí que no sabía que existía. O tal vez lo había estado esperando todo ese tiempo.

Con un movimiento rápido, sus azules se clavaron en los míos, se bajó la cremallera y se deshizo de los pantalones. Por *supuesto*, no llevaba ropa interior. Su polla salió. Dura. Lisa. Tan grande que mis ojos se abrieron de par en par y mi vagina palpitó.

La química entre nosotros era cruda y consumidora. No había duda de quién mandaba aquí. Era todo macho y pura dominación. Posesivo y peligroso.

Lo permití. De hecho, lo necesitaba.

Empezó a acariciarse, lentamente, sin apartar la mirada. Me quedé con la boca abierta. El corazón se me aceleró en el pecho, latiendo a toda velocidad.

Oh. Santos. Cielos.

Verlo tocarse era tan sexy. El placer me recorrió la columna. La excitación me recorría los muslos y, sin pudor, dejé que mis piernas se abrieran para que viera lo que me había hecho.

Sus orbes azules se oscurecieron hasta volverse piscinas casi negras. Los músculos de sus hombros y brazos se flexionaron al masturbarse, con fuerza y rapidez. Mi pecho subía y bajaba, el zumbido en mis oídos aumentaba. Maldición, lo quería dentro de mí. Este hombre era de lo que estaban hechas las fantasías. El porno no tenía nada que envidiarle a la visión de Byron masturbándose. Era caliente... erótico.

Sus ojos penetraron los míos y apretó la mandíbula.

—Quítate el vestido —ordenó en voz baja—. Te necesito desnuda.

Mi sexo se apretó. Mi sangre zumbaba con lujuria. No tenía que pedírmelo dos veces. Me quité las sandalias, agarré el dobladillo del vestido y me lo pasé por la cabeza. Llevaba un sujetador incorporado y, como me había arrancado las bragas antes, me quedé completamente desnuda en cuestión de segundos.

Desnuda y arrodillada en la cama grande, esperé su siguiente orden. Este era su territorio, y estaba desesperada por complacerlo.

—Ven aquí y chúpame la polla, Madeline. —Su voz era puro pecado. Oscura. Rasposa. Exigente.

Bajé de prisa de la cama y me arrodillé, desesperada por saborearlo.

Me lo llevé a la boca, mientras mi mano lo masturbaba de arriba a abajo. Sabía tan bien. Salado. Almizclado.

—Mírame mientras te follo la boca —demandó.

Levantando ligeramente la barbilla, pude ver cómo me observaba a través de unos ojos entrecerrados. Podía sentir su calor en cada centímetro de mi piel.

Entraba y salía de mi boca, golpeando el fondo de mi garganta.

—Demonios... tu boca es el paraíso —elogió con voz ronca.

Mi orgasmo se acercaba cada vez más, saboreando su presemen. Incluyó la cabeza hacia el techo y cerró los ojos un momento, antes de salir de mi boca con un suave chasquido.

Me limpié la boca con el dorso de la mano.

—¿Qué pasó? —pregunté frunciendo el ceño. Tal vez mi habilidad para el sexo oral era deficiente. La conocida timidez volvió a recorrerme la espalda.

—La primera vez que me corra, será en tu coño —gruñó con urgencia—. Súbete a la cama.

Oh.

No esperó mi respuesta. En lugar de eso, me levantó del suelo y me dejó desnuda delante de él. Su vista bajó por mi cuerpo, lenta y perezosamente, absorbiéndome como si me tocara la piel.

—Eres tan hermosa.

Sus ojos volvieron a encontrarse con los míos, ardientes de deseo. Un trasfondo de oscuridad y pasión corría entre nosotros, y mis preocupaciones anteriores sobre ser suficiente se esfumaron. Su boca se apoderó de la mía, su lengua se deslizó entre mis labios abiertos y me succionó la lengua.

Mis rodillas se doblaron y sus manos llegaron a mi cintura, sosteniéndome.

—¿Tienes miedo?

Sacudí la cabeza. Estaba tan excitada que temía que otro orgasmo me golpeará antes de que estuviera dentro de mí.

—¿Entonces qué es, Odette? —La expresión de su cara me decía que estaba acostumbrado a conseguir lo que quería. Ya fueran respuestas. O tratos de negocios. O a mí.

—Creía que ibas a llamarme Madeline —señalé con picardía.

—Cuando seas una chica mala, te llamaré Odette. —Negué con la cabeza, pero mis labios se curvaron en una sonrisa—. Ahora dime cual es el problema.

Mis mejillas se sonrojaron y me retorcí, rodeando su cuerpo con los brazos y hundiendo la cara en su duro pecho.

—Hace tiempo que no tengo sexo, y solo he estado con un hombre. Probablemente has tenido muchas mujeres. Podría avergonzarme.

Me acarició la mejilla y me obligó a mirarlo.

—Te haré sentir bien. Eso es todo lo que quiero. Sin vergüenza. ¿Entendido?

Se me escapó una risa ahogada.

—Esto es muy lejos de un *ménage à trois*, ¿eh?

Me cargó en brazos y me colocó en la cama.

—A la mierda tu *ménage à trois*. Eres mía. ¿Entendido?

—Sí —suspiré.

Me abrió las piernas, sonrió sombríamente mientras me besaba el tobillo y subía por la cara interna de los muslos. Mis rodillas se apartaron, dejándome completamente abierta para él. Su rostro se detuvo sobre mi coño, inhalando profundamente. Sus ojos se cerraron y la felicidad cruzó su rostro.

—Sabes igual a como hueles —indicó en voz baja—. A manzanas. Toda mía.

El aire crujía entre nosotros. Mi respiración errática llenaba el espacio y mi cuerpo se estremecía por el sonido de su voz y la mirada de esos pozos azules. Este hombre era un dios, aunque por la forma en que me veía, cualquiera diría que yo era una diosa.

Se inclinó hacia mí y me besó, acariciando con su lengua cada rincón de mi boca. Mis piernas se abrieron más y sentí su longitud dura presionando mi entrada caliente. La cabeza de su miembro se hundió en mí, apenas la punta. Mis caderas se arquearon y mis paredes internas se estremecieron al sentirlo dentro.

Mi cabeza cayó contra las almohadas y los ojos se me pusieron en blanco.

—Dios, se siente tan bien —halagué con voz ronca, abriendo los ojos para encontrar su

atención clavada en el lugar donde nuestros cuerpos casi se unían. El fuego de su mirada fue suficiente para convertirnos en cenizas. Se deslizó cada vez más adentro y los dos gemimos por la sensación.

—Estás tan apretada.

—Eres muy grande —gemí. Llevó su mano a mi pecho y lo acunó antes de salir casi por completo, solo para volver a entrar—. Ohhh... —Empujó de nuevo. Esta vez penetró más profundo y con más fuerza, llenándome.

Nuestras bocas se abrieron. Podía sentir su miembro palpitante tan profundo dentro de mí, haciendo temblar mis entrañas.

—Te sientes tan bien —dijo entre dientes, empujando de nuevo. Dentro y fuera. Dentro y fuera. Mis ojos se pusieron en blanco y mi columna se arqueó sobre la cama.

Me quedé paralizada.

—Byron —llamé, con la voz llena de pánico. Se detuvo, sus iris se encontraron con los míos, la preocupación teñía su mirada azul—. Condón.

Parpadeó y volvió a parpadear.

—Maldición. —Sacudió la cabeza como para despejar la neblina de su cerebro. La misma que llenaba cada parte de mí—. Nunca lo olvido —pronunció, casi como si hablara consigo mismo. Entonces su mirada se encontró con la mía, llena de algo suave y oscuro, seguida de sus labios. El beso fue suave, sin reservas. Perezoso y dulce. Como si ya fuera suya. Se apartó, apenas un centímetro, con una larga y profunda lamida—. Lo siento, cariño. Estoy limpio.

Tragué saliva, mi corazón se calentó de una forma inusual por un hombre que acababa de conocer. No obstante, se sentía correcto. Como si fuera el indicado. Se sentía como la forma en que papá describió su amor por mamá.

—También me olvidé —aseguré. No tenía sentido hacernos sentir mal. No había terminado dentro de mí—. También estoy limpia. Me revisaron después...

Me cortó con un beso.

—Confío en ti.

Lo curioso era que también confiaba en él.

—Por favor, dime que tienes un condón. —Me atraganté, con la voz convertida en un gemido de necesidad.

Se deslizó fuera de mí, con el semen, o tal vez mis jugos, untados por todo su miembro. Me moría de ganas de que estuviera dentro de mí. Se levantó, tomó la cartera, sacó un preservativo. Me lo dio. Volvió a colocar su billetera en la mesita de noche

—Pónmelo.

Me lamí los labios, con el corazón latiéndome tan fuerte que temí que me rompiera las costillas. El crujido del papel de aluminio llenó la habitación cuando abrí el paquete. Me senté, me incliné sobre él y lo besé suavemente mientras se lo colocaba. Luego lo empujé boca arriba y me senté a horcajadas sobre su corpulento cuerpo.

Me acercó más, arrastrando mi cara hacia la suya. Sus ojos azules me cautivaban, me tentaban. Una mirada y podría perderme para siempre.

—¿Quieres follarme? —Su boca rozó la mía.

—No tienes ni idea de cuánto —repetí, sus palabras anteriores resonando a nuestro alrededor.

—Entonces fóllame. —Me otorgó una sonrisa lenta y sexy—. Yo te follaré cuando ya hayas calentado.

Sonreí contra su boca.

—¿Lo prometes?

—Por mi honor. —Me dio una ligera nalgada—. Ahora monta mi verga, Madeline.

Parecía que había vuelto a ser una buena chica ya que me llamó Madeline. Me besó desesperadamente. Sus grandes manos me agarraron por las caderas y sentí su pene en mi entrada. Me guio hacia abajo, me llenó con su gruesa longitud y, sin previo aviso, me penetró hasta el fondo.

—¡*Aaahhhh!* —Los ojos se me pusieron en blanco, el pulso me palpitaba.

Nos quedamos viendo fijamente mientras me movía arriba y abajo, y podía sentir cada centímetro. Su grueso miembro hinchándose dentro de mí. Tenía los ojos entrecerrados y me observaba como si fuera la mujer más hermosa que hubiera visto jamás.

—Te sientes tan bien dentro de mí —susurré, inclinándome hacia delante para besarlo. Besarlo era suficiente para excitarme. Mejor que el sexo que había experimentado con mi ex.

Mis caderas giraron. Nuestras lenguas bailaban, arremolinándose una contra otra. Un leve gemido me subió por la garganta. La desesperación me carcomía, me quemaba y arañaba por dentro. Necesitaba todo de él.

Mi respiración se agitaba y mis pechos rebotaban mientras me levantaba por la cadera y me bajaba de golpe contra su longitud. El placer se acumulaba en mi interior mientras su pelvis se rozaba contra mi piel sensible. Mis movimientos se volvían más frenéticos con cada embestida. Lo cabalgué con fuerza.

Siseó, con la vista fija en donde estábamos conectados. Con la respiración agitada, los dos lo observamos como me follaba. Algo en ver su polla deslizarse dentro y fuera de mí hacía que mi placer se retorciera cada vez más, abrumando mis sentidos.

Sus fuertes dedos se clavaron en mis caderas, me levantaban y volvían a clavarme en su gruesa y larga longitud. Me folló profunda y duramente, y lo cogí con la misma fuerza. No sabía dónde acababa él y dónde empezaba yo.

Su mano se acercó a mi garganta, jalándome hacia abajo para tomar mi boca y besarme. Mis pechos se frotaban contra su duro pecho. Dondequiera que nuestros cuerpos se tocaban, la fricción crepitaba. Me ardía la piel.

—Más fuerte —gemí—. Dios, lo necesito más fuerte.

Su agarre se tensó mientras me penetraba con fuerza. Puede que estuviera encima, pero él tenía todo el control.

—Córrete para mí, *baby*.

El orgasmo me golpeó con fuerza, lanzándome estrellas tras los ojos y robándome el aliento de los pulmones. Mis uñas se clavaron en sus bíceps y mordí la unión de su hombro con su cuello. Me convulsioné alrededor de su grueso miembro, apretándome contra él como si fuera mi salvavidas.

Sentí su longitud sacudirse mientras se corría con un ruido áspero. Jadeábamos mientras nos aferrábamos el uno al otro, mi cuerpo sobre el suyo, resbaladizo de sudor, mientras nuestros corazones se aceleraban al unísono.

—Maldición. —Respiré, con la mente hecha papilla. Nos quedamos así, con la respiración agitada en la repentina calma que siguió. Dios mío, ¿qué había hecho? Era la hermana buena, la fiable. La niebla de lujuria se disipó lentamente y la realidad inundó mis pensamientos.

Había tenido un momento travieso en el elevador con dos hombres y luego sexo con un hombre completamente guapísimo, aun así, desconocido. Mas fue una experiencia increíble. ¿Estuvo mal?

—¿Estás bien? —Los músculos de Byron se pusieron rígidos—. ¿Te lastime?

Sacudí la cabeza.

—No, no. Solo... —Enterré la cara en su cuello—. Podría estar un poco avergonzada.

—No tienes nada de qué avergonzarte —refunfuñó—. Fuiste, *eres* perfecta.

Incluso conmigo sobre su cuerpo, él tenía todo el mando. Eso me gustaba, y estaba más que dispuesta a cederle el control para mi placer.

El calor se apoderó de mi cuerpo al instante, creciendo bajo en mi estómago al ver cómo su cuerpo duro y esculpido se amoldaba al mío. Irradiaba calor por cada centímetro de su forma y su comentario se apresuró al frente de mi mente. «*Suele estar más caliente de lo normal*».

Entonces me acordé. *Su espalda*.

—¿Está bien tu espalda? —inquirí, preocupada y dispuesta a apartarme para que no rozara las sábanas. Nos dio la vuelta para que estuviéramos uno al lado del otro, frente a frente.

—Mi espalda y mi polla nunca han estado mejor —indicó despreocupadamente, desechando el condón.

Se me escapó una risa ahogada y me relajé para disfrutar del momento. Inhalando profundamente, me impregné de su aroma masculino: cítricos y sándalo. Finalmente... por fin entendía la expresión *la petite mort*. La pequeña muerte. Nunca había sido así. Nunca. Hasta este momento.

Me coloqué un mechón de cabello detrás de la oreja, tímida. El silencio zumbaba entre nosotros y Byron me miraba con una intensidad que se me enterraba bajo la piel.

—Eres hermosa. —Si bien la dulzura de su voz me sorprendió, me encantó. Se posó sobre mi piel como una brisa cálida. Pero amaba aún más el roce de sus manos sobre mí.

Me encontré con sus ojos pesados llenos de deseo. Mis manos se apoyaron en su pecho y mis dedos golpearon ligeramente sus músculos.

—Tú también —admití.

Su boca se movió.

—Comparado contigo, soy un viejo con cicatrices.

—Bueno, viejo —bromeé, recorriendo con mis manos su pecho y sus esculpidos abdominales—. Respetuosamente, no estoy de acuerdo. Creo que todo de ti, incluidas tus cicatrices, es perfecto y hermoso.

Siguió frotándome con suaves caricias, nuestras respiraciones volvieron a la normalidad.

—Este viejo está listo para mostrarte la segunda ronda. ¿Crees que puedes manejarlo?

De repente, Pierre era un recuerdo lejano. Sus palabras rebajándome, llamándome vainilla, ya no importaban porque acababa de tener la experiencia más exuberante con este hombre. Y no habíamos terminado.

—Adelante. —Ronroneé, sintiendo la excitación burbujear en mi interior mientras mis muslos palpitaban con anticipación.

—Este hombre te mantendrá despierta toda la noche —declaró con voz ronca, su boca rozando mi piel—. Porque eres mía.

Cumplió su promesa.

No obstante, mintió. No era suya, y nunca sería mío.

Porque cuando llegó la mañana, me desperté con una fría realidad y unos ojos azules fríos a juego.

Capítulo Nueve

Odette



Me incorporé bruscamente, cubriendo mi cuerpo desnudo con la sábana.

Un hombre que parecía una versión más vieja de Byron estaba sentado despreocupadamente en la silla, fumando un puro a las... mis ojos se desviaron hacia el reloj... las diez de la mañana.

—¿Quién eres? —Mi cabello se agitaba de un lado a otro mientras buscaba a Byron. Luché contra el impulso de subirme la sábana hasta la barbilla, escondiéndome. ¿Por qué estaba aquí este tipo?

Su mirada me evaluó de arriba abajo. Hice lo mismo.

Su traje gris de cinco piezas se amoldaba perfectamente al hombre. Un aire despiadado se arremolinaba a su alrededor, con el labio superior curvado en señal de disgusto. Junto con una nariz patriarcal y unos pómulos altos, el tipo parecía estar en buena forma. Y atractivo, para su edad. Sin embargo fue la manera en que me veía lo que me puso nerviosa. Su cabello no contenía ni un hilo de plata, pero estaba claro que debía tener al menos sesenta años. Estaba perfectamente peinado, ni un mechón fuera de lugar.

—Otra vez, ¿quién diablos eres? —siseé—. ¿Y qué estás haciendo en mi habitación?

—Esta es *mi* habitación. —El tono de su voz retrataba claramente que no merecía ni una pizca de su atención—. Soy el senador Ashford y estás en *mi suite*.

Fruncí el ceño y negué con la cabeza.

—No, no lo es.

Sus ojos cobalto brillaron con irritación.

—Sí, así es. Mira la factura en tu mesita de noche y dime qué nombre dice.

La ansiedad se apoderó de mí. Me desplazé con cuidado de no exponer mi cuerpo desnudo. Un vistazo al recibo indicaba *Ashford*.

Entrecerré los ojos.

—Esto no significa nada. Byron también se apellida Ashford.

—¿Y quién crees que lo financia? —espetó.

Fruncí el ceño. Eso no tenía sentido. No había ni una pizca en Byron que gritara mimado. Arrogante, sí. Incluso despiadado. Pero no mimado.

El senador Ashford se aclaró la garganta y me dirigió una mirada rigurosa. Su desagrado flotaba en el aire, impregnando la habitación. Entonces, sin previo aviso, se levantó y retrocedí,

golpeándome la espalda contra la cabecera de la cama del hotel.

Se metió la mano en los bolsillos, sacó un montón de billetes y los arrojó sobre la cama.

—Pagaré por tus servicios ya que claramente mi hijo no lo ha hecho.

Oh, no se atrevió...

—¡No soy una puta! —bramé—. ¿Quién demonios te crees que eres?

Dio tres pasos hacia la cama y el aire cambió. La tensión se apaciguó en mi lengua.

—Soy el senador George Ashford, niñita insolente. —Manchas rojas subieron por mi cuello, mis mejillas ardían de calor—. Te vas a vestir y te vas a largar. En caso de que a tu diminuto cerebritito... —Qué *demonios*— ...se le ocurra ir a la prensa. Si le haces pasar un mal rato a mi hijo mayor, aplastaré a tu familia. ¿Entendido?

Tal vez este tipo estaba drogado. Bueno, todo el mundo sabía que muchos de esos políticos americanos usaban y abusaban de las drogas. *Y poder*.

—Puede que en Estados Unidos seas senador —repliqué con frialdad, sintiendo que la ira me hervía en la boca del estómago—. Pero aquí no eres nadie.

Me miró fijamente, sin ninguna emoción. Excepto la sonrisa. Cruel. Viciosa. Sabionda.

—¿Esperabas que te propusiera matrimonio? —¿*Eh?* Fruncí el ceño. Tenía veintidós años. No pensaba en el matrimonio. Fue una noche, una noche increíble, asombrosa, bastante especial, y sabía que no debía tener expectativas. Tal vez que nos veríamos los días siguientes, aun así, no había dejado que mi imaginación fuera más allá de eso—. Mis hijos tienen aspiraciones más altas que relacionarse con gente como tú. Nuestro tipo no se mezclan con los tuyos.

No tenía idea de lo que *eso* significaba.

Mi pecho se encendió de rabia.

—¿Qué quieres decir con que tú “tipo” no se mezcla? Ni siquiera me conoces.

Sus fosas nasales se expandieron, con claro enfado.

—No tienes nada. Sin conexiones. Ni logros. Somos los Kennedy de nuestro tiempo.

Jesucristo, realmente tenía una actitud pretenciosa y una opinión demasiado alta de sí mismo.

—Escucha, me importa una mierda lo que pienses —lancé—. Tu hijo y yo somos adultos y podemos hacer lo que queramos.

El rojo bañaba su tez mientras nuestras miradas se clavaban en la del otro.

—Déjame hacer esto corto y dulce. Byron no existe para ti y tampoco su dinero. —Fruncí el ceño. ¿Dinero? Entonces me di cuenta. El desgraciado me consideraba una cazafortunas.

—No quiero ni necesito su dinero.

Su mandíbula se tensó.

—Pero lo quieres.

Dios, qué le pasaba a este tipo.

—No permitiré que estropees mis... nuestros... planes.

Dudé.

—¿Planes?

Dio un paso y se sacudió las mangas.

—Mi familia no es asunto tuyo. No pensarás de verdad que te daría munición para usarla contra nosotros. —Sus ojos se entrecerraron en rendijas—. Ahora, sé una buena putita y dame un espectáculo. Veamos tus pechos y tu culo.

El hombre se había vuelto loco.

—Lárgate o llamaré a la policía. —A pesar de que mi voz tembló ligeramente, le sostuve la mirada—. Intenta mirar mi trasero o a mis senos y será lo último que veas porque te arrancaré los

ojos.

Se rio, sus ojos se deslizaron sobre mí.

—Realmente eres una cosita maliciosa. Apuesto a que eres otra cosa en la cama. Todo fuego. Mis cejas se dispararon hasta la línea del cabello.

—¿Perdón?

—Te disculparás en un minuto —gruñó—. Pero primero, vamos a aclarar algunas cosas.

Mis hombros se endurecieron y me senté con la espalda recta.

—Tienes que aprender modales. No tengo nada que decirte y no quiero oír lo que tienes que decir. Así que, perdona mi francés. Pero... Lárgate.

Aunque tenía la mandíbula tensa, solo arqueó una ceja.

—¿Segura que no quieres oír lo que puedo hacerle a tu padre? —Una sensación de alerta me recorrió la piel, unida a una terrible sensación de pavor. Cuando guardé silencio, continuó—: Sí, te investigué, Odette Madeline Swan. Lo sé todo sobre tu hermana y el hospital de tu padre. Puedo cerrarlo en dos días. —Pequeñas arañas se arrastraron por todo mi cuerpo mientras registraba sus palabras. Este hombre no estaba bien—. Puedo hacer que destruyan el legado de tu padre en las próximas veinticuatro horas.

Una carcajada incrédula salió de mi boca, pero me obligué a mantener la calma.

—No te atrevas a amenazarme.

Los ojos del senador Ashford se convirtieron en lagos azules congelados del Ártico. Me estremecí.

—No te interpondrás en mi camino. —Tenía que haber un significado detrás de sus palabras, mas no podía entenderlo—. He aplastado obstáculos más grandes que tú. Y a ti, querida, puedo hacerte desaparecer y que nunca encuentren tu cuerpo.

Quería mostrarme valiente y luchar contra él, de verdad. Sin embargo, algo en la expresión amenazadora de su rostro me puso en alerta. De repente, quise encorvarme sobre mí misma hasta volverme invisible. O simplemente huir.

Tratando de parecer valiente, dejé escapar una risa débil y respondí:

—Está delirando.

—Entonces tendré que demostrártelo y hacer que el hospital de tu padre pase a la historia —dictaminó—. Si intentas algo con mi hijo y su prometida... —No pude escuchar el resto de sus palabras porque me zumbaban los oídos de furia. ¡Prometida! Ese desgraciado. La vergüenza y la rabia me llenaron al instante, y si ese imbécil hubiera estado aquí, lo habría estrangulado y no habría perdido el sueño por ello. Odiaba a los infieles, y definitivamente nunca quise ser la otra mujer—. Es de una familia exitosa. Y tú, putita, no eres más que la amante.

Se me desencajó la mandíbula, y la única razón por la que no golpeó el suelo fue porque seguía en la cama.

—Estás loco —declaré con voz ronca—. Demente. —¿Por qué haría todo esto solo porque tuve sexo con su hijo? Su hijo de treinta y cuatro años. Algo estaba mal aquí, o tal vez esta familia estaba jodida.

Sacó un teléfono y vi cómo sus dedos recorrían la pantalla.

—Un paso en falso y tendré al doctor Swan al borde del desempleo. Enfádame más y se lo haré pagar a tu padre y a tu hermana.

Un vacío se abrió en mi pecho. La noche anterior fue mágica. Un sueño. Esta mañana, estaba en una pesadilla.

—Bien, por fin me he explicado. —Se inclinó hacia delante, agarrando un puñado de ropa,

sin importarle si era mía o no, y me la lanzó al pecho—. Vístete y lárgate. Si vuelves a acercarte a mi familia, tu padre será el primero en pagar.

No se molestó en darme la espalda, ni salió de la habitación. Sus ojos me atravesaron, retándome a decir algo más. Sabía que no me daría el respeto a la privacidad, así que no tenía sentido preguntarle.

Dios, esto tenía que ser lo que se sentía un paseo de la vergüenza. Nunca pensé que lo experimentaríamos. Y ese idiota de Byron dejó que su padre hiciera el trabajo sucio. No parecía de ese tipo en absoluto.

Jesucristo. Sí que *sabía* cómo elegirlos.

—Créeme, no tienes nada que no haya visto antes. —No había calidez en su tono, pero sus ojos lascivos no me tranquilizaron. Perverso.

Me tapé apretadamente con las sábanas, salí de la cama y me dirigí al baño, arrastrando la larga sábana tras de mí. En cuanto cerré la puerta, puse el pestillo. Sin perder tiempo, me vestí.

La noche anterior estuvo increíble. Impresionante. Única.

Despertarme con algo así fue una bofetada en la cara. Las llamas florecieron en mi pecho. La ira zumbaba en mis oídos.

En cuanto estuve vestida, abrí la puerta de un tirón. El senador Ashford seguía en el mismo lugar.

Atravesé la habitación dando pisotones hacia la puerta de salida.

—Jódase usted y su hijo, senador Ashford —reviré.

Luego cerré la puerta detrás de mí tan fuerte que todo el suelo tembló.

Capítulo Diez

Byron



Con dos tazas de café de la cafetería de la que hablaban maravillas los lugareños, volví al hotel. El día empezó increíble. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan relajado. Mi teléfono estaba apagado, y no me importaría dejarlo así. Para siempre.

Demonios, a lo mejor hasta me plantearía una jubilación anticipada. Teníamos mucho dinero, suficiente para varias vidas.

Sonriendo como un joven tonto, abrí la puerta de la *suite* de hotel y mis pasos vacilaron mientras mis ojos recorrían el espacio. La cama estaba vacía, las sábanas arrugadas y en el aire flotaba el aroma a manzanas crujientes. Extrañamente, también había un fuerte olor a aromatizante.

—¿Odette? —Mi voz rebotó en las paredes, pero no hubo respuesta.

Merodeé por la habitación y me dirigí al baño. Estaba vacío. No obstante, su olor estaba por todas partes en la habitación y en el baño, ahogando mis sentidos. La deseaba de nuevo. Quería besarla, follármela, reírme con ella. Y no estaba por ninguna parte. Casi como si nunca hubiera estado aquí. Excepto por su bufanda *Hermès* que yacía tirada en la alfombra.

¿Por qué se había ido? Miré el reloj. Me dijo que ese día tenía el turno de la tarde, aunque a lo mejor hubo una emergencia y tuvo que cubrir a alguien.

Justo cuando estaba a punto de decidirme a ir al hospital a verla, sonaron unos golpes en la puerta. Mi corazón dio un vuelco extraño. Salí del baño esperando ver a Odette y en su lugar me encontré cara a cara con mi padre.

—Byron. —Había un aura de suficiencia a su alrededor y mi enfado se disparó.

—¿Qué haces aquí? —Las palabras salieron volando de mi boca. No quería verlo en ese instante. Podría estar sin verlo durante un siglo y no extrañarlo.

Me lanzó esa mirada fría tan familiar con la que crecí. Destacaba por hacer que todos a su alrededor, especialmente mi madre, cuando estaba viva, se sintieran inútiles. Pero las cosas habían cambiado. Mi madre lo superó. Toda su fortuna estaba ligada a sus hijos, y actualmente éramos nosotros sus superiores. Sin nosotros, estaría fácilmente en bancarrota.

Se dirigió al sofá, sobre el que hacía solo unas horas me había follado a Odette inclinada. Dejó caer su trasero sobre él, y quería gritarle para que se alejara de ahí.

Cruzando las piernas, dijo:

—Quiero saber por qué echaste a Nicki.

Me acerqué al escritorio y me apoyé en él, observando a mi padre. Parecía nervioso y sudaba como un cerdo.

—No la invité —repliqué—. Así que la mandé de regreso.

Hizo un movimiento con la mano como si eso fuera nada.

—Ustedes dos se van a casar y...

Entrecerré los ojos hacia mi padre.

—*Nunca* me casaré con ella.

—Es de buen linaje. —Comenzó, como si estuviera hablando de una vaca. Aunque cuando se trataba de Nicki, la comparación no estaba muy lejos—. Su familia tiene conexiones y riqueza.

Ladeé una ceja.

—Entonces por qué no te casas con ella.

Se rio como si acabara de decir el chiste más gracioso. Hablaba muy en serio.

—Me pasó por la cabeza, no obstante, te quiere a ti.

Una sonrisa sombría apareció en mi cara.

—Bueno, no me tendrá. Así que puedes decirle que eres la segunda mejor opción.

La desesperación apareció en la expresión de mi padre.

—Byron, tienes que escucharme. Yo...

—Permíteme detenerte ahí, padre. —Su espalda se puso rígida. Odiaba que lo interrumpieran—. No tengo que escuchar nada de lo que tengas que decir. Soy un hombre hecho y derecho. Gano mi propio dinero. Dirijo mi propia empresa. Tengo mi propia fortuna. Así que por qué no te dejas de tonterías y me dices por qué estás aquí realmente.

Nuestras voluntades lucharon. Nuestras miradas se cruzaron, la ira y tantas palabras no dichas crepitaban en el aire. No importaba. Perdería; yo ganaría. Había estado ganando durante la mayor parte de las últimas dos décadas.

Habló primero.

—Le debo a su padre dos millones y medio de dólares.

Dejé escapar un suspiro sardónico, sacudiendo la cabeza con disgusto. Ojalá fuera de incredulidad, pero ya habíamos pasado por esto demasiadas veces. No veía familia cuando me miraba. Solo veía el símbolo de dólar.

—¿Eso es todo? —pregunté, sarcásticamente.

—Para ti no es nada —lazó enfadado. No estaba de acuerdo con esa suposición. Sí, tenía mucho dinero, sin embargo, nada de eso era nada. Trabajé para conseguirlo. Mis hermanos también. Al igual que mi hermana menor. Independientemente de la herencia de nuestra madre. A mi padre, en cambio, solo le gustaba sobornar gente y fingir ser un hombre trabajador del pueblo.

—¿Y me atrevo a preguntar por qué le debes tanto dinero?

Se encogió de hombros.

—Había un evento benéfico de apuestas.

Levanté las cejas. Mi padre no creía en la caridad. Solo creía en causas en beneficio propio.

—¿Y cuál podría ser esa causa benéfica?

Cacareó como una vieja.

—Algunas putas pueden jubilarse anticipadamente.

—Un día, toda esta mierda te pasará factura —siseé. Mi padre era un imbécil consentido y privilegiado. A eso se reducía todo—. ¿Y quién estaba allí?

—Nadie. —Respondió tan rápido que no dudé de que mentía.

—Es la última vez que preguntaré, padre. ¿Quién estaba allí? Quiero nombres, edades. Todo. Obtuve toda la información. Todos los sucios y jodidos detalles.

Se me desencajó la mandíbula cuando lo oí hablar de las citas que esos viejos habían tenido con acompañantes de lujo durante el último mes. Y cómo su “prestigioso” amigo, el padre de Nicki, pagó la cuenta de mi padre.

Veinte minutos después, corrí a mi padre con la promesa de saldar su deuda, aunque solo fuera para mantener mi nombre fuera del fango junto al suyo.

En ese momento, arreglaría mis propios asuntos, volvería al yate y luego iría tras la mujer que me hacía sentir cosas que nunca había sentido.

Capítulo Once

Odette



Cuando llegué al hospital, tres horas más tarde, la tensión era tan fuerte que me abrumaba todos los sentidos. Aturdida, me fui a casa, me duché, me obligué a tomar una taza de café y, por fin, me dirigí al hospital a hacer mi turno.

Mientras corría hacia la oficina de mi padre, capté las miradas de los demás médicos y enfermeras. No podía decidir si todo estaba en mi cabeza. Odiaba admitirlo; sin embargo, el desgraciado del senador Ashford, consiguió inquietarme.

No había ninguna posibilidad de que hiciera las cosas con las que me amenazó. Probablemente solo quería salirse con la suya y, al igual que el resto de los creídos y cretinos del mundo, utilizó sus contactos y su poder para hacerme sentir pequeña e insignificante.

Finalmente, llegué al despacho de mi padre justo cuando tres hombres con trajes oscuros salían. No me dedicaron ni una mirada. Con mis *leggings* de *Lululemon* y mi sencillo *top* blanco, parecía como una don nadie. Prefería llevar ropa simple pero cómoda debajo de mi uniforme blanco.

Empujé la puerta y me quedé helada. Mi padre tenía la cabeza entre las manos, encorvado sobre el escritorio, con el mismo aspecto que tenía el día que supimos que mamá había muerto.

«¡Billie! Dios mío, Billie».

—¿Papá? —susurré suavemente. Levantó la cabeza y me miró. Parecía que lo habían asfixiado hasta casi morir—. ¿Qué pasó?

Mi padre me observaba, la desesperación en sus ojos se extendía como vino tinto derramado. La inquietud se deslizó a través de mí, las palabras del senador Ashford resonando en mi cerebro.

—Siéntate, Odette.

Mis pies se movían independientemente de mi mente. Me senté en la silla frente a él, con el corazón en la garganta.

¿Había traído desgracia a mi familia?

—¿Qué está pasando?

—Tenemos que dejar ir el hospital —informó. Vi cómo movía la boca. Escuché las palabras. No obstante, por alguna razón, mi cerebro se negó a procesarlas.

—N-no... lo entiendo.

Los padres de mi padre le dejaron este edificio y el hospital cuando murieron. Le pertenecía, a nosotros. Era imposible que dijera lo que yo creía.

—El banco está tomando el edificio —explicó—. El hospital. *Todo*. —La conmoción me recorrió la piel, unida a una terrible sensación de pavor. Tamborileaba al ritmo de mi corazón, preparándome, a toda nuestra familia, para la inminente condena a la guillotina.

Se pasó la mano por su cabello espeso.

—Cuando tu madre vivía, tomé algunas malas decisiones empresariales. Tuve que hipotecar el hospital para sacar adelante el negocio. Los ingresos de tu madre como modelo ayudaron a pagar los intereses de los préstamos, pero entonces...

Pero entonces murió. Más de una década, y mi padre todavía se ahogaba al hablar de ella.

—¿Y nuestra casa? —El corazón se me aceleró mientras intentaba buscar soluciones y salvarnos. El senador Ashford me había amenazado con eso mismo hacía unas horas. ¿Cómo podía estar ocurriendo ya?

Padre negó con la cabeza.

—Esa casa no vale lo suficiente para sacarnos adelante. No quiero tocarla. Es para ti y Billie. Su seguridad.

Tragué saliva. La mirada de mi padre se clavó en la mía. Un silencio absoluto nos envolvió y cada bocanada de aire que inspiraba me paralizaba un poco más. El pánico nadaba por mis venas, ahogándose en mis ojos. No había cantidad de práctica que me permitiera ocultarlo.

Si bien no teníamos mucho, estábamos cómodos. Siempre. Nuestro padre lo había hecho posible, pero en ese instante, me preguntaba cuántos sacrificios había hecho.

—¿Y si dejo la escuela de medicina? —sugerí—. Podría trabajar aquí contigo gratis hasta que recuperemos el hospital.

Sacudió la cabeza.

—Es demasiado tarde, *ma fille*. —Dejó escapar un fuerte suspiro—. La deuda ya ha sido comprada por promotores inmobiliarios. El banco no quería arriesgarse a que no le pagara y estaba más que contento de vender la propiedad y el edificio.

—¿Qué... quieres decir? —Nunca tuvimos que preocuparnos por el dinero.

—Me atrasé con los pagos de los últimos cuatro meses, *ma chérie*. Siempre me ha costado llevar la parte administrativa del hospital.

Su confesión estaba impregnada de vergüenza y arrepentimiento. Acorté la distancia que me separaba de mi padre y caí de rodillas, rodeando sus rodillas con mis manos.

—Lo siento, papá. —Su mano se posó en mi cabeza, su toque suave y reconfortante.

—No, no, no —murmuró, con voz cansada—. Yo lo siento. Es mi trabajo cuidarlas.

Nos lo había dado todo, y no podía ayudarlo, no podía salvarlo. La mirada rota que me dirigió me partió el corazón por la mitad. Todo nuestro mundo se desmoronaba.

Y todo fue culpa mía.

Capítulo Doce

Byron



V er a mi padre me puso de mal humor. No me molestaría pasar años sin ver a mi viejo. Sin embargo, no había tenido tanta suerte.

Eso sí que te arruinaba el ánimo y la erección. Y la mañana había empezado magníficamente. Si tan solo no hubiera aparecido. Hablando de mala suerte, eso era todo lo que traía a sus hijos. Miseria y mala suerte. El maldito enfermo había reservado una habitación en el mismo piso que yo. Ni que decir, abandoné el maldito hotel y volví a mi yate. No podía seguirme hasta aquí.

Debería haber sabido que estaba aquí por dinero. Siempre necesitaba más fondos, sobre todo para mantener su hábito de putas de lujo. Quería sobornar más gente. Bueno, el desgraciado tendría que hacerlo por su cuenta en el futuro. Había terminado con eso.

Recibía un subsidio mensual. Podía ser que incluso tuviera que tomar clases de Presupuesto 101. Tenía la costumbre de gastar el dinero demasiado rápido.

Tenía una relación de negocios con mi padre. Todos los fondos de mi madre fueron dejados a sus hijos. Era la mejor manera en que la princesa de la mafia pudo garantizar que sus hijos heredaran su riqueza. Mi padre ni siquiera lo supo hasta que ella murió. Aún recuerdo lo verde que se puso cuando se leyó el testamento.

Pero eso no era relevante en ese momento. Tenía cosas más importantes que hacer. Había tomado un taxi para volver a mi yate, ya que Winston debió de haber agarrado mi coche la noche anterior. Después de resolver algunas llamadas telefónicas, me subí al Ferrari rojo y conduje hasta la clínica donde sabía que Odette tenía el turno de la tarde.

Llegué esperando la misma sensación serena y acogedora de la clínica Swan del día anterior. En lugar de eso, me encontré con caos.

El largo camino a través de la costa que conducía a la colina donde se encontraba el hospital, un lujoso castillo en otro tiempo, estaba repleto de vehículos. Ambulancias. Transportes privados. Autobuses.

Estacioné delante de la clínica, salí del vehículo y aparté a la primera persona que encontré.

—¿Qué está pasando aquí?

Se encogió de hombros.

—Trasladando pacientes.

Bueno, no me digas. Claramente esa mujer no era tan lista como *mi* mujer.

Decidí que no valía la pena interrogarla, la dejé marchar y fui en busca de Odette. Me concentré en la mejor cosa que me había pasado. Aparte de mis hermanos. *Odette Madeline Swan*. No pude evitar la sonrisa que curvó mis labios. Sonreí más con ella de lo que lo había hecho en mucho tiempo.

Al doblar la esquina, la vi. El mismo uniforme blanco. El cabello recogido en una coleta. Sin maquillaje. Daba órdenes en francés a las enfermeras y a algunos chicos, con voz firme, pero suave. Su seguridad era tan excitante. Atraía la atención de todos hacia ella. Incluidos los chicos, quienes babeaban mientras la observaban.

Lástima que el uniforme no se pareciera al hábito de una monja. Deberían.

—¿*Monsieur*? —Una voz reclamó mi atención y me giré para encontrar al doctor Swan a mi lado—. Ashford. *Monsieur* Ashford. ¿Qué hace aquí? ¿Está bien su espalda?

El viejo doctor no parecía tan tranquilo y sereno como el día anterior. Tenía el cabello alborotado, como si hubiera pasado la mano por él demasiadas veces. Sus gafas estaban torcidas y su mirada no parecía la misma.

—Sí, mucho mejor —aseguré, mi atención se dirigió de nuevo a su hija quien ya me había visto—. Esperaba poder hablar con su hija.

La sorpresa inundó su expresión.

—¿Con mi Odette?

No, era *mi* Odette. Aunque tenía la protesta en la punta de la lengua, no creía que su padre se lo tomara bien. Estudié al doctor y, sin duda, había algo raro en él. Le temblaban las manos y tenía la tez pálida, casi amarillenta.

Estaba a punto de preguntarle si se encontraba bien cuando oí la voz de Odette y el viejo doctor Swan acabó en el olvido.

—*Monsieur* Ashford, ¿por qué está aquí? —De acuerdo, no era exactamente el saludo que esperaba. Pensé que se lanzaría a mis brazos, me rodearía con sus piernas y me empujaría al armario de limpieza para que pudiéramos aprovecharnos el uno del otro. Aunque... probablemente quería parecer profesional. Después de todo, su padre estaba aquí—. ¿Es su espalda?

Le sonreí con complicidad. Sus uñas se habían clavado en mi espalda y, por todos los infiernos, si la forma en que se había aferrado a mí no me hizo tener una erección aquí mismo. ¡Maldita sea!

—*Non* —respondió su padre mientras me movía para ocultar el bulto en mis pantalones. Debería haberme puesto *jeans*—. Dijo que venía a hablar contigo.

—Oh.

Sus ojos se abrieron inocentemente en forma de pregunta y su expresión indicaba claramente que estaba confundida sobre por qué vendría a hablar con ella. Así que iba a ser así, ¿eh? Fingiendo ignorancia.

—¿Podemos hablar en privado?

Odette se puso rígida y frunció los labios. Tuve la clara sensación de que preferiría cortarse la mano antes que hablar conmigo. En cambio, sus ojos se desviaron hacia su padre, luego a nuestro alrededor, y de nuevo a su padre, hasta que finalmente volvieron a mí. Jesucristo, ¿qué le pasaba? Tuvimos la noche de sexo más increíble y en ese segundo se comportaba como una fría desconocida.

Tenía toda la intención de quedármela. Seguiríamos hasta el final y veríamos adónde nos llevaba. Por primera vez, quería una relación seria.

—Hoy no es un buen día. —Acabó respondiendo en tono cortante.

—Es importante —repliqué entre dientes, ligeramente molesto. No estaba acostumbrado a que me negaran algo—. Seguro que tu padre puede dejarte por unos minutos.

Abrió la boca, claramente dispuesta a discutir, cuando su padre la detuvo.

—Adelante, Odette —animó—. Me ocuparé de esto un rato. Llevas horas sin parar. Necesitas un descanso.

—Pero...

—Ve. Orden del jefe.

Sonreí. Estaba claro que a Odette no le gustaban las órdenes. Sus ojos destellaron dorados antes de que sus hombros se desplomaran. Debía de ser la forma en que el doctor Swan se aseguraba de que su hija comprendiera que él estaba al mando.

—Gracias, doctor Swan. —Asintió y nos dejó. En el momento en que estuvo fuera del alcance del oído, exigí—: Llévanos a tu oficina.

Odette me fulminó con la mirada. Al parecer, tampoco le gustaba que yo le diera órdenes.

—O podría hacer lo que pretendo aquí con público. —Se tensó su espalda. Sentía algo raro en ella, aun así, no podía ubicarlo—. Guía el camino.

Se dirigió pisando fuerte, sí, pisoteando, hacia el largo pasillo, opuesto a donde estaba su padre con otras enfermeras que hablaban en un francés urgente. Se detuvo antes de abrir de un tirón la puerta de una habitación y mis labios se curvaron.

Sala de examinación número cinco.

Fue donde la conocí el día anterior.

En cuanto la puerta se cerró con un suave chasquido, se dio la vuelta y me dejó ver toda la ira en sus ojos. Era claro que me juzgaba y había algo más en ellos. Repugnancia.

Me hizo retroceder. ¿Qué demonios pasó? Había estado dentro de ella esta misma mañana. Gimió y se retorció debajo de mí, exigiendo más y en ese momento... ¿esto?

Mi corazón se torció de una forma desconocida.

—¿Cuál es tu problema? —exigí. Sonó duro y me arrepentí al instante. Quería saber que le pasaba y ofrecerle ayuda, pero salió más como una acusación.

Sus labios se afinaron y se negó a verme a la cara. No lo permitiría. Acorté la distancia que nos separaba, acorralando su cuerpo. Le agarré el rostro y la obligué a mirarme a los ojos.

—¿Qué pasa? —insistí.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor Ashford? —La oferta era fría, la pregunta formal; aun así, a mi verga no le importaba. En absoluto. En lugar de eso, saltó ante la oportunidad de sentir su coño estrangulándola y sentir sus suaves labios sobre los míos.

—Bueno, ahora que lo dices... —Rocé con mi boca su mandíbula, el aroma de las manzanas como una burbuja a nuestro alrededor. Sería imposible volver a ver una manzana y no pensar en esta mujer. En el momento en que mis labios rozaron los suyos, un gemido llenó la habitación y envió calor a mi entrepierna.

—Eso es, *baby* —murmuré contra sus labios—. Dámelo todo.

En el segundo siguiente, sus puños se acercaron a mi pecho y me empujó.

—¿Qué quieres, Byron? —Jadeó, con los ojos nublados.

—Pensé que estaba claro. —La agarré por la nuca—. Te deseo.

Giró la cabeza hacia un lado justo cuando me disponía a besarla de nuevo.

—Me tuviste anoche y esta mañana. Ahora sigue tu camino.

Me enderecé, apartándome para mirarla a la cara.

—¿Qué demonios te pasa?

Se rio.

—Increíble, maldición. —Odette podía maldecir magníficamente en inglés. También en francés, pero parecía preferir hacerlo en inglés. Aparte de mezclar palabras francesas al azar aquí y allá, como crema batida, su inglés era impecable.

Gruñí para mis adentros. ¿Por qué estaba pensando en crema batida? Ah, sí, la pequeña descarada me la untó anoche en la polla y luego insistió en chupármela. Jesucristo.

—Tú y yo, *baby*, somos increíbles. Ahora, dime cuál es tu problema para que podamos resolverlo y proseguir a follar.

Aunque me empujó con fuerza, apenas consiguió poner unos centímetros más entre nosotros.

—¿Qué demonios está mal contigo? ¿No has destruido lo suficiente? —Las palabras crudas y furiosas cortaron el aire. El odio en sus ojos me hizo dudar y tuve que pensarlo dos veces—. Piérdete, antes de que traigas más problemas a mi puerta.

Fruncí el ceño. ¿De qué mierda estaba hablando? Aprovechó el espacio que había entre nosotros y, para mi sorpresa, se dirigió furiosa hacia la puerta.

Me lancé tras ella y la agarré de la muñeca.

—¿Qué demonios, Odette?

Apartó su brazo y siseó:

—Suéltame.

—¿Alguien te molestó? —Los idiotas a veces se obsesionaban con el apellido Ashford. Pudieron haberla visto conmigo y decidieron acosarla.

Me lanzó una mirada gélida y luego soltó un suspiro sardónico.

—Sí, alguien me molestó. Igual que me estás molestando ahora. Anoche fue divertido. —*Ouch*. Presentí que vendría un pero—. Pero hoy es un nuevo día, y me di cuenta de mi error. Ahora, si me disculpas, tengo mucho trabajo que hacer.

—Entonces esperaré y te llevaré a cenar más tarde. —Parpadeó, y pensé que tal vez mi inglés no se entendía bien—. *Como en una cita* —añadí en francés.

—No saldré contigo. —Prácticamente gruñó las palabras.

—¿Por qué no?

—Porque tocarte es una plaga a la que no puedo sobrevivir. —Otra oleada de ira se abatió sobre mí ante sus palabras.

Joder, ¿por qué me temblaba la mano? Nunca temblaba. Nunca perdía la calma. No obstante, la preocupación me invadía y crecía y crecía.

—Bien, entonces conviértete en mi puta —siseé, con una calma que no sentía por dentro. Me observó, llena de furia, como si fuera una mujer despechada, y no me gustaba lo que había en sus ojos—. Así podré sacarte de mí sistema.

—Claro que no. Tengo mejores hombres para prostituirme. —Los celos se deslizaron a través de mí. Nunca me importó si una mujer se quedaba o se iba. No obstante, con ella, sí. Quería que se quedara. Quería que me deseara con la misma intensidad que sentía—. Ahora vete. —Sus palabras eran tranquilas, distantes, pero sus ojos estaban llenos de furia—. O haré que te escolten afuera.

—Te desafío —reviré, jalándola hacia atrás para que estuviéramos nariz con nariz—. Haz que me saquen y todo el hospital sabrá que dormimos juntos.

Era pequeña, apenas llegaba al metro setenta, aunque su personalidad la hacía mi igual. Le daba al menos un metro más, dejándola tan alta como yo. La misma atracción del día anterior

crepitaba entre nosotros, dejándome confundido. ¿Por qué se resistía?

Sus iris se posaron en mis labios y luego subieron, clavándose en mis ojos.

—Adiós, señor Ashford. No volvamos a cruzarnos. —Entonces, sin previo aviso, arrancó su mano de un tirón de mi agarre y salió corriendo por la puerta.

«Tocarte es una plaga a la que no puedo sobrevivir».

Las palabras me golpearon el cráneo mientras se alejaba de mí, dejándome de pie con el corazón en la garganta. Se me retorció el pecho.

Me quedé con la vista fija en la puerta por la que desapareció durante segundos, minutos, tal vez horas, tan confundido por lo que acababa de ocurrir.

¿Me acababa de dejar una mujer por primera vez en mi vida?

El pulso me latía, fuerte y rápido. De cólera. Tan lleno de emociones que me sofocaba.

En lugar de regresar directamente a mi yate, me desvié hacia la licorería y compré todo lo que había en la tienda, a pesar de que tenía un bar completamente abastecido en mi yate. Me emborraché en el segundo piso de mi embarcación, observando los peces por la borda. Sus feas cabezas me miraban burlándose de mi lamentable historia de amor, que además debía de ser la más corta de la historia.

Sentado bajo el cálido sol, di un trago a la botella de vodka y, por alguna tonta razón, casi pude oír su voz. *«No te expongás al sol».*

Así que tomé otro trago. Y otro más. Hasta que ya no pude escuchar su voz. El hermano mayor responsable se había ido. La cabeza de familia de los Ashford había caído tan bajo, que incluso podría suplantar la vergüenza de su padre.

«Conviértete en mi puta».

Joder, ¿de verdad dije eso?

Me merecía quemarme por haber sido tan idiota con ella. No se lo merecía. Excepto que no podía entender ¿qué había pasado para que cambiara tanto? Para que fuera tan fría e impersonal. Tan enfadada.

¿Quizás alguien le hizo daño? ¿Fui yo? Maldición.

Un violento escalofrío me recorrió. *«No, no, no».*

Ladeé la cabeza y me bebí el resto del fuerte e insípido alcohol que, con toda seguridad, al día siguiente me daría un dolor de cabeza bastante fuerte. Me importaba una mierda. Quería despejar mi mente. Olvidar todo. Lo de la noche anterior. Ese puto hospital. Ella. Todo. Toda mi maldita vida.

«Tocarte es una plaga a la que no puedo sobrevivir». Quería olvidar sus palabras. Necesitaba olvidarla.

Me pasé la mano por el cabello y tiré de los mechones cortos.

—Demonios. —Maldije. Incluso eso me recordaba a ella. La forma en que sus delicados dedos me agarraron el cabello mientras me la comía. La forma en que gimió mi nombre. Incluso lo gritó. Cerré los ojos y dejé que el olvido se apoderara de mí. Por desgracia, eso solo empeoró las cosas. Imágenes de Odette inclinada sobre el sofá y dándome una vista perfecta de su trasero. La forma en que abrió los muslos para mí, gimiendo mi nombre mientras me la follaba tan fuerte que el maldito sofá se deslizaba por el suelo.

Inhalando profundamente, ansiaba su aroma. Joder, era tan adictivo. Manzanas crujientes y ella. Sería imposible confundirla con otra persona. ¿Por qué ya no podía olerla?

Abrí los ojos de golpe y los froté. El sol se estaba poniendo. Debí de haber perdido el conocimiento. Me hormigueaba la piel. Me dolían los músculos. Jodidamente *maravilloso*.

A ese paso, tendría que volver al hospital por otra inyección. No era mala idea. Al menos la volvería a ver. Una vez más.

Dios mío. ¿Cuándo me convertí en un debilucho? Tenía que poner las cosas en orden. Mi familia dependía de ello.

—¿Byron? —La voz barítónica de Winston envió un dolor punzante a través de mis sienes.

—Estoy trabajando —gruñí, a pesar de que era obvio que no lo hacía. Ni siquiera tenía mi teléfono. Casi estaba colgado del borde de mi barco.

—Sí *claro*.

Ese día seguramente lloverían cerdos, o como demonios fuera la frase, porque mi hermano era el sobrio mientras yo ahogaba mis penas en veneno. No sentía nada más que vacío dentro de mí.

—¿Qué quieres, Winston? —indagué desinteresado—. Ya me harté de cuidar de los demás. Ahora, déjame en paz.

Se agachó y se sentó a mi lado.

—Al menos te dejaste la camiseta puesta para que no te quemaras la espalda otra vez.

Agarré otra botella y la desenrosqué. Intenté leer la etiqueta, pero al final desistí. No importaba. Esta noche quería matar mi hígado. Dañarlo para que me doliera más que esta jodida cosa en el pecho.

Tomé un trago y me limpié la boca con el dorso de la mano.

—No hay nada mejor que una marca francesa de vodka. —Ofrecí la botella a mi hermano. Negó con la cabeza.

—Estoy bien. Te vigilaré esta noche.

—No hace falta. Estoy perfectamente bien —dije con indiferencia. «*Tocarte es una plaga a la que no puedo sobrevivir*». Su voz resonaba en mi cráneo. Una y otra vez.

—¿Se trata de papá?

Entrecerré los ojos.

—¿Por qué se trataría de papá?

Winston se encogió de hombros.

—Estuvo aquí en el yate al amanecer. Buscándote.

—Bueno, me encontró —expresé—. Solo necesitaba dos millones y medio. —Tomé otro trago—. Se los di. Así me libré del imbécil.

En ese momento, me importaba una mierda. Ni el dinero. Ni mi padre. Nada, aparte de una cosa. Quería saber qué había pasado para que Odette se enfadara tanto.

Mi hermano me quitó la botella de las manos.

—¿Qué tal si comemos algo?

—No tengo hambre. —Me estiré por la botella, pero Winston la tiró al agua—. Demonios, Winston. Deja de contaminar. Intenta salvar el planeta para la próxima generación.

Suspiró.

—Me lanzaré al mar por ella y la sacaré. —Cuando puse los ojos en blanco, o lo intenté, añadió—: Te lo prometo. En cuanto comas algo y te acuestes. —Abrí la boca para decir algo, aunque no sabía qué, cuando levantó la palma de la mano—. O te vas a dormir o tiraré al mar todas las botellas que encuentre en este barco y contaminaré tu precioso planeta.

—Idiota.

Apareció una sonrisa en su cara y soltó una carcajada. Realmente se está carcajeando.

—Aprendí del mejor, Byron. —Me dio un puñetazo en el hombro, riendo—. Eso es lo que

somos los Ashford. Imbéciles. Excepto Padre, él es solo un aspirante.

Capítulo Trece

Odette



Era imposible respirar.

Habían pasado dos días desde que me desperté después de una noche increíble con Byron, solo para encontrarme cara a cara con su padre. Dos días desde que el senador Ashford cumplió su promesa. Dos días desde que mi padre soltó la noticia de que estábamos en bancarota.

Sacudí la cabeza. No podía pensar en el senador. No tenía fuerzas ni energía para recorrer el camino de los recuerdos. Cuando Byron llegó al hospital, no podía ni verlo. Estaba tan furiosa que quería asesinarlo. Tanto a Byron como a su estúpido padre.

Eran el ejemplo perfecto de ricos que se aprovechaban del sufrimiento de los pobres. No éramos precisamente pobres, pero sus fechorías nos costaron mucho. Apuesto a que su lema era usar y abusar. Sacudiendo la cabeza, ahuyenté los amargos recuerdos.

Sentadas en el balcón que colgaba sobre el mar, literalmente, mi hermana y yo nos quedamos mirando la oscuridad. Reflejaba nuestro estado de ánimo. La luna brillaba, aun así, no podía encontrar la belleza en ella. Ni siquiera el olor del mar podía reconfortarme. El suave sonido de las olas al llegar a la orilla solía tranquilizarme, sin embargo, esa noche parecía una cuenta regresiva.

—Sigo sin entenderlo. —La voz de Billie era un fantasma, como su complexión. Ninguna de las dos podía comprenderlo. Mi hermana se esforzaba por comprender cómo su vida en París, entre la élite de la moda y los diseñadores de diamantes, no iba a suceder. Al menos, todavía no. Había terminado la escuela de modas, pero para que prosperara necesitaba vivir en París. O en Milán. No aquí, en la Riviera Francesa—. Normalmente hay cartas de aviso. Se dan plazos —comentó.

Imágenes de Byron y su padre pasaron por mi mente. Todo era su culpa. *Mi culpa*. Resultó que fui imprudente con el hombre equivocado. En lugar de ser responsable, me arriesgué y tuve sexo con un multimillonario que tenía poder. Que era despiadado. Los Ashford nos arruinaron. En el momento en que me acosté con Byron Ashford, firmé la destrucción de nuestra familia. Todo el duro trabajo de mi padre ardió en llamas.

Y todo fue culpa mía.

El día anterior por fin me animé a buscar sobre él.

La familia Ashford era casi de la realeza en los Estados Unidos. Y en el maldito mundo. Eran

una de las familias más ricas de todo el jodido planeta. La madre de Byron fue asesinada a tiros en la calle dos décadas atrás. Se especulaba mucho sobre los negocios turbios del senador Ashford con criminales y sus aventuras con mujeres que tenían la mitad de su edad. Si no más jóvenes. También encontré noticias sobre Kingston Ashford, el hermano menor, que fue secuestrado a los diez años.

Jesucristo, esa familia era un desastre.

Y Byron... maldito mentiroso. Había fotos suyas con una mujer tomadas hacía unas semanas y el mundo hacía apuestas sobre su unión. La fusión de las líneas Popov y Ashford haría a sus familias intocables. Ambos eran más ricos que el Rey Midas.

¿Cómo no sabía nada de esto? Si hubiera prestado más atención a los tabloides y a los periódicos de negocios. No obstante, eso nunca fue mi fuerte.

El estómago se me revolvió. No podía contarle nada a mi hermana. Todo lo que podía hacer en ese momento era protegerla. Proteger a nuestra familia. Siempre podríamos abrir otro hospital en la Riviera Francesa, algún día.

«No será lo mismo», susurró mi corazón.

Desde el fiasco en la habitación del hotel, el entumecimiento se instaló en mi corazón. Aunque, no podía decidir si se debía a la pérdida del hospital de mi padre o al hombre con el que había pasado unas horas fugaces.

Definitivamente el primero. El segundo era un idiota. Un error.

—Debería dejar la escuela de medicina —murmuré para mis adentros. Me senté cansada, incapaz de recomponerme o de averiguar qué era lo correcto.

El horror se notó en la cara de Billie.

—No, Maddy. No, no. Eso le rompería el corazón a papá. Ya sabes lo orgulloso que está. Él mismo lo dijo. Abandonar la escuela de medicina está fuera de discusión.

Inhalé profundamente y solté el aire lentamente. ¿Cómo podía un acontecimiento provocar tantos cambios? En ese instante, parecía que todo nuestro maldito mundo se estaba desmoronando.

—Papá no debería tener que preocuparse por mi matrícula en Stanford. —Mi voz era distante. Apagada. Cansada. Apenas había dormido en los últimos dos días—. Mi beca es buena, pero no lo cubre todo.

Mi hermana se inclinó sobre la mesita y me tomó la mano con un apretón reconfortante.

—Ya se nos ocurrirá algo. Estamos en primavera. Todavía puedes solicitar más becas. Tus notas son buenas y tus profesores te aman.

—Tal vez. —La vergüenza se derramó sobre mis hombros al saber que había traído esto a nuestra puerta. Dios, ¿cómo pudo una noche inocente causar tantos estragos? Sin ayuda de nadie había echado a perder nuestra vida.

Una pequeña roca voló por el aire y rebotó contra la mesa. Le siguió un silbido.

—Dios, ¿por qué Marco sigue haciendo eso? —Billie refunfuñó molesta—. Ya somos adultos. Sabe que puede llamarnos o tocar la puerta, ¿no?

Apenas pude forzar una sonrisa.

—Supongo que le gusta más este método.

—Maddy, ¿estás ahí?

Mi hermana puso los ojos en blanco.

—Qué molesto. —Articuló con la boca.

Me encogí de hombros.

—Es medio romántico. —Me levanté y me incliné sobre la barandilla. Marco estaba en la esquina del callejón que unía nuestra casa con la de un costado.

—Sería romántico si tuviera un yate y lo atracara frente a nuestra casa en lugar de mirar desde un callejón oscuro.

De acuerdo, podía tener razón. Sin embargo, esto era lo que siempre había hecho.

—Hola, Marco. —Mi hermana imitó una arcada detrás de mí, metiéndose el dedo en la boca. Me estiré por detrás y le golpeé suavemente la mano—. ¿Qué pasa? —Volví a centrarme en mi amigo, a quien, por alguna razón, le encantaba hacer de Romeo.

—Escuché que la realeza Ashford está en la ciudad.

En serio, ¿esa era la razón por la que había venido?

—De acuerdo... —No sabía qué más decir—. No sabía que Estados Unidos tuviera realeza —comenté sarcásticamente—. ¿Y por qué demonios estás siguiendo sus movimientos?

No le había contado a nadie lo que pasó con Byron. Por lo que sabía, nadie lo reconoció cuando estuvimos en el bar aquella noche. Yo, desde luego, no tenía ni idea de quién o qué era.

—Escuché de un amigo que los Ashford están celebrando algo. La fusión de las familias o alguna mierda así.

Unos celos irracionales me atravesaron. El aire se detuvo dolorosamente en mi cuerpo mientras todo se contraía. Cerré los ojos, expulsando las imágenes que seguían atormentándome. Su boca en la mía. Sus palabras en mi oído. Cómo se sentía dentro de mí.

Me estremecí. Supuse que fui su última cogida antes de sentar cabeza. Los de su clase y los míos no se mezclaban. ¿No era eso lo que dijo su padre? No sabía si reírme o llorar. En estos tiempos, se podría pensar que nada de eso importaba. Ricos o pobres, viejos o jóvenes, franceses o americanos... Creía que ya habíamos superado esos tipos de prejuicios.

Resultó que no. Al menos no para gente como el senador Ashford.

—Para tu información —se mofó Billie—. Nos importa una mierda. Tenemos problemas mayores de los que ocuparnos.

Mi hermana tenía razón. Los Ashford no nos preocupaban. Perdimos el hospital, algo que había estado en nuestra familia por generaciones.

—Supe lo del hospital —musitó Marco—. No quería herirte sacando el tema.

—¿Qué tan malos son los rumores? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—No están tan mal. Desiré siendo Desiré, una insensible. —Billie gruñó a mi lado, apretando los puños. Le hice un gesto apenas perceptible con la cabeza—. ¿Quieres bajar? —La voz de Marco penetró en mi comunicación sin palabras con mi hermana. Olvidé que seguía ahí abajo. Miré a mi hermana y estaba segura de saber cuál era la respuesta. Negó con la cabeza. Ninguna estaba de humor.

El sueño de Billie se había aplastado. Mis sueños iban camino a extinguirse. Ninguna estaba de humor para la compañía de nadie.

—Esta noche no, Marco —me disculpé con una sonrisa.

Antes de que pudiera protestar o decir algo más, volví a sentarme en mi silla. Billie puso los ojos en blanco.

—¿Por qué eres siempre tan amable?

Me encogió de hombros, con la vista fija en la luna.

—Es bueno practicar mis modales para mis futuros días como doctora. —Suponiendo que ser cirujana siguiera estando en mi futuro.

—Escucha, *soeur*. —La voz de Billie se puso seria de repente y me giré para mirarla—. ¿Y si consigo algo de dinero? —Alcé las cejas. Ninguna teníamos ahorros—. Si pudiera... conseguir un préstamo. Eso ayudaría, ¿no?

—No creo que un préstamo ayudaría a papá y a su hospital —opiné—. Por lo visto ya han empezado a trasladar pacientes. El edificio ya no es nuestro.

—Pero te ayudará —razonó—. No quiero que dejes la escuela de medicina.

Me le acerqué y le apreté la mano.

—Tampoco quiero renunciar; lamentablemente, no sé si hay muchas opciones. Tampoco quiero que renuncies a tu sueño de trabajar en París. Pero aquí estamos.

Agitó la mano.

—Cuando seas una cirujana rica, puedes adelantarme algo de dinero.

Me reí entre dientes.

—Dios, Billie. No sabía que tu imaginación fuera tan salvaje.

No se rio, su expresión era seria. Debería haber bastado para advertirme. Mis pensamientos rebotaron por todas partes, incapaces de encajar las pistas.

—Lo conseguiré —prometió.

Sacudí la cabeza.

—¿Cómo?

Billie abrió la boca para contestar cuando un solo disparo rompió el silencio.

Capítulo Catorce

Odette



—Mis condolencias. —Otra voz. Otra cara—. Era un hombre maravilloso.

Asentí, incapaz de encontrar mi voz. Billie y yo nos tomábamos de la mano, y no estaba segura de si ella me sostenía o viceversa.

Me sentía como en una niebla, perdida y confundida, mientras intentaba darle sentido a todo. Papá se había ido. *Muerto*. El zumbido en los oídos, la falta de sueño, la histeria de Billie, probablemente también la mía, pero no podía recordarlo, me hacían luchar por mi cordura.

Billie me apretó más la mano y tuve que reprimir una mueca de dolor. Dolía, mas no quería quejarme. Me necesitaba. Yo la necesitaba. Dios santo. ¿Cómo habíamos llegado hasta aquí? ¿Esto también era obra del Senador Ashford? Si bien papá había puesto la pistola en su propia cabeza, la línea de tiempo fue demasiada coincidencia. Apenas unos días después de que el senador arrancara la alfombra debajo de nuestra familia, mi padre se quitó la vida.

—Mis condolencias. —Otra sonrisa triste. Otro asentimiento de cabeza.

La pareja, a la que nunca había visto antes, se movió hacia la izquierda y Billie tiró de mí, obligándome a empezar a caminar.

—¿Qué sucede? —interrogué con voz ronca, con la garganta tan apretada que me dolía hablar—. ¿Adónde vamos?

—No puedo seguir haciendo esto —siseó Billie—. Ya no puedes hacer esto. Enterramos a papá. Ya está hecho. No necesitamos aguantar este *after party*. Es morboso.

Solté un suspiro.

—Creo que de eso se trata.

Dios, estaba cansada. Tan agotada. Esa semana me había absorbido tanta vida que no podía imaginar cómo íbamos a seguir adelante. Tenía que volver a Stanford. Me habían dado una prórroga debido a circunstancias *atenuantes*, como lo habían llamado.

Una respiración estremecedora sacudió mi cuerpo.

—Tú y yo necesitamos aire fresco —sugirió Billie—. Necesitamos estar solas.

La puerta de la funeraria se abrió y el aire fresco nos golpeó en la cara. Sin embargo, no podía respirar. Papá se había ido, y todo era mi culpa. No podía respirar.

Seguí a mi hermana, con mis *flats* negros sin hacer ruido contra el pavimento. Igual que mi culpa. Intenté ahogar las voces en mi cabeza, callarlas de una maldita vez, y concentrarme en el chasquido de los tacones de Billie contra el asfalto. En el roce de su vestido negro contra el mío.

Mi hermana solo era un año mayor que yo. Siempre había sido la más temeraria, mientras que yo era la más responsable.

Pero desde que papá murió, parecía ser la roca. *Mi roca*. Tomadas de la mano, atravesamos *Villefranche-sur-Mer* y bajamos por el paseo marítimo hasta llegar al mar. Aquí fue donde lloramos a nuestra madre hacía tantos años. Fue nuestra primera parada cuando nos mudamos a este lugar. Ahí fue donde Billie lloró como Magdalena después de su primer desengaño amoroso. Aquí era donde en ese momento llorábamos a nuestro padre.

El sol descendía lentamente tras el horizonte de nuestro pueblo, en la ladera de una colina, y el mar brillaba con sus últimos rayos. Cada minuto apagaba otro hasta que nos rodeaba el crepúsculo.

—Se ha ido. —Mi voz estaba ronca. Me dolía la garganta; mas no se comparaba con este dolor en mi corazón—. ¿Cómo vamos a sobrevivir a esto?

Las manos de Billie me agarraron la cara.

—Tengo el dinero para pagar tu matrícula, para que estemos bien por un tiempo y no quedemos en la ruina.

Parpadeé confundida. Eso eran cien mil. En dólares americanos. Ya había pagado los gastos del entierro de papá. Todo sucedió tan rápido que ni siquiera tuve la oportunidad de preguntarle cómo.

—¿Cómo, Billie? —inquirí con voz ronca—. Y no puedo aceptarlo. Agarra ese dinero y vete a París. Deja tu huella.

Su agarre me apretó las mejillas.

—No. Demonios, no. Terminarás la escuela de medicina. Tengo suficiente para eso. Luego seguiré mi sueño de París.

—Pero...

Me cortó.

—Soy la mayor y lo que digo se hace. —Cuando abrí la boca para protestar, me la tapó con las palmas de las manos—. Esto es lo que papá querría. Tenemos que hacerlo. —Su voz se quebró—. Por él.

Una lágrima rodó por su mejilla, rompiéndome el alma en mil pedazos. Fue en ese preciso momento cuando me quebré. Nos rompimos. Un sollozo salió de mi garganta. O tal vez fue de ella.

Y mientras la luna se abría paso a través del cielo oscuro, nuestros suaves lloriqueos se mezclaban con el sonido de las olas rompiendo.

Lloramos. Juntas.

Capítulo Quince

Byron



El día era sombrío.

Estaba a punto de irme ese día cuando vi el anuncio en el periódico. La muerte del buen doctor Swan. Nunca había ido a verlo al hospital. Mi espalda estaba mucho mejor, y Odette dejó claro que no quería verme.

Sabía cuándo no me querían.

Sin embargo, aquí estaba. Tanto Winston como yo.

Quería asegurarse de que no hiciera nada estúpido. No se me escapó cómo nuestros papeles se invirtieron en los últimos dos días. Bebí hasta el olvido, y se aseguró de cortarme el flujo de alcohol. *Encantador*. Había tocado fondo.

De pie en la parte trasera de la iglesia llena, no dejaba de vislumbrar el cabello rojo de Odette. Estaba agarrada de la mano de su hermana, y los vestidos negros las hacían parecer aún más jóvenes. Terminó la misa y empezó la fila de condolencias.

Odette parecía cansada y pálida, con los ojos enrojecidos por las lágrimas que contenía, y me dolió el corazón. No me quería aquí, pero no podía evitar venir. Quería estar aquí por si acaso...

La idea era estúpida, pero aquí estaba.

Fue tan apropiado que la lluvia fuera y viniera durante todo el día, casi como si el cielo también estuviera de luto.

—Las dos parecen muertas —señaló Winston.

La fila de gente ofreciendo sus condolencias crecía por segundos. Joder, quería hablar con ella, ofrecerle mi ayuda de alguna manera. Pero, sobre todo, quería asegurarme de que estaba bien.

—Acaban de perder a su padre —renegué—. Es comprensible que estén disgustadas.

Me lanzó una mirada irónica.

—Si nuestro padre muriera, no derramaríamos ni una lágrima. Ninguno de sus hijos lo haría.

Mi expresión se volvió dura.

—Hoy no es el día para discutir algo así.

No mientras Odette estuviera de luto.

—¿Era agradable su viejo? —preguntó Winston con curiosidad—. Parece que tiene una gran cantidad de *fans* por el número de asistentes y las lágrimas. Incluso sus hijas lo amaban, imagínate.

Asentí con la cabeza.

—La familia Swan son cercanos. —Recordé el chequeo de antecedentes de su familia. Una familia muy unida. Nada que ver con la nuestra—. Eran —corregí. Todavía me costaba creer que el viejo doctor hubiera muerto. El periódico era impreciso en cuanto a la causa de la muerte, y parecía inapropiado sacar el tema aquí. No podía evitar preguntarme quién dirigiría el hospital mientras Odette se dedicaba a terminar su licenciatura. Le ofrecería ayuda, aunque estaba seguro de que preferiría quemarlo todo antes que hablar conmigo.

Vi a las dos hermanas susurrándose y luego salir de la habitación.

Mi corazón latía, dolorosamente. Vivo.

Lleno de una tristeza que no había sentido en mucho tiempo.

No desde que enterré a mi propia madre. No desde que se llevaron a mi hermanito hacía tantos años. Incluso cuando nos lo devolvieron, no había vuelto a ser el mismo, y el dolor de esa pérdida persistía como sabía que lo haría aquella.



Mi capitán nos puso en marcha, dejando atrás *Villefranche-sur-Mer* y la Riviera Francesa.

El sol se reflejaba en las ondas del agua azul. El resplandor era brillante incluso detrás de mis gafas de sol. Me quedé de pie en la cubierta superior, contemplando la costa que se encogía a cada minuto que pasaba. La silueta del hospital en la colina fue una de las últimas cosas que pude distinguir antes de que toda la costa se volviera borrosa.

—Sé que te preocupa la contaminación. —La voz de Winston llegó desde detrás de mí—. Me zambullí por esa maldita botella. Te alegrará saber que no hemos dejado nuestra huella.

—Excepto el gas que utilizamos para propulsar este yate —comenté secamente, girándome hacia él.

—Bueno, sí —convino, clavándome una mirada seria—. Has estado diferente.

Mis ojos volvieron al horizonte.

—Tú también. Llevas tres días seguidos sobrio.

Se encogió de hombros.

—Pensé que era mejor estar sobrio que borracho cuando Padre me atrapara. Me robaría, me quitaría la ropa y me dejaría desnudo. Literal y figuradamente.

Volví a encontrarme con la mirada de mi hermano.

—¿Qué hizo cuando llegó al yate?

—Te buscó. No creía que no estuvieras aquí, así que irrumpió en tu despacho. De hecho, se quedó allí un rato como si pensara que ibas a aparecer de la nada.

—Probablemente intentaba forzar mi caja fuerte —pronuncié sarcásticamente.

Excepto que sabía que era imposible forzar una caja fuerte diseñada por mí. Lo había intentado muchas veces.

Entonces, ¿qué había estado haciendo exactamente en mi oficina?

Capítulo Dieciséis

Odette



Tres meses después

De rodillas sobre el retrete, me limpié la boca con el dorso de la mano. La gente experimentaba muchas reacciones al ver ese signo positivo color rosa. Vomitar mientras sollozaba no solía ser una de ellas. Bueno, al menos no debería serlo.

Me puse en pie y me lavé los dientes mientras Billie golpeaba con sus uñas la encimera de nuestro pequeño baño. *Clic. Clic. Clic.* Los suaves sonidos parecían tambores anunciando una ejecución.

La. Jodí.

El calor del verano irradiaba a través del aire, haciendo que una gota de sudor rodara por mi columna. Cielos, en días como ese deseaba tener aire acondicionado en nuestra casa.

—¿Cómo quedaste embarazada, *ma soeur*?

Solo me llamaba *soeur* cuando estaba preocupada. Aunque su voz era dulce y suave, el pánico bañaba su expresión. Las dos mirábamos un montón de pruebas de embarazo, cajas vacías y demasiados signos positivos rosas.

—¿Estás preguntando cómo, en términos físicos, o estás preguntando cómo dejé que sucediera?

Dejó escapar un suspiro exasperado.

—Supongo que ambas. Qué posición sexual te dejó embarazada porque pienso evitarla. Y... ¿no usaste protección?

Se me enrojeció la cara.

—Usamos protección —aclaré. «*La mayoría de las veces*». Podía ser que en una o dos ocasiones se deslizara dentro de mí sin condón. Pero nunca terminó. Era una justificación estúpida e imprudente. Sin embargo, se había sentido tan bien que seguí olvidándolo. Y aparentemente él también.

«*Maldición, maldición, maldición*». Era Protección 101.

De solo pensar en ese hombre mi cuerpo entraba en un estado de *shock* sexual. Sí, era un término médico. Inventado por mí.

—Billie, ¿qué voy a hacer? —pregunté desesperadamente. Estaba a punto de entrar en mi segundo año en la escuela de medicina. Tenía sueños. Metas. Planes.

Las lágrimas ardían en mis ojos, amenazando con derramarse. Me negué a permitirlo. Antes no lloraba, demonios. En ese tiempo, lloraba todo el tiempo. Aunque era comprensible. Habíamos perdido a nuestro padre. Nuestro progenitor. En ese momento, Billie y yo éramos todo lo que quedaba.

«Y un bebé».

Me temblaban las manos mientras estaba de pie frente al espejo del baño de nuestra casa de *Villefranche-sur-Mer*. Las vacaciones de verano estaban en pleno apogeo, aun así, la alegría no aparecía por ninguna parte. Nuestra casa se sentía vacía sin papá. Si bien mi hermana hizo algunos cambios, especialmente en la habitación en donde sucedió, se seguía sintiendo apagada. Lo veía en cada rincón. A veces incluso escuchaba su voz, sus pies arrastrando contra la madera.

—Bueno, dicen que ningún método de protección es cien por ciento seguro, excepto la abstinencia. Supongo que no mentían —comentó Billie con calma, mirando fijamente una de las muchas pruebas que tenía en la mano. Tontamente, esperaba que el signo de *más* se desvaneciera.

No fue así.

Aquello no podía estar pasándome. Todos esos síntomas tenían que estar relacionados con el estrés. «¿También los signos de *más*?», se burló mi mente.

Dios, ¿en qué maldita doctora me convertiría!

Mi mente trabajaba enérgicamente con las opciones que tenía. Tuve la menstruación tres semanas atrás. Era cierto que mis dos últimas menstruaciones habían sido más ligeras de lo habitual, de nuevo, culpaba a los niveles de estrés, pero, incluso así, una menstruación era una menstruación. Además, no había tenido relaciones sexuales con nadie en casi tres meses.

Negué con la cabeza. No, no podía estar embarazada.

En ese momento casi me arrepentí de haberme hecho la prueba. Excepto que cada mañana tenía náuseas y me sentía mal. Gemí en voz alta.

Era lo último que necesitábamos. Acabábamos de enterrar a nuestro padre, su hospital había sido embargado, papá era brillante salvando personas, pero evidentemente no con las finanzas, y estábamos en la ruina. Ambas teníamos trabajo para el verano y, de no ser por mi beca, y los milagrosos actos de Billie, habría tenido que dejar Stanford.

Un temblor, lento pero fuerte, recorrió cada una de mis células. Tembló en mis venas y me quemó los ojos. La mirada de mi hermana se cruzó con la mía en el espejo: mis iris color avellana contra los suyos marrones. Mi cabello pelirrojo frente al rubio de ella.

No podíamos ser más diferentes. Sin embargo, siempre nos apoyábamos mutuamente.

—Lo resolveremos. Juntas. —Me rodeó con las manos y mis pechos protestaron dolorosamente. Otro jodido efecto secundario del embarazo—. ¿Se lo vas a decir?

Observando fijamente dos líneas rosas, lloré como una bebé contra el hombro de mi hermana.

—Tengo que decírselo, Billie —sollocé suavemente—. Es lo correcto. —«Creo».

—Al diablo con lo correcto —siseó—. Hacemos lo que es mejor para nosotros. Tú, yo y el bebé.

Sus palabras me aliviaron un poco la opresión que sentía en el pecho. «Incluía al bebé». Mi hermana ya veía al bebé como nuestro. Parte de nuestra familia.

La culpa me atravesó el pecho. No lo merecía. La culpa que sentía por haber traído a los Ashford a nuestras vidas era un gran peso en mi pecho. Un compañero constante. Me estrujaba las entrañas y me apuñalaba el corazón con cada respiración.

Sin embargo, no podía admitir mis pecados ante mi hermana. La necesitaba. La amaba. Sin ella, me desmoronaría. Así que egoístamente mantuve en secreto los eventos que llevaron al suicidio de nuestro padre. Mi razonamiento me decía que era imposible que supiera lo que iba a pasar; lamentablemente, eso era lo que pasaba con la culpa. Era inexplicable. No entendía los hechos. Simplemente te carcomía, te agobiaba. Odiaba esa punzada de culpabilidad en mis entrañas, no podía forzarme a confesar.

—Olvida al padre del bebé, Maddy —dijo Billie. Sabía quién era. Incluso sin hablarle del senador Ashford, mi hermana le guardaba rencor a los Ashford—. No lo necesitamos. Podemos hacerlo solas.

Podríamos, no obstante, estaba mal mantenerlo en secreto. Tenía derecho a saberlo. La preocupación rondaba mi mente. ¿Y si el senador Ashford se enteraba y decidía hacernos daño? Seguramente, Byron protegería a su hijo. Nos protegería. ¿Verdad?

—Se lo diremos —susurré. Era un secreto demasiado grande para guardarlo. Después de todo, no sería justo ocultárselo. Dependía de él reconocerlo o descartarnos—. Si no quiere formar parte de esto, seguimos como si nunca hubiera existido. —Ninguno de los Ashford.

Solo tenía que esperar que la ira de los Ashford no nos causara más dolor.

Capítulo Diecisiete

Odette



Me paré frente al alto edificio de cristal en Washington, D.C.

La riqueza y el poder nos miraban fijamente, haciéndonos sentir aún más pequeñas. Las náuseas se agolpaban en mi estómago, ya fuera por los nervios o por la pequeña vida que crecía en mi interior. O tal vez era la humedad de julio en esa ciudad que asfixiaba a sus habitantes.

Los veranos en D.C. eran insostenibles, al menos para mis estándares. Prefería la Riviera Francesa a esa niebla húmeda.

—¿Estás segura de que deberías decírselo? —Billie volvió a preguntar. Desde aquellas pruebas positivas, había estado luchando con mi conciencia. No quería decírselo, pero me parecía lo correcto.

—¿Y si piensa que solo quieres algo de él?

—No quiero nada —siseé, con la ira y el odio deslizándose por mis venas. Por desgracia, no se extendía a Byron. Ojalá fuera así, mas por alguna razón no podía soportarlo. Tal vez era mi estúpida mente persiguiendo cuentos de hadas—. Solo lo estoy poniendo al tanto. Lo que quiera hacer con la información dependerá de él.

Me aseguraría de decirle que no quería reclamar nada suyo, independientemente de si quería formar parte de la vida de nuestro bebé o no. Aquello era solo una cortesía. ¿Verdad? Me negué a alimentar cualquier esperanza de un final feliz. El senador Ashford lo había dejado muy claro.

Su clase y la nuestra no se mezclaban.

Entonces, ¿por qué las imágenes de esa noche todavía me perseguían? La forma en que su toque se sintió. Esas palabras susurradas de que era suya. Sus gruñidos. Mis gemidos. Sus manos en mis caderas. La forma en que me poseía. Se sentía tan real. ¿Cómo pude malinterpretarlo todo?

—Tierra a mi hermana. —La voz de Billie penetró a través de las imágenes que se arremolinaban en mi mente.

—Necesito dejar esto atrás para poder seguir adelante. —Miré a mi hermana—. Siento mucho que hayamos gastado dinero que no tenemos para hacer este viaje. Debería haber esperado hasta que empezara el próximo semestre. Yo...

Realmente no sabía por qué sentía la necesidad de decírselo en ese momento. Tal vez pensé que perdería el valor y me acobardaría.

—Tienes que dejar esto atrás para que podamos empezar a planear cómo seguir adelante. — Terminó mi hermana por mí. Asentí. Tenía razón. Necesitaba saber cuál era la situación con Byron para poder tomar las decisiones correctas. Por nuestro bebé. Mi trabajo en la cafetería del campus no sería suficiente para criar a un bebé, como tampoco lo sería mi trabajo de verano en casa. Y la facultad de medicina...

—Oh. ¿Adivina qué? No vas a creer esta mierda. —Billie puso los ojos en blanco, enfatizando las palabras que aún no había pronunciado. La tensión crecía en mi interior y me preocupaba explotar.

—¿Qué?

Se rio.

—Marco está aquí, en D.C. Juro que ese tipo te acecha.

—Marco es la menor de mis preocupaciones. —Acosador o no.

Se encogió de hombros.

—Al parecer, está saliendo con una doctora que trabaja en el Hospital George Washington o algo así. Recuerda, estaba en *Le Bar Américain*. La hermana de Tristan.

—Me alegro por él —musité. Marco era mi amigo y le deseaba lo mejor, sin embargo, no seguía su vida tan de cerca como Billie. Nos poníamos en contacto de vez en cuando, pero todos tenemos nuestras propias vidas de las que preocuparnos—. De acuerdo, deséame suerte, *soeur*.

Los ojos marrones de Billie se agudizaron.

—No necesitas suerte. Enséñales quiénes demonios somos. Ese imbécil tiene suerte de haberte dejado embarazada. Está feo. Tú eres hermosa.

Se me escapó una risa ahogada. Mi hermana siempre trataba de hacerme sentir mejor, aunque Byron era todo menos feo.

Inhalando profundamente, enderecé los hombros y endurecí la espalda.

—Está bien, te veré de vuelta en el hotel.

Diez minutos después, por fin llegué a la última planta del edificio. El corazón me retumbaba y contuve la respiración mientras el ascensor me llevaba. Cada vez más alto. *Ding*.

Me sobresalté al oír cómo se abrían las puertas.

Salí del ascensor con fingida confianza y me dirigí a la recepcionista. Pero el mostrador estaba vacío. Miré a mi alrededor, izquierda, derecha, izquierda otra vez, y luego me dirigí al único pasillo que tenía una gran placa dorada que decía “CEO”. El despacho de Byron tenía que estar por allí. Según lo que he leído sobre él, era el CEO del imperio Ashford.

Caminé por el lujoso pasillo de mármol con inquietud y alisé con las palmas de las manos mi vestido rosa veraniego. El color desentonaba con el blanco y negro del edificio. Desde luego, me hacía destacar. Aunque no estaba segura de que fuera en el buen sentido.

Encontré el escritorio de quien supuse era la asistente de Byron y pregunté si podía verlo. Dijo algo sobre una cita, pero para entonces me llegaron unas débiles voces. La inquietud se deslizó por mí, lamentablemente, reaccioné demasiado tarde. Giré sobre mis talones para marcharme y me encontré cara a cara con el senador Ashford.

Me quedé helada. Mis ojos se abrieron y se me cortó la respiración.

No imaginé que aquello sucedería así. Tenía todo el discurso, o algo parecido, preparado en mi cabeza. Para Byron. No para el idiota de su padre. Me apartó del escritorio y me alejó para que la asistente no escuchara.

—Bueno, bueno, bueno. —No fue el Senador Ashford quien habló. Era la mujer que estaba a su lado. No me había fijado en ella hasta ese instante. Era impresionantemente hermosa. Ropa de

diseñador de pies a cabeza. No me importaba la ropa de marca, pero a mi hermana quien estaba obsesionada con la moda, le importaba mucho. Como que se me pegó—. ¿Qué tenemos aquí?

Con su larga melena rubia y sus grandes ojos azules, parecía una muñeca Barbie perfecta. Salvo que, en lugar de una sonrisa, esta mujer lucía una mueca de desprecio.

—Esta es la señorita Swan. —La voz del senador Ashford era fría, sin embargo, no se comparaba con su gélida mirada. Me estremecí, queriendo replegarme sobre mí misma hasta que no quedara nada de mí. Maldición, odiaba esa reacción hacia él—. Me encargaré de ella.

—Sí, por favor. No quiero que nadie moleste a Byron hoy.

Apenas tuve tiempo de parpadear y el senador Ashford estaba frente a mí. Sus manos heladas agarraron las mías y las apretó, clavándome las uñas en la piel.

—¿Qué te dije, chica? —espetó.

Eché los hombros hacia atrás.

—Tengo que hablar con...

No me dejó terminar.

—Cumplí mi amenaza. Ya no está el hospital. Tu padre se ha ido. —Un grito ahogado salió de mis labios. Una cosa era saber que estaba detrás de la pérdida del hospital y otra muy distinta oírlo mofarse. La habitación empezó a dar vueltas. Me tambaleé hacia atrás, intentando poner espacio entre nosotros. Las lágrimas me nublaban la vista. Tenía que escapar. Ya no me importaba hacer lo correcto. Solo necesitaba escapar—. ¿De verdad quieres que tu hermana también se vaya?

Sus ojos fríos y sus palabras vengativas se sentían como agujas frescas atravesándome el pecho. El corazón me ardía como si alguien le hubiera prendido fuego. Me dolía cada latido, cada maldita respiración. No podía llevar suficiente aire a mis pulmones.

Me quitó a mi padre. No podía dejar que se llevara también a mi hermana.

—¡Suéltame! —demandé, luchando por meter aire en mi garganta. Tenía que alejarme de él.

—Te dije que te mantuvieras alejada de nosotros. —La voz del senador Ashford era baja, su expresión oscura. Sacó algo de su bolsillo y lo golpeó contra mi pecho—. Toma. Ahora vete. —Miró a la mujer por encima del hombro—. Estas cazafortunas recurrirán a cualquier cosa y te dejarán seco si se los permites.

Una pila de billetes se presionaba contra mi pecho, manchándome. Sin pensarlo, mi mano voló por el aire y conectó con su cara. *Bofetada*.

El grito ahogado de alguien rompió el aire. Alguien chilló. Pero estaba demasiado aturdida por lo que había hecho para reaccionar. Contemplando la marca roja que se formaba en la cara del senador, me quedé helada y con los ojos muy abiertos. Nunca había odiado a nadie, no obstante, odiaba a este hombre. Con todo mi corazón.

Fue entonces cuando vi a los guardias de seguridad. El fantasma de una sonrisa amenazadora parpadeó en sus ojos azules. Dos fornidos hombres trajeados me rodearon, cada uno agarrándome por un brazo.

—Saqueen la basura —exigió el senador—. Órdenes de mi hijo.

Alguien se carcajeó detrás de mí. No me atreví a ver quién era. Luché contra las lágrimas mientras me escoltaban por el elevador y me sacaban del edificio, empujándome fuera.

Una vez en la acera, el cielo tronó y giré la cara hacia la nube que había justo encima. Aunque seguía soleado, el cielo azul despejado se veía empañado por la única nube oscura que se abría paso por la ciudad.

Metí la mano en el pequeño bolsillo de mi vestido de verano y saqué la foto de la ecografía,

con un sollozo ahogado recorriéndome por dentro.

—No llegué a presentarte a tu padre, pero creo que es lo mejor —susurré, caminando sin rumbo hacia delante y sin dejar de mirar la pequeña foto en blanco y negro—. Siento que papá y su familia sean imbéciles. —Me ardían los ojos y me limpié las lágrimas con rabia. Los Ashford, no se merecían mis lágrimas. No se merecían ni un solo pensamiento mío, y mucho menos mi angustia.

Fui una estúpida al pensar que haciendo lo correcto lograría algo. En vez de eso, me echaron. Como basura.

Dios, ¿cómo había podido joderla tanto? Nunca rompí las reglas, siempre hice lo correcto. Y allí estaba, jodida. Literal y figuradamente.

Volví a limpiarme la cara. Tenía que recomponerme. Recuperar la compostura.

Sujetando la foto de la ecografía con una mano, me frotaba el vientre plano con la otra. Estaríamos los tres solos. El bebé, Billie y yo. Podríamos sobrevivir.

Deseé volver a la habitación del hotel con mi hermana.

—Seremos los tres mosqueteros —afirmé con voz ronca, intentando convencerme de que era lo mejor. Llevaría las riendas de la crianza del bebé. Era lo mejor para todos. A pesar de que me percaté de las miradas alarmadas y preocupadas de los transeúntes, las ignoré.

Escuché los gritos demasiado tarde. Levanté la cabeza y el instinto se apoderó de mí. Torcí el cuerpo en un intento de protegerme el estómago justo cuando salí volando por los aires.

El dolor estalló a través de mí y el mundo dejó de existir.

Capítulo Dieciocho

Odette



Entumecimiento. Vacío. Dolor.

Abrí los ojos y parpadeé contra la luz. Me di cuenta de lo que me rodeaba. Las paredes blancas. El olor a lejía.

Un hospital. Estaba viva.

Volví a cerrar los ojos y sentí que los recuerdos me invadían. Puede que estuviera enfadada, incluso furiosa, pero había entrado en su edificio llena de esperanza. Y salí... vacía. Rota.

Mis párpados se abrieron lentamente y lo vi. La cabeza de Byron encorvada sobre mi mano mientras la agarraba. El corazón hizo un ruido sordo en mi pecho. Dolor. En mi cuerpo y en mi corazón. Estaba allí. ¿Cómo?

Intenté recordar lo que había pasado. Mas lo último que recordaba era que me habían escoltado fuera del edificio.

—¿Cuánto tiempo estuve inconsciente? —pregunté con voz ronca, pasándome la lengua por el labio inferior.

Los apagados iris azules de Byron se encontraron con los míos. Tenía un aspecto horrible. Tenía el cabello revuelto y desordenado, como si se hubiera pasado los dedos por él. Tenía la cara cubierta de barba incipiente y los ojos rodeados de profundas ojeras. Tenía la camisa ensangrentada y la corbata suelta y torcida.

Vi fotos suyas en *Forbes*, impecable y perfecto, en ese momento estaba lejos de serlo.

—Cariño, estás despierta. —Me acarició la cara con sus grandes palmas. Tan suave que trajo lágrimas a mis ojos—. ¿Cómo te sientes?

Desorientada. Confundida. Adolorida. Cansada.

—Déjame llamar a un doctor.

—No. No necesito un médico. —Ya iba camino a buscar uno, pero mis palabras lo detuvieron—. ¿Cuánto tiempo estuve inconsciente? —repetí.

—Unas horas. —Volvió a tomar mi mano entre las suyas y fue entonces cuando lo vi. La foto de mi ecografía en la palma de su mano. De nuestro bebé. *Mi bebé*.

—¿Bebé? —Apenas pude pronunciar la palabra.

Su mandíbula se tensó, la agonía en sus orbes azules coincidía con lo que en ese momento sentía en mi corazón. El sentimiento que amenazaba con tragarme entera.

Sacudió la cabeza.

—El bebé no sobrevivió —declaró con voz áspera.

«*El bebé no sobrevivió. El bebé no sobrevivió*». Azotó en mi cerebro como los gritos huecos de una tormenta de viento.

Mi corazón se rompió y la primera lágrima rodó por mi mejilla. Sus palabras fueron como una puñalada en el pecho. ¿Cómo podía decir esas palabras sabiendo que acababa de usarme, de tirarme cómo basura? Arruinó a mi familia... «*se llevó a mi padre*».

«*Los de su clase y la mía no se mezclaban*».

Las palabras se repetían, taladrándome el cerebro. Su padre. Su prometida. Mi bebé.

«*No, ya no existía “mi bebé”*». Parecía que Dios estaba de acuerdo. Era lo suficientemente buena para ser el segundo plato y follar. Sin embargo, no lo suficiente para ser amada.

Emociones abrumadoras se arremolinaban en mi interior. Asfixiándome. Ahogándome. El dolor era demasiado para soportarlo. Quería el olvido.

—Tenemos que hablar —susurré, con voz extrañamente calmada.

—Ahora no, cariño. Hablaremos cuando estés mejor. —Me rozó los nudillos con los dedos—. Descansa un poco.

Sacudí la cabeza. Tenía que arrancarme esa curita de una vez por todas. Lo miré fijamente y memoricé cada centímetro de su cuerpo. Era guapo, incluso en ese estado. Su costosa camisa blanca ensangrentada. Sus mangas remangadas dejaban al descubierto sus musculosos antebrazos. Su desaliño le daba una agudeza. Me picaban los dedos por tocarlo.

Sus ojos penetraron a través de mí, hasta el corazón que me rompió. Y seguía deseándolo, aunque no creía que alguna vez pudiera perdonarlo.

Amaba esos faroles azules. Intensos. Sabía lo oscuros que se ponían cuando se enterró profundamente dentro de mí. Azules como la medianoche. Los odiaba igualmente, porque podían engañarme tan fácilmente.

—Byron, necesito que hagas algo por mí. —Las palabras pesaban en mi lengua. O tal vez era la medicina. Deberían haberme llenado de ella para curar este dolor en mi corazón.

—Lo que sea, cariño. —Dios, cuando me veía así, me sentía como todo su mundo. Una noche con un hombre cambió tanto. Me cambió.

Me lamí los labios. No alivió mi tensión ni el dolor.

—Tú y yo fuimos un error. —Mis oídos zumbaron y la máquina empezó a pitar. Más alto y más rápido. El dolor que me atravesaba los oídos coincidía con el que sentía en el corazón—. Necesito que te vayas. Esa noche me persigue y me destruye. Cada parte de mí y de mi vida. —El pecho me apretaba tanto que cada respiración salía entrecortada—. Por favor, vete.

Vi un destello de dolor en sus ojos azules, pero apartó la mirada.

—¿Es eso lo que quieres?

El dolor de perderlo volvió a arañarme el pecho, amenazando con abrirlo. Con romperme. Mi corazón gritaba *no*, mas mi cerebro tenía que ser más fuerte.

Lentamente, dejé que mi dolor se transformara en otra cosa. Algo oscuro y frío. Algo irrevocable. Odio. Amargura.

—Sí.

Apenas por encima de un susurro, la sola palabra me rompió el corazón por completo.

Capítulo Diecinueve

Byron



Seis años después

Scout Island Scream Park en New Orleans.

Mi sobrino Kol, Alessio, mi medio hermano ligeramente mayor, y yo subimos a un tren parecido a un carro minero que nos llevaría a través de un cementerio de fantasmas. Ni Alessio ni yo éramos hombres pequeños, nuestras rodillas sobresalían del carro, y el pobre Kol estaba casi asfixiado entre nosotros como carne del almuerzo. Sin embargo, no parecía importarle, sus ojos iban de un lado a otro. Estaba deseando que el maldito carro empezara a moverse para que nos asustáramos.

Mi hermana y su esposo, junto con sus hijos, iban en el carro detrás de nosotros, y se veían tan ridículos como nosotros.

—Maldita sea, esta es mi primera visita a un parque de atracciones —refunfuñó Alessio—. Habría venido antes si hubiera sabido que estos asientos eran *tan cómodos*.

Detecté sarcasmo en su voz y me reí entre dientes.

—No me digas que nunca te colaste en las ferias ambulantes para pedir aventón.

Alessio me miró secamente. Era toda la respuesta que necesitaba.

Bajé la mirada hacia Kol, cuyos iris grises brillaban con emoción. Los ojos de mi sobrino tenían motas de color avellana, como los de su madre. A veces me recordaban a otro par de avellanas, excepto por el dorado. Nunca había visto unos ojos así.

Apartando ese pensamiento de mi mente, sonreí.

—Creo que tenemos que sostener la mano de tu padre. Ya que es su primer juego.

Kol ni siquiera dudó. Demonios, el chico era bueno. Y amable. Su pequeña mano agarró la de su padre y apretó.

—Estaré contigo todo el tiempo. Con los dos.

La expresión de mi hermano se suavizó.

—Te lo agradezco, amigo. Ahora me siento más seguro.

Alessio había tenido su oportunidad de ser feliz. Me alegraba por él y ni siquiera pude sentir celos. Nuestro padre había jodido su vida al nunca reconocerlo. Pero le dio la vuelta al destino y terminó con una buena mujer a su lado.

La pequeña mano de Kol tomó la mía.

—Y también te mantendré a salvo, tío Byron.

Mi hermano y yo compartimos una mirada divertida. Maldición, nuestra familia se estaba expandiendo y para mejor. Aunque no era por mí. Una pequeña punzada en mi corazón me recordó mi oportunidad. La única oportunidad que terminó incluso antes de empezar.

No me habría importado ser padre. Especialmente con una mujer así. Después de su accidente, ella siguió adelante. Aparte de su regreso a Stanford, no la había mantenido vigilada. Era demasiado doloroso.

El juego empezó y, fiel a su palabra, Kol mantuvo nuestras manos grandes entre las suyas pequeñas. Excepto que nos agarró las manos con tanta fuerza que tanto Alessio como yo nos estremecimos. El pequeño era fuerte. Amable, pero bastante fuerte.

—¿Qué le das de comer? —murmuré a mi hermano—. ¿Espinacas?

Dejó escapar una risa estrangulada.

—Sí, creando un Popeye aquí.

—No sabía que veías dibujos animados. —Mi voz era seca, con un toque de humor.

Alessio se encogió de hombros.

—Es relajante. Deberías probarlo alguna vez.

—Voy a tener que pedirte prestado más seguido a tu hijo para no arruinar mi reputación. Sería un poco raro que la gente me encontrara viendo dibujos animados solo.

Siguió el silencio mientras los fantasmas nos rodeaban. *Literales y metafóricos*.

—¿Has pensado alguna vez en tener un hijo? —La pregunta de Alessio surgió de la nada. Nos habíamos vuelto cercanos con los años, sobre todo cuando su mujer quedó atrapada en Afganistán. Tardamos meses en sobornar y hacer tratos para encontrar una forma de entrar en el país que había cerrado sus fronteras.

—A veces —admití. Sería más fácil tener un hijo sin la madre. No quería otra mujer en mi vida. Lo intenté, demasiado, pero no sería justo casarme con alguien mientras mi corazón siguiera enamorado de la pelirroja doctora francesa.

—Se te daría bien. Tienes paciencia para ello. —«*A diferencia de nuestro padre*». Ambos lo sabíamos. El egoísmo de nuestro padre iba más allá de cualquier político normal. Aunque había ganado algunos puntos cuando contrató a Kian, un viejo especialista militar, para proteger a la esposa de Alessio. Autumn y Kian estaban en Afganistán durante el caos. La conexión y el momento siempre parecieron sospechosos, pero no importaba. Salvó a mi cuñada.

Sonreí.

—Quizás algún día. —Maldición, hasta yo podía oír el matiz de amargura en mi tono—. Entonces. Kol, ¿ya estamos asustados?

Kol exhaló un suspiro frustrado.

—¿Dónde están los fantasmas?

Me reí entre dientes.

—¿En el aire?

—Se supone que tienen que salir de la tierra y asustarnos.

—Bueno, me alegro de que no lo hagan —declaró Alessio—. Estoy muy asustado. Menos mal que me agarras de la mano, o me habría puesto a llorar.

Miré a mi hermano.

—*Demasiado*. —Articulé con la boca.

Alessio se limitó a sonreír, mostrándome el dedo medio por encima de su cabeza. Tan maduro.

—Si quieres cerrar los ojos, papá, no se lo diré a nadie —aseguró Kol.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí. Ni siquiera podía imaginarme a Alessio haciendo eso. El tipo que dirigía el bajo mundo en Canadá, apretando los párpados con miedo para poder aguantar el juego.

—Pero Byron lo hará —respondió Alessio en un fingido tono quejumbroso. Caray, estaba disfrutando eso demasiado.

—No lo haré. —Me atraganté, tratando de mantener la cara seria—. Promesa de explorador. Nunca delato a nuestra familia.

Kol sonrió.

—Yo tampoco. Incluso cuando mi hermana roba chocolate, no la delato.

A Alessio y a mí se nos escapó una carcajada ahogada.

—¿Ahí es donde va a parar todo el chocolate? ¿A la barriga de tu hermana?

Kol lo miró seriamente.

—No sé de qué me estás hablando.

No pude mantener por más tiempo mi rostro serio. Solté una carcajada y despeiné a mi sobrino.

—Estoy orgulloso de ti, Kol.

Y lo estaba. Estaba tan orgulloso de nuestra familia.

Sin embargo, una pizca de soledad, ¿o era arrepentimiento?, latía en un rincón oscuro de mi alma.



Tres horas más tarde, todos salimos del parque de atracciones. Aurora y Autumn estaban un poco verdes. Alessio, Alexei y yo acorralamos a los pequeños. Tenía a Kol sentado sobre mis hombros. Kostya estaba sentado en los hombros de Alexei, dándole patadas como si fuera un caballo. Alessio sostenía a su hija en brazos, pues parecía que las esposas iban a vomitar en cualquier momento.

—Bueno, fue divertido —comentó Alessio—. No volvamos a hacerlo hasta dentro de uno o dos años.

—De acuerdo —confirmó Alexei en tono llano—. Kostya, por última vez, papi no es un caballo.

Negué con la cabeza, e inmediatamente hice una mueca de dolor. Kol me jaló del cabello como si me estuviera guiando.

—Jesucristo, Kol. Sabes que es mi cabello, no las riendas. Vas a dejar calvo a tu tío.

Kol y Kostya compartieron una mirada y luego soltaron una risita.

—Hijo, no dejes calvo a tu tío —instruyó Alessio a Kol—. Todavía tenemos que casarlo. Después de eso podrá quedarse calvo.

Alexei soltó una risita, y les hice una seña obscena con la mano a ambos.

—Les afeitaré la cabeza mientras duermen —amenacé medio en broma. No era como que nunca lo hubiera hecho. De hecho, en una ocasión había afeitado los hermosos mechones de River. Maldijo tan fuerte que estaba seguro de que lo escucharon en todos los continentes. Posiblemente también en todos los planetas.

—Nunca dormiré en la misma habitación que tú —pronunció Alexei de forma objetiva,

mientras sus ojos brillaban divertidos. Nuestro padre estaba tan equivocado al no aprobarlo. Ese hombre protegería a su familia a costa del mundo entero.

—Bien, porque eso me marcaría de por vida. Dormir en una habitación contigo no está en mi agenda.

—Así es —dijo Alessio, conteniendo a duras penas una risita—. Tu agenda es acostarte con una doctora hermosa.

Lo fulminé con la mirada mientras Alexei arqueaba una ceja con curiosidad.

—Menos mal que mañana no vienes a nuestra comida familiar —murmuré secamente—. Solo puedo aguantarte unos días a la vez.

Alessio se rio, imperturbable ante mis palabras. Nada afectaba a mi hermano. Salvo la angustia de su mujer y sus hijos.

—Apuesto a que sí —musitó—. Por cierto, he oído que la bella doctora pelirroja ha vuelto a Estados Unidos.

—Me siento excluido. —El tono monótono de Alexei hacía que pareciera que no le importaba. La verdad era que rara vez mostraba emociones. Pero con los años, desde que Aurora y él se habían convertido en pareja, empezó a expresarse más con palabras. No obstante, solo con la gente con la que se sentía cómodo. Con mi padre, se comportaba como si fuera a matarlo en cualquier momento. No era que pudiera culparlo.

—Oh, ¿Byron no te lo dijo? —Alessio estaba más que feliz de informar a mi cuñado—. No me sorprende. Mantiene su vida amorosa en secreto. Pero hay una hermosa doctora que no lo soporta. Ha estado por todo el mundo salvándolo, y mi información me dice que ha vuelto a Estados Unidos.

—¿Y por qué la estás vigilando? —siseé.

Se encogió de hombros.

—Por tu bien.

Lo fulminé con la mirada.

—Entonces, ¿qué sabes de ella?

—Aparte del hecho de que ha vuelto a Estados Unidos, no mucho.

—¿Se casó? —La estúpida pregunta salió de mi boca sin permiso. Tenía empresas de seguridad. Podía comprobar todo eso yo mismo. Solo me propuse no hacerlo.

—No me preguntes sobre su vida personal o amorosa, o cualquier mierda por el estilo. No estoy al pendiente de eso.

—¿Entonces por qué sabes que volvió? —Alexei hizo la pregunta lógica.

Alessio se encogió de hombros.

—Por alguna razón, su nombre y el de su hermana aparecieron en la *dark web*. Algo relacionado con diamantes.

Arrugué las cejas.

—Eso tiene que estar mal.

Alessio se encogió de hombros.

—También lo creo. Estaba en Ghana, trabajando bajo las órdenes de la OMS. ¿Lo sabías?

Negué con la cabeza.

—No, me he propuesto no saberlo. —Entonces, porque hablar de Odette era lo último de lo que quería hablar, cambié de tema—. ¿Seguro que no puedes quedarte a nuestro almuerzo mensual de mañana?

Alessio negó con la cabeza.

—No, Autumn tiene un trabajo para una sesión de fotos en Ucrania. No voy a dejar que vaya sola.

—Jesucristo, ¿es seguro? —Me lanzó una mirada de qué demonios crees—. ¿Afganistán no fue suficiente?

—Quiere hacer la diferencia —refunfuñó—. Intentó no hacer nada y se inquietó demasiado. Así que hicimos un trato. Puede aceptar trabajos mientras esté con ella y me encargue de la seguridad.

—Probablemente sea prudente —añadió Alexei—. Acabaría yendo contigo o sin ti. De esta forma, tienes algo de control.

—¿Quieres que cuide a los niños? —Ofrecí—. Podría traértelos de vuelta cuando regresen.

Mi hermanoladeó la cabeza.

—Te lo agradezco, pero ya hicimos arreglos para que los padres de Autumn los cuiden. La próxima vez, definitivamente te tocará.

—Cuento con ello.

Podía ser que nunca sea padre, no obstante, sería el mejor tío para mis sobrinas y sobrinos.

Capítulo Veinte

Odette



—E stos malditos tacones —se quejó Billie.

La acera empedrada del *French Quarter* era incómoda con mis *flats*, por no hablar de los tacones que veía llevar a las mujeres a mi alrededor. Incluida mi hermana. De vez en cuando me agarraba del brazo para mantener el equilibrio.

Ayudé a estabilizarla mientras mi mente pensaba en lo que estábamos a punto de hacer.

—Más vale que esto funcione, Billie.

O estaríamos muertas. El pavor me invadió, retorciéndose con fuerza en la boca de mi estómago. Los últimos seis meses se habían sentido irreales. Habíamos estado huyendo desde aquel maldito día. Todos los días. Había visto más del mundo de lo que quería. Nos fuimos de Las Vegas la semana pasada, donde Billie se las arregló para ir a probarse un vestido de novia y ganar algo de dinero extra.

—Funcionará. Conseguirán su mierda y nuestra vida volverá a la normalidad.

Mis ojos se desviaron hacia mi hermana, dejando escapar un suspiro frustrado. De verdad la amaba. Pero a los treinta años, Billie debería haber sido más lista que agarrar una bolsa de diamantes y pensar que nadie se daría cuenta. Diez millones de dólares en putos diamantes de sangre del sindicato criminal.

Mientras hacía operaciones, mi hermana se dedicaba a robarle a delincuentes.

Jesucristo.

—¿Tienes todo en tu bolso? —inquirí. Si los olvidó, quizá tendría que *asesinarla*.

—Todos los diamantes están en la bolsa —aseguró—. Brillantes y caros.

Su mano volvió a extenderse y me agarró del brazo.

—¿Por qué demonios llevas tacones? —siseé. Nunca sería capaz de dejar atrás a los hombres con esos tacones si teníamos que correr.

Billie me observó con molestia.

—Quería verme bien. —La fulminé con la mirada. Sabía lo que estaba en juego. No podía entender que su aspecto fuera más importante que nuestra seguridad. Era de vida o muerte. Literalmente.

—Te ves bien, tía Billie —halagó Ares, con su pequeña mano en la mía.

Mi expresión se suavizó al mirar a mi hijo. Grandes iris azules. Cabello oscuro. Mi corazón se hinchó de orgullo. A los cinco años, sabía cómo agradar y cautivar corazones. Algún día

rompería corazones, incluso con su seriedad. Mi pequeño tenía cinco años con la madurez de un niño de diez.

—Solo porque llevo tacones —declaró Billie, sonriendo suavemente.

Puse los ojos en blanco. Era mejor no comentar, o podría convertirse en una completa discusión. Ares era el niño de mis ojos. También de Billie. Los años habían sido difíciles, mas habían valido la pena. Éramos los tres. *Los tres mosqueteros*.

Por desgracia, estábamos en New Orleans y no en la Riviera Francesa. Aunque pronto estaríamos allí. Estaba deseando volver a casa.

Elegantes edificios históricos nos rodeaban. Un trompetista tocaba cerca, sus tristes melodías viajaban sobre la brisa. El olor dulce y pegajoso del alcohol flotaba en el aire. Multitudes de gente deambulaban por las calles, con sus risas, bailes y coloridas vestimentas que daban a esta ciudad la vitalidad por la que era conocida. El *Mardi Gras* estaba a punto de estar en su apogeo, aunque a juzgar por la multitud que nos rodeaba, cualquiera diría que ya se estaba celebrando.

—Ahí está. —Billie señaló y seguí su dedo hasta el letrero. *St. Louis Street*.

Me agaché y puse los ojos a la altura de mi hijo.

—Ares, cuando entremos en este restaurante, irás con la tía Billie mientras me encargo de algunas cosas del trabajo. ¿De acuerdo?

Asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

Mi hijo estaba acostumbrado a mi trabajo. Excepto que esa vez, no eran las cosas del trabajo normales lo que me alejó. Fue el robo accidental de diamantes. Por mi hermana. Gran énfasis en *accidental*, que todavía estaba en debate.

—Buen chico —afirmé, colocándole un beso en su mejilla.

—No te preocupes, *Maman* —expresó Billie—. Todo terminará pronto.

Tragué con fuerza, el corazón me temblaba en el pecho. Mi mayor temor era que le ocurriera algo. Sabía que nunca sería capaz de perdonarme si Ares acababa herido por su culpa o por mi propia estupidez.

Me enderecé y miré a mi hermana a los ojos.

—Sigue el plan, Billie. No te desvíes de él. Pase lo que pase. Y si sucede algo...

—No lo digas. —Me cortó—. Da mala suerte.

Cerré los párpados, rezando por tener paciencia. Quería gritarle y decirle que la mala suerte era robarles a los delincuentes. En lugar de eso, me subí a la acera que, por suerte, estaba pavimentada.

—Mantenlo pegado a ti —ordené en voz baja—. Y mantente fuera de la vista. —Asintió. Amaba a mi hermana. Los últimos cinco años de felicidad de mi hijo habían sido posibles gracias a sus sacrificios. Aquello era lo menos que le debía. Tenía que sacarnos de ese lío.

Extendí la mano y rebuscó en su bolso, sacando una pequeña bolsa de terciopelo negro.

Diez millones de dólares en un paquete tan pequeño. Fue suficiente para poner nuestra vida patas arriba.

La tomé y la metí en el bolso. Caminamos hacia la esquina de *St. Louis Street* y nos detuvimos justo a la entrada de *The Sazerac Bar*.

Billie levantó a Ares y nuestras miradas se cruzaron. Sabía que estaba enfadada. Sabía que había metido la pata. Pero hasta que aquello no estuviera arreglado, no podíamos seguir adelante. El sindicato no nos dejaría vivir mientras tuviéramos esos diamantes.

Esperaba que una vez que devolviéramos los bienes robados, se olvidarían de nosotros.

Aunque mi sexto sentido me advirtió que estaba delirando. Mi estómago se revolvió.

Entramos en el restaurante y me maldije en silencio. Billie estaba vestida apropiadamente. Yo, no tanto. Mis *shorts* de *jeans*, mi camisa blanca de un cuarto de manga y mis *flats* blancos eran demasiado informales para ese lugar.

¡Maldición! ¿Por qué los criminales no especificaban un código de vestimenta?

Mis ojos recorrieron la amplia habitación. Tenía el ambiente de la vieja New Orleans, con paredes pintadas de colores intensos y decoradas con fotografías antiguas. El sonido del trompetista entraba por las grandes ventanas abiertas. Un candelabro de cristal dominaba la estancia.

—Hola. —La *hostess* nos saludó con una amplia sonrisa—. ¿Tienen una reservación?

Billie y yo compartimos una mirada.

—Sí —repliqué—. Diamante de sangre.

¡Esos desgraciados!

Para el crédito de la *hostess*, ni siquiera pestañeó.

—Por aquí.

Nos abrimos paso por el lugar, sorteando mesas y cabinas, cuando la *hostess* hizo una pausa. Me giré hacia Billie y le di un asentimiento con la cabeza. Era su hora de desaparecer en el baño y esconderse allí con Ares.

—¿Billie? —Una voz vagamente familiar vino de detrás de nosotras—. Billie Swan.

La cara de mi hermana palideció. Mi corazón dio un vuelco, preocupado porque ya la hubiéramos jodido. Debíamos estar allí antes que Danso Sabir, el asesino de la organización criminal de Ghana y Córcega. El miedo me asfixiaba, no obstante, temía más por mi hijo que por mí misma. O incluso por mi hermana. Él era lo único que me importaba.

Me obligué a forzar una sonrisa mientras me preparaba mentalmente para lo peor. Lentamente, giré para enfrentarme a mis miedos.

Excepto que lo peor no era lo que esperaba. O, mejor dicho, a quien esperaba.

El corazón se me oprimió en el pecho mientras lo miraba. Byron Ashford seguía siendo el hombre más guapo que había tenido la desgracia de conocer.

Me observaba con esos orbes zafiro resplandecientes, mirándome desde su mesa. La visión de él mirándome con la cabeza entre mis piernas, sus hermosos labios brillando con mi excitación, hizo que la temperatura de mi cuerpo se disparara al instante.

Me había roto el corazón. Me mordí el labio inferior, concentrándome en el escozor de aquel dolor más que en el que casi me rompió seis años atrás.

«Dios, olvídale. Olvida el recuerdo. De todo».

Pero aún recordaba la forma en que me había besado. La forma en que me había devorado. Había sentido su pasión hasta los dedos de los pies. No podía olvidar el modo en que me había acariciado las mejillas con sus fuertes manos y había acercado nuestros rostros. La forma en que inhaló profundamente, cerrando los ojos. Como si quisiera memorizarme para siempre.

Como si fuera importante para él.

Capítulo Veintiuno

Byron



Seis malditos años.

La vi en cuanto entró en el restaurante. Un destello de su cabello rojo, más corto que la última vez que la había visto, le llegaba hasta los hombros. Se pasó un mechón por detrás de la oreja que atrapó los rayos del sol y brilló con un tono dorado.

Era imposible ver colores dorados y no pensar en ella. Esos destellos color oro en sus ojos. Los reflejos de su melena. La imagen suya a cuatro patas estaba grabada en mi memoria.

Apreté los puños y el ardor de mi palma palpitó con la necesidad de enrollar su cabello alrededor de mis dedos. Igual que aquella noche, cuando se arrodilló.

Seis malditos años y seguía siendo incapaz de olvidarla. Seis malditos años y todavía tenía mi corazón. Lo dejé junto al suyo en aquel hospital cuando me suplicó que la dejara ir.

Se veía tan hermosa como la recordaba. Elegante. Fuerte. Ofreciéndole a la *hostess* su sonrisa cortés y reservada, pronunció unas palabras y luego se giró hacia su amiga quien llevaba un niño en brazos. La expresión de Odette se suavizó de inmediato. Murmuró algo y ambas asintieron en acuerdo, luego se dirigieron hacia mi dirección.

Aún estaba al menos a tres metros de distancia, pero juraría que el aroma a manzanas crujientes ya flotaba en el aire, embriagándome. Mi puta verga se endureció. Después de tanto tiempo, seguía deseándola con la misma intensidad que aquel día. Aquella noche salvaje.

—¿Billie? —Winston llamó detrás de mí—. Billie Swan.

Fruncí el ceño. Demonios, era su hermana. ¿Cómo no me di cuenta? Siempre me fijaba en todo, mas cuando se trataba de esta mujer, bien podía haber estado completamente ciego porque no veía nada más que a ella.

La columna vertebral de Odette se puso rígida, se giró lentamente y posó sus ojos en mí. ¡Esos ojos! Me atrapaban cada vez. Eran grandes y de color avellana; toda una tentación, incluso para un santo. Y yo era un pecador hasta lo más profundo de mi ser.

—Winston Ashford —refunfuñó Billie, su tono ligeramente disgustado—. Exactamente el hombre que no quería volver a ver.

Al parecer, ninguna de las hermanas Swan quería vernos, porque juraría que Odette dijo mierda en voz baja, mas era difícil confirmarlo. El restaurante estaba demasiado concurrido y la música que flotaba en el aire estaba demasiado alta.

—Hola, Odette —saludé a la hermana que importaba. Al menos para mí—. ¿O debería

llamarte doctora Swan?

Mis ojos recorrieron su cuerpo. Joder, tenía incluso mejor aspecto del que recordaba. Llevaba unos *shorts* de *jeans* ajustados que le abrazaban las caderas y el trasero a la perfección. Sus largas piernas desnudas tenían un bonito bronceado. Debía de pasar mucho tiempo en el sol, lo que tenía sentido por lo que había dicho Alessio sobre su trabajo en Ghana.

Se pasó una mano por el cabello, con el enfado claramente reflejado en el rostro.

—Doctora Swan —replicó con firmeza, su tono entrecortado.

No se me escapó la forma en que apuñaba las manos, con los nudillos blancos y las uñas probablemente clavándose en su piel.

No se alegraba de verme. Para. Nada.

—Enhorabuena. Pero, nunca dudaste de tus propias habilidades, ¿verdad? —Entrecerró los ojos, con un destello de rabia. Apostaría mi fortuna a que tenía palabras quemándole la lengua en ese momento. Quería escupirlas y probablemente abofetearme. En lugar de eso, su mirada se desvió detrás de mí hacia mi familia y la familia de mis cuñados. Los Nikolaev.

Era nuestro encuentro mensual. No importaba qué, siempre procurábamos vernos con regularidad. Alessio y su familia, Aurora y la suya, Winston, Royce y toda la familia salvaje de mi cuñado.

—Vamos, *soeur*, no necesitamos esta mierda. Los Ashford son una maldita plaga en este planeta. Mejor mantener la distancia para no contagiarnos.

Si bien las palabras de Billie me molestaron bastante, la ignoré. No podía despegar la vista de su hermanita, embriagarme de ella. La necesitaría para masturbarme durante la próxima década. Seguía siendo tan *sexy*. Tal vez incluso más. Más segura. Solo con observarla se me ponía dura.

Otras mujeres podían desfilar desnudas a mi alrededor y nada. Cero. Pero un vistazo a ella, y estaba completamente erecto.

El aire crepitaba entre nosotros, y si uno de los dos no se marchaba, New Orleans experimentaría otro tipo de fuegos artificiales.

—Me alegro de verte. —Maldición. ¿Por qué diablos *estaba* siendo amable? Fue ella la que terminó las cosas entre nosotros, incluso antes de que tuvieran la oportunidad de comenzar. ¿Cuáles fueron sus palabras exactas?

«*Un error. Fuimos un error*».

Nunca había pensado que las palabras de la boca de una mujer pudieran romperme el corazón.

—Señor Ashford. —Inclinó la cabeza como una reina. Sus ojos rebosando con hielo, los puntos dorados en ellos repentinamente congelados—. Diría que me da gusto verlo, pero sería una mentira.

Jesucristo. Las mujeres caían de rodillas ante mí, adorándome como a un dios. No al revés. ¿Por qué no podía ser como las demás? Pero entonces recordé las cosas que me habían atraído de ella en primer lugar: su impresionante aspecto, su inteligencia, y lo testaruda que era.

Dándome la espalda, apartó a su hermana de nosotros.

—Enfócate en el plan. —Me pareció oírla murmurar.

Mi atención se detuvo en su trasero, esos *shorts* que lo abrazaban perfectamente. En serio, esas nalgas estaban hechas para mí. Se ajustaban perfectamente a mis palmas, y le encantaba que lo tocara.

—¿Quién es? —preguntó el niño, asomando sus ojos azules por encima de los hombros de Billie, observándonos a Odette y luego a mí.

La respuesta de Odette me cortó como un cuchillo afilado.

—Nadie importante, cariño. —*Ouch*.

«*Deja de mirarla*», me ordenó la razón. «*Aparta la mirada*».

Por desgracia, mi cuerpo nunca escuchaba razones cuando se trataba de ella. Observé a Odette tomar asiento, de espaldas a mí. Algo no estaba bien. La tensión en sus delgados hombros era evidente. Tenía la espalda rígida y seguía apuñando las manos.

«¿Quizá todavía yo la impactaba como ella lo hacía conmigo?». La esperanza es lo último que se pierde.

Le dijo algo a su hermana y, con el ceño fruncido, la vi alejarse rápidamente de ella y al chico, que debía de ser el sobrino de Odette.

—¿Quiénes son? —inquirió con curiosidad mi hermana Aurora, interrumpiendo mi observación.

Dejé que mi hermano se encargara de eso; sin embargo, se limitó a refunfuñar algo en voz baja.

—Voy al baño —anunció Winston, poniéndose de pie bruscamente—. A menos que quieras que me roce contra tu verga te sugiero que muevas el trasero.

Idiota. Mi polla estaba dura como una roca, y realmente no necesitaba que alguien presenciara esta reacción que estaba teniendo ante Odette Madeline Swan.

Malditos asientos de cabina. ¡Deberían fusilar a quien lo haya creado!

Winston desapareció en dirección a los baños mientras volví a tomar asiento.

—Byron, ¿quién es? —repitió Aurora. Era implacable cuando quería respuestas. Probablemente era lo que la hacía una buena agente del FBI.

—Una doctora. Me trató una vez. —Y la follé hasta el cansancio. O tal vez ella me cogió. Todavía estaba en debate—. Todavía estaba en la escuela de medicina en ese entonces.

—Debiste haber sido un paciente malhumorado si tuvo esa reacción al volver a verte —reflexionó mi hermana.

—¿Y te sorprende? —intervino Sasha Nikolaev, como el desgraciado molesto que era—. Probablemente odiaba el hecho de tener que tocar su feo culo.

Le mostré el dedo medio.

—Soy más guapo que tú.

—Sin embargo, estoy casado y tú no.

—Si no quieres que tu mujer se convierta en una atractiva viuda joven, cerrarás la boca —contesté. De acuerdo, quizá me enfadaba que Sasha, de entre todas las personas, acabara felizmente casado a pesar de su fastidiosa bocota, aquí estaba yo, detestado por la única mujer a la que había deseado de verdad.

«*Tú y yo fuimos un error*».

Esas malditas palabras me perseguirían para siempre.

—Alguien me está esperando. Diamante de Sangre. —Una voz profunda y acentuada recorrió el restaurante—. La veo. No te molestes en acompañarme.

Seguí la voz y me encontré con un hombre de un metro ochenta de estatura, piel morena y ojos oscuros. Llevaba un uniforme de camuflaje, hice memoria de todos los trajes militares, y lo identifiqué, era el de Ghana. Ventajas de tener memoria fotográfica. La cuestión era ¿qué hacía aquí la milicia de Ghana?

Caminó por el restaurante, sin importarle quién o qué se interpusiera en su camino. Y no se detuvo hasta llegar a la mesa de Odette. Vi el miedo parpadear en su expresión antes de que una

máscara profesional se deslizara por su rostro.

Murmuró algo, aunque estaba demasiado lejos; no pude oír nada. El idiota del uniforme sonrió con maldad y con la vista fija en sus pechos. Una ira sin precedentes se asentó en mi estómago y apreté los puños.

—¿Qué demonios está haciendo ese tipo aquí? —Vasili siseó.

Mis ojos se desviaron hacia Vasili y luego siguieron su mirada. Su atención se centraba en el hombre sentado frente a Odette. Observé su rostro; algo en él me resultaba familiar. Para mi mala suerte, no sabía quién era. No podía recordarlo. A pesar de que tenía memoria fotográfica, cuando Odette estaba cerca, mi cerebro dejaba de funcionar y mi miembro tomaba el control.

¡Joder! ¡Eso es muy malo!

—¿Quién es? —le pregunté a Vasili.

—Es Danso Sabir. Un asesino a sueldo para los contrabandistas de diamantes en África.

Arrugué las cejas. ¿Por qué hablaba con Odette? Entonces me vino a la cabeza el comentario de mi hermano del día anterior. Los nombres de las hermanas Swan aparecieron en la *dark web* en relación con diamantes. Y aquí estaba, reunida con un contrabandista de diamantes. No podía ser una coincidencia.

Volví a centrar la atención en su mesa, con la tensión subiéndome por la espalda. No me extrañaba que Odette estuviera nerviosa. Aunque intentaba ocultarlo, podía verlo en su respiración agitada y en cada uno de sus dedos temblorosos.

Danso se inclinó sobre la mesa, susurrando algo, sus ojos brillaban con algo sádico y oscuro. Lo que fuera que dijo, hizo que Odette se pusiera rígida y se apartó de él. Metió la mano en el bolso, sacó una bolsa de terciopelo negro y la empujó por la mesa, con cuidado de no tocarlo.

Los oídos me zumbaron, la decepción me invadió.

—¿Estás seguro de que es médico? —inquirió Alexei, con la voz sonando distorsionada—. ¿Y no una contrabandista de diamantes?

Apreté la mandíbula y me rechinaron los dientes al ver la transacción. Odette fue a retirar la mano, pero no fue lo bastante rápida. El imbécil la agarró por la muñeca. La ira hervía en mi sangre. Ardía en mi garganta, en mi pecho, y cubría mi visión con una niebla roja.

«La tocó».

Odette sacudió la mano, tratando de liberarse de su agarre, y antes de que supiera lo que estaba haciendo, estaba de pie, irrumpiendo por el restaurante.

—¡Quítale las manos de encima! —bramé, reverberando la oscura advertencia. Aprovechando la sorpresa de Danso, Odette retiró la mano. Se levantó bruscamente y su silla cayó tras ella con un ruido sordo que atrajo la atención de todos hacia nosotros.

La tensión a nuestro alrededor era más fuerte que la música del trompetista. Más fuerte que los gritos de los borrachos que pululaban por el *French Quarter*. Los comensales nos lanzaban miradas curiosas y cautelosas, no obstante, nadie se atrevía a moverse. Excepto los Nikolaev. No me hizo falta voltearme para saber que habían arrastrado a sus mujeres detrás de ellos, y que sus manos probablemente estaban buscando sus armas.

Los ojos de Danso se clavaron detrás de mí, confirmando mis sospechas.

—Es toda tuya —declaró finalmente, poniéndose de pie y sacudiéndose las mangas. Como si pudiera ver algo en aquel feo uniforme. Le lanzó una mirada significativa a Odette—. Por ahora.

Odette no se movió, congelada en su sitio. Los dos vimos alejarse al desgraciado. Sus manos temblaban, las mías estaban apuñadas a mis costados. Tuve que contenerme para no ir tras él.

En cuanto lo perdí de vista, regresé mi atención a Odette. Le temblaba el labio inferior

mientras lo mordía entre los dientes como si tuviera miedo de derrumbarse. Hacía tiempo que me había confesado que no era una llorona. El hecho de que estuviera a punto de llorar daba fe de lo alterada que estaba.

—¿Qué demonios haces aquí, reuniéndote con un contrabandista de diamantes? —espeté.

Como si mis palabras la hubieran sacado del hechizo en el que estaba sumida, sus ojos brillaron y sus labios se estrecharon.

—Señor Ashford, aclaremos una cosa. —Se inclinó para recoger su bolso del suelo y, Dios, y mi verga respondió ante el movimiento. Tenía su culo redondo a escasos centímetros de mí y por mi mente pasaron imágenes suyas desnuda y encorvada sobre la cama, el sofá, la silla y todos los muebles de aquella habitación de hotel mientras la follaba. No fue de ninguna ayuda. Se enderezó, cuadró los hombros y me miró fijamente—. Lo que haga o deje de hacer no es asunto tuyo. ¿Entendido?

Di un paso hacia ella, sin embargo, Odette se mantuvo firme, con la barbilla inclinada hacia arriba en su testarudez. Justo como la recordaba. Excepto que, en ese entonces lo hacía cuando coqueteaba conmigo.

—Él es peligroso —afirmé entre dientes.

—También tú lo eres —soltó mientras se colocaba el bolso en el hombro—. Adiós.

Y sin más, me ignoró y me dejó atrás, viéndole la espalda.

Que. Demonios.

Capítulo Veintidós

Odette



«*V*amos a morir».

Las palabras se repetían en mi mente como un disco rayado. Una y otra vez.

Si no estuviera tan conmocionada, estrangularía a mi hermana con mis propias manos. La amaba, pero amaba más a mi hijo.

«*¡Un millón de dólares!*».

Danso lo llamó interés. Yo lo llamaba una mierda. Lamentablemente, no estaba en posición de discutir con un criminal. Un renombrado asesino. *Jesucristo*. Por una fracción de segundo, incluso imaginé matarlo; desgraciadamente, había peces más grandes que él, y seguirían viniendo hasta conseguir lo que querían.

«*¡Un millón de dólares!*». Volví a pensar. Nunca podríamos reunir tanto dinero. Estábamos bailando en la línea que separa la quiebra de la pobreza extrema.

Una gota de sudor me recorrió la espalda, y no tenía nada que ver con las cálidas temperaturas de febrero en New Orleans. Tenía todo que ver con el hombre que acababa de ver. La combinación de encontrarme con un criminal y ver a mi examor fue suficiente para que entrara en pánico.

Byron Ashford.

Mariposas aleteaban en mi estómago, incluso después de tanto tiempo. La atracción que sentía por él me quemaba en más de un sentido.

Dios mío.

De todas las personas con las que me podía encontrar ese día, ¿por qué él? Ver a Byron me sacudió más de lo que quería admitir. Me abrió heridas que creía cerradas. Todas las mujeres pasaban por una angustia estremecedora. Él era la mía. Fin de la historia.

Yo había seguido adelante. También él lo hizo. *Obviamente*. Tenía un bebé a su lado y una mujer preciosa. No la prometida perra y rubia con la que me había topado antes. Esta casi parecía agradable. A decir verdad, podría haber sido la esposa de cualquiera de esos hombres. Y qué *hombres*. Rubios. Ojos azul pálido. De aspecto aterrador. *Nah*, tenía que haber sido la esposa de Byron. Sería su tipo. Porque, ¿cómo podría no serlo?

Una oleada de algo desagradable se deslizó por mis venas. *Envidia. Celos*. Era ridículo. Sin embargo, no pude evitar sentir la ira irracional que se disparó por mis venas. Mientras él andaba por ahí teniendo sexo, yo ni siquiera recordaba la última vez que lo tuve. Largos y solitarios

años, y yo no tenía ninguna relación íntima.

Gemí en voz alta mientras corría por el pasillo trasero del restaurante. Mi vida pendía de un hilo, y estaba pensando sobre el estado sentimental de Byron.

No me importaba. Estaba contenta. Feliz. Mi hijo sano y maravilloso, y mi hermana eran todo lo que importaba.

Finalmente localicé el letrero del baño y empujé la puerta cuando escuché un doloroso gruñido. Mis ojos recorrieron el baño, encontrando a mi hijo y a mi hermana ilesos. Y entonces lo vi. Winston Ashford.

—¿Q-qué pasó? —Mi atención se enfocó en el enorme cuerpo de Winston, tirado en el suelo del baño.

—Tuve que noquearlo —soltó Billie, con la voz baja—. Cierra la puerta antes de que alguien nos vea.

Sacudí la cabeza.

—Jesucristo, Billie. Tendrás a cada maldita persona tras nosotras para cuando termines. ¿Por qué lo noqueaste?

—Quería llevarse a Ares —explicó.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

Winston Ashford no me parecía un hombre que se preocupara mucho por los niños, y mucho menos que los secuestrara.

—Pensó que Ares era suyo.

La sorpresa se propagó en mí. Nunca había tenido sexo con Winston, a menos que...

—Billie, ¿por qué pensaría eso?

Sus iris marrones encontraron los míos y un suave gruñido salió de sus labios.

—Porque me metí con el imbécil esa misma noche que tuviste sexo con su hermano.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—Pensé que no lo soportabas.

Se encogió de hombros.

—No lo soporto. —Sus ojos parpadearon hacia el cuerpo inconsciente en el suelo—. Todavía no puedo. Obviamente.

Oh, Dios.

Ese día empeoraba a cada segundo.

—Pásale por encima y dame a mi hijo —ordené, mi paciencia tambaleándose al borde del control—. Luego salgamos de aquí antes de que alguien lo encuentre.

—Lo siento, Winston —murmuró Billie al pasar por encima de él—. Tienes suerte de que no te haya matado.

«*Las dos tenemos suerte de que no lo haya matado*», pensé en silencio. No me extrañaría que viniera contra nosotras. Como si no tuviéramos suficientes problemas.

Una vez fuera del baño, cargué a Ares en brazos y lo apreté contra mí.

—Te amo, cariño.

—También te amo, mami.

Había visto demasiadas cosas en los últimos seis meses. Su rutina era prácticamente inexistente. Extrañaba a sus amigos del jardín de niños. Como no nos habíamos quedado en un mismo lugar más de una semana en los últimos seis meses, lo había estado educando en casa. Ares, siendo Ares, lo absorbía todo. Bastaba con enseñarle o leerle algo una vez para que lo

recordara.

—Vamos a tener que movernos rápido. ¿De acuerdo, amigo? —Tenía que ser la peor madre del planeta—. Si gente mala se lleva a mamá o a tu tía Billie, gritas y corres. Corres hasta que encuentres un policía. ¿Oui?

Ningún niño debería ser arrastrado a esas situaciones. Ver esas cosas. Y aquí estaba, explicándoselo a mi hijo.

Sus ojos azules me observaban con seriedad.

—Oui, Maman.

Maldita sea, se merecía algo mejor que esto. Todos los niños lo merecían, pero cuando se trataba del mío, quería darle lo mejor de todo. No en términos de objetos materiales, esos iban y venían. Sino en calidad de vida. Nuestros padres nos lo habían dado. Cuando mi madre murió, papá se aseguró de que tuviéramos una buena vida. Recuerdos maravillosos.

¿Qué le estaba dando a mi hijo? Pesadillas. Una vida en fuga.

Tragué con fuerza, apartándome el cabello de la cara. No teníamos mucho tiempo, seguramente la familia de Winston ya había empezado a preguntarse dónde estaba.

—De acuerdo, agárrame de la mano. En cuanto atravesemos la puerta, corremos.

Después de que mi hijo asintiera con la cabeza, me levanté, tomando su pequeña mano entre las mías, y me encontré con los ojos de mi hermana. También asintió.

Nos dirigimos hacia la parte trasera, hasta encontrar la salida de emergencia. Era la única salida, a menos que quisiéramos arriesgarnos a volver por la puerta delantera. No era una opción. Así que empujé la puerta, sintiendo la luz del sol golpear nuestras caras, justo cuando sonó la alarma.

—Este día se está convirtiendo en un completo desastre —musité mientras me alejaba por el callejón empedrado, tomada de la mano de Ares.

Mientras salíamos corriendo como si nos persiguiera el mismo Satanás, con la alarma sonando a nuestras espaldas y todo el edificio alborotado, un pensamiento me rondaba por la cabeza.

Lo único que nunca se me había pasado por la cabeza hacer. Pero quizás en ese minuto no tenía elección.

Capítulo Veintitrés

Byron



Algo hizo sonar la alarma, el chillido me perforó los tímpanos y sacudió todo el edificio. Alexei agarró a Kostya y Aurora, y los sacó de la mesa. Aurora se negaba a ser apresurada, siempre se tomaba su tiempo y rara vez perdía la calma. En eso se parecía a mí. Vasili ya se había ido con su familia y la esposa de Sasha. Menos mal que Royce no estaba aquí. Irrumpiría en el edificio y probablemente explotaría el maldito lugar. Desafortunadamente, Sasha sí estaba, y estaba haciendo exactamente eso.

—Ve con mis hermanos —ordenó a su esposa y se abrió paso entre la multitud que intentaba ir en dirección contraria.

Me puse de pie y empecé a abrirme paso. «*Odette seguía atrás*». Tenía que llegar hasta ella. Apenas había dado dos pasos cuando la voz de Aurora llegó detrás de mí.

—Byron, vas por el camino equivocado —dijo mi hermana. «*Mi mujer sigue en la parte trasera*»—. Byron.

Miré fijamente a Alexei.

—Llévatelos. Nos veremos en un rato.

—Tiene a mi hijo. —La voz de Winston vino de detrás de mí—. Ese es mi hijo.

Todos nos giramos para ver a Winston balanceándose sobre sus pies. Se tambaleó hacia delante.

—¿Tu hijo? —siseé—. ¿Cómo vas a tener un hijo con...? —De repente, me di cuenta. Aquella noche, en *Le Bar Américain*, debían de haber tenido sexo, a pesar de la discusión que habían tenido cuando Odette y yo los encontramos en la mesa.

—Sí, mi hijo. ¿No entiendes español? —espetó mi hermano mientras se balanceaba sobre sus pies, con los ojos ligeramente desenfocados.

Apreté los dientes. Entendía muy bien el español. Amaba a mi hermano, a todos mis hermanos; no obstante, mentiría si dijera que no había una pequeña parte de mí que en ese momento estaba celoso de él. Odette y yo habríamos tenido un hijo de la misma edad si el accidente...

Negándome a volver a aquel día, me centré en mi hermano, que aún parecía desorientado.

—¿Estabas bebiendo allí atrás? —indagué entre dientes.

—Me golpeó en la cabeza —expresó, frotándose la frente. Fue entonces cuando me di cuenta de que tenía un moretón en la sien—. Quería hablarle sobre nuestro hijo, pero la muy loca me

golpeó la cabeza. —Jesucristo, si Billie se parecía en algo a Winston, tendríamos un desastre entre manos—. Entonces se largó. Billie y su hermana activaron la alarma. —Luego, al notar mi mirada, Winston añadió—: No toqué ni una gota de alcohol.

Aunque mantuve la expresión impasible, el alivio me invadió con una intensidad que me robó el aliento. Winston por fin había alcanzado la sobriedad, y era preferible que lo mantuviéramos así. Winston y yo tratábamos nuestras heridas y cicatrices de forma diferente. Él las adormecía, o solía hacerlo, con una botella, mientras que yo las afrontaba poniendo las relaciones y las mujeres a distancia. De ahí lo de compartir a las mujeres. Era más fácil dejar que otro se ocupara de la parte emocional que arriesgarme a que se me acercaran.

Todas menos una. La doctora Swan atravesó mis defensas sin esfuerzo y sin siquiera intentarlo. Era como si fuera mi otra mitad y la hubiera estado esperando todo el tiempo. Sí, era irónico que no quisiera tener nada que ver conmigo.

—¿De qué estás hablando? —La voz de Aurora contenía la incredulidad que todos sentíamos—. ¿La doctora de Byron te golpeó?

—No, su hermana me noqueó.

—Fuerzas especiales y una mujer te noquea —mascullé en voz baja.

Winston sonrió, una sonrisa que me decía que tenía un plan. Y no uno bueno. Dios mío, quería borrar esa sonrisa de autosuficiencia con desinfectante. O mejor aún, borrarla con mis puños. Al menos haría juego con el moretón de su frente.

Sasha volvió antes de que pudiera hacerlo.

—Alguien salió por la puerta de emergencia, eso es lo que activó la alarma.

Por fin alguien la apagó y el silencio fue casi tan ensordecedor como las sirenas.

Winston se dejó caer en el asiento de nuestra mesa.

—Te lo dije. Las hermanas Swan escaparon por ahí. Se llevaron a mi hijo.

«Respira, Byron. Mantén la calma».

El restaurante estaba vacío. Aurora y yo volvimos a sentarnos, sin dejar de mirar a Winston.

—¿Qué te hace pensar que ese es tu hijo? —le pregunté a mi hermano. Nunca había mencionado que se había metido con la hermana Swan.

Sasha y Alexei también se sentaron, Kostya en el regazo de su padre. Mi sobrino no se inmutaba por nada. Si estallaba una bomba en el siguiente local, echaría un vistazo a los daños, pero ni se inmutaría.

—Tiene la edad correcta y el mismo color de ojos que los míos. Exactamente igual —declaró Winston, haciéndole señas a un mesero—. Agua. Y un poco de hielo, por favor. —El camarero estaba a punto de abandonar nuestra mesa cuando mi hermano lo detuvo—. ¿Qué beben y comen los niños de cinco años?

El mesero lo miró sin comprender.

—Umm, no sé. *Nuggets* y jugo de manzana tal vez —respondió, con expresión dubitativa—. No tengo hijos.

—Tráele agua —indiqué, despidiendo al camarero—. Quizá también un cerebro que funcione —añadí con sarcasmo.

Tan pronto el mesero estuvo fuera del alcance de sus oídos, Aurora trató de poner un poco de cordura en esta familia de locos.

—Winston, no creo que debas sacar conclusiones precipitadas. Muchos niños tienen los ojos azules.

—Se parece a nosotros en nuestras fotos de bebé —atestiguó Winston. Aunque, si lo pensaba

bien, no estaba equivocado. Y a juzgar por la mirada de Aurora, también lo pensaba.

—¿Conseguiste alguna información de tu mujer? —Sasha preguntó.

Apreté los dientes.

—No.

—Si alguna de las mujeres está implicada en el contrabando de diamantes —informó Alexei con calma—, pondrá a todos en peligro, y no dudarán en matar al chico.

Las cabezas de todos se giraron hacia mí.

—Byron, ¿no puedes preguntarle a tu doctora? —cuestionó Aurora suavemente, su mano se acercó a mi antebrazo y apretó suavemente.

Sasha respondió en mi nombre. No muy útil, si se me permite añadir.

—Ella no parecía muy contenta al verlo. —Entrecerré los ojos hacia el ruso—. Sería mejor enviar a otra persona. Alguien más encantador.

Luché contra el tic de mi mandíbula y el creciente impulso de arremeter contra él. Quería romperle la nariz y hacer que esa cara se vea un poco menos loca. No entendía cómo su esposa no gritaba cada vez que lo miraba.

En lugar de darle un puñetazo en la cara a Nikolaev, le sonreí serenamente a mi hermana y hermano.

—No se preocupen. Le sacaré la verdad a Odette.

Capítulo Veinticuatro

Odette



Me abrí paso por las calles hasta el hotelito mísero a las afueras de New Orleans. La lluvia torrencial me empapaba la ropa mientras pisoteaba los charcos que cubrían el adoquinado del *French Quarter*.

La amargura se deslizó a través de mí. El día anterior, pensé que nos habíamos librado de los contrabandistas, que por fin podríamos empezar nuestras vidas. Y, sin embargo, aquí estábamos, sin mejoría. Fui a cinco bancos, esperando un préstamo.

Un préstamo de un millón de dólares.

Se rieron en mi cara. No tenía residencia permanente. Apenas alguna actividad bajo mi número de seguro social. Algunos incluso insinuaron que mi identidad era falsa. Tras mi último intento fallido de obtener un préstamo, deambulé por las calles sin rumbo fijo. No tenía fuerzas para volver al hotel.

Necesitaba una idea para obtener un millón de dólares.

Excepto que, mi estúpido cerebro seguía volviendo a Byron Ashford. Nunca esperé encontrarme con él de nuevo, y menos aquí. En New Orleans.

Llovía con fuerza, mojándome hasta los huesos. Aun así, no sentía el frío ni la lluvia. Estaba entumecida. Ante la lluvia. Mis sentimientos. Ante todo.

Quizás había llegado a un punto de inflexión.

Doblé la esquina en un callejón oscuro, tomando un atajo hacia el hotel. Estaba oscuro, húmedo y el olor a orina llenaba el aire. Di dos pasos cuando mi cabeza voló hacia un lado, golpeándose contra la pared del edificio. Me dolió la mejilla y sentí cómo mi bolso caía al suelo, aterrizando con un fuerte ruido sordo.

Tomé una bocanada de aire y me preparé para gritar; no obstante, antes de que pudiera emitir sonido alguno, una mano me rodeó la boca. La mordí con todas mis fuerzas y otra bofetada se posó en mi mejilla. El dolor estalló, seguido de una sensación de ardor. Me escocían los ojos mientras parpadeaba, desesperada por ver a mi alrededor. Un empujón, y luego me golpearon el cráneo. Caí de rodillas, boca abajo. El aire se llenó de gorgoteos. Míos.

Recibí una fuerte patada en el estómago que me terminó de llevar al suelo. Grité, me arrastré de rodillas y busqué mi bolso. Tenía gas pimienta, solo tenía que agarrarlo. Justo cuando mis dedos rozaban la imitación de piel, un pie embotado aplastó mis dedos.

Chillé, pero me dieron otra patada en el estómago.

—Haz un sonido más y te dispararé.

En los últimos meses me había preocupado muchas veces que nos encontraríamos muertas, mas no fue hasta esta noche que mi miedo tuvo forma y sabor. Su pierna era la única parte de su cuerpo a mi alcance, rodeé su tobillo con la mano y me acerqué. No hice ningún ruido, pero hundí mis dientes en su espinilla, como un perro rabioso. Era cuestión de vida o muerte.

—¡Maldita puta! —Una brillante bota verde del ejército me dio una patada.

El sabor cálido y metálico de la sangre me llenó la boca. La adrenalina corrió por mis venas y sentí que cada célula de mi cuerpo se despertaba del pánico. Siguió otra patada que me golpeó en el cuello. Mi cuerpo palpitaba. Respiraba entrecortadamente y me dolía la cara como nunca.

Empecé a arrastrarme para alejarme, con las rodillas rozando el suelo empedrado. Una mano me rodeó el cabello y me levantó la cabeza con un violento tirón. Luego me agarró del pie, jalándome hacia él. Me hizo girar y me puso cara a cara con él.

—Dos semanas. O acabaré contigo y con tu hermana, de una vez por todas.

Me soltó del cabello y mi cara golpeó el cemento con un ruido sordo. Sus pasos resonaron en el oscuro callejón, suavizados por las gotas de lluvia que volvía a enfocar.

Me despegué del suelo y busqué mi bolso, recogiendo el contenido esparcido. Después, me dirigí dolorosamente hacia el destartado hotel que de repente se había convertido en un refugio. No tenía ni idea de cómo había conseguido volver, pasar el vestíbulo y subir a nuestra habitación.

La puerta del hotel se cerró con un suave chasquido y me quedé allí, viendo la habitación envuelta en la oscuridad, con dos figuras profundamente dormidas en las camas. Fue entonces cuando me derrumbé. Apoyé la espalda contra la puerta, me deslicé hasta el suelo y me hice bolita.

Lloré como una bebé, guardando silencio mientras mi hijo y mi hermana dormían.



—*Soeur*. —Hermana.

Me desperté al oír una voz suave y un empujoncito. Lancé un gemido y me envolví con los brazos, con el cuerpo adolorido. No quería despertarme. No quería sentir todo este dolor.

Me agarró con más fuerza.

—Odette, ¿qué demonios te pasó?

Por fin me di cuenta. La realidad de lo ocurrido me pegó y abrí los ojos de golpe para ver a mi hermana agachada en el suelo a mi lado. Debí de haberme quedado dormida llorando y ahora tenía que explicarle.

Pasándome el dorso de la mano por los ojos, murmuré un débil.

—Nada.

—No me vengas con estupideces. Está claro que pasó algo. Estás toda golpeada.

Dejé escapar un fuerte suspiro y me encontré con la mirada de mi hermana.

—¿Es malo?

—Tu cabello está despeinado. Tienes el labio partido e hinchado. Tu mejilla... —Me agarró de los hombros—. Dime quién hizo esto —exigió.

Por un instante, me planteé mentirle, pero estaba demasiado cansada. No tenía fuerzas.

—El contrabandista de diamantes —confesé cansada.

Jadeó y sus ojos se abrieron de par en par.

—Pero ¿por qué? Le dijimos que encontraríamos la manera de conseguirle el dinero. ¿Verdad?

Me encogí de hombros.

—Supongo que lo quiere más pronto que tarde. O quiere demostrarnos que habla en serio.

—¡Quiero asesinarlo! —reviró furiosa.

El pequeño cuerpo de Ares se agitó en la cama y la atención de ambas se dirigió hacia él. Contuve la respiración, esperando que no se despertara. No quería que me viera así. Tenía que asearme. Parecía que llevábamos horas congeladas, cuando en realidad solo habían sido unos minutos.

—Quizás alguien nos haga un favor a todos y lo asesine —agregué—. Así, no seremos culpables del crimen.

—La he jodido mucho. —La urgencia tiñó su voz. Ambas sabíamos que esto no era un simple robo que había cometido. Estábamos bateando fuera de nuestra liga, y se había hecho evidente que eso podría hacer que nos mataran. Había que tomar medidas drásticas.

—Tenemos que volar a D.C. y ponernos en contacto con Nico Morrelli —admití—. Con un poco de suerte, podremos hablar con él.

Suspiró.

—No hemos tenido mucha suerte últimamente, así que no me haré muchas ilusiones. —Tenía razón, nuestra suerte había empeorado y no se veía el final. Era una cosa tras otra—. Vamos a limpiarte. —Ofreció, ayudándome a ponerme de pie.

Entramos en el baño y el reflejo que me devolvió la mirada era realmente sombrío.

—Jesucristo, parezco una esposa maltratada.

—Métete en la ducha y límpiarte los cortes. —Se movió por el baño con eficacia, poniendo en marcha la ducha y sacando los artículos de aseo.

—¿Billie?

—Sí. —Agarró las toallas.

—¿Por qué Winston pensó que Ares era su hijo?

Se quedó paralizada a medio paso y así permaneció durante unos latidos. Luego se recompuso y se dio la vuelta, mirándome a los ojos.

—Te dije que me acosté con él. Después tuvimos un susto y pensamos que estaba embarazada. —Mi boca formó una O silenciosa mientras me le quedaba viendo con incredulidad. Solía compartir esos detalles conmigo, tanto si le preguntaba como si no, así que me pareció insólito que nunca lo hubiera mencionado—. Prefiero no hablar de todo eso. Es mi tema delicado, como Byron es el tuyo.

Asentí sin decir palabra y me metí en la ducha.

Parecía que ambas cometimos algunos errores cuando se trataba de los Ashford.

Capítulo Veinticinco

Byron



La noche anterior dormí dos horas.

Por mi mente pasaron imágenes de Odette Swan. Todos los recuerdos de aquella noche pasaron por mi cabeza como una película en repetición. La forma en que la follé contra el espejo en la habitación del hotel mientras gemía mi nombre. La imagen de ella en la cama con los muslos abiertos, sus largas piernas enganchadas sobre mis hombros.

Sus gemidos y quejidos eran una adicción que ningún hombre podía olvidar ni resistir.

Había pasado una semana y todo se había descontrolado. Tenía hombres investigándola y a su hermana. Sin embargo, de alguna manera, apenas algo había salido de ello. O mis hombres se estaban volviendo descuidados o las hermanas Swan trabajaban con contrabandistas de diamantes. Era lo único que podía mantener su rastro tan limpio.

Podría tener que recurrir a los servicios de Nico Morrelli. Aunque prefería no hacerlo.

—¿Cuál es tu problema hoy? —Quiso saber mi hermano Royce, dejándose caer en la silla del comedor y apoyando las piernas en la mesa.

—Nada. —Miré sus costosos y sucios zapatos sobre la brillante superficie de madera de la larga mesa—. ¿Te importa?

Ladeó una ceja y luego siguió mi mirada hacia sus pies sobre la mesa.

—La verdad es que sí. Me duelen mucho las piernas.

Nuestro personal de cocina entró con bandejas de comida y café. Esperé a que lo sacaran todo y se marcharan antes de reanudar nuestra conversación.

—¿Has estado de excursión en el bosque? —inquirí secamente—. ¿O tal vez acechando a alguien en California? Sé que esas aceras de Hollywood son duras para los tobillos y las rodillas.

Inmediatamente me mostró el dedo medio.

—¿Por qué parece que alguien te ha metido algo por el culo? —cuestionó fríamente Kingston, mi hermano menor, apareciendo de la nada. No solía visitar Estados Unidos y, al igual que Alexei Nikolaev, Kingston era muy reservado. Nos amaba a su manera. Bueno, a todos menos a nuestro padre.

Fue solo cuando le aseguré que el senador Ashford no se acercaría a mi hogar, que accedió a quedarse bajo mi techo siempre que estuviera en la ciudad. Había cortado todos los lazos con nuestro padre, no era que pudiera culparlo.

—Se encontró con su aventura. —Se tomó Winston la libertad de responder en mi nombre.

Dios, ¿por qué estaban todos mis hermanos bajo mi techo ese día?—. La doctora Swan.

—¿No tuviste también algo con la chica Swan? —inquirió Royce, leyendo su periódico y sorbiendo su café.

Gruñí.

—Winston, juro por Dios...

—Su hermana. —El tono de Winston transmitía fastidio—. No es la misma mujer —le siseó a Royce, y luego le hizo una seña obscena con el dedo—. Raro.

Dios, qué manera de empezar el día. De repente, me arrepentí de mi política de puertas abiertas. A pesar de que el *penthouse* que tenía en el centro de la ciudad estaba prohibido, la mansión Ashford era una casa familiar. Al menos, intenté que lo fuera.

—Se veía bien —señaló Winston pensativo—. Mejor de lo que recordaba.

—Espero que estés hablando de Billie y no de Odette. —De lo contrario, sería hombre muerto.

—Ya te lo dije, Royce es el raro, no yo —manifestó Winston con seriedad.

—No soy el bicho raro aquí —declaró Royce inexpresivo—. ¿Pueden dejar de lloriquear, zorritas? Son los mayores y aun así son los que más se quejan.

—Ten cuidado. —Lo fulminé con la mirada.

—Podemos tener una sesión de pelea. —Royce sonrió. Era su pasatiempo favorito y su forma de liberar estrés. Ese día no estaba de humor para ello. No tenía ni idea de qué lo tenía así, pero teniendo en cuenta su naturaleza impulsiva y alocada, podía ser cualquier cosa.

—Estoy ocupado siendo un adulto —aseveré—. Además, sé que aún puedo hacerte llorar. Ahora, deja de hablar para que pueda pensar.

—¿Sobre qué? —cuestionó Kingston, con desinterés claro en su tono. No le importaba nuestra conversación. Probablemente tenía a alguien como objetivo para la organización *Omertà*, y éramos su coartada. No me importaba, mientras estuviera cerca.

—Quiere de vuelta a la doctora Swan —indicó Winston sin ayudar. Lo fulminé con la mirada. Más le valía tener cuidado.

—Los voy a correr a patadas, iré sobre sus cabezas.

—Escucha, pequeña perra —demandó Royce, ignorando mi amenaza—. Si quieres una mujer, ve por ella. —Extendió su periódico—. Hártate de ella y sigue adelante. No necesito aguantar tu culo malhumorado en el desayuno.

—Y eso te está funcionando tan bien, ¿eh?

—Al menos me estoy saciando de ella mientras pereces en el desierto.

—¿Quieres callarte de una maldita vez? —espeté secamente antes de darle un sorbo a mi café.

—Demonios, este café es fuerte —refunfuñó—. He tomado té verde durante una semana seguida. Las mujeres y sus té verdes.

«Dios, concédeme paciencia para no asesinar a mi hermano».

—Siempre puedes irte sin desayunar.

Royce suspiró, poniendo los ojos en blanco.

—Necesito disfrutar de un placer donde pueda. Como este desayuno, por ejemplo. —Fue mi turno de poner los ojos en blanco—. ¿Sabes lo que son los tiempos difíciles? —inquirió.

—Como si lo supieras —comenté—. Has tenido una cuchara de plata en la boca toda tu vida.

Royce me ignoró como si no hubiera hablado.

—Mi mujer ni siquiera sabe que existo, excepto cuando quiere follarme. Me siento usado,

Byron.

Esbocé una sonrisa. El melodrama de Royce siempre conseguía animarme. Tenía una forma de exagerar y, de algún modo, no creía que le importara que *lo utilizaran*.

—Todavía no te presta atención, ¿eh? —me burlé—. Excepto entre las sábanas, por supuesto.

—¿Tenemos alguna actualización sobre el chico? —preguntó Winston, poniendo fin al show de Royce por la mañana. Era lo único en lo que podía pensar: Billie Swan y su hijo. Excepto que no había ningún registro de que hubiera tenido un hijo.

—No.

—¿Cómo puede ser? —Curioseó—. Tú mismo lo viste, Byron. Ese chico es mi viva imagen cuando era niño.

Kingston agarró el periódico y le echó un vistazo.

—¿Por qué no la secuestras y te la quedas?

Un montón de “adelante” recorrieron la mesa mientras Winston parecía que se lo estaba pensando seriamente. Mis hermanos eran idiotas.

—Oh, por el amor de Dios. —Exhalé pesadamente—. No somos mafiosos.

Mis tres hermanos se encogieron de hombros.

—Técnicamente.

Se referían a nuestra madre que había tenido conexiones con el *sindicato de la mafia*. Con los Capos. Fue utilizada por nuestro padre para obtener los fondos necesarios para avanzar en su carrera política. Desafortunadamente para él, cuando fue asesinada, todos esos fondos pasaron a mí. Era el albacea de su herencia, y eso disgustó a nuestro padre.

Mis hermanos intercambiaron miradas.

—Bueno, si ese es el caso, primero secuestraré a la doctora Swan. —Sí, al parecer también era un idiota—, después de todo, soy el mayor.

Royce y Winston chocaron los cinco. Son todos unos chicos inmaduros.

—Encuentra algo que necesite y utilízalo en su contra —propuso Royce, siempre con consejos poco útiles—. Llevas demasiado tiempo suspirando por ella. Cásate con ella.

Me quedé mirándolos un momento, con ideas danzando por mi mente. Podría chantajearla. Quizás algo relacionado con ese contrabandista de diamantes. Ese intercambio había sido sin duda ilegal. O podía *hackear* su teléfono y averiguar qué otras cosas tenía entre manos. Estaba claro que estaba involucrada en algo.

—Al parecer a nuestro hermano mayor le gusta tu consejo —afirmó Kingston, con sus ojos oscuros clavados en mí. Era imposible saber lo que estaba pensando. ¿Hablaba en serio o en broma? El niño que Kingston era antes de que nos lo arrebataran había sido despreocupado y feliz. Tan protector con nuestra hermana. El hermano que finalmente recuperamos era... diferente. Ligeramente roto. A pesar de todo, se sentía bien tener a todos mis hermanos aquí.

—Solo hazlo, Byron. Toma a la mujer y resuelve los detalles una vez que pongas un anillo en su dedo.

Aventé las manos al aire.

—Me odia a muerte.

—Sí, no es nada nuevo —anunció Royce—. Las mujeres suelen odiarte a muerte. Basta con mirar a Nicki.

—No pongas a Nicki y Odette en la misma frase —gruñí—. Odette fue el mejor sexo de mi vida. —Me pasé la mano por el cabello—. He estado caminando con una maldita semierección

desde que la vi.

Todos mis hermanos se me quedaron viendo por un momento antes de estallar en carcajadas.

—Estás jodido. —Kingston se rio. Mi hermano *realmente* se rio. Fue una visión tan rara, que realmente me detuve.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Royce— ¿Quizá pregúntale si podría ayudarte con tu semierección?

—No tengo tiempo para esta mierda —mascullé, reordenando la servilleta en mi regazo—. Desde luego, no voy a aceptar consejos del hermano que no consigue una cita con la mujer por la que lleva décadas suspirando.

Durante el resto del desayuno, ignoré sus ataques.



La hora pico en la ciudad estaba en pleno apogeo cuando entré en el restaurante para ver a mi viejo amigo Kristoff Baldwin. El lugar estaba abarrotado, pero nuestra mesa siempre estaba reservada. Era donde solíamos reunirnos, ya que estaba convenientemente situado entre nuestros dos edificios de oficinas. Lo llamábamos el restaurante de “encuéntrame a la mitad del camino”.

Me dirigí hacia él, al fondo del restaurante, y ocupé mi sitio habitual. Mi bebida ya me estaba esperando. *Bourbon* para mí. *Whisky* para Kristoff.

—Tienes un aspecto horrible —opinó Kristoff, mirándome de arriba abajo. El comentario era irónico viniendo del hombre que nos había visto entre explosiones y balas. Habíamos servido juntos en varios despliegues. Me salvó la vida en su última misión, a pocos días de dejar el ejército. Eso nos unió de por vida.

—¿No eres un amigo alegre y comprensivo? —dije sarcásticamente. Mi voz se entrecortó mientras el corazón se me aceleraba. La adrenalina del entrenamiento de hacía una hora todavía corría a toda velocidad por mis venas. Después de mi desayuno horrible con mis hermanos, decidí descargar mi frustración y mi mundo de arrepentimiento en la caminadora. Debí haberla convencido de que nos diera una oportunidad hacía tantos años. Debí haberla sacado del hospital y obligarnos a hablar. Hacer que todo, sobre todo nosotros, funcionara.

Mi mente regresó a aquel día. El último día que la había visto, con el cuerpo tendido en la acera y la destrucción a su alrededor.

El aroma a manzanas se mezclaba con el cobre mientras la sostenía entre mis brazos. Las emociones contenidas se arremolinaban en mi interior, sofocándose. El miedo se mezclaba con la ira.

—¡Ambulancia! —bramé, con la voz quebrada. No podía perderla. No así—. ¡Que alguien llame a una ambulancia!

El agua inundaba la calle, derramándose desde el hidrante. El cuerpo de Odette yacía en un charco rojo en el que se mezclaban el agua y la sangre. Tenía el cabello alborotado, con mechones carmesí manchados con sangre.

Mi corazón martilleaba contra mis costillas, temiendo que se hubiera ido. La había perdido de nuevo... excepto que esta vez, ya no pisaría esta tierra. La brisa corría por la calle, sin embargo, su cabello húmedo y ensangrentado no se movía. El zumbido de la ciudad era un ruido lejano.

—Abre los ojos, baby. —Estaba tumbada, con los párpados cerrados y el pecho apenas subiendo y bajando. Acuné su cabeza, esos ojos color avellana que amaba tanto estaban cerrados.

Mi corazón sangraba junto a ella. Se retorció en nudos que nunca se desatarían. Me dolía respirar, me asfixiaba. Se me apretaba la garganta, cada latido me dolía en el pecho. Cada respiración me quemaba los pulmones.

—¡¿Dónde está la maldita ambulancia?! —grité, con la voz llena de pánico, mientras mis ojos buscaban cualquier señal de ella—. ¿Alguien llamó?

Una respiración suave. Suya. Mía. No lo sabía. Todo lo que sabía era que su pulso estaba demasiado débil para mi chica fuerte. Para mi mujer fuerte.

—Hay una protesta sindical bloqueando su paso —informó alguien—. Puede que tarden una hora en llegar.

No podía esperar una hora. Podría ser una cuestión de vida o muerte.

Después de evaluar los pros y los contras, decidí tomar cartas en el asunto. Utilicé mi formación médica militar para asegurarme de que no había ninguna lesión medular antes de levantarla en brazos. La estreché contra mi pecho, y mientras su sangre manchaba mi camisa blanca, comencé a correr. El hospital más cercano estaba a tres manzanas.

—No te atrevas a morirme —murmuré, dando gracias a todos los santos conocidos y desconocidos por haberme mantenido en forma incluso después de dejar el ejército. Jadeos, charlas, bocinazos... todo era ruido de fondo. Distante del salvaje retumbar de mi corazón y del miedo a que abandonara este mundo.

«Aceptaré una vida sin ella», juré en silencio mientras corría por la ajetreada ciudad metropolitana. «Ni siquiera me arrepentiré. Déjala vivir. Dios, por favor, déjala vivir».

Un gemido suave y doloroso escapó de su boca y sus elegantes dedos se movieron para aferrarse a mí. Mi agarre se hizo más fuerte. Maldición, yo debería soportar este dolor. No ella. Nunca ella.

—Soy yo, baby —anuncié con voz ronca, sin parar—. Aguanta. Ya casi llegamos. —Su boca se movió, pero no salió ningún sonido—. Abre tus bonitos ojos para mí. —Un solo gemido. Sus ojos no se abrieron—. Por favor, cariño. Déjame verte.

El hielo envolvió mis pulmones y corrí aún más rápido, ignorando el ardor en mi pecho, mis ojos, mi corazón. Solo necesitaba llevarla al hospital.

El estruendo de las sirenas de la ambulancia atravesó la brisa. El atisbo del hospital y la entrada de emergencias entraron en mi visión.

—Ya casi llegamos. Aguanta. —Recé para que escuchara mis súplicas—. Por mí, cariño.

En cuanto atravesé las puertas de la sala de emergencias, los paramédicos nos rodearon. Si bien respondí a un torrente de preguntas, no pude repetir ni una sola. Nos apresuraron a una habitación. Movimientos frenéticos. Voces en susurros.

—¡Por el amor de Dios!, ¿estará bien? —exclamé, perdiendo la compostura. La ansiedad me golpeaba el pecho, sacudiendo la jaula y a punto de apoderarse de mí. No la había sentido desde que le dispararon a mi madre. No podía perder a esta mujer. No así. «Dios, la dejaré», recé. «Déjala vivir».

Depositaron su cuerpo inmóvil en la cama y le colocaron una mascarilla de oxígeno.

—¿Qué relación tiene con ella? —El olor a antiséptico, amargo y lleno de recuerdos, llenó mis pulmones.

—Soy su esposo. —Fue lo primero que salió. No podía arriesgarme a que me echaran.

Destrozaría el hospital si me la arrebataban de la vista—. Solo sálvala. Haz lo que sea. Sálvala, maldición.

Mi voz se quebró, cada palabra hacía que el dolor de mi pecho se extendiera. Me ardía la garganta, cada respiración salía ronca. ¿Cómo era posible que una mujer a la que apenas conocía significara tanto para mí? Una noche. Solo fue una noche. Nadie se enamoraba tan rápido.

«Nadie más que tú», susurró mi corazón.

Jesucristo.

Una hora más tarde, el único sonido que me calmaba era el pitido constante de su monitor cardíaco. Estaba acostada en la cama del hospital; tenía la cara pálida y su pecho, subía y bajaba rítmicamente. Los movimientos me reconfortaron, junto con el sonido constante de los aparatos. Podía respirar de nuevo. Era la señal de que estaba viva. Seguía aquí, conmigo.

Tenía una conmoción cerebral. Probablemente resultado de golpearse la cabeza contra el pavimento tras ser atropellada por el coche. No obstante, se recuperaría. Necesitaría descansar y tomárselo con calma durante unas semanas.

Cuidaría de ella.

La foto ensangrentada de la ecografía arrugada en mi mano. La apreté como si mi vida dependiera de ello. Podía ser que así fuera. Necesitaba respuestas. Confirmación. Seguridades.

La puerta de la habitación se abrió suavemente y la doctora entró para comprobar de nuevo los signos vitales de Odette. Sus movimientos eran tranquilos. Eficaces.

Me resultaba vagamente familiar, pero no lograba ubicarla. Normalmente recordaba los nombres de todas las personas con las que hablaba, lo que significaba que no había hablado con ella antes.

—Saldrá adelante. —Volvió a asegurar la doctora.

—¿Y el bebé? —Mi voz estaba ronca por las emociones contenidas que se arremolinaban en mi interior. Casi me derrumbé al ver la compasión en sus ojos.

—Lo siento, el bebé no sobrevivió.

Era el último y frágil hilo que nos unía, y me lo estaban arrancando. Me habían arrebatado a nuestro bebé.

Cuando Odette despertó, había terminado conmigo. No me quería. Nos había llamado un error. Su mayor error.

Joder, debí haberla traído a mi casa y obligarla a darnos una oportunidad. Debí haber luchado contra ella, convencerla de que era todo lo que ella deseaba y obligarla a quedarse conmigo hasta que viera lo bien que podíamos estar juntos.

Pero no lo hice.

Necesitaba seguir adelante. Habían pasado seis malditos años. Al diablo con ella y su cuerpo tentador. Esa boca preciosa. Su increíble cerebro.

«¡Mierda! Detente, hombre».

—¿Qué se te ha metido en el trasero, Byron? ¿Un consolador? —se mofó Kristoff, estudiándome.

Torcí la cara con disgusto. Si se enteraba de que mi mal humor tenía que ver con una mujer, no me dejaría en paz. No ayudaba que me hubiera burlado cuando suspiraba por su bella secretaria. Por supuesto, en este momento era un hombre felizmente casado. Perdidamente

enamorado, trabajando por el bebé número cinco o seis. Había perdido la maldita cuenta.

—El hecho de que esa palabra haya salido de tu boca me dice que estás haciendo alguna mierda rara con tu esposa.

Sacudió la cabeza.

—Necesitas follar, hombre.

—Estoy de acuerdo —murmuré. Excepto que solo había una mujer que podía ponérmela dura. Seis malditos años. La necesitaba de vuelta en mi cama.

—Entonces, ¿qué te detiene? —preguntó despreocupadamente, reclinándose en su asiento y llevándose el *whisky* a la boca.

—Una sola mujer. —Agarré mi propia bebida—. Si puedes creerlo. No puedo excitarme sin ella.

Frunció el ceño.

—¿Qué mujer?

Negué con la cabeza, dando un sorbo a mi bebida.

—Y dice que no soy nadie importante.

Kristoff me miró perplejo.

—¿Quién?

—¿Acaso alguna vez me escuchas?

Kristoff sonrió, con un destello de diversión en su mirada.

—Sinceramente, no has hablado mucho, así que debes de estar teniendo una conversación en tu cabeza. —Tomó su teléfono y revisó sus mensajes—. Voy a enviarle un mensaje de texto a mi esposa para avisarle de que llegaremos tarde a cenar. Obviamente necesitas apoyo mental.

Se había vuelto tan condenadamente dramático y comprensivo desde que se casó.

—No necesito apoyo mental —reviré en voz baja, antes de darle otro sorbo a mi *bourbon*.

Su vista nunca se apartó de su móvil.

—Sí, lo necesitas. —Volvió a dejar el aparato sobre la mesa—. Ahora, habla.

Me pasé los dedos por el cabello. Lo había hecho más en los últimos días desde que la vi que en toda mi puta vida.

—¿Hablar de qué? —Fingí ignorancia. Nunca le había contado a nadie lo que había pasado con Odette. Winston sabía algunas cosas. Royce tenía algunos detalles. Aun así, nadie tenía toda la historia.

—Háblame de la única mujer capaz de ponértela dura —pidió, con expresión seria.

Una risa familiar vino de detrás de mí.

—¿Solo puedes ponerte duro con una mujer, hermano? Hombre, eso es un fastidio.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Los ojos de Royce se abrieron de par en par fingiendo angustia.

—*Caray*, qué maldita bienvenida.

Le di un sorbo a mi *bourbon* y sacudí la cabeza. Mi hermano menor tenía la manía de aparecer en el peor momento y decir las peores cosas. Al parecer, mi mejor amigo estaba de acuerdo. Observé cómo Kristoff se llevaba las manos a las sienes. Evidentemente, su personalidad también le provocaba dolor de cabeza. Royce era caótico. Mi amigo, todo lo contrario.

—Sabes que este almuerzo es solo con invitación —refunfuñó Kristoff.

Sin inmutarse, mi hermano se sentó en la silla vacía y se echó hacia atrás, haciendo señas a una camarera para que se acercara.

—Tomaré lo que está bebiendo mi hermano mayor.

Le dedicó una sonrisa radiante y se alejó corriendo, con la esperanza de impresionarlo. No había ninguna posibilidad. Solo tenía ojos para una mujer.

—Dinos, hermano, ¿cómo podemos ayudarte a conseguir a esta mujer? —La mesera volvió con su bebida, y la tomó con una sonrisa—. Gracias, preciosa. —Se sonrojó y se fue corriendo. Casi quería que se quedara para que mi hermano no siguiera hablando. No tuve tanta suerte. Volvió a centrar su atención en mí—. No puedo soportar la idea de que vayas por ahí con la polla flácida.

Kristoff se atragantó con la bebida, ahogando la risa. Sí, mi hermanito se las arreglaba para darle dolores de cabeza a mi amigo y hacerlo reír. Era la combinación más extraña.

—¿Leíste esa palabra en el diccionario?

Royce sonrió.

—Algunos diccionarios médicos. Anatomía básica, hermano. Nada de que avergonzarse.

«¡Dios, dame paciencia para no matar a este tipo!».

—¿Por qué estás aquí, Royce? —exigí. Lo amaba, pero tratar con él requería un nivel de paciencia, y no estaba preparado.

—Necesito que me hagas un favor —respondió. Cuando alcé la ceja, continuó—: Hay un trato en marcha para Willow. Necesito que lo elimines.

Puse los ojos en blanco.

—Realmente tienes que renunciar a ella.

Se rio.

—Como si hubieras renunciado a tu mujer.

«*Touché, hermanito*». No es que se lo admitiría. Aunque parecía ser de conocimiento común a este punto.

—De acuerdo, ignorémoslo —interrumpió Kristoff, observándome—. Esta mujer. ¿Dónde la conociste?

Royce, ese idiota, contestó antes de que pudiera abrir la boca.

—En Francia. Le trató una quemadura de sol en la espalda.

—¿Y cómo lo sabes? —protesté a mi hermano, aunque lo sabía. Mis hermanos eran como abuelas chismosas.

Kristoff me sostuvo la mirada. Sabía que rara vez dejaba que alguien me tocara la espalda, y no había muchas mujeres por ahí, seguro que no en nuestros círculos sociales, que quisieran tocar aquella piel escamosa.

—Es una buena enfermera... doctora.

—¿Es enfermera o médico? —Kristoff miró de mí a Royce y de nuevo a mí.

Mi hermano se encogió de hombros.

—No puedo seguirle el ritmo.

—Es doctora —Me froté la cara—. La doctora más hermosa que alguna vez he visto. Tengo que hacer algo al respecto.

—¿Que te trate? Como un médico —sugirió Royce—. Para la polla flácida y las quemaduras solares.

Dios, era un idiota. Tenía suerte de que fuéramos hermanos de sangre; si no, le daría un puñetazo en la cara y le borraría esa sonrisa. Tal vez lo arrastraría por todo el suelo del restaurante.

—Kristoff, eres el más cercano a él. Golpéalo.

Mi amigo no se movió.

—Ya traté con suficientes imbéciles mientras servimos en el ejército. No me apetece malgastar energía con otro —indicó—. Ahora, sobre esta mujer. ¿Por qué no puedes superarla? Consigue a otra mujer y fóllatela.

—Ahora sí estamos hablando. —Royce estaba decidido a que le patearan el culo ese momento.

—¿Qué parte de no poder excitarme no entiendes?

—¿Lo has intentado? —indagó Kristoff.

—No, simplemente he optado por la abstinencia estos últimos seis años porque es una *maldita alegría*. —¿No me estaba escuchando en absoluto?—. Estoy obsesionado con esta mujer. Necesito averiguar cómo seguir adelante. No me queda piel en la verga.

—Ya lo creo. Seis años de masturbarte es mucho tiempo.

—¿Tú crees? —Mi tono era seco como la ginebra.

—¿Por qué no estableces un *acuerdo* con una mujer que te guste y te aseguras de que ambos obtengan lo que necesitas? —Su sugerencia no me sorprendió. Hacía años, antes de enamorarse y casarse con su esposa, tenía un acuerdo parecido con ella. Bueno, algo parecido. Le había ofrecido un trabajo de secretaria con algunas tareas *extra*. Por supuesto, Gemma se negó, y la persiguió, ofreciéndole un período de prueba. Mi amigo estaba obsesionado con ella.

Me encogí de hombros.

—Al igual que Gemma, estoy bastante seguro de que la doctora Swan me rechazaría y luego probablemente me cortaría la polla.

—Al menos lo haría profesionalmente. —Royce *ayudaba* tan poco—. No importa si es doctora o enfermera.

—En realidad, la doctora Swan es cirujana —corregí. Los dos se rieron y me pellizqué el puente de la nariz—. Dios todopoderoso. —Apoyé la cabeza en las manos, consternado—. No me están ayudando.

—Aurora dijo que es hermosa. —Royce era tan útil ese día. A ese paso, podría asesinarlo a plena luz del día—. Incluso los hombres Nikolaev estuvieron de acuerdo. Y ya sabes que esos hombres solo tienen ojos para sus esposas.

Kristoff enarcó la ceja, sorprendido, mas guardó silencio.

—Lo peor de todo es que siento que ya la conozco.

—¿Qué quieres decir? —Mi hermano veía demasiado. O no lo suficiente. No podía entenderlo.

—No puedo explicarlo. Siento una conexión con ella. La familiaridad. Es como si la conociera de toda la vida.

—Bueno, técnicamente, solo durante seis años —señaló Kristoff—. ¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?

Maldición, se reirían. Reirían y reirían hasta desplomarse. Así que no contesté.

—Según Winston, solo por un día o dos. —Por supuesto que mi hermano lo sabía. Era imposible guardar secretos en mi familia. Excepto los realmente grandes. Esos permanecían encerrados y sellados.

Kristoff frunció el ceño.

—¿Qué pasó? ¿Por qué solo un día o dos?

Levanté las manos.

—No sé. La noche que habíamos pasado juntos fue perfecta. Cuando volví de la panadería a

la mañana siguiente con comida, se había ido. Pensé que tal vez la habían llamado a trabajar temprano. Fui a buscarla y me ignoró.

—No me imagino a una mujer *ignorándote* —comentó Kristoff, dándole otro sorbo a su *whisky*—. Normalmente caen rendidas a tus pies.

—Bueno, esta cayó a mis pies como Gemma a los tuyos —repliqué secamente—. Recuerdas aquellos días, ¿*verdad*?

Una expresión sombría cruzó su rostro. Casi había perdido a su mujer de no haber reaccionado a tiempo.

—Escuchen, desgraciados viejos —agregó Royce. Kristoff y yo nos estremecemos. No éramos tan viejos. Mayores que él, sí, pero no tan viejos—. Dejen de recordar el pasado. Byron, encuentra una manera de conseguir a tu mujer.

—Tengo que estar de acuerdo con tu hermano. No en lo de que seamos viejos, sino en encontrar una forma de obtener a tu mujer. —Kristoff abrió el periódico antes de continuar—. Encuentra su debilidad y atráela hacia ti.

—A menos que seas malo en la cama —se burló Royce—. Entonces no hay cantidad de debilidades que la traigan de vuelta a ti.

Royce no podía evitar ser un imbécil.

Exhalé pesadamente.

—Jesucristo, ¿no tienes otro lugar donde estar?

Una expresión de diversión pasó por la cara de mi amigo y sus labios se torcieron. Dio la vuelta despreocupadamente a la página del periódico. No entendía por qué demonios estaba leyendo el periódico precisamente ese día.

—La pregunta más importante es: ¿qué vas a hacer con tu verga?

—Tendrá que cortarla.

Ambos soltaron una risita mientras los ignoraba y daba un sorbo a mi bebida.

El universo quería enviarme una señal. O torturarme... aún estaba por decidirse.

Capítulo Veintiséis

Odette



Los días se alargaban; las noches aún más.

Doce días. Doce noches. La cuenta regresiva para nuestra perdición. Me había propuesto salvar vidas y, de algún modo, había conseguido acabar con ellas. Si nunca hubiéramos ido a Ghana, mi hermana no habría robado esos diamantes. Si no me hubiera embarazado, Billie no habría puesto en pausa su carrera por mí. Y seguíamos dando vueltas. Como un círculo vicioso sin fin.

Después de la escuela de medicina, tuve la oportunidad de hacer mi residencia en Ghana con las Naciones Unidas. La Organización Mundial de la Salud dirigía los esfuerzos en ese país y, al igual que mi padre, aproveché la oportunidad de hacer un cambio. Y Billie me acompañó en todo momento, junto con mi hijo, para asegurarse de que tuviera la oportunidad de cumplir mi sueño. La experiencia en Ghana fue increíble, y los programas de la OMS abarcaban todos los ámbitos de la atención sanitaria mundial.

Toda mi aventura resultó ser la mejor experiencia. Con la excepción de los diamantes robados. Y aquí estaba, de vuelta en el país de mi infancia, golpeada y en la quiebra.

Si bien los moretones habían desaparecido, el dolor y el miedo permanecían. Estábamos al final de nuestro camino. Si no podíamos conseguir identidades falsas y desaparecer, me quedaba una última opción. Garantizaría la supervivencia de mi hijo, mas no la de mi hermana ni la mía.

Estaba nerviosa, cada ruidito me sobresaltaba. Teniendo en cuenta que estábamos en un hotel de Washington, D.C., eso era un problema. Las puertas se abrían y cerraban de golpe toda la noche. Los inodoros se descargaban. Se escuchaban voces. Demasiados para lograr descansar esta noche.

No había dormido bien desde que abandonamos Ghana. Pero desde que salimos de New Orleans, el sueño me esquivaba. Usamos lo último de nuestro dinero para volar hasta aquí y tratar de entrar a ver a Nico Morrelli. Se decía en la *dark web* que él era quien nos podría establecer con nuevas identidades. Una nueva vida. Tal vez incluso podría encontrar una manera de seguir ejerciendo la medicina.

Mi cerebro analizó todo lo que habíamos hecho, desde nuestro plan para entregar esos estúpidos diamantes hasta cómo nos habíamos encontrado con Byron.

Byron Ashford.

Dios, seguía teniendo tan buen aspecto como lo recordaba. No había duda de esos músculos

ocultos bajo el costoso material del traje de tres piezas. Un cuerpo tan duro como una roca. Diablos, era tan tentador. Y haberme abstenido del sexo no ayudaba a mi causa. Si se quitaba la ropa, me temía que estaría totalmente de acuerdo en acostarme con él.

No es que el sexo con Byron estuviera en mi mente. Era en ese momento el menor de mis problemas. Tenía que encontrar una manera de salir de este lío.

Mirando al techo oscuro, acostada sin moverme para no despertar a mi hijo, quien se acurrucaba contra mí, no se me ocurría ninguna solución a nuestro inconveniente. Nuestro problema de un millón de dólares.

«¿Qué clase de interés es ese?», me pregunté.

Nos quedaban dos opciones: cambiar nuestra identidad o conseguir un millón de dólares. El último no lo teníamos. La primera era una posibilidad.

Nos quedaban otras cuarenta y ocho horas para encontrar una solución. O estaríamos todos muertos.

Me ardía la parte trasera de los ojos. Deseaba que papá siguiera vivo. Lo extrañaba. Su tranquila confianza. Su sabiduría. Aunque si estuviera vivo, estaría decepcionado. De Billie, y de mí. No importaba que me hubiera esforzado estudiando medicina siendo una joven madre. No importaba lo que hubiera sacrificado; solo lo mucho que lo habíamos echado a perder. El año en Ghana debería haber sido un punto culminante en mi carrera. No obstante, se convirtió en una pesadilla. Todo porque Billie agarró esa pequeña bolsa negra.

Sin embargo, no podía darle la espalda. Fue gracias a mi hermana que terminé la carrera de medicina. Sacrificó su futuro por mí. Era lo menos que podía hacer por ella.

Bang.

Otro portazo.

Miré a mi hijo, preocupada de que despertaría, pero estaba muy dormido. El pantalón de la pijama de dinosaurio azul marino se le había subido por las piernas, así que se lo bajé y le aparté el cabello oscuro de la frente.

Tragué saliva. Había logrado olvidar a Byron a lo largo de los años. De acuerdo, quizá no exactamente *olvidar*, pero sí había conseguido suprimir los recuerdos de nuestra noche juntos. *Apenas*. Obviamente, él no tuvo problemas para olvidarme.

Salí de la cama y caminé descalza hasta la maleta de la que habíamos vivido los últimos seis meses. Rebusqué en ella y saqué mi *laptop*.

—¿Qué estás haciendo? —La voz de Billie apenas superaba un susurro, pero arrancó un gemido asustado de mi garganta. Me di la vuelta y me encontré con los ojos de mi hermana clavados en mí. También estaba despierta. Palmeó el lugar que había a su lado en la cama—. Cuéntame.

Suspiré, di tres pasos y me senté a su lado.

—Voy a enviar un correo electrónico —dije, abriendo la *laptop*—. A Nico Morrelli.

Hicimos algunas investigaciones. Según la *dark web*, Nico Morrelli era nuestra mejor opción para conseguir nuevas identidades. Nuevos pasaportes. Nueva vida.

Salvo por un pequeño problema. El precio.

No sabía cuánto costaba obtener nuevas identidades, aunque estaba segura de que eran en la parte alta de los miles. Por persona. Y éramos tres. ¿Cómo pensaba pagarlo? No tenía ni la más mínima idea. Esperaba algún tipo de plan de pago.

—¿Así que lo haremos? —Quiso saber Billie en voz baja.

Me encontré con los ojos de mi hermana.

—No creo que tengamos elección.

—No puedo creer que esos imbéciles nos estén cobrando un millón en intereses —murmuró—. Si esos diamantes eran tan valiosos, no deberían haberlos dejado por ahí.

Dejé escapar un fuerte suspiro. Siguió el silencio en la pequeña habitación del hotel. Y entonces, hice la pregunta. La que me había estado quemando en la lengua desde que huimos de Ghana, como fugitivas a mitad de la noche.

—¿Por qué tomaste esa bolsa? —solté—. Incluso si pensabas que eran diamantes falsos, ¿por qué los agarraste?

Los sonidos de la vida nocturna de D.C. rompieron la tranquilidad que debería haber sido un respiro para nosotros. El ruido de bocinazos, incluso de risas estridentes y gritos, entraban por las ventanas cerradas. Y luego estaba el constante zumbido de las sirenas de la policía sonando en la noche.

La última parte fue un recordatorio de lo lejos que nos habíamos desviado del camino correcto.

Los ojos marrones de Billie se encontraron con los míos. Brillaban con lágrimas.

—Pensé que podríamos volver a comprar el hospital de papá con ese dinero —confesó, con la voz llena de angustia—. Así podrías tratar a los pacientes, yo podría diseñar ropa y joyas, y podríamos criar a Ares juntas. Éramos felices en la Riviera Francesa.

Mis pulmones se tensaron y cada respiración los cerraba un poco más. Aunque Billie lo había hecho por nosotras, le salió el tiro por la culata. La culpa se deslizó por mi pecho. Mi hermana sabía quién era el padre de Ares, pero no sabía que por mi culpa habíamos perdido el hospital. Nunca le hablé de mi encuentro con el senador Ashford y de sus amenazas que claramente cumplió.

—Éramos felices allí —reconocí—. Has hecho demasiado por mí, Billie. Ahora, déjame arreglar esto.

Teníamos que afrontar las consecuencias. No era que importara, porque ya había decidido que nos reuniríamos con Nico Morrelli. Si eso no funcionaba, iría con Byron Ashford.

Pero lo haríamos juntas. Estábamos juntas en esto.



—Todavía no puedo creer que contestara tu correo electrónico —pronunció Billie, con voz sospechosa, mientras estábamos delante del edificio en el centro de D.C. El imperio Morrelli se extendía tanto en los negocios legales como a los ilegales.

Este edificio resultó ser parte de su negocio legal. *Cassidy Tech. Worldwide Cassidy*. Y otros, pero quién tenía tiempo o energía para impresionarse.

En ese instante, solo necesitábamos un *ticket* hacia la libertad. Si fuera por mí, habría llegado a las ocho de la mañana en punto. Sin embargo, tratar de despertar a Billie después de habernos desvelado casi toda la noche era una tarea difícil. Tampoco podía culparla. De hecho, en cuanto nuestra vida volviera a la normalidad, sería lo primero que haría. Comprar una cama cómoda y tener una semana con la misma hora de irse a dormir que Ares.

Si hubiera podido, los habría dejado durmiendo en el hotel; lamentablemente, teníamos que irnos o nos arriesgaríamos a que nos cobraran otra noche. Qué demonios haríamos esta noche, no tenía ni idea.

Recorrí con la mirada a mi hijo y luego a mi hermana. Todos estábamos bien vestidos, usando abrigos cálidos y con el equipaje detrás.

Ares iba vestido con pantalones azul marino, camisa blanca con una chaqueta azul marina y mocasines en los pies. Parecía un pequeño caballero. Mi hermana y yo íbamos vestidas con atuendos de negocios. Optó por un vestido azul claro. El mío era blanco. No era el mejor color para febrero, pero era el único vestido que tenía. Era eso o ropa quirúrgica. ¿Por qué llevaba uniforme médico en la maleta si no iba a trabajar? No tenía la más mínima idea. Tal vez esperaba que todo saliera bien y pudiera retomar mi carrera.

Inhalé profundamente y luego exhalé.

—Tal vez nuestra suerte está a punto de cambiar. —Eso esperaba, o estaríamos todos muertos—. Déjame hablar, Billie. No queremos darle demasiada información.

Asintió, y entramos en *Worldwide Cassidy*. De la mano. Preparadas para todo, pero esperando una cosa.

Una nueva vida.

El gran vestíbulo del edificio nos dio la bienvenida, en toda su gloria de mármol. Los monitores de televisión que seguían las acciones en los mercados mundiales complementaban la decoración del lugar. Los vistazos de las noticias pasaban en la parte inferior de la pantalla.

Billie y yo compartimos una mirada. Este no era el mundo al que estábamos acostumbradas. Antes de que muriera nuestra madre, habíamos pasado el tiempo en la parte trasera de las pasarelas, admirando toda la ropa bonita. Cuando murió mamá, nos mudamos a Francia, y nuestro tiempo consistía en ayudar a papá en el hospital o pasar el rato en la playa.

El mundo corporativo era como un universo totalmente distinto.

La recepcionista nos miró y supo que no pertenecíamos aquí. Bueno, que se fuera al diablo.

—Hola, venimos a ver al señor Morrelli —informé con la confianza que no sentía.

—¿Tiene una cita? —inquirió. Vacilé, y fue todo lo que necesitó para hacer suposiciones—. Si no tiene cita, no hay señor Morrelli.

No estaba segura de por qué no podía simplemente llamarlo y decirle que había alguien esperándolo. No habría contestado ni nos habría pedido que viniéramos si no quería vernos. ¿Verdad?

—¿Puedes llamarlo? —Me temblaba la voz. Mis palabras tropezaron. Era nuestra última esperanza. No podíamos irnos sin verlo—. Me envió un correo electrónico pidiéndome que viniera hoy. —La mirada que me lanzó decía claramente que no me creía—. Puedo enseñárselo —Ofrecí, sacando el teléfono del bolso.

Esta vez dudó, mordiéndose su labio con *lipgloss* color café

—Solo llámelo. —Levanté la barbilla hacia el teléfono del conmutador.

Lo hizo. La conversación duró menos de treinta segundos.

—Diríjense a los ascensores. La última planta es el piso ejecutivo. —Instruyó. La sorpresa en su rostro me dijo que no esperaba que nos permitieran subir allí.

Un suspiro de alivio se me escapó, aligerando el peso en mi pecho.

—Mamá, ¿vamos a subir el elevador hasta arriba? —cuestionó Ares, jalándome la mano.

Sonreí suavemente.

—Sí, lo haremos. ¿Ves algún ascensor? —pregunté.

Sus ojos recorrieron el gran vestíbulo y parpadearon con luz.

—¡Ahí! —exclamó señalando con el dedo al otro lado del vestíbulo.

—Excelente, mi pequeño explorador. Guía el camino.

Mi hermana y yo lo seguimos mientras me tiraba de la mano con impaciencia. Billie y yo compartimos una mirada divertida. Ares era curioso y ansioso de aventuras. Durante todo el tiempo que pasamos en Ghana, era imposible mantenerlo encerrado. Exploraba el vasto terreno que rodeaba el pequeño hospital con Billie, o incluso dentro del hospital, hasta que se quedaba dormido por la noche.

Ares pulsó el botón con impaciencia después de que le indicara cuál debía presionar, y la puerta del elevador no tardó en abrirse. Entramos los tres, y sonreí cuando los ojos azules de mi hijo se encontraron con los míos, pidiéndome permiso.

Asentí.

—El último botón con el número más alto —señalé. No necesitó que se lo repitiera, porque su dedo ya lo había encontrado y pulsado.

Mientras el ascensor subía, envié una oración silenciosa a quienquiera que estuviera escuchando. *Maman*. Papá. A cualquiera. «*Solo sálvanos*».

El elevador sonó y salimos, con una mano agarrada a la de Ares y la otra alisándome el vestido con nerviosismo. La sala daba a la planta ejecutiva y solo había un despacho en la esquina.

—¿Por qué no podemos ir al cine con mis amigos? —Una voz joven y quejumbrosa recorrió el aire.

—Porque son demasiado jóvenes para ir sin un adulto —reprendió la voz tranquila de una mujer—. Y solo irán con papá o conmigo de acompañantes.

—Pero...

—¡No es justo! —Tenía que ser una adolescente discutiendo con sus padres—. Sus padres también son responsables.

—Seguro que sí —argumentó una voz masculina—. Pero como dijo tu madre, uno de nosotros va con ustedes o no va nadie al cine.

—Vamos, Hannah. Podemos ver una película en casa. Prefiero estar en pijama y cómoda en nuestro cine en casa de todos modos.

Tenía que ser su hermana. Billie y yo intercambiamos una mirada divertida.

Un pisotón en el suelo y la puerta se abrió de golpe. Dos niñas, gemelas idénticas de no más de diez años, salieron apresuradas del despacho y casi chocaron con nosotros. Sus rizos rubios rebotaban y las suaves pecas sobre sus narices se pronunciaban con su agitación.

No pude evitar sonreír. A Billie le pasaba lo mismo con sus pecas.

—Hola, chicas —las saludamos. Sus ojos cobalto nos estudiaron, y me pregunté cómo alguien podría distinguirlas. Incluso sus pecas parecían estar en el mismo lugar.

Aunque mi visión podría estar ligeramente afectada, gracias a una noche en vela.

—Hola —refunfuñaron ambas antes de desaparecer en el elevador.

—Ah, las alegrías de la preadolescencia —reflexionó Billie—. ¿Recuerdas mis berrinches?

—Como si alguien pudiera olvidarlos —repliqué. Ambas bajamos la mirada hacia Ares—. Te portarás bien cuando tengas esa edad, ¿verdad?

Antes de que pudiera contestar, una voz grave, fría y tranquila, nos llamó.

—¿Doctora Swan?

Billie y yo dirigimos nuestra atención en su dirección al mismo tiempo.

—Mierda. —Maldijo Billie.

Mierda era correcto. Nico Morrelli era *sexy*. Ardiente como el *calor volcánico*. Mayor. Tal vez a mitad de sus cuarentas. De hombros anchos y sonrisa arrogante, me recordaba a Byron.

Excepto por sus ojos. Tenía una mirada tormentosa y nublada bajo unas pestañas oscuras y espesas que eran la envidia de cualquier mujer.

—¿Doctora Swan? —repitió, y me recompuse.

—Sí, soy yo —afirmé, acortando la distancia entre nosotros y extendiendo la mano—. Señor Morrelli.

Me estrechó la mano con firmeza.

—Encantado de conocerla. —Su vista viajó a mi hermana, luego a Ares—. He oído hablar mucho de ti.

Se me formó un nudo nervioso en el estómago. ¿Oyó hablar de mí? Nada de lo que había hecho era relevante en sus círculos, así que no debió haber escuchado algo.

Una mujer menuda de cabello castaño oscuro y suaves ojos marrones apareció a su lado. Observé fascinada cómo su expresión se suavizaba, cómo aquellos iris grises como el acero se convertían en plata fundida.

Volvió ese sentimiento que había estado evitando sentir durante los últimos seis años. *Anhele*. Deseo de amar y ser amada. Deseo de tenerlo a él.

—Hola, soy Bianca —saludó, extendiendo la mano—. Su otra mitad.

Sonreí.

—Encantada de conocerla. —Giré hacia mi hermana y Ares—. Esta es mi hermana, Billie, y este es mi hijo, Ares.

La sonrisa de Bianca se ensanchó. Estrechó la mano de Billie y luego se arrodilló.

—Hola, Ares. Me encanta tu nombre. —Extendió la mano y, como un niño grande, Ares la tomó y la estrechó con seriedad—. Encantada de conocerte.

—Igualmente, señora.

Se me hinchó el pecho de orgullo. A pesar de que quizás no era la mejor madre, debía de haber hecho algo bien, porque mi pequeño me estaba haciendo sentir orgullosa.

Bianca se puso en pie.

—Ahora desearía haber traído a mis chicos conmigo —expresó apenada—. Podrían haber jugado todos mientras hablabas con Nico.

—Es una pena —coincidí—. A Ares le encanta jugar con otros niños.

—Tal vez la próxima vez —aseguró Billie, dirigiéndome una mirada significativa. Por lo general, tenía que recordarle que no se metiera demasiado en lo personal; no obstante, aquí estaba yo, charlando con la mujer de Nico Morrelli.

Bianca debió captarlo porque se puso de puntitas y besó a su esposo en la mejilla.

—Te dejo —se despidió—. Voy a ver a nuestras chicas antes de que empiecen una revuelta.

Mientras desaparecía en el ascensor, Nico dirigió su atención hacia nosotros.

—Damas, después de ustedes —indicó Nico, tendiéndonos la mano para que entráramos en su oficina.

Con pasos pesados, ambas nos dirigimos al interior de la moderna oficina. Pulcra. Organizada. Grande.

Mientras tomábamos asiento, me di cuenta de una cosa.

En toda mi vida, nunca había infringido una sola regla.

No digas mentiras. Obedecí. No hagas mal. Escuché. Sigue la ley al pie de la letra. Absolutamente. *Salva vidas.* Lo hice con gusto.

No obstante, mientras estaba sentada frente al escritorio ejecutivo de Nico Morrelli, estaba a punto de cometer un delito federal. Solo el intento de utilizar fraudulentamente un pasaporte era

una violación de la ley federal. En cualquier país.

Ares se sentó en mi regazo y mi mano lo rodeó con fuerza mientras luchaba por encontrar las palabras adecuadas.

¿Cómo se pedían documentos falsos?

—¿En qué puedo ayudarlas, señoritas? —Nico preguntó casualmente.

No se me escapó la agudeza en sus ojos. Tampoco la tensión en sus hombros. ¿Podíamos confiar en él? No creía que tuviéramos elección.

—*Umm*, hemos oído que puedes... —Busqué una palabra diplomáticamente correcta—. Ayudarnos. Necesitamos ayuda.

Tragué saliva.

—¿Con? —inquirió Nico entrecortadamente.

Dios, ¿por qué no podía hacernos esto más fácil? Tal vez podría recitar los servicios que ofrecía. Como en las películas.

Podía sentir los ojos de Billie entre Morrelli y yo. Me moví incómoda en el asiento. Algo no estaba bien, mas no sabía qué. Quizás era mi sexto sentido el que me advertía.

O tal vez estaba siendo paranoica.

Con un suspiro tembloroso, me puse de pie de un salto y Ares se deslizó hasta ponerse en pie. Billie siguió mi movimiento.

—Lo siento. —Tragué saliva—. Esto fue un error.

Sin otra palabra, agarré a mi hijo y saqué a Billie fuera del despacho del mafioso.

Tal vez no todo estaba perdido todavía.

Capítulo Veintisiete

Byron



A penas había conseguido mantener la concentración toda la mañana.

Habían pasado casi dos semanas desde que la vi y mi cuerpo seguía ardiendo. Me las arreglé para *hackear* el teléfono de Odette. Era un desechable y guardaba poca información en él. Unas pocas fotos. Casi no tenía contactos. Y su nota.

Contactar a Nico Morrelli para una identificación falsa.

Esa era mi *señal*. Tenía un plan. Uno bueno. Una vez que dijera esas palabras, que hiciera esa petición, la tendría. Era un delito federal. Incluso alineé a un amigo mío que irrumpiría en la oficina de Nico y me la traería.

La trampa era perfecta. Tendría dos cosas para retenerla. La interacción con el contrabandista de diamantes y el delito federal. Plan A y Plan B. Finalmente sería mía.

Winston se paseaba frenéticamente por mi despacho. Había estado nervioso desde que supo lo de su hijo. Lo extraño era que no pudimos encontrar ningún rastro de que Billie diera a luz. Ningún rastro del niño. Aunque me enteré de una cosa que mi hermano nunca compartió conmigo. La conexión más peculiar entre él y Billie Swan.

Le lancé una mirada a mi hermano. Había cambiado en los últimos seis años. Dejó el alcohol y las drogas. ¿Fue por Billie Swan?

Sacudí la cabeza. Resultó que los dos la habíamos jodido de alguna manera seis años atrás.

Ni la riqueza, ni la fama, ni el poder pudieron mantener a las mujeres Swan con nosotros. Dios, extrañaba a Odette. La idea de volver a verla me arañaba el pecho. Mi cuerpo aún no se había enfriado. Los recuerdos volvieron con fuerza: retorciéndose debajo de mí, su boca alrededor de mi verga, la sensación de su suave piel bajo las yemas de mis dedos.

Mi teléfono vibró, bailando sobre la mesa.

—Morrelli. —Pulsé el botón del altavoz, con los hombros tensos. Llevaba todo el maldito día deseando llamarlo. Eran las dos de la tarde. Agonía.

—La doctora Swan y su hermana se fueron —informó, sin agregar nada más.

—¿Y?

—Estuvieron aquí apenas unos minutos. Lo que fuera que iban a preguntar, cambiaron de opinión.

Fruncí el ceño. ¿Todo eso para nada?

Me pasé una mano por el cabello. Una parte de mí quería ir tras Odette y secuestrarla. Quizá

todos esos mafiosos tenían razón cuando obligaban a sus mujeres a casarse. Si lo hubiera hecho, en ese momento no estaría en esta situación.

—Alguien le puso las manos encima a la doctora Swan —continuó Nico—. Los moretones están allí, pero los trató de ocultar con maquillaje, de eso no hay duda. Alguien le hizo daño.

Me invadió una quietud sepulcral. Tuve que tomarme un segundo para tragarme la rabia ardiente. «*Alguien le hizo daño. Alguien le hizo daño*». Una parte de mí, la parte irracional, me golpeó el pecho, sacudiendo los barrotes de su jaula, dispuesta a salir de cacería. Para castigar al que se atrevió a ponerle un dedo encima a mi mujer.

«*Mi mujer*». Jesucristo, seis años y todavía pensaba en ella como mía.

—Quiero un nombre —siseé, pero en el fondo lo sabía. Lo sabía, maldición.

—¿Y el niño? —Winston exigió—. ¿Estaba mi hijo allí? ¿Estaba bien? ¿Seguro?

La respuesta de Nico tardó un latido más, aunque parecieron horas. Y yo ni siquiera era el padre. La atención de Winston estaba fija en mi teléfono como si pudiera forzar una respuesta de Nico a través del móvil.

—¿El niño de la doctora Swan es tu hijo, Winston? —La pregunta de Nico lo cambió todo.

Mi corazón se detuvo. Dejó de latir. En ese segundo, era yo quien miraba fijamente el teléfono que estaba sobre mi escritorio, como si contuviera todas las respuestas. «*El hijo de la doctora Swan*». No, no podía ser. De ninguna manera.

La doctora dijo que había perdido al bebé. ¿Cómo pudo ser? No había posibilidad de que la hubiera malinterpretado.

Me pasé una mano por el cabello. Me temblaba, demonios. Sobreviví a la piel quemada, a despliegues en zonas de guerra, al entrenamiento de los SEAL, y ni una sola vez dejé que mi sangre fría flaqueara. Jamás. No obstante, en ese momento me temblaban las manos.

Solo en otras dos ocasiones tuve esa reacción. El día que la busqué en el hospital de su padre, después de nuestra única noche juntos. Y la última vez que la vi, el día que perdió al bebé.

Antes de ese día, llevaba tres meses sin verla y eso fue aún peor. Ver su cuerpo desplomado en la calle me quitó una década de vida. El terror de que se hubiera ido para siempre. Estaba dispuesto a sacrificar mi felicidad para que ella pudiera seguir adelante, pero no sabiendo que ya no caminaba en esta tierra.

El miedo a que no saliera adelante me destrozó el corazón; enterarme de que estaba embarazada y que perdió el bebé el mismo día fue como una puñalada dura en lo que quedaba de él. No importaba que estar sin ella me estuviera matando, porque vivir en un mundo en el que no existía era peor.

«*La doctora Swan tiene un hijo*». El significado atravesó la niebla de un millón de otros pensamientos dispersos. El niño se parecía a mí. ¿Cómo era posible? La doctora indicó claramente que Odette había perdido al bebé. ¿No fue así?

Abrí el cajón de mi escritorio y saqué la cartera. En la funda había una sola foto de la ecografía, con viejas manchas de sangre todavía en ella. La miré fijamente, como había hecho muchas otras veces, pero en ese momento diferentes sentimientos me llenaban el pecho.

¿Cuántas veces me quedé mirándola, deseando que el resultado fuera distinto? ¿Cuántas veces había deseado, contra todo pronóstico, que el bebé hubiera sobrevivido? Que Odette, el bebé y yo pudiéramos haber tenido un futuro juntos.

Vino a verme el día del accidente, y estaba bastante seguro de lo que quería decirme, si lo que tenía en las manos no era prueba suficiente. Entonces, ¿por qué se fue? Se acercó tanto para darse la vuelta. ¿Por qué huyó? Volví a pensar en el día del hospital. ¿Me había perdido algo?

¿Había hecho algo mal? ¿Quizá fui demasiado brusco?

Joder, quería saberlo. Podría haber visto crecer a *mi* hijo. Debería haber formado parte de su vida desde el momento en que fue concebido.

Mi mente evocaba cada momento, intentando evaluar qué señales podía haber pasado por alto.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí, o esta llamada ha terminado? —La voz de Nico envió los recuerdos y pensamientos a los oscuros rincones de mi mente donde se habían escondido durante los últimos seis años.

Un profundo dolor me atravesaba el corazón y crecía con cada latido. Palpitaba más profundo y más alto, retumbando dolorosamente en mis oídos. Alcé la vista y me encontré con la de Winston. Los mismos ojos que los míos. Su cabello, del mismo tono que el mío. No me extrañaba que pensara que el niño era suyo. Nuestras fotos de bebé eran casi idénticas.

—Estamos aquí —manifestó Winston, con los ojos llenos de aprensión, como si la comprensión lo golpeó exactamente al mismo tiempo—. No, no es mi hijo. Es de Byron.

Las últimas palabras de mi hermano estaban cargadas de amargura.

Nunca me había dado cuenta de que Winston quería un hijo. No hasta que hizo la suposición, equivocada, hacía unos días en New Orleans. Busqué arrepentimiento en mi interior. No pude encontrarlo. Pero encontré algo más.

Una pizca de resentimiento. Amargura.

¿Era mío? ¿O el hijo de alguien más? Se parecía a mí, incluso a Winston. Sin embargo, una pizca de duda se abrió paso dentro de mi cerebro. Nada de eso tenía sentido. Odiaba bastante las dudas y las inseguridades. Había visto al chico, y no podía negar la verdad que me miraba fijamente. Era un Ashford, lo que me llevó al siguiente punto.

Odette me robó algo invaluable. *Mi hijo*.

Era hora de enseñarle a la doctora Swan lo que significaba meterse con un Ashford.

Capítulo Veintiocho

Odette



Un edificio diferente. Un posible salvavidas. Otro multimillonario.

Seguíamos en el centro de D.C., deambulando por las calles, mientras un único pensamiento seguía rondándome por la cabeza.

«*Ve con Byron*».

Tal vez podría pedirle un préstamo. Tal vez ofrecerle... ¿Qué? No teníamos nada.

«*O puedes decirle que es el padre de Ares*», susurró mi razón. O tal vez podríamos decir que Winston era el padre, puesto que ya había llegado a esa conclusión en New Orleans.

Mi corazón se rebeló ante ese pensamiento. Demonios, demasiadas mentiras. Demasiados engaños. Aquellas palabras que su padre me echó en cara en el hotel, el dinero que me había aventado y su visita al hospital hacía tantos años seguían atormentándome. ¿Fue la decisión correcta cortar todos los lazos con el padre de Ares en ese momento? ¿Era inteligente buscar a Byron en ese momento? No lo sabía.

Pensé que todos nuestros lazos se habían cortado cuando, por algún milagro, mi bebé estuvo a salvo. No lo había perdido. Aunque *había* perdido a Byron, de una vez por todas. Nunca volví a buscarlo. No podía dejar que su padre nos hiciera daño. No más, no cuando tenía un bebé que proteger.

Si los Ashford venían por Billie y por mí, nos encargaríamos de ello. Lo más importante era que Ares estaría a salvo. Protegido de los contrabandistas de diamantes.

Mi mente se remontó a aquel día hacía seis años cuando lo busqué para darle la noticia del embarazo. Parecía otra yo. Un universo diferente.

Me quedé mirando la puerta de la habitación del hospital durante horas después de que Byron se fuera. Una sola marca de rasguño se convirtió en mi centro de atención mientras ignoraba este dolor palpitante en el pecho. Las lágrimas me nublaron la vista, pero me negaba a apartarla de esa marca de la puerta.

¿Qué estaba esperando?

No lo sabía. Tal vez despertar y darme cuenta de que todo era una pesadilla.

No sabía por qué la pérdida del bebé me había destrozado tanto. Me acercaba a los cuatro meses y había empezado a hacer planes. Para el bebé. Para formar una familia. Tantos “y si...” jugaron en mi cerebro durante las últimas semanas. Este no era uno de ellos.

Me limpié la mejilla con el dorso de la mano, pero fue totalmente inútil detener las lágrimas. Sentía una opresión en el pecho. Aunque quería dormir, no tenía fuerzas ni para cerrar los ojos. Tampoco podía calmar mi mente lo suficiente.

Las palabras de Byron resonaron en mi cerebro. El bebé no sobrevivió. Sus ojos no eran fríos ni crueles. Nada que ver con los de su padre. Lo peor de todo era que Byron no parecía sentir repulsión. De hecho, el dolor cruzó su rostro cuando le pedí que se fuera.

Quizá debería haberle confesado lo que me hizo su padre. Quizá lo había echado a perder y no tenía a nadie a quien culpar excepto a mí misma.

La puerta del hospital se abrió y mi corazón se emocionó ligeramente, lleno de esperanza. Contuve la respiración mientras aparecía un pie. Zapatos caros. Traje caro. Entonces apareció el hombre.

La respiración de mis pulmones se entrecortó.

El senador Ashford estaba en la puerta y, de repente, lo que tenía en el estómago amenazó con hacer una reaparición desastrosa.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Había algo en este hombre que me asustaba más que cualquier otra cosa. Tal vez era la crueldad fría y calculadora en sus ojos.

Con pasos medidos y uniformes se acercó a mi cama de hospital.

El corazón me tamborileaba contra las costillas, haciéndolas crujir con cada latido.

—No puede estar aquí —demandé con voz ronca. ¿Por qué este hombre aparecía siempre que estaba vulnerable?

Su mano salió disparada y me rodeó la garganta. Levanté las manos instintivamente, rodeé su muñeca con los dedos y le clavé las uñas.

—Casi me cuestas todo. —Su agarre se apretó. Mis oídos zumbaban. El oxígeno disminuyó—. ¿Quieres morir, chica?

Seguí arañando sus manos, con el terror filtrándose por mis poros e inundando mi torrente sanguíneo.

—Suélteme —exigí con voz ronca, con palabras apenas audibles.

Su agarre se aflojó un poco, aunque no me soltó.

—¿Tengo que eliminar a todos tus seres queridos y todo lo que tienes para que entiendas el mensaje? ¿O tal vez quieres que tu hermana pruebe un poco de mi ira?

Sacudí la cabeza, con la desesperación y el miedo arañándome el pecho. Pero también había odio. Era un sentimiento tan fuerte que temí me asfixiaría. Quería luchar contra él. Tal vez incluso matarlo. Mas mis fuerzas eran inexistentes.

—No quiero tener nada que ver con usted ni con su familia. —Me atraganté.

—No vuelvas a acercártenos —reviró. Volvió a apretarme el cuello—. Recuerda lo que puedo hacerle a tu hermana.

Me soltó la garganta y mis manos cayeron sobre la cama. Con avidez, jadeé en busca de aire. Me dolían las uñas de tanto arañarlo. El oxígeno se filtró en mis pulmones y jadeé mientras el senador se daba la vuelta y salía de la habitación.

Esta vez, me quedé mirando la puerta y me aferré a las sábanas del hospital, temiendo que volviera. No quería volver a verlo. No quería volver a cruzarme con él, ni con Byron. Uno venía con el otro. Eran un paquete, y no podía sobrevivir al senador. Así que evitaría a los Ashford a toda costa.

La puerta volvió a abrirse y llevé la mano al botón de emergencia que tenía al lado. No creía que pudiera gritar lo bastante fuerte. Aun así, antes de pulsarlo, me llegó una voz vieja y

familiar.

—Ma chérie. ¿Qué pasó?

Marco estaba en la puerta, tan guapo como siempre. Los jeans se le ceñían a las caderas y la camisa negra de seda abotonada lo hacía parecer... bueno, un gigoló o algo así. Sin embargo, no tenía fuerzas ni para burlarme por ello.

—Marco —dije. Mi voz sonaba extraña a mis oídos. Baja y vacía. Sin energía. Golpeada. Ni siquiera me pregunté qué hacía aquí. No me quedaba nada, ni chispa, ni vida. Acortó la distancia que lo separaba de la cama del hospital y tomó mis manos entre las suyas.

—¿Qué te hicieron?

Mis respiraciones parecían requerir demasiada energía. Las palabras aún más.

—Accidente de coche.

Una sola lágrima rodó por mi mejilla mientras intentaba tomar una bocanada de aire. Respiraba con dificultad. Me dolía el corazón. Y mi cuerpo... se sentía roto.

—Mi bebé. Lo perdí. —¿Por qué dolía decirlo?

Sacudió la cabeza.

—Non. Sigues embarazada. —Esperanza y confusión revolotearon en mi corazón. Mis ojos buscaron los suyos y no encontraron más que una expresión sombría. Ni rastro de una broma de mal gusto o quizá de algún error.

—¿Cómo? ¿Por qué? —solté con voz ronca—. No lo entiendo.

Respiró hondo, la tristeza y otro sentimiento persistían en sus ojos. No podía precisar qué era.

—Mi novia trabaja aquí. La hermana de Tristan. —Parpadeé, luego recordé a la mujer seria con la que hablé brevemente aquellos meses atrás—. Esto era para protegerte. De ellos.

En ese momento, no sabía si Marco me había salvado o me había robado algo.

Aunque una cosa era segura. No arriesgaría la vida de mi bebé quedándome cerca de los Ashford.

Aparté el recuerdo y me centré en nuestra situación actual. No tenía más remedio que acercarme a Byron. Era nuestro último salvavidas.

Cuadré la espalda. Pediría un préstamo. Ares no podía quedar atrapado en medio de toda esta mierda. Revelar que Ares era el hijo de Byron sería mi último recurso.

—¿Dime otra vez por qué no le pedimos las identificaciones falsas a Nico Morrelli? —Billie exigió saber. Sus palabras estaban cargadas de desesperación. También podía verlo en sus ojos. Reflejaba lo que sentía en mi corazón.

Solté un fuerte suspiro.

—Ambas sabemos que no tenemos dinero para pagarle. Dudo que la falsificación de documentos para los tres cueste menos de diez mil. No es como que mis puntos de recompensa Hilton cubrirían esa factura.

—Quizá nos hubiera hecho un descuento —rezongó.

—O llamaba a los federales y nos enviaba a una prisión federal.

—¿Y ahora qué? —Se pasó las manos por su cabello rubio—. Si no podemos pagar los documentos falsos, desde luego no podremos conseguir un millón de dólares en las próximas... —Miró su reloj—. Treinta y seis horas.

Nos detuvimos en medio de la acera, los peatones no perdían el paso. Se apresuraron a

rodearnos, algunos incluso nos lanzaron miradas fulminantes. Analicé nuestro alrededor y una pequeña tienda llamó mi atención. Una librería con mesas de café y montones de libros.

—Entremos —anuncié, con la vista clavada sobre el hombro de Billie. Se giró para ver lo que estaba observando—. Ares puede tener un chocolate caliente y libros para leer mientras hablamos.

Se oyó un chillido de felicidad y, antes de que mi hermana pudiera siquiera aceptar, fuimos arrastradas a la tienda.

En cuanto entramos, el aire se llenó del aroma de granos de café y olor a libros en las estanterías del suelo al techo. La tensión de mis hombros se relajó un poco, y deambulamos hasta encontrar una mesa vacía, justo al lado de la sección infantil.

—¿Quién quiere chocolate caliente? —pregunté.

Las manos de Ares y Billie se levantaron al mismo tiempo.

—Yo, yo, yo.

Sonreí ante sus expresiones de emoción. Solo hacía falta chocolate caliente para que todo estuviera mejor.

—De acuerdo, vayan a buscar algo para leer y volveré enseguida.

No hizo falta decírselo dos veces.

Me dirigí al pequeño rincón de la tienda donde estaba la cafetería. El sonido del café molido substituyó al ajetreo y el bullicio del ruido de la ciudad que había al otro lado de la puerta. Parecía como otro mundo, alejado del peligro y de la realidad.

Al menos por el momento.

Cinco minutos más tarde, Ares estaba perdido en la vasta selección de libros, con una sonrisa de ensueño elevándose alrededor de sus labios. Un pequeño bigote de chocolate permanecía encima de su boca. Se negó a que se lo limpiara, ansioso por llegar a sus libros. Era muy decidido cuando se proponía algo. A veces me preguntaba si lo había heredado de su padre.

Miré a mi hermana a los ojos y los dedos de ambas se enroscaron en las fundas de nuestros vasos de café. Le di un sorbo a mi *latte*, intentando resolver el rompecabezas en mi mente.

Había mucha incertidumbre sobre si Byron seguía deseándome como seis años atrás. Podía pagarle muy despacio, en pequeños incrementos, a lo largo de mi vida. Si eso no funcionaba, le daría lo que me pidió aquel día que fue a verme al hospital de mi padre.

Mi cuerpo.

—De acuerdo, no aguanto más este silencio —soltó Billie—. Cuéntame el plan. Sé que tienes uno.

Sabía que su paciencia no duraría mucho.

—Estoy preparando el plan mientras hablamos —admití. Levantó una ceja y golpeó impaciente su vaso de café con los dedos.

—¿Y?

—Y no estoy segura de que sea un buen plan, pero es el único que tengo. —Respiré hondo y lo solté—. Voy a pedirle un préstamo a Byron.

Una mirada vacía. Luego parpadeó, como si despertara de un sueño.

—¿Un préstamo?

Me mordí el labio inferior.

—Sí.

—¿Y cómo vamos a pagarlo? —inquirió dubitativa.

—Tú no; yo sí.

Solo rezaba para que Ares no se viera envuelto en este fiasco.

Capítulo Veintinueve

Odette



Otro gran vestíbulo. Este representaba al imperio Ashford. Mi última visita aquí no fue para nada agradable. Empujando los recuerdos a la parte posterior de mi mente, me centré en el aquí y ahora. Esto era importante.

—Quédense aquí —les pedí en voz baja a Billie y a mi hijo, indicándoles que permanecieran más cerca de los ascensores. Por si acaso teníamos que salir corriendo. Además, mi hijo no necesitaba escuchar mi humillación.

Pasamos por dos recepcionistas diferentes, una en la planta principal y en ese momento nos enfrentábamos a esta. El último obstáculo estaba en el piso de gerencia, con toques de oro y riqueza a mí alrededor. Miré a mi familia por encima del hombro mientras esperaba el veredicto de la recepcionista.

Llegó rápidamente.

—Sin cita, no hay señor Ashford.

Juré que parecía un *déjà vu*. Todo el mismo día. La asistente ejecutiva me observaba con una mueca de desprecio. Su cabello rubio platino gritaba falsedad. Sus labios escarlatas gritaban bótox y su maldito perfume me estaba provocando un fuerte dolor de cabeza.

—Somos viejos amigos —aseguré. No dejaría que viera flaquear mi confianza, de ninguna manera—. Llámalo y dile que estoy aquí. —Como no hizo ademán de moverse, añadí—: No se pondrá contento si se entera de que vine y me fui sin verlo.

La sonrisa venenosa en sus labios me advirtió que no me gustarían sus siguientes palabras.

—Si son amigos, por qué no le mandas un mensaje.

¿No era esa la pregunta del siglo? No tenía su número. Incluso si lo tuviera, probablemente habría bloqueado mi número hacía seis años.

—Pues, dejé el teléfono en el hotel. —Sonreí dulcemente, cuando en realidad quería abalanzarme sobre el escritorio de recepción y rodear su delgada garganta con mis dedos—. Pero no se preocupe, con gusto volveré a mi habitación, que él pagó, y le haré saber que me perdí de verlo ya que volaré esta noche. Le daré su nombre, señorita... —Miré a mi alrededor, buscando un letrero con su nombre.

Tragó saliva y su expresión se quebró. Contuve la respiración mientras alcanzaba el intercomunicador.

—Señor Ashford. Tengo a la señorita... —Entonces se dio cuenta de su error. Ni siquiera se

había molestado en preguntarme mi nombre. Tenía que ser la peor asistente de la historia.

—Doctora Swan. —Era mezquino, mas no pude evitar que el esnobismo saliera de mi voz. Nunca me había creído mejor que nadie, sin importar quien fuera o que hicieran, no obstante, aquella mujer me molestó tanto que quería restregarle en la cara todos mis logros.

Dudó, mordiéndose los labios con bótox. Apuesto a que no los sentiría si estuvieran sangrando, se los había inyectado tanto. Levanté la barbilla hacia el teléfono.

—Dile que la doctora Madeline Swan está aquí para verlo.

No sabía qué me había poseído para decir Madeline. Era la única persona en este planeta que me había llamado por mi segundo nombre completo, y solo cuando me folló. Un escalofrío me recorrió la espalda.

¿Cómo sobreviviría a Byron?

A pesar de que ni siquiera estábamos en la misma habitación, ya me sentía consumida por él. Por los recuerdos de su olor, de sus manos en mi piel, por los sonidos que hacíamos cuando ambos nos corríamos, gruñidos y gemidos.

—Señor, es la doctora Madeline Swan.

Contuve la respiración mientras esperaba, con el corazón retumbándome en el pecho.

—Sí, señor.

Colgó el teléfono y me otorgó una mirada amargada.

—Pasa por esa puerta. Espera en la sala ejecutiva hasta que termine su reunión.

Apuesto a que le mató decirlo.

Sin volver a pensar en ella, me di la vuelta e hice una señal a Billie, que estaba con Ares junto al elevador.

Se apresuraron hacia mí y los tres nos abrimos paso a través de la última puerta que me conduciría hasta el único hombre al que esperé no volver a ver. Y en ese momento lo estaba buscando. Nuestros pasos eran suaves sobre el mármol blanco mientras avanzábamos hacia su oficina.

El espacio estaba decorado con detalles dorados, exuberantes flores y hermosos cuadros. Muebles modernos y elegantes se mezclaban con la elegancia clásica. La laca negra contrastaba tanto con el mármol blanco que se podía ver el contorno de los muebles reflejado en él.

No había duda de dónde estaba el despacho de Byron. Incluso sin la placa dorada que decía “Byron A. Ashford, CEO” junto a la puerta, era fácil distinguir que era la mejor oficina y la más grande. El despacho de la esquina.

Por supuesto. Solo lo mejor para el mentiroso.

Me abofeteé mentalmente. Nada de eso importaba. Necesitábamos ese dinero. El objetivo final era salir de nuestro apuro y volver a nuestra vida normal. Conseguiría un trabajo como cirujana, ya fuera en Estados Unidos o en Francia. Ares iría a la escuela, haría algunos amigos y nuestra vida continuaría.

—¿Deberíamos esperar en la sala de invitados? —susurró Billie, sus ojos se desviaron a la derecha hacia una pequeña sala de espera. La placa dorada junto a ella decía “Sala Executiva de Invitados”

Mi vista se dirigió a las pesadas puertas dobles de caoba. A través de ellas se oían voces masculinas tenues. La reunión podría durar un rato.

—Sí, supongo que sí.

Los ojos de Ares se desviaron hacia la mesa de madera de *Thomas el Tren* y se le iluminaron los ojos. Sin instigación, corrió hacia ella y se arrodilló.

Doblé las rodillas y me senté a su lado.

—Es un hermoso juego de trenes, ¿verdad?

Sus orbes azules se iluminaron.

—¿Puedo llevármelo a casa? Por favor, *Maman*.

La culpa me punzaba en el pecho. Se me hundió el estómago.

Aunque Ares nunca se quejaba, sabía que echaba de menos sus juguetes. Pudimos traernos lo mínimo y, además, no teníamos casa. Al menos, no este país. Nuestro padre nos había dejado su casita en la Riviera Francesa y, aunque no valía gran cosa, podríamos instalarnos allí.

Sería un techo sobre nuestras cabezas.

—No, amor —murmuré suavemente—. Pero algún día tendremos uno. Te lo prometo.

Juré entonces que haría cualquier cosa que Byron me pidiera. Solo para poder ver a mi hijo seguro y feliz de nuevo.

Capítulo Treinta

Byron



Mi abogado, David Goldstein, estaba sentado frente a mí en mi despacho. El juez Duncan, a quien tenía en marcación rápida por si alguna vez lo necesitaba, también estaba aquí. Nunca lo había necesitado.

Hasta ese momento.

Mi hijo. Me había ocultado a *mi* hijo.

Aún no podía explicarme cómo era posible, cuando la doctora me dijo que había perdido al bebé. Nada de lo que estaba ocurriendo tenía sentido.

—Podemos asignarle custodia temporal —expuso Duncan—. Pero teniendo en cuenta que la mujer no es residente en Estados Unidos, eso podría ser un problema.

—Tiene la nacionalidad estadounidense —siseé. No quería excusas, quería resultados. Mi hijo pertenecía en mi vida. Ya había perdido mucho, y maldición no perdería la oportunidad de formar parte de su vida.

—Sí, no obstante, ha pasado la mayor parte de su vida viviendo en suelo extranjero.

—Estudió medicina aquí —señalé.

La furia hervía bajo mi piel. Desde que volví a verla, hervía a fuego lento, amenazando con explotar. Se veía tan bien. Su aroma era suficiente para embriagarme. Para mi desgracia, todo el tiempo, me imaginaba a los hombres que habría tocado en los últimos seis años. Los hombres que la habían tocado. Y quería sus nombres y sus muertes, para ser el único hombre vivo que supiera cómo se sentía debajo de mí. Aún podía oír sus gemidos y sentir sus uñas en mi piel mientras la penetraba.

¿Estaba tan furioso? Sí. Pero aun sabiendo que había perdido la oportunidad de criar a mi hijo, no podía odiar a Odette. Todo dentro de mí se rebelaba ante la idea de odiar a la mujer que tan fácilmente me había capturado. Quería protegerla. Poseerla. Demonios, estaba obsesionado. Y seguía enamorado de ella.

—También lo hacen muchos ciudadanos extranjeros —replicó secamente. Era una situación delicada y el juez Duncan no quería ser obvio sobre su lealtad. No era que me importara—. No digo que no sea posible —continuó diplomáticamente—. Solo que deberíamos tratarlo con cuidado.

—Su hijo nació en Francia. La jurisdicción sería cuestionable y podría causarte un problema. —¿Por qué demonios era tan pesimista?

—¿Tiene mi hijo la nacionalidad estadounidense? —Me encontré con miradas vacías—. Seguro que tiene derecho a ella, ya que sus padres son ciudadanos estadounidenses.

—Pero...

Golpeé la mesa con la mano, haciendo sonar todos los objetos.

—No te pago para que me des excusas y razones por las que no deberíamos.

Antes de que pudiera decirle algo más, sonó mi teléfono.

—¿Qué? —contesté.

—Señor Ashford. Tengo a la señorita... —La voz de mi asistente ejecutiva se entrecortó y mi infame frialdad amenazó con estallar como un volcán. O como *champagne* bajo presión.

—¿Y bien? —Tendría que despedir a la mujer. Se pavoneaba por aquí como si estuviera comprando un marido en lugar de trabajar con eficiencia.

—Señor, es la doctora Madeline Swan.

Por una fracción de segundo, me detuve. Me quedé congelado mientras mi cerebro gritaba: «¡está aquí!».

El corazón me dio un vuelco y empezó a tamborilear salvajemente, como si fuera un adolescente. Me puse de pie de un salto, dispuesto a correr hacia ella. La llevaría arrastrando a mi oficina y me enterraría dentro de ella para sacarle todos sus secretos.

Mi polla palpitó de excitación, totalmente de acuerdo con ese plan.

Pero entonces me di cuenta y volví a caer en la silla. Odette nunca se refería a sí misma como Madeline. Nunca. Estaba enviando un mensaje. *Madeline*. Una noche llena de pasión y su nombre escapándose de mis labios. Una y otra vez.

«Oportunidad». Esa era mi oportunidad.

—Déjala entrar. Que espere en mi sala de espera.

Colgué y me encontré con los ojos de los dos hombres en mi despacho.

—Goldstein, te necesito a la espera. —Luego giré la cabeza hacia el juez—. Y tú, explora todas las opciones, pero no actúes sobre ninguna. Una solución podría haber aterrizado en mi regazo.

—¿Qué quiere decir? —inquirió mi abogado—. Debo aconsejarte...

—La doctora Swan está aquí —interrumpí—. Supongo que está aquí porque necesita algo. Así que haré lo que mejor sé hacer. —Mi sonrisa se ensanchó y tuvo el mismo efecto de siempre. Bajó la temperatura de la habitación otros diez grados—. La atraparé con una laguna legal en un contrato. Conseguiré todo lo que quiero. Y no tendrá escapatoria.

Me levanté, dando por terminada la reunión, y los acompañé a la salida.

En cuanto abrí la puerta, la vi arrodillada en el suelo. Jugaba con su hijo, *nuestro hijo*, sonriéndole suavemente. Su expresión estaba llena de amor mientras lo ayudaba a construir el ridículo juego de trenes.

Se me oprimió el pecho, y una bestia gruñona y protectora se alzó en mi pecho. Eran míos, ambos. No volvería a dejar escapar a ninguno de los dos.

—¿Puedo llevármelo a casa? Por favor, *Maman*. —Miró a su madre suplicante, mas, su atención se desvió hacia el tren.

La expresión de Odette se quebró un poco antes de recomponerse.

—No, amor. Pero algún día tendremos uno. Te lo prometo.

Al día siguiente, decidí. Lo tendría lo antes posible.

Los ojos del chico se iluminaron y la sonrisa en su cara era tan brillante como para irradiar todo el planeta.

Se me apretó el pecho como nunca. Estaba claro que el chico no tenía mucho, no obstante, tenía el amor de su madre. Mi primogénito se había visto obligado a prescindir de ello. Mi primogénito había vagado por este planeta sin mi protección.

—Doctora Swan —pronuncié.

Se puso rígida en cuanto oyó mi voz y me le acerqué. El aroma de las manzanas llenó el aire, haciendo que mi miembro se agitara. Luché contra la necesidad de inclinarme hacia delante y hundir la nariz en su melena rojiza, y luego envolverla alrededor de mi mano.

Odette se movió y se puso de rodillas. Gemí interiormente, la posición me daba muchas ideas. Todo lo que tenía que hacer era abrirme la bragueta, y usar su bonita y obstinada boca en mí. Joder, ninguna de esas imágenes era apropiada para el público. Y necesitaba tener la cabeza despejada para jugar bien mis cartas.

Odette se movió, dejándome ver su escote, e instintivamente bloqueé aquella magnífica vista de mi abogado y el juez. Extendí la mano y la agarré por el codo, ayudándola a ponerse en pie. La suavidad de su piel me penetró y fue directo hasta la ingle.

Jesucristo. Ya no era un adolescente.

—Gracias. —Evité mirarme. Su vista se desvió hacia mí, hacia nuestro hijo y luego hacia su hermana, que no sabía qué hacer.

Mientras se balanceaba incómoda de un pie a otro, dejé que mis ojos recorrieran a mi mujer, sí, era y siempre sería *mía*, y pude ver exactamente lo mismo que Nico. Un leve moretón amarillo en el cuello, en la mandíbula. Su labio aún tenía un pequeño corte. Alguien la había lastimado. Gravemente. Alguien le había rodeado el cuello con las manos. La rabia se apoderó de mí, retumbándome en los oídos. *Bum. Bum. Bum.* El rojo se introdujo en mi visión, hasta que cada centímetro de Odette quedó cubierto por él.

A nadie se le permitía ponerle las manos encima. Excepto yo y solo por placer. Nunca por violencia.

—Gracias por recibirme. —Su suave sonrisa alivió la bestia furiosa dentro de mí.

—Por supuesto. —Siempre querría verla. Si el mundo ardiera, me aseguraría de verla aunque sea una última vez. Para escuchar su voz una vez más.

Mirando por encima del hombro, despedí a mi abogado y al juez. Conocían sus tareas. Con un gesto seco de la cabeza, se marcharon apresurados.

—¿Puedo jugar un poco más? —La voccecita suplicante atrajo toda nuestra atención hacia él. Winston tenía razón. Estaba tan cegado por Odette en New Orleans que me perdí lo mucho que se parecía a nosotros. *A mí.*

Me arrodillé, poniéndome a la altura de mi hijo. Se me hizo un nudo en la garganta. Aún no podía creerlo. *Mi hijo.* Nuestro bebé había sobrevivido y me lo había perdido todo.

—Hola, soy... —«*Tu padre. Tu papá. Tu papi.*». Me atraganté. La prensa se aprovecharían de esta situación. Nunca me ahogaba. Nunca perdía la calma. Alrededor de esta mujer, era un hombre diferente—. Soy Byron.

Le tendí la mano y la tomó sin vacilar. La suya era tan pequeña y frágil en la mía. Un sentimiento de protección volvió a surgir en mi pecho con tal ferocidad que me dejó atónito. Me dejó sin habla.

—Hola, señor. Soy Ares. —Casi se me cae la máscara. Mis ojos casi buscaron a la madre de mi hijo. No lo hicieron. Tenía que hacer esto bien.

No obstante, la bestia en mi pecho latía con orgullo. Pudo habérmelo quitado, que me privara de pasar años con mi hijo, pero mentiría si dijera que no me complacía saber su nombre. Odette

le puso *mi* nombre, aunque me preguntaba cómo lo sabía. Nunca hablamos de mi segundo nombre, solo del suyo.

—Puedes jugar aquí mientras hablo con tu madre —le propuse en voz baja.

Al oír que me refería a ella como su madre, Odette se sobresaltó antes de armarse de valor y pasar los dedos por el cabello de Ares.

—Sí, quédense aquí y jueguen. —Sus ojos se dirigieron a su hermana—. ¿De acuerdo?

Ambos asintieron sin decir palabra y me puse en pie, por encima de la madre de mi hijo.

—Doctora Swan —llamé formalmente, tendiéndole la mano hacia mi oficina—. Quería verme. Vamos a mi despacho.

La conduje a mi oficina y cerré la puerta tras nosotros.

—Dígame qué la trae por aquí, doctora Swan —interrogué—. Teniendo en cuenta sus palabras de despedida las dos últimas veces que nos cruzamos, supongo que no está aquí para ver cómo estoy.

—No seas un idiota, Byron —soltó, molesta. Volvió a sus ojos el mismo fuego verde cuando nos conocimos en la sala de examinación número cinco, y mi verga palpitó dolorosamente. Dios mío, ¿cómo iba a seguir con mi plan si cada movimiento suyo me provocaba una erección? Entonces, como si se hubiera dado cuenta de que había cometido un error, bajó los hombros—. Lo siento.

No lo lamentaba, pero estaba desesperada. Había una tranquila confianza en sus ojos color avellana, pero también había algo más. Pánico. Las ojeras bajo sus hermosos orbes atestiguaban su fatiga. Y esos malditos moretones... Podría estrangular con mis propias manos a quien se los ocasionó.

—Siéntate. —Dudó, luego lo hizo mientras yo hacia lo mismo detrás de mi escritorio—. ¿Cómo has estado, Odette?

A decir verdad, quería exigir la lista de todos los hombres que la habían tocado en los últimos seis años, para cazarlos y matarlos. Ninguna mujer, aparte de mi familia, había sacado nunca ese lado posesivo de mí.

—Bien. —Se mordió el labio inferior; luego, como dándose cuenta de sus modales, añadió —: ¿Tú?

Odiaba las conversaciones triviales, pero aquí estaba. Cuando estaba cerca de ella, lo único que quería hacer era abrazarla y protegerla. Aunque siempre había sido protector con mi familia, con ella se multiplicaba por diez. Y tras saber que tenía un hijo, nuestro hijo, se amplificaba aún más.

Todavía no podía creer que nuestro bebé sobrevivió. Pensaba encontrar a la maldita doctora que me dijo que Odette había perdido al bebé y sacarle la verdad. ¿Por qué me había mentado?

—Bien. —Con mi atención clavada en ella, estudié cada centímetro de su rostro. Aquellos moretes desteñidos me hacían apretar los puños y cada fibra de mí ansiaba ir a la caza del culpable—. ¿Quién te tocó? —gruñí, incapaz de mantener un tono áspero.

Un ligero rubor le subió por el cuello manchado de moretones desteñidos y coloreó sus mejillas. Se colocó un mechón de cabello rojo detrás de la oreja. Podría llevar harapos y tener cien años, y seguiría siendo impresionante.

—No importa. —Estaba claro que tampoco le gustaban las conversaciones triviales. Se enderezó en el asiento, con la columna rígida—. No estoy aquí por eso.

—¿Entonces por qué está aquí, doctora Swan?

Se tomó el labio inferior entre los dientes, con un atisbo de miedo en los ojos. Respiró hondo

y exhaló.

—Necesito tu ayuda. —Tragó saliva y se retorció las manos en el regazo.

—¿Qué tipo de ayuda? —indagué cuando no continuó. Algo tan crudo brilló en sus fanales y me golpeó justo en el estómago. Me destripó el alma y la rabia se apoderó de mí. La mujer joven y despreocupada había desaparecido. En su lugar había una diferente. Seguía siendo mía, pero diferente.

—El año pasado, en Ghana, nos metimos en un lío. —Su voz era débil y áspera, con un toque de desesperación en su expresión.

—¿Qué tipo de lío? —pregunté en voz baja.

Parpadeó, se aclaró la garganta y enderezó la espalda. Vi cómo se le movía el cuello al tragar.

—Dejamos Ghana con algo que no nos pertenecía.

No fue difícil adivinarlo.

—Diamantes.

Asintió.

—Sí, y ahora estos criminales nos persiguen desde hace meses. En New Orleans los devolvimos, pero ahora exigen intereses. —Se apretaba las manos con tanta fuerza que los nudillos se le estaban poniendo blancos.

Me incliné y apoyé los codos en el escritorio. A pesar de que la idea de mi hijo en peligro me hacía hervir la sangre, lo ocultaba tras mi máscara. Lo ocultaría todo hasta que la tuviera exactamente donde tenía que estar.

—¿Qué quieren, doctora Swan?

Me miró a los ojos, y en esas profundidades de color avellana había una pizca de aquella joven intrépida.

Observé cómo movía el cuello mientras tragaba. El nombre le iba como anillo al dedo. Era grácil y delicada, como un cisne. Todo en ella te atraía y se negaba a soltarte.

—Por favor, Byron, haré lo que sea... —Se le quebró la voz y una sola lágrima rodó por su rostro. Maldición, me desgarró el corazón, haciéndolo pedazos. Y ya lo había destrozado una vez.

—¿Qué quieren? —repetí, con voz tranquila y uniforme. No necesitaba saber que le daría cualquier cosa. ¡Lo que fuera! Con tal de que se quedara conmigo. Odette, mi hijo y yo. Seríamos una familia como la que ella tuvo.

Dejó escapar un pesado suspiro, con sus largas pestañas húmedas.

—Un millón de dólares. —Exhaló, sus mejillas se tiñeron de carmesí—. Sé que es mucho. Haré lo que sea. Lo que quieras —añadió rápidamente.

Si supiera que le daría diez millones, así de fácil. Siempre y cuando prometiera ser mía.

Capítulo Treinta Y Uno

Odette



C ontuve la respiración al soltar esa bomba.

Retorcí las manos que descansaban sobre mi regazo. Byron se reclinó en su silla, sus ojos me estudiaban. Excepto que no podía leer su expresión. Era casi... calculadora. Su traje gris oscuro de tres piezas se amoldaba a su cuerpo como una segunda piel. La riqueza lo rodeaba. Un millón de dólares era nada para él.

Para mí, era una cuestión de vida o muerte.

—Ahora eres doctora —comentó fríamente—. Te va bien.

—Ningún cirujano nuevo gana un millón de dólares —repliqué—. Y pasé mi residencia en Ghana ganando el salario mínimo.

Me sudaban las palmas de las manos. Realicé cirugías de vida o muerte y nunca entraba en pánico. No obstante, cerca de este tipo, no era lo suficientemente firme como para sostener un bolígrafo, menos un bisturí.

—¿Cómo acabaste en Ghana? —Me sorprendió su pregunta. ¿Por qué le importaba?

—Trabajé para la Organización Mundial de la Salud. Se me presentó la oportunidad de laborar por una causa mientras terminaba mi residencia. Era demasiado buena para dejarla pasar, y mi padre hizo algo parecido cuando tenía mi edad.

Ese dolor familiar en mi pecho me atravesó. No ayudaba que las fechorías de su familia lo provocaron, sin embargo, no podía dejar que eso me disuadiera. Necesitaba el dinero.

—Me enteré de lo que le pasó a tu padre. —La expresión de Byron se suavizó—. Siento mucho tu pérdida. —Jadeé, clavándome las uñas en mis palmas. Quería arremeter, pero en lugar de eso, me concentré en el dolor mientras mis uñas dejaban medias lunas en mi piel—. ¿Fuiste sola? —preguntó con indiferencia, reclinándose en su silla.

Sacudí la cabeza, tragándome mi orgullo y las palabras que quería lanzarle a la cara.

—No, no fui sola. —Estuve a punto de no aprovechar la oportunidad. Aunque llevar a un niño pequeño a África no era la decisión más sabia, dejarlo atrás no era una opción. Fue Billie quien insistió en que aceptara el trabajo, y nos trasladamos juntas a Ghana. Como si no hubiera sacrificado ya bastante. Nunca podría pagarle a mi hermana todo lo que había hecho por mí—. Escucha, no he venido a charlar. ¿Puedes ayudarme o no?

Fue un atrevimiento y tal vez incluso una grosería, mas no podía aguantar alargar la situación. Se sentía como una ejecución lenta.

—¿Qué obtendré a cambio? —gruñó.

Mi corazón se estremeció, la esperanza parpadeó.

—Por favor —rogué con voz ronca—. Haré lo que sea.

Algo brilló en sus ojos y mi instinto de conservación se encendió. Desgraciadamente, ya era demasiado tarde. La verdad era que haría cualquier maldita cosa para sacarnos de ese desastre. Mi hijo merecía tener una buena vida. Mi hermana también. Había puesto su vida en espera por mí, para que pudiera terminar la escuela de medicina y completar mi residencia.

Era lo menos que podía hacer por ellos.

—¿Cómo me pagarás este préstamo? —Byron pasó el dorso de sus dedos por su afilada mandíbula. La que una vez había besado y lamido.

—Podría llevarme un tiempo, pero te lo devolveré. Te lo prometo. —No hizo ningún movimiento para decir o hacer algo. Mi desesperación creció. La amargura me asfixiaba—. Por favor, Byron. —En toda mi vida, nunca le había suplicado a nadie. Y aquí estaba, rogándole a este hombre que salvara a mi familia—. Dijiste una vez que me querías fuera de tu sistema. —Era mi última opción. Mi cuerpo zumbaba con esa vieja llama. No importaba lo que hubiera pasado. No importaba lo roto que estuviera mi corazón. O lo asustada que estaba por mi hijo. Todo eso se convertía en ruido de fondo cuando él estaba cerca. La atracción crepitaba y tomaba el control. Las palpitaciones entre mis muslos se volvieron insoportables. Los recuerdos lo eran aún más—. Seré lo que quieras que sea, lo que necesites que sea para ti. —Me ahogué—. Haré lo que sea.

Me ardían las mejillas. Mi cuerpo se encendió. Y mi orgullo se esfumó. Ya no había lugar para el orgullo. Si me quería como su puta, y eso garantizaría la seguridad de mi hijo y mi hermana, sería *su* puta.

Algo oscuro pasó por su expresión. Arrogante. Depredador.

—¿Empezando ahora? —contestó inexpresivo, con los ojos ardiendo con llamas azules. La esperanza parpadeó con el siguiente latido de mi corazón. Me pasé la lengua por los labios resecos.

—Claro, a partir de ahora.

—¿A cuántos hombres les has ofrecido este trato? —Mis mejillas ardieron con humillación ante su pregunta. Pensaba tan poco de mí. Seis años y no había avanzado hacia otro hombre. ¿Y para qué? ¿Para esto?

Las palabras de rabia se apresuraron a salir de mis labios. No me lo permitiría. No dejaría que mi orgullo destruyera esta oportunidad. Si se negaba, tendría que jugar mi última carta. Tendría que decirle que Ares era su hijo y luego rogar por su misericordia. O tal vez el hombre ya se había dado cuenta.

Porque una cosa sabía con certeza: me haría pagar por guardar este secreto. Tal vez incluso me quitaría a mi hijo. Byron era despiadado, sin duda como su padre, y ese último ya me había amenazado de muerte. Quería salvarnos a los tres, a mi hijo, a Billie y a mí, pero Ares era la prioridad. Billie y yo siempre habíamos estado de acuerdo en eso. Teníamos que hacer lo que fuera necesario para garantizar su protección.

—No conozco a ningún otro multimillonario, Byron —pronuncié mientras mi corazón tamborileaba contra mis costillas.

—Levántese, doctora Swan. —A pesar de que la incertidumbre se deslizó por mi interior, me puse en pie. Una mirada ardiente en sus ojos me encendió, pero mi razón me advirtió—. Ven aquí.

Mi estómago se agitó ante su orden y mi corazón dio un vuelco. «*Estúpido, estúpido, estúpido*».

—Byron... —Las palabras me quedaron atascadas en la garganta. No era que supiera qué decir.

—Ven aquí, Odette. —El disgusto tiñó su voz y el recuerdo se precipitó hacia delante. Me llamaba Odette cuando estaba siendo una mala chica y cambiaba a Madeline cuando lo complacía. ¿Era tonto que quisiera complacerlo? Sí, totalmente. Sin embargo, no podía controlar la respuesta de mi cuerpo ante él.

Le eché un ojeada durante una fracción de segundo a la puerta y luego de nuevo a Byron, quien debió de comprender mi preocupación. Pulsó un botón y sonó un suave clic. Y entonces éramos solo los dos, aislados del mundo.

Rodeé el escritorio y me coloqué frente a él. Me rodeó las rodillas con sus manos. La necesidad cruda que brillaba en sus ojos envió una sacudida a mi centro. El toque hambriento de sus manos al subirlas más por mi vestido me dejó sin aliento.

Se sentía la electricidad en el aire que echaba chispas.

Su mano me tomó de la nuca y me acercó a él. Nuestros rostros estaban a escasos centímetros y me pesaban los párpados, inhalando su aroma masculino en mis pulmones.

—¿Quién te hirió, Madeline? —siseó. Fue justo en ese momento cuando me di cuenta que estaba perdida por él. Cuando dijo mi nombre. *Madeline*. Era el único que me llamaba así.

Sacudí la cabeza, incapaz de encontrar las palabras. Mi cerebro se volvió confuso, la necesidad de tenerlo abrumaba todo lo demás. Dolor. Desesperación. Terror.

—No importa —murmuré. A pesar de esta jodida situación, quería sus manos sobre mí. Su boca en mí—. Bésame de una vez. —Me pasé la lengua por los labios, humedeciéndolos, y lo siguiente que supe fue que su boca se aplastaba contra la mía. Cualquier cosa podía pasar. No cabía la razón. Nuestras bocas se amoldaron, frenéticas.

Sus gruñidos. Mis gemidos cuando deslizó su lengua en mi boca. Besar a Byron era explosivo. Urgente y desesperado. Nuestros cuerpos se rozaban contra el otro con necesidad carnal. Mi mano se dirigió a su entrepierna para acariciar el contorno de su duro pene. Era tan grande como lo recordaba, mi vagina se apretaba con avidez.

Su gruñido salvaje me encendió en llamas. Las palpitaciones entre mis piernas se intensificaron. Ya estaba empapada y apenas habíamos empezado.

Sin apartar los labios de los míos, se quitó la chaqueta y volvió a poner las manos en el interior de mis muslos, subiéndome el vestido hasta la cintura. Gemí contra su boca, mientras mis dedos trabajaban en su hebilla. Lo necesitaba dentro de mí.

Al diablo el millón de dólares. Lo *necesitaba*.

Como si leyera mis pensamientos, me apartó las bragas y deslizó dos dedos en mi interior.

—Maldición. —Ambos gruñimos al mismo tiempo.

Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos. Hacía bastante tiempo que nadie me tocaba. Su tacto era mejor de lo que recordaba. Todo en él se sentía tan bien.

—Mírame —siseó, y obedecí al instante.

Mi núcleo palpitante se apretó alrededor de sus dedos. Fue mi último amante. Seis años sin el toque de un hombre era mucho tiempo. Seis años sin el toque de *este hombre* era una eternidad. Sus manos me agarraron el trasero apenas un segundo antes de que la fría superficie de su escritorio tocara mi piel.

Su dura longitud empujaba contra mi entrada. Rodeé su cuello con las manos y enganché los

tobillos detrás de él, moviendo las caderas para sentirlo contra mi coño. Arquee las caderas y me rocé contra él sin pudor. Mi sexo latía con un dolor que solo él podía aliviar.

Estaba al borde del orgasmo, con escalofríos recorriéndome la espalda, cuando de repente se detuvo.

—Levanta el culo —ordenó, enganchando los dedos en el endeble material de mis bragas. Me eché hacia atrás sobre los codos y levanté el trasero, ansiosa de que me las quitara.

Al parecer, ser mayor no significaba necesariamente ser más lista.

Me bajó las bragas y sus palmas rozaron mis piernas desnudas. Agradecí a todos los santos por no haberme puesto medias esa mañana. El frío valió la pena por sentir su toque en mi piel.

Se metió la tanga en el bolsillo y pasó a desabrocharse los pantalones. Alargué la mano para ayudarlo, bajándole los pantalones y los bóxers lo suficiente para que su verga saliera.

Entonces, sin previo aviso, sus manos llegaron a mis caderas y me penetró.

Gruñó. Yo jadeé.

Había olvidado lo bien que se sentía dentro de mí. Lo grande que era. Mi vagina se cerró tan fuerte a su alrededor que su siguiente embestida fue superficial. Mi cabeza cayó hacia atrás por la intensidad de todo eso. Abrí más las piernas, lo necesitaba más adentro. Se deslizó hasta el fondo, llenándome hasta lo más profundo, haciendo que mis ojos se pusieran en blanco.

Mis dedos lo aferraron a mí, agarrando la tela de su costosa camisa.

No se movió, como si hubiera encontrado su hogar y quisiera quedarse enterrado dentro de mí para siempre. O tal vez no eran más que ilusiones de algún lugar profundo de mis pensamientos. Me temblaban los músculos. Sus ojos encontraron los míos y sus fosas nasales se ensancharon. Su manó viajó a mi espalda y me bajó la cremallera del vestido, empujándolo hacia las caderas para exponer mi sujetador, que desapareció al instante.

Al ver mis pesados pechos, Byron respiró entrecortadamente. Se retiró y luego me penetró. Con fuerza. Gemí.

Su boca se acercó a la mía, sofocando mis sonidos.

—¿Me extrañaba tu coño? —siseó, sus labios moviéndose contra los míos.

Embestida. Embestida. Embestida.

Mis músculos se apretaron alrededor de su dureza, pidiendo más. Los temblores me recorrieron toda la piel y la espalda.

—¿Tu... —*Embestida*—. Coño. —*Embestida*—. Me. —*Embestida*—. Ha extrañado? —Mi cabeza cayó hacia atrás mientras las estrellas se disparaban detrás de mis párpados. Gemí—. ¡Respóndeme!

—Sí, sí, sí —gemí, el tono de mi voz cada vez más alto.

—Bien. —gruñó—. Ahora vas a gritar mi nombre, Madeline. —*Embestida*—. Buena chica.

Mierda, ¿por qué eso me excitaba aún más? Sus elogios. La forma en que me llamó Madeline, haciéndome saber que estaba feliz conmigo.

Sus dedos se clavaron en mis caderas mientras me inclinaba para conseguir un mejor ángulo y alcanzar ese punto G tan dulce. Aumentó el ritmo, sus embestidas se volvieron más salvajes. Más erráticas.

Él estaba perdiendo su control. También yo. Mis gemidos se hicieron más fuertes. Su nombre en mis labios se hizo más frecuente. Me cubrió la boca con la palma de la mano y mi lengua salió disparada, lamiendo su palma y luego entre sus dedos. Se sentía tan bien. Tan perfecto.

La tensión crecía en mi cuerpo. Me temblaban los muslos. Agarré una de sus manos y la puse sobre mis pechos, que rebotaban.

—Tu coño codicioso me está estrangulando la polla —pronunció, pellizcándose el pezón. Con fuerza—. Así es. Soy dueño de este coño. Soy *tu* dueño, Madeline.

Embestida. Embestida. Embestida.

El orgasmo se extendió en la boca de mi estómago, violento y devorador. Se deslizó por mi espalda y mis músculos se tensaron alrededor de su longitud, ordeñándolo todo. La razón me advirtió de algo, mas no pude comprenderlo. Estaba demasiado ida. El deseo lamía cada centímetro de mi piel, quemándome, mientras mi cuerpo se estremecía.

Un gruñido gutural vibró en el pecho de Byron. Me agarró por la parte trasera de los muslos, echó mis piernas por encima de sus hombros y empezó a penetrarme con fuerza y rapidez.

Lo arañé. Para empujarlo. Para acercarlo. No lo sabía. La sensación era demasiado buena, me abrumaba. Cada sentimiento se disipó en la ola de su pasión. Su posesión.

Me robó el aliento. Me folló casi desesperadamente, penetrándome más profundo, más fuerte y rápido. Cada embestida golpeaba mi punto G, haciendo que las estrellas estallaran detrás de mis párpados. Mi segundo clímax me tomó desprevenida y estalló en mí al mismo tiempo que su esperma caliente salía disparado dentro de mí, y las violentas ondas recorrieron el cuerpo fuerte y musculoso de Byron entre mis muslos.

Se desplomó sobre mí, aún casi vestido, y sus labios encontraron los míos mientras su miembro seguía agitándose dentro de mí.

Fue entonces cuando me di cuenta.

—Byron. —Entré en pánico, empujándolo—. No usamos condón.

Capítulo Treinta Y Dos

Byron



Mi plan salió mal. Un pequeño desvío.

Me distrajo, quemó los circuitos de mi cerebro en el momento en que se ofreció a ser mía, a hacer con ella lo que quisiera. Y en el momento en que se me ofreció, mi miembro tomó el control. Dios mío. Debería haber mantenido el control y cambiado la conversación. No obstante, algo hizo cortocircuitó y me enfoqué en una sola cosa.

Tenerla. Poseerla.

Todo lo que podía sentir era la necesidad feroz y consumidora por ella. Seis años de distancia y separación se disiparon en el aire. Aún enterrado dentro, con la cara en su cuello, aspiré el aroma familiar de manzanas crujientes. Llevaba tanto tiempo sin poder digerir nada con manzanas que en ese instante mi boca salivaba.

Sus manos pequeñas y delicadas que salvaban vidas empezaron a empujarme y el pavor se concentró en la boca de mi estómago. ¿Acaso mi deseo me cegaba, haciéndome creer que también me deseaba?

—Byron, no usamos condón. —El pánico se apoderó de sus palabras mientras no podía evitar sonreír con suficiencia. Habíamos cerrado el ciclo.

Me enderecé y la ayudé a sentarse. Agarré un puñado de pañuelos de la caja de mi escritorio y la ayudé a limpiarse. Mi semen en su coño bastó para ponérmela dura de nuevo, pero esta vez la ignoré. En lugar de eso, la ayudé con el sujetador y luego con el vestido, antes de limpiarme.

Permaneció sentada en mi escritorio, con sus luceros color avellana siguiendo cada uno de mis movimientos. Se veía completamente follada, con el cabello alborotado y los labios hinchados por mis besos. Nunca podría sentarme en este escritorio sin ver esta imagen.

—No necesitaremos preservativos —declaré tranquilamente, reclinándome en mi elegante silla. Incapaz de apartar mis manos de ella, llevé mi palma a su muslo y apreté—. Porque usted, doctora Swan, se casará conmigo y me dará herederos. —Me miró confundida, sacudiendo la cabeza—. Sí, esa es mi condición —anuncié con frialdad mientras mi corazón se aceleraba. Estaba tan cerca de tener lo que quería. No podía joderlo—. Te daré un millón de dólares hoy y te casarás conmigo. Cuando salgamos de esta oficina, irás a mi casa. A mi cama.

«*Tú y nuestro hijo estarán en mi casa, donde ambos pertenecen*». Mas no le diría que conocía su pequeño secreto. Si la conocía lo suficiente, insistiría en que su hijo y su hermana vinieran de todos modos.

Tragó saliva.

—¿Casarme contigo? —susurró, parpadeando confundida—. Pero... ¿No estás ya casado?

Jesucristo, ¿esta mujer no me había investigado en absoluto? La prensa nos consideraba a mí y a mis hermanos los solteros más codiciados del planeta y ella ni siquiera conocía mi estado civil.

—A menos que sepas algo que ignoro, nunca me he casado —aseveré con calma mientras la agitación crecía en mi interior.

—Pero creía... q-que ya tenías un heredero —balbuceó.

De acuerdo, ya me estaba enfadando.

—¿De verdad? —Alcé una ceja. Quizá se sinceraría y me contaría lo de Ares, aunque lo dudaba—. ¿Dónde está ese heredero?

—¿En New Orleans?

—New Orleans —repetí. Entonces me acordé. Mi sobrino estaba sentado a mi lado cuando nos volvimos a encontrar—. Ese es mi sobrino Kostya.

—Oh.

Esperé a que dijera algo más. Cualquier otra cosa. Le di la oportunidad de contarme la verdad. Mi corazón se aceleró. Necesitaba mi anillo en su dedo. La necesitaba en mi cama por el resto de nuestras vidas.

—Dime que te casarás conmigo y me ocuparé de todos tus problemas.

Seguía negando con la cabeza, la mirada en sus ojos me decía que preferiría hacer cualquier cosa menos eso. *Qué lástima.*

—No puedes ayudarme... —Se lamió los labios y mi polla palpitó, ansiosa por tenerla de nuevo—. ¿Por la bondad de tu corazón?

Resoplé. Mi corazón. El mismo que destrozó. El mismo que había pisoteado sin pensarlo dos veces.

—No. —Durante una fracción de segundo, vi dolor en sus orbes color avellana, pero apartó la mirada. Un pequeño suspiro salió de sus labios y empezó a retorcer sus elegantes dedos.

—No puedo casarme contigo —manifestó.

—¿Por qué no? Que yo sepa, no estás casada.

—Somos incompatibles. —Levantó la cabeza y me miró a los ojos—. Mi familia no es nada como la tuya. Tu padre destruye a la gente. El mío la salvaba. —Arrugué las cejas ante aquel comentario tan extraño. ¿Por qué le importaría mi padre? Ni siquiera lo conocía. Aun así, su comentario no estaba fuera de lugar—. No tenemos nada en común. Nunca hemos tenido nada en común. Ni hace seis años, ni el día de hoy.

«*Aparte de nuestro hijo*». Aquella verdad bailaba en el aire. Excepto que ella no sabía que conocía su secreto. ¿O ni siquiera se le pasó por la cabeza que nuestro hijo nos uniría para siempre? A menos que...

No, sería imposible que Ares fuera hijo de otra persona. Era mi viva imagen. Era un hombre racional y confiaba en la evidencia, a pesar de que mi confianza en dicha evidencia ya había sido traicionada una vez. No obstante, pronto llegaría al fondo de eso.

—Somos muy compatibles —enuncié—. Después de todo, acabo de enterrarme profundamente en ti, y me pareció que encajábamos a la perfección.

Dejó escapar un suspiro frustrado.

—No seas imbécil.

—Imbécil es mi segundo nombre. —«*O Ares, como nuestro hijo*», añadí en silencio. Me

preguntaba si conocía mi segundo nombre o si se trataba de una afortunada coincidencia—. Te casarás conmigo o te entregaré personalmente a los contrabandistas de diamantes.

—¡No te atreverías!

Me encogí de hombros, con el pulso acelerado. Ella sola había conseguido subirme la presión arterial.

—Póngame a prueba, doctora Swan —declaré entre dientes.

Me observó fijamente, sopesando sus opciones. Por supuesto, no tenía ninguna. Si hubiera sabido que estaba embarazada hace seis años, la habría arrastrado al altar.

—Si nos casamos, ¿viviremos vidas separadas? —Intentó enmarcar sus palabras como un ultimátum, aunque vaciló lo suficiente como para convertirlo en una pregunta.

—No, te mudarás conmigo.

—No... puedo mudarme contigo. —Luego enderezó los hombros y me miró fijamente—. No me mudaré contigo.

—¿Por qué no?

Volvió esa obstinada inclinación de su barbilla. Esa misma que podía volverme salvaje y enloquecerme al mismo tiempo.

—No quiero.

Dejó escapar un suspiro exasperado.

—Porque tengo otras personas que dependen de mí. Mi hermana y mi... —Dudó un momento—. Mi hijo.

Bingo.

—Pueden mudarse con nosotros —aseveré—. Mi casa es lo suficientemente grande.

El dorado de sus ojos brillaba, ahogando todo el color avellana, y pude ver cómo su cerebro lo analizaba todo. Sopesando los pros y los contras. Buscando una salida. No había ninguna.

Era su único salvavidas.

—Bien. —Su suspiro fue suave, exasperado. Derrotado—. Ayúdame a quitarme de encima a esos contrabandistas de diamantes y me casaré contigo. —El alivio, diferente a todo lo que había sentido antes, me invadió. Esto era lo que quería, por encima de todo. En ese momento más que nunca. Sería mi esposa, y nuestro hijo por fin tendría a ambos padres, como debería haber tenido desde el principio de su vida. Y no me arriesgaría a que algo cambiara ese resultado. No con ella. No con nuestro hijo—. Un compromiso más largo sería prudente.

—Te casarás conmigo hoy —dije con calma. Había esperado seis putos años, no iba a esperar ni un minuto más.

Ante todo, quería a Odette Madeline Swan como mi esposa.

Y esta vez, no se me escaparía de las manos.

Capítulo Treinta Y Tres

Odette



Los medios de comunicación se referían a él como un multimillonario sin corazón que gobernaba su imperio con cabeza fría y corazón aún más frío.

Podía ver la parte despiadada. El aura calculadora que tenía. Pero nunca fría. Todo en Byron gritaba pasión. Una sola mirada me derretía como *icebergs*. Un solo toque y era arcilla bajo sus manos expertas.

En pocas palabras, Byron Ashford era otro desamor esperando suceder. Mi hermoso desastre. Y, por desgracia, mi única opción para seguir con vida.

Observando fijamente sus ojos azules, intenté descifrar su ángulo y fallé. Tenía uno, estaba segura. ¿Pero cuál? No tenía que casarse conmigo para tener mi cuerpo. Se lo dejé muy claro. Sin embargo, insistió.

Sabía por su padre y su prometida, quien al parecer nunca llegó a ser la esposa de Byron, que no encajaba en sus círculos. No era lo bastante buena para casarme con el hijo de un futuro presidente.

Bueno, la broma era para el senador Ashford, ¿no? El viejo aún no era presidente. Si su elección pendía del aire por un solo voto y mi voto era determinante para que ganara las elecciones, estaría jodido.

Byron me miraba, calculador, negándose a darme un respiro. Estaba solo dispuesta a darle mi cuerpo. No obstante, él quería mucho más. Demasiado.

Aunque la libertad estaba a mi alcance, también las cadenas. ¿Cadenas de amor? Más bien de lujuria. Y eso no duraba. Estaría atada por los grilletes de un matrimonio sin amor.

No quería eso. Al ver de primera mano lo que tuvieron nuestros padres, mi hermana y yo siempre nos negamos a conformarnos con menos. Nuestro objetivo era tenerlo todo o nada.

—No quiero casarme contigo. —Seis años atrás, habría sido una historia diferente. En ese entonces, era una mujer ciega y enamorada. Gracias a su padre, se me cayeron las vendas y se me rompió el corazón. No repetiría el mismo error. Me negaba a volver a recorrer el mismo camino con él.

Byron sonrió fríamente.

—Eso es lo que te hace perfecta para este matrimonio de conveniencia.

Parpadeé, confundida.

—¿Eh?

El concepto me resultaba extraño, aunque sabía lo que significaba. Era alucinante que ya nadie lo hiciera.

—Matrimonio de conveniencia —repitió—. Consigues algo que necesitas, y yo consigo algo que quiero.

Su mirada me dijo que hablaba en serio.

Tragué saliva.

—¿Cómo qué? ¿Qué podrías querer de mí?

No intentó responder. ¿Qué esperaba? Después de todo, era un multimillonario despiadado. Igual que su padre. Un escalofrío me recorrió la espalda. Esto no solo me afectaba. Se trataba de mi hijo. De mi hermana. Tenía que tomar la decisión correcta por ellos. ¿Cómo podría casarme con Byron y acercarlos a alguien como su padre? Aunque casarme con Byron era mi única opción para salvar lo que quedaba de mi familia. Así que haría lo que debía de hacer.

—Mi tiempo es valioso, doctora Swan. Pongámonos en marcha.

Con su mano en la parte baja de mi espalda, me condujo a la puerta y al salón, donde encontré a mi hermana y a mi hijo jugando con el set del *Tren Thomas*. Dejé a Byron y corrí hacia mi familia. Las dos personas por las que haría cualquier cosa.

—Hola, chicos. —Me agaché detrás de mi hijo y lo besé detrás de su cabeza—. ¿Están listos?

La mirada de mi hermana me quemaba el costado de la mejilla, pero no podía verla a los ojos. Temía que, si decía algo, mi voz me traicionaría. Mi desesperación. También temía que vería en mis ojos lo agotada que estaba después de lo que acabábamos de hacer en el despacho de Byron.

Los grandes luceros azules de Ares se encontraron con los míos, agarrando al tren azul.

—No quiero irme, *Maman*.

Sonreí y le aparté suavemente los mechones de la frente. Necesitaba un corte de cabello; no obstante, habíamos viajado tanto que no era una prioridad. Mantenernos vivos lo era. Y luego estaba el hecho de que Ares odiaba que alguien le cortara el cabello. Nos toleraba a Billie y a mí, pero nuestras habilidades eran malas.

—Lo sé, cariño.

—¿Por qué no agarras tu vagón favorito de este juego y vamos a comprar tu propio set de trenes? —propuso Byron suavemente. La mirada de Ares se iluminó y se desvió por encima de mi hombro. La seguí y encontré a Byron apoyado en la pared, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—¿En serio?

Byron sonrió, extendiendo la mano.

—¿Listo?

Ares asintió con impaciencia, aunque no se movió de mi lado hasta que incliné la cabeza. El hecho de que quisiera ir con él me puso el pecho pesado. Ligero. Triste. Alegre. Tantas malditas emociones se arremolinaban en mi interior que me resultaba difícil procesarlas todas.

Pero una cosa era cierta.

No permitiría que los Ashford lastimaran a mi hijo como me lastimaron a mí.



Byron nos abrió la puerta trasera del coche. Billie y Ares entraron y los seguí.

—Llévanos a casa. Cuando nos dejes, me gustaría que hicieras algunos mandados para que nuestros invitados se sientan cómodos —le ordenó al chofer. Cuando asintió a su solicitud, accionó el control para levantar la división. No tenía la capacidad emocional para considerar qué quería decir con eso.

Billie me lanzó una mirada curiosa, mas le hice un gesto apenas perceptible con la cabeza.

—Ahora no. —Articulé. No era que tuviera muchas respuestas. Byron dijo que quería casarse conmigo hoy, pero no entendía cómo iba a serlo posible. No tenía una licencia de matrimonio. Nada tenía sentido.

Mi atención se desvió hacia mi examor. Estaba tan guapo como seis años atrás. Su traje oscuro resaltaba sus anchos hombros y parecía como si hubiera sido cosido directamente a su cuerpo. Todo en él gritaba riqueza. Sofisticación. Seguridad en sí mismo.

A su lado, me sentía como una ratoncita demacrada. Ese era el resultado de las palabras de su padre seis años atrás. El impacto duradero que obviamente había dejado en mí. Lo odiaba por ello.

Byron crujió sus nudillos, sacó el teléfono y empezó a teclear. Cada vez que enviaba un mensaje, se oía un *silbido* en el espacio cerrado. Era como si se estuviera preparando para la guerra. Dominar el mundo no estaba fuera de las posibilidades de este hombre.

La tensión bailaba en el aire y gracias a Ares no me sofocaba. De no ser por él, el trayecto hasta la casa de los Ashford, una mansión, me di cuenta, habría sido incómodamente tenso y silencioso.

Otro *pitido* llenó el aire y Byron dejó el teléfono en el asiento, a su lado. Su vista se posó en Ares, que hacía volar su imaginación mientras jugaba con su tren. Para mi sorpresa, la expresión de Byron se suavizó.

Tragué saliva y giré la cabeza para mirar por la ventana.

¿Cómo sobreviviría a él de nuevo?

Capítulo Treinta Y Cuatro

Byron



Llevé a mi hijo, a mi futura esposa y a Billie a mi casa.

Ya le había enviado una nota a Winston quien se aseguraría de que Billie estuviera fuera de mi camino. Esos dos tenían sus propias cosas que resolver. Odette y mi hijo eran mi prioridad.

La señora Watson, mi ama de llaves, se llevó a Billie al ala opuesta de la casa. Tendría que caminar bastante para volver, lo que me daría tiempo de sobra para ejecutar mi trato con Odette.

El ambiente era tenso entre nosotros mientras los conducía a la oficina de mi casa. La expresión de Ares decayó. Esperaba encontrar aquí también un set del *Tren Thomas*. Me aseguraría de que hubiera uno al día siguiente.

Me puse en cuclillas frente a él. Sus ojos me miraron, tan parecidos a los de Winston. Tan parecidos a los míos. Tenía el cabello alborotado, probablemente necesitaba un corte. No obstante, si era como yo, seguro que los odiaba.

—Ares, ¿está bien si hablo con tu mamá? —Mi hijo vio a su madre. Le sonrió suavemente, tranquilizándolo, y con eso fue suficiente.

—De acuerdo.

Le acaricié la melena oscura. Quería atraerlo hacia mi pecho, pero eso probablemente lo alarmaría. Probablemente también a Odette. ¿Era normal sentir un apego tan fuerte solo porque lo conocía? Nuestro padre no era del tipo cariñoso, así que era difícil saber cómo debía ser un buen padre.

Ares se dirigió a la ventana, apoyando la palma de la mano. Era tan pequeño que se me oprimió el pecho con preocupación.

—Hazlo rápido, Byron. —Odette apartó la atención de mi hijo—. No tengo todo el día.

Todo lo relacionado con la doctora Swan lograba ponerme nervioso.

Una simple mirada. Una simple palabra. Una sonrisa.

Si supiera el poder que tenía sobre mí, saldría corriendo y aceptaría su destino con los ghaneses. Todo lo que hacía me producía una descarga eléctrica.

Y sus agallas hacían que mi polla se pusiera más dura.

Era lo que quería por encima de todo. Convertirla en mi esposa evitaría que me dejara de nuevo, y mantendría a mi hijo conmigo. Los mantendría a ambos a salvo. Tenerla en mi cama sería una buena ventaja añadida.

—Por favor, siéntate —le pedí, con tono descontento mientras agarraba una hoja en blanco y la levantaba—. Haremos este arreglo un poco más formal.

Odette se cruzó de brazos y se sentó en la silla, con la espalda rígida.

—Cierto, no olvidemos los acuerdos de confidencialidad y los prenupciales.

Mi bolígrafo se congeló en el aire. Demonios, ni siquiera me había pasado por la cabeza redactar un acuerdo prenupcial. Era uno de los hombres más ricos del mundo; no tener uno era arriesgado. Para mi familia y mi imperio. Con cualquier otra persona, sería lo primero de lo que me ocuparía. Pero con ella me parecía mal hacerlo.

Sacudí la cabeza con remordimiento.

—Dime si hay algo más que quieras a cambio de casarte conmigo, Odette. —Sus ojos recorrieron mi rostro, su expresión lucía ligeramente horrorizada. Me pregunté qué había visto. Aquella Odette joven de años atrás era más fácil de leer. En esos momentos se enmascaraba demasiado bien, ocultaba sus emociones. No como cuando nos conocimos seis años atrás. Esa joven no había tenido miedo de arriesgarse. De tomar lo que quería.

—Solo quiero que nos quites de encima a los contrabandistas de diamantes —murmuró, evitando verme. Ser asquerosamente rico significaba que la gente estaba ansiosa por acudir a mí y a nuestra familia. Aferrarse a nosotros, como si fuéramos su salvación. Pero Odette no.

La única mujer que se alejó de mí. La única mujer que me quería por mí. El dinero, la riqueza y el estatus no significaban nada para ella. Tal vez fue eso lo que me atrajo. Parecía verme. Sin mencionar que su cuerpo se amoldaba al mío como un océano a una playa. Encajábamos perfectamente. Incluso esas malditas cicatrices en mi espalda no la repugnaban. No importaba lo bien que me viera, las mujeres se encogían de disgusto cuando veían las cicatrices. Nunca pude distinguir si me molestaba o no. Ninguna me había mirado o visto de verdad, ni les había importado quién era realmente. Solo veían riqueza, prestigio y el apellido Ashford.

Al final, un matrimonio transaccional funcionaría mejor.

—¿Eso es todo? —pregunté.

Odette vaciló y me tensé involuntariamente.

—¿Estás seguro de que quieres llevarlo hasta el matrimonio, Byron? Lo que quieras, te lo daré... —Sus ojos miraron a nuestro hijo y luego volvieron a mí—. No necesitas casarte conmigo para conseguirlo. —Cuando guardé silencio, la esperanza apareció en su expresión—. Podríamos fingir que salimos y luego, amigablemente, seguir cada uno su camino cuando hayas terminado conmigo.

Le sonreí y empecé a redactar nuestro contrato, ignorando su comentario.

—Matrimonio o nada, Odette. Me darás exclusividad, fidelidad, tu cuerpo... —Y, con el tiempo, el corazón, añadí en silencio—. Y herederos. Ocasionalmente, requeriré tu presencia durante ciertos eventos sociales.

Sus iris centellearon con ira y, al mismo tiempo, con lo que podría haber sido miedo. Hizo brillar las motas doradas, atrayéndome hacia su red.

—¿Disculpa? —Estaba de pie, con las palmas de las manos extendidas sobre mi escritorio mientras se inclinaba hacia mí.

—Me darás exclu...

—Te escuché —reviró—. De todas formas, ¿para qué necesitas herederos? —Le dirigió una mirada preocupada a nuestro hijo, quien seguía hipnotizado con la ventana y el jardín al que tenía vistas. Arrastraba el tren arriba y abajo, probablemente raspando el cristal. Me importaba un demonio, mientras él fuera feliz—. Si te doy herederos, no podré... —*No podrá irse.*

La palabra flotaba en el aire y, maldición, si no me molestaba. Sonreí fríamente. Sabía que su cerebro ya maquinaba formas de deshacerse de mí. Para dejarme de nuevo, demonios.

—No te irás. —La corté en seco—. Ni divorcio. El matrimonio es para toda la vida, y no me rindo. Quiero una gran familia contigo. Si tenemos problemas, los resolvemos. *Juntos*. —Odette se quedó callada. Abrió la boca y luego la cerró, con los engranajes de su cerebro girando—. ¿Eres de las que se rinde?

Observé cómo tragaba con fuerza.

—No, no lo soy —musitó.

La desesperación se refleja en su tono y en su expresión.

—¿Me da su palabra, doctora Swan? —Asintió vacilante y volvió a sentarse con un suspiro resignado. Miré la hoja de papel vacía que tenía delante—. Dígame sus requisitos, aparte de ocuparme de los contrabandistas de diamantes. Considérellos manejados.

La forma en que me observaba me hizo preguntarme si estaba decidiendo si confiaba en mí o si me estrangulaba. Se apartó el cabello de la cara e inhaló profundamente. Lo que fuera, se resignó a su fe y a mí.

—Si quieres mi fidelidad, también quiero la tuya.

—Hecho. —La sorpresa apareció en su cara ante mi rápida respuesta. Engañar no era lo mío, y ya había visto lo que la infidelidad de mi padre le había hecho a nuestra familia. No quería repetir sus errores—. ¿Qué más?

Dudó un instante, luego se armó de valor y sonrió.

—Continuaré con mi trabajo, y si requiere que viaje o pase largas temporadas fuera del país, no te interpondrás en mi camino. Mi hijo viene conmigo, por supuesto.

«*Mi hijo*». Dios, cómo me irritaba oírlo expresado así. Quería anunciarlo por todos los canales, al mundo entero, que Ares era *nuestro* hijo. Era un Ashford. Pero ya habría tiempo para eso.

—Lo discutiremos juntos —notifiqué diplomáticamente—. Si estás embarazada, ciertas zonas del mundo no serán seguras. Si puedo acompañarte en tus viajes, lo haré. —Su mandíbula se tensó, aun así, asintió con un gesto seco—. Entonces tiene todo mi apoyo, doctora Swan.

Sabía que no podía obstaculizar su carrera por la fuerza. Si me aferraba demasiado a ella, solo acabaría aplastándola. La empujaría más lejos.

—Una última cosa —dijo, con tono firme. La mirada en sus ojos me intrigó, así que enderecé la espalda. Estaba claro que lo que iba a pedir no era negociable—. El nombre de mi hijo no debe hacerse público. No quiero que lo arrastren por el fango, junto a tu... —Su tono vaciló un momento mientras buscaba la palabra adecuada—. La carrera política de tu padre. —«*Interesante*». Debía de haber estado al tanto de mi familia si conocía la carrera política de mi padre y los continuos escándalos que parecían perseguirlo. Suspiró y apartó la vista—. No quiero que nuestro matrimonio se difunda y afecte a ninguno de nuestros hijos. Tampoco a mi carrera.

No me gustaba cómo sonaba eso. Quería que todo el mundo supiera que era mía.

—Entendido. Haré lo que pueda para desviar la atención de los medios.

Capítulo Treinta Y Cinco

Odette



Algo en la forma en que Byron me observaba me tenía nerviosa. No importaba como pasara esto, me temía que no saldría ilesa de este matrimonio de *conveniencia*, realmente era una palabra elegante para matrimonio *forzado*. Sería una tonta si me mintiera a mí misma.

Era innegable la forma en que me afectó desde el momento en que lo vi. Seis años separados casi amplificaban la atracción. Para mi desgracia.

En el poco tiempo que me conocía, me había hecho más daño que nadie. ¿Cuánto quedaría de mi corazón cuando acabara conmigo?

—Si hacemos esto, y digo si, no quiero tener nada que ver con tu padre. —La sorpresa brilló en sus ojos. No podía estar realmente sorprendido. ¿O sí?

—De acuerdo. —Aceptó con demasiada facilidad—. Si eso es lo que quieres. Siempre serás mi primera opción y mi prioridad. Para siempre. Pero a cambio, tengo algunos requisitos propios.

«*Dijo para siempre*», mi corazón cantó. Desafortunadamente, no podía confiar ciegamente en él. Había mentido antes. Me había engañado antes. Tenía que mantener la razón y guardarme mis sentimientos. Sí, mi cuerpo se derretía por él, pero eso no significaba que mi corazón tuviera que ser sacrificado en bandeja de plata para él.

—Dime tus requisitos —pedí, molesta—. Aparte de otorgarte herederos. Suponiendo que puedas cumplir.

No pude resistir el ataque. Aunque a juzgar por su sonrisa, no tuvo el efecto deseado. Me di cuenta de mi error en cuanto escuché sus siguientes palabras.

—Para asegurarnos que puedo cumplir, Madeline, estarás en mi cama todas las noches. —Abrí la boca para protestar, mas no me dio oportunidad—. A veces durante el día también.

Las imágenes pornográficas pasaron por mi mente, sonrojándome. La idea de compartir la cama con Byron, noche tras noche, me hizo perder la razón que tanto me costaba mantener. La última vez que pasé una noche con él, había perdido todo mi control. Incluso unas horas antes, apenas reconocía a la mujer que se había tendido sobre el escritorio de su despacho.

El calor se apoderó de mí cuando me invadieron los recuerdos. Los mismos que mantuve a raya para sobrevivir a mi corazón roto.

Me mordí el labio, un dolor palpitaba entre mis muslos igual que el de mi pecho.

—No hay vuelta atrás después de esto. A partir de hoy, tu cuerpo y tu esencia son míos.

Quiero todo de ti, y no me conformaré con menos.

La intensidad de su mirada me hizo sentir vulnerable. Me rodeé con los brazos, como si pudiera protegerme. El ansia de mi cuerpo me preocupaba. No, en realidad me aterrorizaba. ¿Cómo podía desearlo después de todo lo que él y su padre me habían hecho pasar?

Sin embargo, lo hacía. Tal vez en el gran esquema de las cosas, yo era mi peor enemiga. Si tan solo pudiera odiarlo, me ahorraría mucho dolor. Seis años atrás, le habría dado todo sin pensarlo dos veces. En ese instante, era una mujer diferente. Tenía que ponerme una máscara de indiferencia y protegerme.

—¿Tenemos un acuerdo? —Asentí—. Palabras, Odette. Quiero tus palabras.

—Tenemos un acuerdo, Byron. —Me dolía el corazón y el alma. Habló de deseo, de herederos, de poseerme. Pero no hubo palabras de amor y devoción. Lo que más ansiaba cuando imaginaba un futuro para mí—. La única promesa que quiero es fidelidad de tu parte también.

Me miró como si me estuviera leyendo, desenterrando todos mis secretos.

—Nunca te seré infiel —juró—. Eres la única a la que tocaré. Eres la única a la que desearé. Haré que este acuerdo entre nosotros valga la pena; esto no tiene que ser un castigo, para ninguno de los dos. Cumpliré todas tus fantasías, Odette. —El calor subió a mis mejillas y desvié la mirada, buscando a mi hijo. Estaba demasiado lejos para oír nuestra conversación—. Pero no te compartiré. Eres solo mía.

En ese momento, un infierno ardió en mis venas. Se reiría, o se jactaría, si supiera que no me había acostado con nadie en todos los años que llevábamos separados.

—De acuerdo —acepté, resignada a mi destino. Casi podía saborear la amargura en la lengua. Casi podía ver cómo se extinguía ante mis ojos mi sueño de encontrar el mismo amor que compartían mis padres.



—¿Qué quieres decir con que te casaras con él?

Billie escupió el agua por toda su ropa y por la mía, el líquido le salió disparado por la boca y las fosas nasales. Tosió, agitando los brazos como si se estuviera ahogando. Me acerqué por detrás y le di unas palmaditas en la espalda.

La cuenta regresiva en mi cerebro era tan ruidosa como un reloj de pie, recordándome que faltaban minutos para que me convirtiera en la señora de Byron Ashford. Una repentina tormenta estalló afuera, golpeando contra las ventanas. Como si advirtiera de la inminente fatalidad.

—Fue la condición que exigió antes de aceptar saldar nuestra deuda. No tenía elección, ¿verdad? —Me despojé de la ropa y miré el vestido que había sobre la cama de mi habitación provisional. La habitación estaba conectada al dormitorio de Ares y se convertiría en una sala de juegos. «Mañana», dijo Byron. Me parecía ridículo que me la hubieran dado. En todo caso, simbolizaba mucho más mi libertad decadente.

Nadie podría llamar a Byron ineficiente. Ciertamente se movía rápido.

Los atención de Billie se desvió hacia Ares para asegurarse de que no nos escuchaba. Su atención estaba puesta en los juguetes que estaban en su dormitorio, y sabía que estaría distraído en el futuro inmediato. Ya le había puesto un traje, ¿quién habría sabido que Armani fabricaba trajes de tres piezas para niños?, y mi hombrecito se veía muy elegante.

—¿Sabe lo de...? —Negué con la cabeza y dejó que su pregunta se detuviera. Acordamos que

nunca pronunciaríamos esas palabras en voz alta. Me preocupaba que Byron sospechara que Ares era suyo, si no por su edad, que coincidía con la de mi accidente, por su parecido. Pero si Byron sabía lo de Ares, también habría explotado esa información. Tal vez no era tan atento como creía—. No puedes casarte con él —susurró, sacándome de mis pensamientos—. Retrasa la boda hasta que le pague a los ghaneses y entonces podremos irnos.

—¿Así que cambiamos huir de los contrabandistas por huir de los Ashford? —La miré fijamente, de pie en bragas y sujetador. Las consecuencias de su ira ya nos habían quitado mucho. Aún no sabía la magnitud del lío que había traído a nuestra familia, sin embargo, no lo había olvidado. Era un riesgo que no podíamos correr, no cuando se había perdido tanto la primera vez—. Estoy harta de huir, Billie. No es bueno para Ares. No es bueno para nosotras. ¿Cuándo fue la última vez que dormimos bien? ¿O incluso tuvimos tres comidas al día?

Billie se estremeció como si la hubiera abofeteado, la vergüenza llenó su expresión.

—Lo siento.

Negué con la cabeza, riendo amargamente. Necesitaba alejar la conversación de su culpa y vergüenza, sabiendo que no era justo que cargara sola con ellas. Sabiendo el papel que había jugado en meternos en la situación con los contrabandistas de diamantes. Billie nunca habría actuado con tanta desesperación, si no me hubiera involucrado con Byron.

Todo conducía siempre a los Ashford, y estaba cansada de esta red de engaños que tejía constantemente. Así que intenté aligerar la situación y, con suerte, transmitirle a mi hermana que íbamos a estar bien.

—Comienzo a pensar que lo que tuvieron nuestros padres fue excepcional y tan raro como encontrar una *perla Melo Melo*.

Cuando éramos niñas, Billie estaba obsesionada con las joyas. Obviamente, todavía lo estaba. Se sabía que una *perla Melo Melo* era la más rara del mundo y una de las más costosas. Lo que nuestros padres tenían era increíble, mientras duró. Se truncó con la muerte de *Maman*.

Un tenso silencio se extendió entre nosotras. El único sonido audible era el zumbido constante de Ares mientras jugaba con sus juguetes.

Billie parecía abatida. Cansada. Se veía cómo me sentía.

—Lo siento.

Tomé el rostro de mi hermana entre mis manos.

—Nos hemos cuidado mutuamente. Hiciste algo por mí y por Ares que nunca podré devolverte. No te disculpes. Jamás. Ni siquiera cuando me enfade. Eres mi hermana. Mi familia. Hay cosas que he hecho... cosas de las que nunca hemos hablado...

Sacudió la cabeza, cortándose.

—Nada de eso importa. Hice lo que papá habría hecho. —Ahí estaba de nuevo ese dolor al mencionarlo.

Me tragué todas mis emociones y besé la mejilla de mi hermana.

—Has hecho más de lo que habría hecho cualquier hermana normal. Terminé la escuela de medicina gracias a ti. Estuviste ahí cuando nació Ares. Cuidaste de los dos. Ahora, déjame cuidarte.

—Con su dinero —replicó secamente—. Siempre vuelve al maldito dinero de los Ashford.

—¿Qué quieres decir? —inquirí. No sabía que los Ashford eran responsables de la ruina del hospital de Padre.

Sus ojos parpadearon y sus mejillas se sonrojaron.

—Winston Ashford también es un imbécil privilegiado —comentó.

Mis cejas se fruncieron mientras la observaba pensativa.

—¿Qué quieres decir? —Volví a cuestionar.

Agitó la mano exasperada.

—No me gusta el hecho de que es su dinero.

—No me importa de quién es el dinero en este momento. —Podría haber estado mal, pero realmente no me importaba. Me casaba con Byron para salvar a mi familia. Mi hermana y mi hijo. Francamente, había hecho algo mucho peor por ambos. Hasta ese momento, mi hermana había cuidado de nosotros. Era mi turno. Nunca lo había dicho, mas sospechaba que vio los diamantes como una oportunidad para poner en marcha su sueño. Por eso los tomó, sin pensar que resultaría tan contraproducente.

—Aprendamos de esto y sigamos adelante. —Tomé su mano entre las mías—. Quizá podamos centrarnos por fin en nuestras carreras. Puedes mudarte a París, trabajar con diseñadores y empezar tu propia línea de joyería. Y yo por fin podría ejercer medicina sin mirar por encima del hombro.

Con eso, me puse un vestido Dior de largo medio en tonos perla con mangas tres cuartos que se ceñía a mi silueta como si estuviera hecho para mí. Conociendo a Byron, *fue* hecho para mí, por ridículo que sonara.

—De acuerdo. —Aceptó a regañadientes.

—¿Qué tal me veo? —Mi tono era sin ánimo, mientras giraba delante de mi hermana.

Sus ojos brillaron, parándome en seco, frunciendo el ceño. ¿Tan mal me veía?

—Byron dijo que quería que usaras esto.

Agarró de la mesa un cofre en cuero azul y me lo entregó. Preguntándome qué había dentro, levanté la tapa con bisagras y el grito ahogado de mi hermana llenó el espacio.

—Dios mío. —Su voz era baja y sus ojos brillaban como las joyas en el entorno de terciopelo afelpado—. Es impresionante. Incluso más en persona.

Mi vista se movía entre mi hermana y el collar. Era hermoso, eso estaba claro, pero actuaba como si esta prenda fuera famosa. La única joya célebre de la que había oído hablar era el diamante Hope, un diamante de 45.52 quilates extraído de la mina de Kollur, en la India, aunque sabía a ciencia cierta que *ese* collar estaba resguardado firmemente en el *Smithsonian Institution*.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Es un Harry Winston —declaró, con un tono bajo y reverente—. Vale por lo menos veinte millones.

Los diamantes, acomodados de forma que parecieran enredaderas cubiertas de hielo, envolvían todo el collar hasta llegar a una única y deslumbrante esmeralda.

—La historia dice que esta pieza fue diseñada para la Reina de Inglaterra, no obstante, Harry Winston no podía soportar dejarla atrás, así que hizo otra pieza para ella mientras se quedó con esta.

—¿Cómo la tiene Byron? —inquirí en voz baja.

Se encogió de hombros.

—Con ese collar ciertamente tendríamos la vida resuelta —aseveró con nostalgia.

Gemí.

—Ni se te ocurra, Billie. Los diamantes ya nos han metido en bastantes problemas. Solo pónmelo en el cuello y arrójame por la borda para que pueda ahogarme con él si tienes la tentación de robarlo.

Billie sonrió.

—Puede que lo haga, *soeur*.

Ambas nos reímos, una risa estrangulada y sin gracia, mientras el ulular del viento y el granizo que golpeaban contra las ventanas advertían del inminente desastre.

Capítulo Treinta Y Seis

Odette



Una hora más tarde, miraba con incredulidad nuestro certificado de matrimonio en mi mano. Un trozo de papel tan sencillo, pero tenía tanto significado. Dependiendo de quién fueras, representaba amor, promesas, acuerdos. Ni en un millón de años pensé que sería un frío acuerdo comercial para mí.

Sin embargo, aquí estaba, estupefacta y entumecida, contemplando mi futuro. La mano de Ares sujetaba mi vestido y sus ojitos me estudiaban. Me recordaba tanto a su padre cuando hacía eso. Le alboroté el cabello cariñosamente, haciendo que el anillo de oro captara la luz y se burlara de mí.

—Mantendré esto seguro. Y el alcalde lo archivará a primera hora de la mañana.

Byron me arrancó el papel de las manos y su voz penetró en la neblina de mi cerebro. Alcé la vista y me encontré con él y nuestros testigos, Winston y Billie, junto con el alcalde quien nos casó, todos observándome.

El alcalde se aclaró la garganta, incómodo, me lanzó una sonrisa y dijo:

—Felicidades de nuevo.

Mi sonrisa no se sentía natural.

—Gracias.

La mano de Byron me rodeó, sujetándome, como si le preocupara que me fuera a escapar. Tal vez estaba preocupado por el collar que pesaba más que yo.

—Hermoso collar —elogió el alcalde.

Aunque la atención de Billie estaba clavada en la pieza que llevaba en mi cuello, no le di mucha importancia. Después de todo, las joyas eran su pasión.

—Escuché que es famoso por sus atributos —murmuró mi hermana.

Byron se puso rígido y le lancé una mirada curiosa. No dijo nada, así que dirigí mi atención a Billie.

—¿Qué atributos? —pregunté con curiosidad.

—O trae la felicidad al matrimonio o la perdición. —Mis ojos se desviaron hacia mi esposo. Jesucristo, tal vez planeaba matarme. Aunque por la forma en que me observaba, no lo creía. Al menos no hasta que le diera herederos. Bueno, *más* herederos. Santos cielos.

Mi hermana, por otro lado, podría ser una mujer muerta con la forma en que los ojos de Byron se volvieron fríos mientras la miraba fijamente.

—No creo en supersticiones —comenté, con la esperanza de aligerar la tensa situación—. Aunque mi hermana podría haberlo mencionado antes.

Sonrió tímidamente.

—No quería aumentar tu angustia. Además, Byron debió haberlo pensado dos veces antes de usar el collar.

—¿Siempre tienes que opinar? —gruñó el recién nombrado.

Billie se encogió de hombros, negándose a dejarse intimidar.

—Depende de ti, *soeur*. Pero por lo que sé, este collar se remonta a tres generaciones de la familia DiLustro antes de que aterrizara en tu cuello. —Fruncí el ceño. ¿Quién demonios eran los DiLustro?—. Se rumora que forman parte de la mafia. —Agitó la mano en el aire como si ese trocito de información no importara y la historia del collar fuera más importante—. De todos modos, este pequeño “aspirante a Diamante Hope” ha traído a los DiLustro matrimonios infelices.

—No sabía que fueras una experta en diamantes —dijo Byron secamente. Debía agradecerle que no nos llamara ladronas de diamantes.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí. Pero no te preocupes, *soeur*. Hay esperanza, porque antes de los DiLustro, este collar fue diseñado para la realeza. Se dice que trae felicidad y amor a todos los que los preceden.

—Supongo que tenemos que esperar tener algo de realeza en nuestro linaje en algún lugar del camino. —Mi tono era seco. No me gustaba esa historia ni las probabilidades.

El alcalde se aclaró la garganta, incómodo.

—Me voy. Nos vemos en la recaudación de fondos, Byron.

Mi marido asintió, guardándose la licencia de matrimonio en la chaqueta. El viejo alcalde desapareció por la puerta mientras Byron se nos quedaba viendo a Ares y a mí. Parecía más tranquilo, mientras que, en mí la tensión se multiplicaba por diez.

—¿Está todo bien? —inquirió. Supongo que me creía supersticiosa. No pensaba que lo fuera, no obstante, al menos en ese momento mi hermana podría replantearse el robo del collar. Levanté la vista y percibí un atisbo de preocupación en sus ojos azules.

—Sí —aseguré, viendo fijamente su fuerte mandíbula. La misma que había recorrido con mis labios. Su expresión consumió y removió algo muy dentro de mí. Algo que creía haber enterrado hacía mucho. Me aterraba y emocionaba al mismo tiempo.

Habíamos dicho nuestros votos y firmado los papeles. No había vuelta atrás. Habíamos dejado en el pasado las preocupaciones y los remordimientos. Tendría que sacar lo mejor de esto. A pesar de que fue agri dulce cómo empezó todo, no podía decir exactamente que me arrepentía. Solo tenía que mirar a mi hijo para saber que lo volvería a hacer. Cada lágrima derramada y todo el dolor, lo soportaría todo de nuevo por él.

Eran más de las ocho y el bostezo de Ares me recordó su hora de acostarse. Byron también debió de notarlo, porque se sentó en cuclillas a mi lado.

—¿Cansado? —Otro bostezo mientras asentía—. Pues a la cama, amigo —anunció Byron, alzándolo sobre sus hombros. Una amplia sonrisa apareció en el pequeño rostro de Ares y Byron se rio, suave y... ¿feliz?, mientras yo memorizaba aquel momento. Padre e hijo.

A lo largo de los años, en raros momentos de tranquilidad, frecuentemente me preguntaba cómo sería Byron como padre. En ese instante, estaba viendo un adelanto, y me daban ganas de ver la película entera.

Me hizo desear aún más el cuento de hadas.

—¿Estás bien? —La mano de Billie se posó en mi hombro.

Me retumbó el corazón. Incapaz de apartar la mirada de mi hijo y mi esposo, balbuceé un tembloroso:

—S-sí.

—No estoy segura de esto —opinó en voz baja—. No tengo un buen presentimiento de nada de esto.

Le lancé una mirada. Llevaba un vestido rojo sangre. Dijo que había que elegir entre rojo o negro. Quería vestir de negro por el luto, pero al final nos decidimos por el otro. «*Mucho mejor*», pensé con ironía.

—Hola. Tierra a mi hermana.

Me froté la nariz.

—Todo saldrá bien —pronuncié automáticamente, como tantas otras veces. Se había convertido en mi lema cuando las cosas estaban mal en los últimos seis meses.

—Si dices eso una vez más, voy a perder los estribos. —Billie sostenía una copa de *champagne*, estudiándome atentamente. Suponía que debería estar agradecida de que no se pusiera en plan cavernícola con Byron. No estaba feliz con la situación, sobre todo porque estaba relacionada con Winston, aunque era inevitable. Lo admitiéramos o no, desde el momento en que di a luz a Ares, estábamos unidos de por vida.

—Es demasiado tarde para algo más. —Me incliné y le di un beso en la mejilla—. Solo, por favor, no más decisiones estúpidas. Concentrémonos en lo bueno. Ares está a salvo. Estamos a salvo.

—Excepto que ahora estamos en un lío completamente diferente.

Suspiré, sintiéndome de repente agotada. Ese día había sido un torbellino y no sabía cuánto más podría aguantar. Al sentir que me miraban, giré la cabeza y descubrí que Byron, Ares y Winston nos estaban estudiando. Ojos azules idénticos. Color de cabello idénticos. Expresiones idénticas.

—Hora de meter a la cama a Ares —recordó Byron con suavidad, sus ojos ardían con llamas azules que prometían el placer carnal que vendría después de acostar a nuestro hijo. Debería luchar contra él. Mantener la distancia. Desgraciadamente, no me quedaban fuerzas para resistírmele. Era como si los seis años de trabajo duro, sacrificios y dolor me hubieran alcanzado.

—¿Sabías que Ares también es el segundo nombre de Byron? —Winston se dirigió a mí por primera vez esta noche.

Me puse rígida, mas mantuve la compostura. Lo sabía. Formaba parte de su historial médico, aun así, ni Winston ni Byron lo sabían. Y había estado practicando lo que diría si alguna vez surgía el tema. Así que estaba totalmente preparada.

—No —mentí—. Qué extraña coincidencia. —Cuando supe que tendría un hijo, una parte de mí había querido atarlo a Byron sin importar la forma en que nos separamos. Me enamoré de mi aventura de una noche y dejarlo ir fue tan difícil que tuve que mantener viva una parte de él. Llegó en la forma de su nombre—. Los nombres mitológicos se hicieron populares, y seguí la moda.

Winston arqueó una ceja, como si me dijera *estás mintiendo*.

Bueno, no tenía nada contra mí y ninguna prueba. Byron y yo nunca charlamos sobre su segundo nombre.

Con un último beso en la mejilla de mi hermana y un lacónico movimiento de cabeza, me reuní con mi hijo y mi nuevo esposo. Byron me sacó de la sala con la mano en la parte baja de la

espalda y me llevó hacia el ala de la casa donde estaban las habitaciones privadas. Donde se encontraban *nuestras* habitaciones privadas.

Los labios de Byron se curvaron mientras Ares negaba con la cabeza cuando le ofrecí ayuda. Apoyado en la puerta del baño, nos observaba con una mirada indescriptible.

—Gracias por mantener su dormitorio cerca —pronuncié mientras mi corazón latía desbocado. Ares se cepillaba los dientes, insistiendo en su independencia.

—Por supuesto. Aquí es donde pertenece. —Su críptica respuesta no ayudó a calmar mi ansiedad.

Después de que Ares se lavó los dientes, le pusimos su pijama favorita y le leímos un libro. Para su deleite, Byron y yo alternábamos los diálogos y algo en mi pecho se apretaba al oír las risitas de felicidad de mi hijo cada vez que cambiábamos de voz.

No obstante, todo el tiempo, mi cuerpo zumbaba con anticipación de lo que estaba por venir.



El corazón me golpeaba contra las costillas sentada en la amplia y cómoda cama de Byron, vestida con lo que me había elegido. Un *babydoll* blanco de satén con bragas a juego. El conjunto aún estaba en el paquete delicadamente envuelto cuando me lo entregó.

El sonido de la ducha llenó mis oídos. Tomé una primero, esperando que calmara mis nervios. En todo caso, no resultó. La casa de Byron era lujosa y costosa, nada a lo que estaba acostumbrada. Crecimos cómodas, aunque no ricas. Pero éramos felices. Esta casa se sentía... demasiado grande y vacía.

Apreté la mandíbula, sabiendo que mis opciones eran limitadas en cuanto a hogar y futuros escenarios. Hubiera preferido criar a Ares en la Riviera Francesa, rodeados de calor, amor y recuerdos felices. No en una ciudad metropolitana. Washington D.C. nunca estuvo en mi lista de ciudades soñadas para visitar, mucho menos para vivir.

—¿En qué estás pensando?

Me sobresalté, acercando las rodillas al pecho. Byron estaba en el umbral de la puerta en bóxers negros. Involuntariamente, mis ojos recorrieron su cuerpo y mi rostro se sonrojó. Para mi consternación, tenía un cuerpo magnífico. Apenas había tenido la oportunidad de contemplarlo antes en su oficina, pero en ese momento lo hice detenidamente, se veía mejor de lo que recordaba. Mi atención se posó en su tatuaje de los elementos, recordando lo fascinada que estaba con él la primera vez que lo vi desnudo. Tragué saliva, dejando que mi mirada recorriera su pecho, luego los abdominales, hasta donde se veía claramente una V profunda por debajo de su cintura.

Finalmente aparté la mirada de su cuerpo y me encontré con sus ojos. Fue entonces cuando me di cuenta de que tenía un tatuaje nuevo. Justo en el pecho. Estaba hecho con mano ligera, casi como si no quisiera que se notara.

—¿Qué es ese tatuaje en tu pecho?

Con sus ojos fijos en mí, se acercó a la cama y tragué saliva. Su expresión me dijo que no dormiría mucho esta noche. Había un deseo tan ardiente en esas profundidades azules que temí que me consumiera viva. Lo que más me preocupaba era saber que la misma mirada se reflejaba en mis propios ojos.

—Byron, te hice una pregunta —insistí, con todo mi cuerpo zumbando con anticipación.

—Es una fecha. —De acuerdo, no era lo que esperaba—. La fecha en que nos conocimos.

Se me escapó un suave jadeo mientras lo observaba, estupefacta. Llevaba tatuada en el pecho la fecha en que nos conocimos. ¿Por qué? ¿Qué significaba?

Como si no acabara de soltarme esa bomba, se metió en la cama y se giró hacia mí, con la espalda apoyada en el cabecero, dejando su torso al descubierto. Mi deseo se disparó, igualando el suyo y urgiéndome a tocarlo. Tal vez fue su confesión, o tal vez fue el hecho de que era él. En cualquier caso, mis dedos temblaban por la necesidad de tocarlo. Lucía tan ridículamente atractivo que estaba perdiendo la determinación de mantenerme distante. Después de lo que me pareció el día más largo de mi vida, sentía que la lucha abandonaba mi cuerpo.

—Ven aquí. —Invitó, mirándome a través de sus pesados párpados. Antes de que pudiera procesar sus palabras, me puse de rodillas y gateé hacia él por la cama ridículamente grande—. Eres tan hermosa como recordaba. —Tomó un mechón de mi cabello entre los dedos y se lo llevó a la nariz, inhalando profundamente—. También hueles igual.

Byron me agarró, arrancándome un suave gritito cuando me levantó en sus brazos y me colocó a horcajadas sobre él. Puso las manos sobre mis muslos y me miró a los ojos, su mirada moviéndose sin prisa, como si intentara memorizar cada centímetro de mi rostro.

Mi corazón se aceleró, salvaje y fuerte, amenazando con romperme las costillas.

—Mi Madeline —susurró, con voz ronca. Estaba en su buena gracia si volvía a llamarme por mi segundo nombre—. Mírame, esposa. —Me mordí el labio, todo mi cuerpo ardía al escuchar esas palabras. Hice lo que me pidió con el corazón martilleándose en el pecho. Las puntas de sus dedos rozaron suavemente mi sien—. Gracias por casarte conmigo. —Mis ojos se abrieron de par en par al oír esas palabras. Esperaba cualquier cosa, menos eso—. Seré un buen marido, te lo prometo. Te haré feliz.

La sinceridad de su mirada me produjo un escalofrío. La suavidad de su tacto hizo que mi piel ardiera desesperadamente. Sentí en mis labios las palabras «*no me dejaste otra opción*», sin embargo, no me atreví a pronunciarlas. Se había ido el hombre frío que estaba frente a mí con una oferta que no tuve más remedio que aceptar, dada la situación. Se fue el hombre con tanta fiereza en los ojos, tanta amargura. Era como si firmar aquel certificado de matrimonio lo había ablandado y le recordó cómo habíamos sido aquella primera noche juntos.

—Gracias por aceptar ocuparte de nuestro problema—agregué.

Me pasó el dorso de la mano por la mejilla, con la vista clavada en mí. La química y la lujuria crepitaban entre nosotros. Mi cuerpo se inclinó hacia él por voluntad propia mientras me acunaba la cara y me rozaba el labio inferior con el pulgar. Bajó la mirada e inhaló profundamente.

—Bésame, esposa. —Su orden hizo que me diera un vuelco el corazón, mas fue el deseo en sus ojos lo que me hizo obedecer. Siempre habíamos sentido una atracción increíble, una química, que era imposible de resistir. Mis ojos se posaron en sus labios y se endureció debajo de mí.

Un gemido se escapó de mis labios mientras el palpar entre mis muslos latía, necesitando su longitud dentro de mí. Aunque no se movió. Se limitó a esperar mientras mis labios se cernían sobre los suyos.

—Te odio. —«*Y te amo*». Por el dolor que su padre y él me causaron. Por los sueños que me quitaron. Por los años que perdimos.

La mano de Byron se enredó en mi cabello y me agarró con fuerza.

—Despréciamelo todo lo que quieras, pero no vuelvas a dejarme.

Acorté la distancia que nos separaba y mis labios rozaron los suyos. Byron gimió y me agarró el cabello con más fuerza. Su toque fue áspero y me obligó a abrir los labios, profundizando nuestro beso. Sus manos recorrían mi cuerpo con un hambre y una urgencia que podía saborear en mi lengua.

Sus labios se acercaron a mi cuello. Aun si tuviera fuerzas para resistirme, no podría. El efecto que producía en mí era indescriptible, pero una cosa estaba clara: lo deseaba. Aun sabiendo que cada toque suyo prometía una angustia inminente.

Igual que antes.

Capítulo Treinta Y Siete

Byron



Pasé una mano por su melena roja y me rodeó el cuello con los brazos. Se movió en mi regazo, colocándose de modo que mi polla empujaba contra su coño cubierto con las bragas.

La entrada caliente de mi esposa rozó mi dura verga, provocándome escalofríos. Su cuerpo era como lo recordaba, solo ligeramente más voluptuoso. Más suave. Más hermosa.

Mis manos bajaron desde su cintura hasta su trasero y amasé sus curvas, disfrutando de cómo se sentía. Nuestro beso se volvió urgente, y su respiración se agitó mientras sus caderas se mecían sobre mi regazo.

—Byron —gimió, apretándose contra mi polla. Mi nombre en sus labios y su cuerpo a mi merced eran un sueño hecho realidad. Subí la mano y le acuné la nuca, mientras mi boca devoraba la suya.

Impaciente, le quité el camisón por la cabeza y rompí el beso.

—Maldición —gruñí cuando vi sus pezones, duros y listos. Para mí.

Sabía lo suficiente como para tener claro que ella nunca jugaba; su deseo se reflejaba sin remordimientos en todo su rostro. Sus manos recorrían hambrientas mis abdominales y mi torso. Era la mujer que recordaba. Me incliné para besarla de nuevo, mi toque más brusco. La obligué a abrir los labios, tragándome cada gemido, cada jadeo.

Mi polla empezó a palpar dolorosamente. La deseaba: mi esposa, mi amante, *la madre de mi hijo*. Un millón de años no serían suficientes. Más temprano, las cosas fueron demasiado urgentes. Mi necesidad era demasiado grande. En ese momento, necesitaba saborearla. Saborear cada centímetro.

Le rodeé la cintura con las manos y la coloqué de rodillas, con sus pechos frente a mí. Mis labios rodearon su pezón y mi nombre salió de su boca en un gemido. Sus manos se enredaron en mi cabello y mis ojos se clavaron en los suyos mientras pasaba la lengua por sus sensibles pezones.

Sus iris brillaban como un atardecer dorado, llenos de deseo. Mis manos bajaron desde su cintura hasta sus bragas, apartándolas, mientras mi pulgar rozaba su coño. Echó la cabeza hacia atrás y agitó las caderas.

—Byron —susurró, con la voz llena de deseo—. *Oh, Dios.*

Años fantaseando con ella no se acercaban a la realidad.

—¿De quién es este coño? —formulé con voz ronca, burlándome de su sexo empapado.

Rodeé su clítoris, su respiración se aceleró—. ¿De quién es este coño, esposa? —repetí.

—Tuyo. —Jadeó, rozando sus caderas contra mi mano—. *Oh*, Dios, necesito... más.

Mi esposa alcanzó mis bóxers, con dedos algo torpes. Levanté las caderas y los bajé, perdido en el momento con ella. La necesidad de tenerla me arañaba por dentro, frenética y exigente. Volvió a sentarse en mi regazo, con mi verga perfectamente colocada contra su coño mientras me rodeaba el cuello con los brazos y sus senos se presionaban contra mi pecho.

Mis dedos rodearon la fina tela de encaje de su tanga y se la arranqué. Se puso a horcajadas, moviéndose con avidez y persiguiendo su propio placer.

—Justo así —gemí en su boca mientras se meneaba encima de mí. Mis manos agarraron su culo, sacudiéndola hacia delante y hacia atrás. Arriba y abajo. Cada movimiento empujaba la punta de mi verga dentro de ella—. Muéstrame cuánto deseas mi polla, Madeline.

Mi cerebro siempre cambiaba a su segundo nombre cuando se mostraba tan complaciente y deseosa de agradarme.

—La quiero —gimoteó sin aliento, con las manos en mi cabello. Nuestro beso se volvió más fuerte, mi cordura y control se desvanecían. Levantó las caderas y luego las volvió a bajar, introduciendo una vez más la punta de mi longitud—. Por favor, Byron.

Perdí el control y le di la vuelta bruscamente, con los pechos rebotando por el impacto contra el colchón. Mis ojos recorrieron su cuerpo desnudo, tentándome. Su cabello se extendía a su alrededor como un abanico y me miraba fijamente a través de las pestañas. Su mirada era difusa, hambrienta y necesitada. Tenía los labios moreteados por mi boca.

Sí, estaba *tan* obsesionado con Odette Madeline Swan. Corrección, Ashford. Por fin era mía. Mi anillo en su dedo.

Separé sus piernas y me coloqué entre ellas. Sus ojos se posaron en mi longitud mientras me ponía de rodillas. Inclinandome sobre ella, le agarré las muñecas y se las sujeté por encima de la cabeza con una mano, mientras con la otra acercaba mi verga a su empapada entrada.

Empujé la punta dentro y gemí.

—Eres el paraíso —confesé—. Mi paraíso personal cuando estás aquí, y mi infierno cuando no lo estas.

Sacó la lengua y se la pasó por el labio inferior.

—Byron, te sientes tan bien.

Empujé un poco más y sus paredes internas se cerraron alrededor de mi miembro. Mi corazón empezó a acelerarse, retumbando contra mi caja torácica. Empujé aún más dentro de ella, su coño me estrangulaba.

Se le escapó un suave jadeo y puso los ojos en blanco. Sus caderas se agitaron bajo mi peso.

—Estás tan mojada. ¿Es solo para mí?

—Sí.

—Qué buena chica —halagué, inmovilizándola con mi peso, nuestras miradas ardían la una en la otra. Arqueé la espalda y sus senos rozaron mi pecho—. Mi mujer. Di que eres mía.

—Sí. Tuya.

Sus iris brillaban y me hechizaban mientras la penetraba más profundamente.

—Tu apretado coño toma perfectamente a mi polla. —Deslicé mi boca por su elegante cuello, por su mandíbula y sus labios—. Míranos, Madeline.

—Déjame tocarte, Byron —pidió con voz temblorosa. Mis ojos se encontraron con los suyos y el corazón me dio un vuelco—. Quiero sentirte.

En este momento, era como si no hubieran pasado seis años. Le solté las muñecas y sus

manos me rodearon, sus palmas recorrieron mi espalda llena de cicatrices.

—¿Estás lista? —Quise saber con voz ronca, mis músculos temblando por la necesidad de enterrarme profundamente dentro de ella.

—Dámelo —exigió, arqueándose contra mí. Su gemido vibró en mi corazón y no pude contenerme más. Empujé, llenándola hasta la empuñadura.

—Demonios —gruñí. Besé su cuello mientras salía casi hasta el final y empujaba profundamente dentro de nuevo—. Tu coño está tan apretado.

Mi boca viajó desde su cuello hasta su oreja, hasta ese punto tan sensible. Gimió, con los ojos clavados en mí. Eso era todo lo que siempre quise. Que estuviera tan consumida por mí tanto como lo estaba por ella.

Sus uñas se enroscaron en mi espalda mientras murmuraba cosas dulces. Seguí moviéndome dentro y fuera, despacio al principio, dándole la oportunidad de adaptarse a mí. Sus caderas se movían conmigo, nuestras bocas se amoldaban.

—Más —suplicó entre jadeos. La suavidad de su toque sobre mi piel cicatrizada me produjo escalofríos. El deseo nos consumía a ambos, pero era más que eso. Eran dos corazones latiendo como uno. Dos cuerpos moviéndose como uno solo—. Dame más, Byron.

No tuvo que volver a pedírmelo. Metí mi polla hasta el fondo y luego la saqué, lo que hizo que me diera un gruñido de disgusto. Agarré sus muslos y rodeé mis caderas con sus largas piernas, lo que me dio un mejor ángulo. Levanté sus caderas y volví a penetrarla más profundamente. Mi pulgar se apoyó en su clítoris mientras entraba y salía de ella.

—Buena chica —elogié mientras volvía a empujar, ganándome otro grito ahogado de su parte. Gimió y se retorció debajo de mí, exhibiendo cada centímetro de su cuerpo—. Este coño es mío. Cada centímetro tuyo es mío.

Presioné su clítoris mientras me deslizaba dentro y fuera, con movimientos bruscos y erráticos.

—Oh... Oh...

—Mira lo que me haces. —Empujé dentro y fuera, mi control inexistente—. ¿Quieres correrme?

Su coño estrangulaba mi longitud con avidez y temí no durar mucho más. Cada movimiento de mis dedos contra su clítoris coincidía perfectamente con mis movimientos. Coloqué mi verga en el ángulo correcto, presionando contra su punto G. Sus gemidos se volvieron frenéticos. Más fuertes.

—Byron. —Respiró, sus ojos veían mi polla deslizarse dentro y fuera de su coño—. Por favor, necesito... necesito...

Movió las caderas, intentando que mis dedos se movieran hacia donde ella quería. Cabalgaba en sincronía de mi verga y mi mano, deshaciéndose a cada segundo.

—¿Qué necesitas, *baby*?

—A ti. —Oír su confesión fue una subida de adrenalina. Nunca me cansaría de ello—. Por favor, dame más. Haz que me corra, esposo.

Joder.

Al escuchar esas palabras salir de su boca, estaba dispuesto a derramarme dentro antes incluso de que ella encontrara el placer. Aumenté el ritmo de mis embestidas y la presión de mis dedos sobre su clítoris, provocándola con más fuerza y llevándola al límite.

Empujé profundamente, más fuerte y rápido, mis ojos se cerraron de dicha mientras su coño se contraía a mi alrededor, ordeñándome por todo lo que valía. Sus ojos se encontraron con los

míos, vidriosos por su orgasmo. La follé con desesperación. Obsesión. Me retiré y volví a penetrarla con fuerza y rudeza.

—Me tomas tan bien, esposa —murmuré, penetrándola de nuevo. La cogí, entrando y saliendo, una y otra vez. Sus piernas me rodeaban, se movía conmigo, sus uñas rozaban mi espalda—. Joder, te sientes tan bien, *baby*.

La follé salvajemente, como si fuera nuestra última vez. Como si fuera nuestra primera vez. La boca de mi esposa encontró la mía en un beso desordenado, tragándose mis gruñidos mientras me derramaba profundamente dentro de ella. Seis años de abstinencia y el resultado final fue mi semen pintando de blanco el bonito coño de mi nueva esposa.

Su nariz rozó mi cuello, presionando con suaves besos mi garganta.

Una vida no sería suficiente con mi esposa.



Parpadeé en la oscuridad, tratando de alcanzarla. Otra vez.

Perdí la cuenta de las veces que la había tocado a lo largo de la noche, perdiéndome en su cuerpo y sus gemidos. Al estirar la mano hacia el otro lado de la cama y no sentir nada más que sábanas, algo me atravesó el pecho y me hizo sentarme rápidamente.

Contuve la respiración, tratando de escuchar sus pasos, o cualquier otra cosa. Miré el reloj y las cinco de la mañana brillaban en un rojo horrible. Me levanté y me puse un pantalón de pijama antes de salir de nuestro dormitorio en su búsqueda.

La encontré en la cama de nuestro hijo. Llevaba una pijama larga a cuadros y una camiseta negra, y dormía encima de las sábanas, abrazándolo. Dormían en posiciones idénticas, con Ares bien arropado bajo las sábanas.

Apareció una sonrisa en mis labios y se me hinchó el pecho al verlos así. Después de toda una vida de búsqueda, por fin me sentía en paz. Mi mundo se reducía a esta habitación. A estos dos seres humanos.

Me debatí entre llevarla o no a mi cama, pero decidí no hacerlo.

Solo porque tenía que lidiar con un contrabandista de diamantes.

Capítulo Treinta Y Ocho

Odette



Al día siguiente me desperté con un golpe en la puerta.

Me sobresalté, frotándome los ojos, preguntándome en qué habitación de hotel estábamos. Entonces recordé. La mansión Ashford. La casa de Byron. Tal vez también imaginé el golpe en la puerta.

Pero entonces lo escuché de nuevo.

Me deslicé de la cama y corrí hacia la puerta, mis pies silenciosos contra las alfombras de felpa de la habitación de Ares. El dormitorio de mi hijo. Era el cuarto más lujoso que jamás había visto. Los muebles de madera de Bocote, los reconocí gracias a la afición de mi padre al tallado de madera, combinados con la lujosa cama no solo resultaban acogedores, sino también cómodos.

Atravesé la gran sala y me apresuré a llegar a la puerta antes de que los toquidos se convirtieran en golpes. Al abrirla, me encontré cara a cara con Winston. Se veía como el pecado con un traje azul marino a rayas.

—Winston, ¿qué haces aquí? —Abracé a la puerta, ahogando un bostezo. Dios, ¿no creía en dormir hasta tarde?

—Me estoy preguntando lo mismo —respondió secamente, y luego me lanzó una mirada por encima del hombro—. Por aquí.

Pasó a mi lado y se dirigió a la sala de estar contigua al dormitorio de mi hijo. Si bien siempre parecía gruñón, desde que nos habíamos topado con ellos en New Orleans, me pregunté si no estaría enfadado. Que Ares no fuera el hijo de Billie. O tal vez estaba aliviado. No tenía idea.

—¿Qué estás haciendo? —inquirí, atónita cuando dos hombres más se abrieron paso detrás de él.

—Pónganlo aquí, en la sala de juegos —ordenó Winston, ignorando mi pregunta—. Cuando mi cuñada salga de la habitación, los llamaré para que monten la pieza.

—¿Qué estamos montando? —le pregunté a los hombres, viendo cómo transportaban dos grandes cajas a la habitación.

—Un juego de *Thomas el Tren*. —Mis latidos se detuvieron y me quedé mirando las cajas como si fueran a revelarse solas—. El señor Ashford quería que se las entregaran a primera hora.

Tragué saliva, con las emociones arremolinándose en mi interior. Se había dado cuenta de lo

mucho que le gustaba ese juego a Ares. No debería sorprenderme. No había muchas cosas que usualmente se le escaparan, pero algo en su gesto me impactó de manera diferente. En algún lugar profundo y tierno.

Los dos hombres se marcharon, dejándome a solas con Winston. Empujó un sobre amarillo contra mi pecho.

—Mi hermano de repente cree que soy su repartidor. Quería que te diera esto. —Lo tomé y lo abrí—. Es una lista y una tarjeta de crédito. También necesita que llenes unos documentos. Nuestro abogado de familia se encargará de tu cambio de nombre legal y...

Parpadeé y negué con la cabeza.

—Me quedaré con mi nombre.

Winston se encogió de hombros. Tal como su hermano mayor, su presencia tenía una forma de agitar el aire a su alrededor. Excepto que Winston no me impactaba como Byron. Mi corazón nunca dejó de latir cerca de este hombre.

—Tendrás que discutirlo con tu marido. —Decirle que no era negociable era inútil. «Esposo». Aún no asimilaba esa palabra. Todavía no. No estaba segura de si alguna vez lo haría—. ¿Qué les pasa a las chicas Swan con mantener su nombre? —murmuró.

Enarqué una ceja y lo miré fijamente. No tenía ni idea de a qué se refería con aquel comentario. Solo había dos chicas Swan: Billie y yo. Solo una de nosotras estaba casada.

—¿Estás molesto porque Billie te noqueó? —Curioseé, vacilante, sacando a colación el incidente en New Orleans.

Resopló.

—No fue la primera vez. —¿Eh?—. Aunque probablemente ya lo sabías.

Estaba claro que no hablaría nada conmigo. Todavía no. No había duda de que no confiaba en mí. En realidad, no importaba. Tampoco confiaba en él. Y lo quería fuera de aquí antes de que Ares despertara. Quería que se familiarizara con esto lentamente. La ceremonia rápida lo dejó un poco confundido. No dejaba de preguntar si volveríamos al hotel. No había necesidad de que escuchara las extrañas conversaciones de Winston.

—¿Puedo tener el número de mi...? —Me detuve de decir *marido*. Era aterrador lo fácil que era. Y acabábamos de casarnos. Un matrimonio de conveniencia. O tal vez era un matrimonio forzado, aunque eso tampoco sonaba bien. Sacudí la cabeza. Nada de eso importaba en ese momento de todos modos—. ¿Puedes darme el número de teléfono de Byron?

—Ya está en tu teléfono —informó mientras se daba la vuelta para irse—. Nos vemos.

—¡Espera! —grité—. ¿Qué pasa con... el contrabandista de diamantes?

Se detuvo en la puerta.

—Ya está arreglado.

Y así, todos mis problemas desaparecieron, pero surgieron otros nuevos.



El comedor era demasiado grande, demasiado formal, para mi gusto.

Mi hermana, Ares, y yo estábamos parados en la puerta, sintiéndonos fuera de lugar. Winston ya estaba desayunando, bebiendo café y leyendo un periódico. Sí, un periódico de verdad.

La gran ventana francesa cubría toda la pared sur de la habitación, dejando entrar la luz natural. El aroma a huevos y salchichas flotaba en el aire, haciendo que a Ares le rugiera el

estómago.

—¿Tienes hambre? —Le sonreí.

Asintió con la cabeza.

—Oui.

Le eché un vistazo a mi hermana y noté su mandíbula apretada, sus habituales ojos marrones claros brillantes de ira. Odio. Amargura.

Winston bajó el periódico sobre la mesa y nos estudió. Su atención se detuvo en Ares y juré que, durante dos latidos, su mirada se suavizó. Había algo parecido a nostalgia. Habían pasado casi dos semanas desde nuestro incidente en New Orleans, y en ese minuto comprendí las palabras de mi hermana.

Winston Ashford había pensado que Ares era su hijo. Me pregunté cómo se habría sentido cuando descubrió que era mío y no de Billie. Mis ojos encontraron a mi hermana. Sus labios formaban una línea fina.

—¿Van a permanecer en la puerta o van a entrar? —Winston refunfuñó, recordándome el día que conocí a Byron.

—Billie, ¿estás bien? —cuestioné en voz baja, ignorando a mi cuñado.

Me dio un asentimiento tenso con la cabeza antes de que los tres nos dirigiéramos a la mesa. Al igual que yo, Billie no hablaba mucho de lo que había pasado entre ella y Winston. De algún modo, tenía la sensación de que había mucho más en su historia de lo que mi hermana me había contado.

Los tres llegamos a la mesa y, en cuanto nos sentamos, vinieron los camareros. Era como estar en un restaurante. Los grandes ojos de Ares seguían sus movimientos, hipnotizado por su eficiencia.

Nos pusieron adelante un plato lleno de huevos y tocino. Se me hizo un nudo en el estómago. No había comido mucho ni en la noche ni el día anterior en general, no obstante, en ese momento me moría de hambre.

Los grandes pozos azules de Ares se encontraron con los míos, observándome como si percibiera mi tensión. Sonreí y le acaricié su cabellera. Me aclaré la garganta y le di a mi hijo un poco de la cazuela. Emitió un suave *mmm* y no pude resistirme a darle un beso en la cabeza.

—Está bueno, ¿eh? —me burlé—. Mejor lo pruebo antes de que te comas todo.

Sonrió y Billie me miró divertida.

—¿Desde cuándo desayunas?

—Parece que ninguna de las hermanas Swan desayuna —comentó Winston, confirmando mi sospecha—. Menos mal que los chicos sabemos lo importante que es desayunar. ¿Verdad, Ares?

Dos pares de ojos azules se encontraron. Ares asintió rápidamente, agarró su propio tenedor y se llevó un bocado a la boca. Masticó y tragó, y fue por otro.

—Le gusta comer —señaló Winston—. Debió haber salido a su...

Se interrumpió y volví a preguntarme si se había dado cuenta de que Ares era un Ashford. O quizás, al igual que su padre, nunca nos aceptaría, a Billie, a Ares y a mí, como parte de la familia. Estaba claro que el senador Ashford tenía otros planes para su hijo y prefería que se casara con alguien de un calibre similar.

Winston se levantó bruscamente y sus ojos encontraron a Billie. Medianoche oscura, brillantes como los océanos más profundos.

Se fue sin decir una palabra, mientras algo en mi pecho se retorció. Se abrieron viejas heridas. Las viejas palabras que su padre y aquella mujer me lanzaron en la cara volvieron a mi

mente, pero me armé de valor. Nada de eso importaba. Nadie importaba más que mi hijo y mi hermana. Ellos eran todo mi mundo.



Después del desayuno, intentamos volver a la habitación. Ares corría de derecha a izquierda, ansioso por verlo todo. Ansioso por tocarlo todo. La mansión era grande, con cuatro alas, un salón familiar, una gran biblioteca y el gran vestíbulo de mármol que podía albergar fácilmente a cincuenta personas. No entendía para qué necesitaba Byron un lugar tan grande.

Billie suspiró.

—No puedo quedarme aquí.

Estábamos en el gran vestíbulo, obviamente perdidas en nuestro camino por la gran mansión. Al menos siempre acabábamos en el gran vestíbulo en vez de en alguna mazmorra tenebrosa.

Incliné la cabeza, observándola. Había estado conmigo en las buenas y en las malas. Sí, la jodió robando esos diamantes, mas ella fue la razón por la que pude quedarme con mi hijo y terminar la escuela de medicina. Mi hermana fue la razón por la que mi residencia y mi año en Ghana fueron posibles.

—Dime lo que necesitas.

Suspiró.

—¿Eso es todo? ¿No vas a regañarme?

—Nunca me regañaste —indiqué—. Me apoyaste, sin importar lo que pasara. Si quieres hablar de Winston y de ti, te escucharé. Si no, no te haré preguntas. Solo tienes que saber que estoy aquí para lo que necesites.

Dio un paso atrás.

—¿Lo dices en serio?

Sonreí, asintiendo con la cabeza.

—Es hora de que brilles y prosperes, como siempre supe que lo harías. Mi hermana mayor es la mejor.

Era la verdad, y necesitaba que lo viera.

Billie tragó saliva, sacudiendo la cabeza.

—Siempre me pregunté si tú eras la mayor.

Sonreí.

—Solo nos llevamos un año. No es mucha la diferencia. Siempre fuiste la más divertida. Ahora, quiero verte hacer todo lo que has querido. Tu lista de deseos.

La sorpresa brilló en sus ojos.

—¿Cómo sabes de mi lista de cosas que hacer antes de morir?

Una risita llenó el gran vestíbulo. La mía. Por primera vez en meses, pude reír. Había diferentes preocupaciones que me atormentaban en ese momento, claro. No obstante, en el gran esquema de las cosas, no se comparaban con la mierda de vida o muerte de los últimos seis meses.

Tenía que agradecerse a Byron.

—Te vi tecleándola —admití—. Ahora, dime qué necesitas para que pueda asegurarme de que puedes empezar a tachar cosas de ella. —Ares empezó a subir las escaleras y la arrastré conmigo—. ¿Cuándo te vas?

—Cuanto antes, mejor. —Asentí.

—Te extrañaré —admití suavemente—. Pero sé que tienes que hacer esto. Solo siento no poder ir contigo.

Billie me miró con curiosidad.

—¿Estarán bien Ares y tú? Estoy preocupada.

Le dediqué mi sonrisa más confiada.

—Los dos estaremos bien. Lo prometo.

Miró a nuestro alrededor para asegurarse de que no había moros en la costa antes de susurrar:

—¿Crees que Byron sabe algo de *él*?

A veces me lo preguntaba, pero no me lo había reprochado. Aunque Byron era muchas cosas, no huía de los conflictos.

—No lo creo. ¿Por qué lo preguntas?

Se encogió de hombros.

—Es que me parece raro que Winston no haya sacado a relucir lo que pasó en New Orleans y el hecho de que lo dejé inconsciente.

Era extraño.

—Tal vez estaba borracho ese día en New Orleans —sugerí.

No parecía convencida.

—Byron parece bueno con él. Es decir, Ares. —Era verdad... era bueno con Ares. Mejor de lo que podría haber imaginado. Me entristecía que mi hijo se lo hubiera perdido los últimos seis años—. ¿Te estás enamorando de él otra vez, *soeur*?

La pregunta me tomó desprevenida. Billie me escrudiñó con ojos que parecían ver demasiado. No quería admitirle que nunca había dejado de amar a ese hombre. Asumí el hecho de que nuestras vidas estarían separadas, pero parecería que una noche de sexo increíble y alucinante me había quitado todo el sentido y la razón.

—Estoy bien. —Puse los ojos en blanco—. Siento por Byron lo mismo que sientes por Winston —respondí vagamente.

—*Ajá*. —Encontré su mirada, y de repente, me preocupé de lo enamorada que estaba mi hermana de Winston, sin embargo, antes de que pudiera preguntar, continuó—: ¿Me llamarás si algo sale mal?

Asentí, tomando su mano entre las mías.

—No quiero que te preocupes por nosotros. Estaremos bien. Quiero verte feliz. Ahora, vayamos de compras, cuida del dinero para que puedas viajar cómodamente, y cuando seamos viejas y frágiles, tus aventuras nos entretendrán el resto de nuestras vidas.

Era hora de que Billie vaya por su propia felicidad.

Capítulo Treinta Y Nueve

Byron



Danso Sabir miró dentro de las tres grandes bolsas de lona negras.
—¿Un millón de dólares?

—Cuéntalo —se mofó Vasili, escupiendo al suelo. Alexei permanecía estoico a su lado, con los brazos cruzados sobre el pecho y una vena palpitándole en la sien, lo único que delataba su furia.

Dejando a mi hijo y esposa a salvo en casa, volé a New Orleans, donde la familia Nikolaev había encontrado a Danso Sabir. El contrabandista de diamantes que se atrevió a tocar a mi mujer. El video de vigilancia que Nico recuperó se repetía en mi mente. Una y otra vez.

No había ninguna posibilidad de que Danso Sabir dejara este lugar en una pieza. Conseguiría el nombre de su jefe antes de darle a probar de su propia medicina.

Danso empezó a rebuscar entre el dinero, atado en montones de diez mil. No parecía preocupado, su postura era relajada y confiada. Tardó diez minutos en darse cuenta de que todo el dinero estaba allí. O eso, o no sabía contar.

—Un placer hacer negocios con ustedes. —Cerró la última bolsa y sonrió. Una sonrisa afilada y amenazadora—. Casi esperaba que esa zorra no consiguiera el dinero. Apuesto a que ese coño vale mucho dinero. Me habría hecho ganar el doble.

Vasili y Alexei compartieron una mirada antes de girarse hacia la puerta. Este último la cerró con un suave *clic*. Compré el edificio hacía una hora, así que si quisiera podría prenderle fuego.

—*Ese coño* es mi esposa —siseé—. La madre de mi hijo. —Los ojos de Danso brillaron con sorpresa. Di un paso hacia él, Vasili y Alexei bloqueando su única salida. Fue mi turno de sonreír maníacamente—. Ahora probarás de tu propia medicina.

Intentó abrirse paso entre los hermanos Nikolaev. Un gran error. Alexei lo agarró por el cuello mientras iba tranquilamente por una cubeta de agua helada. Lo empujó a una silla y lo encadenó a ella, luego le puso un trapo en la cabeza. Lentamente, vertí agua helada sobre su cabeza y sobre el paño, ahogándolo. Aprendí bastantes cosas durante mi estancia en el ejército.

—Para —espetó, suplicante.

—¿Más, dices? Por supuesto. Hagámoslo otra vez.

Y así lo hicimos. Una y otra vez. Luego vi cómo Vasili lo colgaba por los brazos de un gancho en el techo, donde dos horas atrás había estado un candelabro.

Sonó mi teléfono y lo saqué del bolsillo. Al mirar la pantalla, vi el nombre de Odette

parpadeando.

—Un pío y te cortaré el cuello —amenacé, y luego contesté el móvil, poniéndola en el altavoz—. Esposa, ¿está todo bien?

Danso abrió la boca y, antes de que pudiera emitir sonido alguno, le di un puñetazo en la boca.

Gruñó y volví a apretar el puño, dispuesto a silenciarlo. Al instante la cerró con fuerza.

—*¿Qué fue eso?* —preguntó Odette.

—Una rata. ¿Está todo bien?

Pasaron unos segundos.

—*Sí, todo está bien* —aseguró con esa voz suave que podía excitarme fácilmente con solo oírla—. *Y mi nombre es Odette. Por si tienes memoria a corto plazo.*

La risita ahogada de Vasili llegó desde el fondo de la habitación. Le di la espalda sin pensarlo dos veces.

—Me gusta llamarte esposa. Pero si te molesta, *baby*, encontraré otro apodo cariñoso.

Un suave gruñido frustrado llenó la habitación.

—*Como sea.* —Me reí entre dientes—. *La razón por la que te llamo es por esta lista que me dejaste.*

—¿Sí?

—*¿Por qué voy de compras? Y más aun por un vestido de gala.*

Sonreí.

—Porque te casaste con un hombre rico y quiero mimarte.

El silencio se prolongó durante unos segundos, luego un fuerte suspiro.

—*Si esa es tu idea de mimar a alguien, necesitas aprender un par de cosas de los hombres franceses.*

Esta vez gruñí.

—Menciona a otros hombres y habrá bastante que pagar cuando regrese.

—*¿Regreses?* —Demonios, metí la pata—. *¿A dónde fuiste?*

—A ningún lugar importante. Volveré para la cena. —Solo podía imaginar la cara que estaba poniendo—. Vete de compras. Ve a un *spa*. Gasta algo de dinero. Compra ropa. Compra algunos juguetes para Ares.

Dejó escapar un suspiro frustrado.

—*Estás bromeando, ¿verdad? Me llevará días alejarlo de ese tren.*

Sonreí.

—¿Le gustó?

Dios, quería ver su rostro cuando lo abriera.

—*Sí, le gustó.* —Se aclaró la garganta—. *Tomé algunas fotos. Umm... puedo enviártelas.*

El corazón me martilleaba en el pecho. Podía oír la vulnerabilidad en su voz. Guardaba tantos secretos, algunos los conocía y otros ni siquiera podía empezar a adivinarlos. A pesar de que la joven despreocupada que había conocido se había convertido en un enigma, resolvería ese misterio. Entonces, le demostraría que era mía. Que siempre lo había sido. Las palabras no se lo asegurarían, pero el tiempo sí.

—¡Me encantaría! —exclamé. La había follado varias veces la noche anterior, e incluso así, aún no me había saciado. Temía que nunca sería suficiente. Si los últimos seis años sin ella no me habían curado, nada lo haría. La desearía hasta el día de mi muerte.

Mi teléfono zumbó. Una vez. Dos veces. Tres veces.

—*De acuerdo, fotos enviadas* —avisó, su tono suave.

—Gracias.

La mantuve en altavoz mientras miraba las fotos que me envió. Al instante, mis labios se elevaron. Ares tenía una sonrisa de oreja a oreja mientras tenía toda su atención en el nuevo juego de *Thomas el Tren*.

—¿Está bien la habitación de Ares? Puedes cambiar lo que quieras. En cualquiera de las habitaciones.

—*Sí, está bien. Perfecto.*

—Pero por lo visto, algo no debe estar bien en nuestro dormitorio —solté.

—*No podía dormir.* —Otro profundo suspiro—. *No estoy acostumbrada a compartir la cama con una persona desconocida.*

Quité el altavoz para que los demás no pudieran oír.

—Mentira. —No tuvo ese problema la primera noche que pasamos juntos. Aún recordaba cómo se había acurrucado a mí, dormido, solo para despertarse con mi cara enterrada entre sus piernas—. Ahora dime cuál es el problema. ¿El colchón no es de tu agrado?

—*Todo está bien, Byron.*

—¿Entonces qué? —desafié—. Conoces cada centímetro de mí, así que no me vengas con la excusa de “persona desconocida en tu cama”.

“O si no” flotaba en el aire.

Dejó escapar un suspiro frustrado.

—*Ares no suele dormir bien la primera noche en un lugar desconocido. Quería asegurarme de que estaba bien.*

De acuerdo, eso tenía un poco más de sentido. Aurora, mi hermana pequeña, también era así de niña.

—Voy a conseguir un monitor de bebé. Lo necesitaremos eventualmente.

Especialmente porque planeaba follármela cada vez que pudiera. Seis años de masturbarme. Tenía mucho que compensar, no importaba si sabía el papel que ella había jugado o no.

—*Sí, estás loco* —murmuró.

Me reí entre dientes.

—Tienes razón. Estoy loco por algo. O alguien, más bien. —Joder, ¿eso me hizo sonar demasiado dominado? Era demasiado viejo para esa mierda. Solo quería que las cosas volvieran a ser como antes. No podía contenerme. La Odette que conocí no dudaba en decirme lo que pensaba ni lo que quería, en la cama o fuera de ella—. ¿Algo más? —pregunté.

Había algo diferente sobre la mujer de carácter fuerte de la que me enamoré. Era casi como si temiera algo aparte de este contrabandista de diamantes. Pero por mi vida, no podía averiguar qué. No podía ser yo. ¿Verdad? Nunca le había dado motivos para temerme. Por el amor de Dios, no podía soportar verla sufriendo. Fue la razón principal por la que respeté sus deseos cuando me pidió que me fuera aquel día en el hospital. No quería ser la causa de su dolor.

Permaneció en la línea, callada, casi como si necesitara decir algo más pero no se le ocurriera cómo.

—Llévalo a comprar más trenes y accesorios para él. —Cuando no contestó, continué—: Hay una juguetería en el centro. Le gustará.

Aún no había respuesta; sin embargo, esta vez dejé que el silencio se prolongara.

—*Tu nota decía que usara la tarjeta para lo que fuera* —confirmó finalmente en voz baja.

—Así es.

Se aclaró la garganta.

—¿Puedo usarla para sacar dinero? —Me quedé quieto. El primer pensamiento que me asaltó fue que intentaría huir. Que me dejaría—. *Umm, Billie necesita algunas cosas, bueno, quiere, hacer y...* —Se interrumpió, dejando escapar un suspiro—. *Te lo pagaré tan pronto como consiga un trabajo. Solo... Ella hizo tanto por Ares y...*

—Esa tarjeta es tuya para que hagas lo que quieras. —«*Excepto dejarme*»—. No tiene límite. Retira todo lo que necesites.

—*Te lo devolveré.*

Un soplo sardónico me abandonó. ¿Olvidó que no la hice firmar un acuerdo de confidencialidad o prenupcial? Con cualquier otra mujer, sería lo primero que haría. Con ella, nunca me preocupó que me quisiera por mi dinero. En todo caso, era reacia a tocarlo.

—Es tu dinero, Odette. Puedes hacer lo que quieras con él.

Pude oír su suspiro frustrado a través del teléfono.

—*Apuesto a que, si nuestras posiciones fueran al revés, no estarías diciendo eso.*

Me reí entre dientes.

—Cuando seas una cirujana famosa, podrás pagar la cuenta en la cena. —Prácticamente pude verla poner los ojos en blanco—. ¿Acabas de poner los ojos en blanco?

Tosió.

—¿*Tienes cámaras aquí?*

Tenía cámaras por toda la casa, mas no las necesitaba para leer sus gestos.

—Será mejor que uses esa tarjeta para cuando vuelva. Espero una abolladura en ella.

—*Seguro, esposo. La ondearé por todo D.C. como una bandera blanca. Y voy a pasarla por todos los cajeros automáticos de aquí a la tienda de juguetes.*

—Esa es una buena esposa.

—*Eres tan arrogante cómo te recordaba* —replicó, y luego terminó la llamada.

Una risita profunda vino de detrás de mí.

—Te tienen mal —pronunció Vasili, sacudiendo la cabeza—. Bienvenido a la felicidad conyugal.

Me reí. Era un buen día. Uno de los mejores días que había tenido en mucho tiempo.

Volviendo mi atención al tipo que tenía adelante, sonreí.

—Vamos a terminar con esto, ¿de acuerdo?

—Deberíamos haberlo llevado al sótano de mi otro edificio —opinó Vasili—. Hay tantas herramientas que me gustaría usar en él. Por entrar en mi territorio sin mi permiso. Por golpear a una *mujer* en mi maldita ciudad.

—Por favor —espetó Danso, con los dientes castañeteando y el pecho encogido—. No sabía que estaba bajo tu protección.

—Deja de suplicar —intervino Alexei con frialdad—. No importa si estaba bajo nuestra protección o no. Nadie debe ponerle la mano encima a una mujer en nuestra ciudad.

—Y da la casualidad de que no soy de los que perdonan —siseé, mientras las imágenes de Odette intentando luchar contra este tipo se agolpaban en mi mente.

Una hora después, Danso estaba atado a la silla, con la cara y el cuerpo cubiertos de hematomas mientras jadeaba. Parecía un cerdo morado. Tenía las manos igual de magulladas y ensangrentadas.

Alexei chasqueó la lengua, girando la cabeza en mi dirección.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Por supuesto que sí, cuñado —contesté inexpresivo. Alexei volvió a dejar la toalla sobre la cara de Danso y vació otra cubeta de agua.

Agarré un bate de béisbol, lo balanceé y lo estrellé contra su cara, aplastándola por encima de la nariz. Lanzó un grito, luchando contra las cadenas sin éxito. Luego le golpeé las costillas, la espalda, la mejilla. De vuelta a sus rodillas.

—Quédate el dinero —le dije—. Tu jefe sabe que lo tienes. Si no tomas el vuelo, la culpa será tuya. —Apreté la suela de mi zapato contra su rodilla rota y lo empujé, golpeando su cabeza contra el suelo de madera—. Si respiras en dirección a mi familia, borraré toda tu estirpe de la faz de la tierra.

El olor a sudor, sangre, orina y violencia perfumaba el aire. Me recordaba a la guerra.

Incluso en el mundo civilizado, la violencia siempre nos había rodeado.

Capítulo Cuarenta

Odette



Billie se puso una falda recta, una blusa de seda y medias negras transparentes. Por lo menos, esa vez eligió *flats* en lugar de tacones. De lo contrario, perdería los dedos de los pies.

Sus ojos se posaron en mí.

—¿Te compró todo un armario nuevo de ropa de diseñador y vas a ponerte esto? —El tono de mi hermana era exasperado mientras sus ojos apreciaba el atuendo que había elegido. Unos *jeans* blancos con un suéter rosa brillante de Lilly Pulitzer y unos *flats* rosas.

Me encogí de hombros.

—Quería comodidad. Caminaremos mucho. —Mirando a mi hijo, sonreí—. Tendremos que ver muchas tiendas, empezando por la... —Hice sonar un redoble de tambores mientras esperaba a que completara.

—¡Juguetería! —exclamó Ares, con los ojos brillantes como el mar bajo el sol radiante. Vestido con *jeans* oscuros, una camisa polo blanca y una chaqueta, me recordaba a un mini-Byron.

—Entonces vamos a divertirnos.

—Y lo mejor es que... —Billie sonrió con picardía—. Es con el dinero de otra persona.

Puse los ojos en blanco.

—Iba a decir que eso es lo peor. Pero los mendigos no pueden elegir.

Agitó la mano.

—Nunca serás una mendiga. Además, Byron Ashford se casó contigo sin un acuerdo prenupcial. O es tonto o está tan enamorado que está ciego. —O «*no hay divorcio*» es parte de su *estipulación*», añadí en silencio.

Mi hermana me miró como si esperara una respuesta. No tenía ninguna. A decir verdad, estaba de acuerdo con ella. Era imprudente que Byron no tuviera un acuerdo prenupcial. Tenía mucho dinero y yo... bueno, no.

Billie abrió la boca, sin embargo, antes de que pudiera decir más, intenté desviar la atención.

—De acuerdo, que empieza la fiesta.

Y con eso, bajamos las escaleras y salimos por la puerta donde nos esperaba el chofer de Byron, listo para llevarnos a donde quisiéramos.

Ojalá nos hubiera podido llevar de vuelta a casa, a la Riviera Francesa.



Cuando llegó el mediodía, habíamos comprado todos los trenes de la juguetería y Billie tenía doscientos mil dólares en el bolso.

—¿Estás segura de que no tendrás problemas? —inquirió mi hermana por décima vez—. Es mucho dinero.

—Sí, estoy segura; se lo pedí. Y no te preocupes, se lo devolveré.

Negó con la cabeza.

—¿Cómo? ¿Con tu cuerpo? —Me apoyé en la estantería, mirando a mi hijo jugar. Por primera vez en seis meses, estaba realmente feliz. Extasiado. Relajado. Estaba teniendo un día bueno y normal—. ¿Y si te rompe el corazón de nuevo?

Sacudí la cabeza.

—No se lo permitiré. Y no puedes sermonearme sobre este dinero. Pagaste para que pudiera estudiar.

—Una parte —corrigió—. Tus becas pagaron la mayoría.

Solo la mitad, pero ¿quién llevaba la cuenta?

—De todos modos, conseguiré trabajo —le aseguré. Había revisado los anuncios esa mañana. Parecía haber muchas vacantes en la ciudad. No era exactamente lo que quería hacer; mi sueño era volver a la Riviera Francesa y criar allí a Ares; no obstante, teniendo en cuenta mi último acuerdo, eso no iba a ocurrir. Al menos, no en un futuro próximo. Miré a mi hermana—. No me hará daño —murmuré—. Tendría que amarlo para que mi corazón se rompiera de nuevo. Y no lo hago.

La mentira se sentía amarga en mi lengua. Sinceramente, no sabía por qué lo amaba. Tal vez porque a pesar de todo, me había dado el regalo máspreciado. Nuestro hijo. Él no lo sabía, pero nos salvó. Lo salvó a él, a nuestro hijo. Si no se hubiera apresurado al hospital conmigo en brazos, lo habría perdido.

Billie me lanzó una mirada que me decía que no me creía.

—¿Estás segura de eso, *soeur*?

—Sí, segura. —Devolví mi atención a Ares, viéndolo jugar con otro niño—. Lo único que importa es que sobrevivimos. Que Ares está a salvo.

Excepto que no sabía a quién estaba tratando de convencer. Si a ella, o a mí.

Ninguna creímos en tener una relación a medias. Ver a nuestros padres delirantemente felices nos arruinó. O tal vez nos dio una nueva perspectiva sobre el amor y las relaciones.

—Mi sobrino está a salvo y es feliz —declaró en voz baja—. Pero tú también necesitas ser feliz. Hace tanto tiempo que no te veo como antes.

—La antigua yo —musité—. Ni siquiera la recuerdo.

Mi hermana me rodeó con sus brazos.

—¿No crees que ya es hora de intentarlo? —Me encogí de hombros, insegura de cómo responder a eso—. Antes de *que* te rompiera el corazón. Antes de que papá muriera. Antes de que todo se fuera al demonio.

Se me oprimió el pecho. Parecía otra vida. Todo había sucedido en el lapso de unos pocos meses. Pasamos de ser felices, a que toda nuestra vida se desmoronara. Y el senador Ashford se aseguró de que nos fuera arrebatado.

Podría perdonar muchas cosas. Pero no eso. *Nunca* eso. Padre lo había sido todo para mí.

Para nosotras. Y la crueldad del senador nos robó años con él.

Un solo disparo. Nunca había oído ese sonido hasta esa noche; no obstante, sabía, en el fondo, que solo podía ser una cosa.

Billie y yo saltamos y las sillas cayeron hacia atrás con un fuerte ruido.

Corrimos en dirección al estudio de nuestro padre. Siempre pasaba allí las tardes.

—¿Papá? —Billie golpeó la puerta de su despacho, con pánico en su voz.

No hubo respuesta.

Di un paso adelante, apreté el picaporte y empujé la puerta para abrirla. Tras el estruendo, reinó un silencio inquietante. Demasiado silencio. Con pavor en la boca del estómago, mis ojos recorrieron la habitación.

Al cruzar la puerta, me quedé helada.

Lo primero que vi fue el cuerpo desplomado de mi padre, con la cabeza sobre el escritorio. Lo segundo fue un agujero en la sien. La sangre fue lo último. Demasiada sangre, que se filtraba por la superficie brillante de su inmaculado escritorio blanco.

El aroma del cobre penetró en mis pulmones. Había estado cerca de él lo suficiente como para reconocer su olor. Billie gritó. Sonaba lejos, como si estuviera bajo el agua y en algún lugar lejano donde solo existía este dolor. El sufrimiento en mi pecho se extendió, cada vez más ancho y profundo, hasta que cada respiración me produjo un dolor estremecedor.

No me había movido de mi sitio, mis ojos seguían el río de sangre que se extendía por el escritorio. Carmesí contra blanco. Mi pecado, mi error, causó esto. Yo tenía la culpa.

Di un paso, luego otro, con las extremidades rígidas y el corazón oprimido, hasta que llegué junto a mi padre. Billie seguía gritando en el fondo, pero apenas podía escucharla. El zumbido de mi cerebro ahogaba todo el ruido. Todo excepto una voz.

La mía.

«Tú hiciste esto», susurraba mi conciencia culpable. «Tú hiciste esto. Tú hiciste esto».

Los ojos de papá, habitualmente cálidos, estaban vacíos. Su mirada se centraba en algo que tenía en la mano. Tun-tum. Tu-tum. El corazón me retumbó dolorosamente y el dolor martilleó por mis huesos, cortándome la respiración mientras contemplaba lo último que papá vio antes de quitarse la vida.

Caí de rodillas, la sangre goteaba del escritorio y se derramaba sobre la madera.

Goteo. Goteo. Goteo.

La sangre empapó mis rodillas mientras observaba la fotografía de nuestra familia.

La última foto de Maman, papá, Billie y yo juntos, riendo felices delante de la clínica privada.

Mi error puso el último clavo en el ataúd y le costó la vida a papá.

Sacudí la cabeza, ahuyentando los recuerdos y la ira. Me dolía el pecho. Dios, lo extrañaba. Incluso después de todo ese tiempo, el dolor crudo de perderlo me dejaba sin aliento. Siempre soñé con ejercer junto a él. Trabajar en equipo y viajar por el mundo en misiones médicas. Siempre volviendo a casa, a la Riviera Francesa.

Dejando escapar un suspiro pesado, jalé a mi hermana.

—Vamos —anuncié, dirigiéndome hacia la mesa donde jugaba Ares—. Tengo cosas que comprar. La lista de mi marido.

Con la mano de mi hijo en la mía, pasamos las dos próximas horas de compras. Desde Hermès, Dior, Chanel y terminando con Valentino. La American Express negra de Byron y su apellido abrían todas las puertas y hacían que todos los vendedores estuvieran deseosos de ayudar.

Aunque creía que nunca me acostumbraría a gastar el dinero de otros.



El pequeño café en Georgetown bullía con vida. El bello clima, como un verano indio, pero en invierno en vez de en otoño, sacaba a la gente de sus casas y las llevaba al aire libre. Los asientos del exterior estaban a su máxima capacidad, con una música suave que se dejaba oír junto con el parloteo y las risas de los habitantes de Washington.

—¡Esa gente se está marchando! —dijo emocionada Billie, jalando a Ares y a mí como si nuestra redención estuviera sentada en esa mesa. No debimos de ser lo bastante rápidos porque llegamos al mismo tiempo que otro caballero.

Nos giramos para mirar al desconocido, cuando la sorpresa se apoderó de mí. Nunca habría esperado encontrarme con él aquí.

—¡Marco! —exclamamos Billie y yo al mismo tiempo.

—Maddy. Billie. —El suave acento de Marco llenó el aire. No lo había visto desde mi última visita a D.C., cuando vino a visitarme al hospital George Washington. El día que alteró el curso de mi vida de una manera tan trascendental. El día en que Byron creyó que había perdido al bebé por una mentira no tan pequeña que le habían dicho. Su novia de entonces trabajaba allí y él iba a visitarla. Su carrera de modelo despegó en aquel entonces y se casó poco después. Nos mantuvimos en contacto durante unos años y luego la vida se volvió demasiado ajetreada. Hacía años que no hablaba con él.

Me rodeó la cintura con las manos y chillé de placer cuando me levantó en el aire. Me dio un sonoro beso en la mejilla y sus labios se demoraron un latido más de lo debido.

—*Chica, te ves muy bien* —alagó en francés.

—Dios mío, ¿qué estás haciendo aquí? —Marco seguía guapísimo. Lo había visto a lo largo de los años en diferentes revistas de moda—. Pensé que estabas en Roma o París.

—Volví la semana pasada. Este es mi hogar.

—Siempre pensé que vivirías en un yate, holgazaneando en un *speedo* —bromeé.

Echó la cabeza hacia atrás y se rio.

—*Speedo*, ¿eh? —Sus pómulos esculpidos, sus ojos y cabello oscuro atraían la atención de muchas mujeres hacia nosotros—. ¿Intentando desnudarme?

Puse los ojos en blanco.

—Quisieras. —Sonrió—. ¿Qué te hizo elegir D.C. cómo tu hogar?

—Recuerdas, mi esposa trabaja en la ciudad. —Me acordé de ella. Me trató después del accidente. Era la hermana mayor de Tristan—. Viajo a New York, Los Angeles y Milán, pero siempre vuelvo aquí.

—Así que eres alguien *muy* importante —dijo Billie con ligereza, completamente indiferente—. Un modelo famoso y solicitado.

—Lo que está *intentando* decir, Marco, es que nos alegramos por ti. Felicidades.

La cafetería estaba a reventar y, para subrayar lo despiadada que era la gente a la hora de

conseguir un lugar, otra pareja se acercó a nuestra mesa.

—¿Se están yendo? —preguntó la mujer.

—En realidad, acabamos de llegar. —Marco nos indicó que nos sentáramos y ofrecí una sonrisa de disculpa. Una vez que Ares se acomodó en su silla y todos estuvimos sentados, el eficiente mesero no tardó en tomarnos la orden.

—Ahora dime, ¿qué estás haciendo aquí? Me sorprende verte en la ciudad, Maddy. —Parecía otra vida cuando mis amigos me llamaban Maddy. Ya ni siquiera mi hermana lo hacía—. A tu molesta hermana, no. Siempre le gustó la vida en la gran ciudad. —Su mano se posó sobre la mía, cubriéndola por completo. Me puse rígida y conté hasta cinco antes de retirar la mano con la pretensión de jugar con el menú de Ares.

—Evito las ciudades en las que estás —soltó Billie—. Pero tienes tendencia a acechar a mi hermana, así que, aquí estamos.

—Estás celosa de que nadie te acose. —El tono de Marco era más frío, lo que no me sorprendió. Billie nunca tuvo mucha paciencia con él.

—En realidad, nadie en esta mesa quiere ser acosada —aclaré, saltando a la defensa de mi hermana—. Billie ha estado siempre a mi lado. Ahora finalmente perseguirá su sueño.

—Por cierto, ¿te enteraste de que Odette se casó? —Billie sonrió como un tiburón que atrapó su presa. No podía contenerse.

—Él es genial. —Sonrió Ares.

Los ojos de Marco se desviaron hacia mí cuando di un sorbo a mi agua mineral. Una pizca de disgusto o algo parecido brilló en su mirada. A veces era un poco sobreprotector.

—¿En serio? —cuestionó, su tono no era tan amistoso. Asentí—. ¿Qué? ¿Cómo?

—Simplemente sucedió. —*Literalmente*. Sentí las palabras extrañas en la lengua, como si estuviera contando la vida de otra persona. Tragué saliva y sonreí—. En realidad, estoy buscando trabajo.

—Bueno, puede que tengas suerte —anunció Marco con una sonrisa de suficiencia. Cuando le otorgué una mirada perdida, continuó—: Mi esposa dirige ahora el hospital George Washington. Trata a pacientes de vez en cuando, aun así, lo que más le preocupa es tener el personal más calificado en su hospital.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué? ¡No puede ser! Me alegro por ella.

La última vez que estuve en el hospital, estaba trabajando para ascender. Era solo cuestión de tiempo que se convirtiera en la directora del hospital.

Una cosa que nunca discutimos fue la edad de la esposa de Marco. Aunque era unos siete años mayor que él, parecía funcionar para ellos. No se los juzgaba, mientras ambos fueran felices. Habló de sus casas en la ciudad, en la Riviera e incluso de una casa de vacaciones en Colorado. Eso era algo con lo que podías contar sobre Marco. El tipo podía *hablar*.

—Wow, es impresionante. —Realmente no me importaban las cosas materiales, pero él parecía feliz.

Se encogió de hombros como si nada.

—Me casé a lo grande.

—Seguro. —Billie no pudo evitar el sarcasmo en su tono mientras mordía su sándwich.

—*Maman* también se casó a lo grande. Es más grande que la tía Billie y *Maman*. —Ares sonrió, sus dedos envolvieron su cono de nieve y se lo metió en la boca antes de que pudiera impedírselo. Luego agarró mi pastelillo. Su apetito podría llevarnos fácilmente a la bancarrota.

Los ojos entrecerrados de Marco encontraron los míos. Casi como si le disgustara que se lo recordaran.

—¿Cuándo fue el gran día?

Me encogí de hombros.

—Ayer —repliqué, apartando la vista. Desgraciadamente, capté la mirada burlona de Billie. Las comisuras de sus labios se elevaron y podía imaginar las palabras que le quemaban la lengua—. Pero eso no importa. Dime, ¿cuánto tiempo llevas casado? ¿Tienes hijos?

Marco negó con la cabeza.

—No. No queremos tener hijos. Estamos demasiado ocupados con nuestras carreras.

—Parece que estás demasiado ocupado con tu carrera de niño bonito —se burló Billie. Sabía que no podría contenerse mucho más.

—Bueno, parece que el modelaje está yendo muy bien —señalé, ignorando a Billie—. Incluso te vimos en los periódicos en Ghana.

Sonriendo con confianza, se pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja. Casi parecía ensayado. Siempre había sido un poco vanidoso, aunque podía ser que en los últimos años había exagerado. O tal vez, después de no verlo ni hablar con él durante años, lo notaba más.

—Supe que estabas en Ghana —expresó—. Intenté encontrarte, sin embargo, ese lugar es un desastre.

—¿Por qué no me sorprende oír que intentaste encontrarnos? —El tono de Billie era seco y lleno de sarcasmo.

—Probablemente estábamos en un lugar remoto en ese momento. —Sonreí tensamente y fulminé a mi hermana con la mirada. Su respuesta fue una rodada de ojos—. Nos alojábamos en cabañas, sobre todo, en los pueblos de la zona.

El horror que pasó por la expresión de Marco fue casi cómico. Su mano se cerró sobre la mía y apretó con fuerza. Empezaba a sentirme incómoda con el contacto constante. Aparté mis dedos de los suyos sudados y coloqué ambas manos sobre mi regazo.

—Pero ahora vivimos en una mansión —comunicó Ares, presumiendo con una sonrisa feliz.

—¿Te gusta allí? —El emocionado asentimiento de Ares fue inconfundible—. ¿Te agrada el esposo de *Maman*?

La forma en que dijo “esposo” sonaba mal. Casi como si la palabra fuera sucia.

Ares ladeó la cabeza, pensativo. Acababa de conocerlo, no podía concebir que mi hijo de cinco años tuviera algún tipo de opinión sobre él. Los tres lo observábamos, esperando; no obstante, era la única que contenía la respiración. ¿Por qué? No tenía ni la más remota idea.

—Me agrada. Quiero que Byron sea mi papá.

Billie se quedó boquiabierta. Marco enarcó las cejas y me observó. Su mirada parecía casi furiosa, pero no del todo.

¿Y yo?

Eché la cabeza hacia atrás y vacié mi vaso de un sorbo. Tenía un maldito problema. Mi hijo parecía haber caído rendido ante los encantos de su padre, igual que yo seis años atrás.

Capítulo Cuarenta Y Uno

Byron



Subí al avión, deshaciéndome el nudo de la corbata, dispuesto a relajarme durante las dos horas siguientes: una de las muchas ventajas de tener mi propio *jet* y piloto privado.

—Llévanos a casa, Oliver.

Tomé asiento en el sofá color crema y saqué el teléfono para consultar mis mensajes mientras el piloto se dirigía a la cabina.

Revisaba mis correos del trabajo cuando me llegó uno. Nico Morrelli.

—Ah, en el momento perfecto —murmuré en voz baja. Le había pedido que vigilara a Odette y a Ares. Podía ser moralmente cuestionable, pero era para mi tranquilidad, así que les coloqué vigilancia. Además, desde ese día tenía acceso ilimitado a mi dinero, y no podía evitar preocuparme de que lo tomaría y huiría. Era más fácil desaparecer cuando se tenían recursos.

Deslicé el mensaje para abrirlo y comenzó la grabación.

Las manos de Marco, en la cintura de Odette mientras la levantaba en el aire, luego le besó la mejilla, demorándose demasiado. Apreté los dientes. Durante los cinco minutos siguientes, vi la grabación, en la que se recopilaban escenas de su aparente cita para almorzar, incluyendo una serie de imágenes que me hicieron hervir la sangre. Parecía que no paraba de encontrar formas de tocarla. Una niebla roja empañó mi visión. La ira se deslizó bajo mi piel, lenta pero abrasadora. Tuve que tomarme un segundo para tragarme los celos ardientes que me invadían por dentro, tan fuertes que apenas podía formar un pensamiento coherente.

La grabación mostraba a mi mujer comiendo tranquilamente con su examigo, Marco. Y sus manos estaban sobre mi mujer. *Mi* maldita mujer.

La parte irracional en mí, la obsesiva y celosa, me golpeaba en el pecho, sacudiendo los barrotes de su jaula. Quería gritarle, «*aléjate de ella, demonios*», al mundo y al maldito Marco. Desgraciadamente, todavía estaba a horas de distancia.

El sonido del motor del avión estaba distorsionado por la rabia que me invadía. Tuve que cerrar los ojos y respirar hondo para despejarme. Aunque estuviese en una cafetería rodeada de gente, incluida su hermana, en pleno mediodía, no me sentía nada cómodo teniéndolo cerca de mi hijo. Y estaba claro que no me gustaba lo cerca que estaba sentado de *mi* esposa.

Llamé a Nico y contestó en el primer timbrazo.

—Déjame adivinar, quieres que mi chico siga a la doctora Swan a casa.

—No debe quedarse sola con ese tipo —declaré entre dientes—. Ni por un minuto.

—Claro que sí.

Mi siguiente llamada fue a mi cuñado.

—¿No te acabas de ir? —Fue el saludo de Alexei.

Fui directo al trabajo.

—Necesito un favor.

—Tengo la sensación de que tiene algo que ver con tu esposa.

Tenía toda la maldita razón. Nunca pedía favores y allí estaba, pidiéndoselos a Nico Morrelli y, probablemente peor, a Enrico Marchetti.

—Necesito que el esposo de Tatiana le pase un nombre a Enrico Marchetti.

Que su hermana Tatiana se casara con Illias Konstantin eran una ventaja que valoraba mucho en tiempos como estos. Konstantin tenía vastas conexiones en el bajo mundo y, lo más importante, con el dueño de una de las principales casas de modas. Enrico Marchetti.

—¿Una candidata a modelo?

—Incorrecto. —Tan erróneo. Seguía mirando la grabación de mi esposa almorzando con Marco, que en ese momento le sostenía la mano—. Quiero que cierto individuo esté en la lista negra de todas las pasarelas y desfiles de modas.

Jesucristo. Estaba tan enamorado de ella, con cada respiración que daba... con sus sonrisas, sus agallas y su fuerza. Cada. Maldita. Cosa.

Adoraba cada parte de ella. Había sido mi kriptonita desde el momento en que la conocí.

Por fin estaba de vuelta en mi vida, y ese imbécil no me la quitaría. Odette y nuestro hijo pertenecían en mi vida. Yo les pertenecía. Los tres seríamos una unidad para siempre.

Y Marco...

Le darían la paliza de su vida si volvía a acercárseles. Me picaban los nudillos con ganas de perseguir a ese idiota y darle un puñetazo. Romperle esa cara bonita para que nunca lo mirara. Que nunca le sonriera.

Exactamente como lo hice con el imbécil borracho que la atropelló.

Mi memoria se desvió hacia el pasado.

El borracho me observaba con la cara magullada y ensangrentada. Tenía el mismo aspecto que mi alma sentía, pero en ese momento no podía pensar en ella.

«Fuimos un error».

Me invadió la ira y volví a golpearlo. Su cabeza se echó hacia atrás y un gemido de dolor llenó el aire. Quería castigarlo. Por herir a mi mujer. Por quitarnos la oportunidad de tener un hijo. Por robarme la oportunidad de tenerla. Mi felicidad.

Habían pasado dos días desde el accidente. Dos días desde que me pidió que me fuera. Me marché del hospital George Washington dejando atrás mi corazón. Estaba roto de todos modos, dañado para siempre, y la única mujer que podía curarlo no quería saber nada de mí.

Un error. Odiaba esa maldita palabra.

Así que me desquité con el desgraciado que la hirió. Con el imbécil que le puso las manos encima. Nadie amenazaba lo que era mío. Y, joder, Odette era mi mujer.

Me acerqué a la mesa, me puse los nudillos de latón y volví con mi víctima.

Jalándole la cabeza hacia atrás, siseé:

—Me has costado algo que no tiene precio.

El estúpido borracho sonrió, con los dientes carmesí.

*—Parece que puedes costearte comprar otro de lo que fuera eso.
Un momento después, un aullido agonizante rasgó el aire.
Cuando acabé con él, su cara estaba irreconocible y le faltaba más de un diente.
Mi mujer podría haberme dejado, aun así, la agonía permaneció.*

Pero no dejaría que me dejara ese día. Ni nunca.

Una vez de vuelta en D.C., pedí a mi chofer que me llevara directamente a casa. Me dirigí a mi oficina y cerré la puerta con llave.

Introduje el código en la caja fuerte y luego saqué dos pasaportes, hojeando las páginas hasta que me detuve en la que buscaba.

Odette Madeline Swan. Ares Etienne Swan.

No había tomado el de Billie. Me daba igual si se quedaba o se iba.

Sin vacilar, metí de nuevo los pasaportes en la caja fuerte, la cerré de golpe y volví a ponerle llave. Nadie más que yo tenía la combinación. Era mi póliza de seguro que los mantendría a ambos junto a mí.

No podía arriesgarme a que me dejara por ese reencuentro francés del pasado.

Capítulo Cuarenta Y Dos

Odette



Llegamos a casa con el coche cargado de bolsas, el conductor no muy lejos detrás de nosotros mientras introducía nuestras compras. Ares agarraba su bolsa llena de trenes con una gran sonrisa en la cara.

—Esto sí que es un espectáculo para la vista.

Giré la cabeza y vi a mi esposo esperándonos en lo alto de la entrada escalonada que conducía a la impresionante mansión. Seguía pareciéndome surrealista vivir aquí, y me preguntaba si alguna vez dejaría de sorprenderme la grandiosidad de todo aquello.

—Llegaste pronto a casa —comenté—. Creí que habías dicho que para la hora de cenar. —Miré la hora en mi teléfono—. Son las tres.

Algo oscuro pasó por su expresión mientras permanecía de pie con las manos en los bolsillos, haciéndome sentir cautelosa.

No me contestó, pero le sonrió a Ares.

—Oye, amigo, ¿te gustó el juego de trenes?

Ares asintió con entusiasmo, corriendo hacia él para mostrarle lo que había comprado ese día. Byron bajó hasta su rodilla, poniéndose a la altura de sus ojos.

—*Maman* me dijo que lo habías comprado para mí. —Ares sonrió, con felicidad evidente en su rostro y en sus palabras—. Gracias. —Las pequeñas manos de mi hijo rodearon a Byron y me quedé quieta, observando a los hombres que amaba abrazados. Byron levantó a Ares y se puso en pie. Aunque era alto para su edad, en sus brazos parecía tan pequeño. Casi diminuto.

De repente, mi mente evocó imágenes de lo que podría haber sido. Byron sosteniendo a Ares cuando nació. O dándole de comer. Tomándolo de la mano mientras daba sus primeros pasos. Se me hizo un nudo en la garganta y, por primera vez, me pregunté *si había hecho lo correcto*. Me sacudí la duda. Todo lo que hice fue para proteger a mi hijo y a mi hermana. No habríamos sobrevivido a la ira del senador.

—Vamos a ver tu juego de trenes, amigo —propuso Byron, lanzándome una mirada sombría por encima del hombro.

Ambos desaparecieron dentro de la casa y Billie se me acercó.

—¿Por qué está enojado?

Tragué saliva.

—No lo sé.

—¿Quizá gastamos demasiado dinero? —Metió la mano en el bolso y sacó el sobre que contenía el dinero.

Sacudí la cabeza.

—No creo que sea el dinero. Guárdalo.

—No quiero...

Le lancé una mirada de advertencia.

—Guárdalo, Billie. Lo digo en serio.

Suspirando, volvió a guardar el sobre en el bolso.

—¿Quieres que me quede unos días? —Ofreció—. Por si acaso el idiota se vuelve loco como su hermano. —Mis cejas se fruncieron ante sus palabras, y debió de darse cuenta de que había cometido un desliz, porque inmediatamente añadió—: Todos ellos están locos.

Mientras el personal de Byron se encargaba de meter todas nuestras bolsas en la casa, me dirigí hacia la habitación de juegos de Ares. Podía oír la voz emocionada de mi hijo explicándole a Byron su lógica al construir las vías del tren. Era otro parecido que tenía con Byron, su mente brillante. Billie era artística y creativa. Yo tenía facilidad para las ciencias. Pero Ares, incluso a su corta edad, sobresalía en todo.

En cuanto entré en el cuarto de juegos, dos pares de ojos azules idénticos, uno joven y otro mayor, nos recibieron.

—Hola, *Maman*. —Sonreí mientras mi hijo regresaba a abrir los paquetes para colocar cada tren sobre la mesa.

Miré a Byron a los ojos, con la misma expresión sombría en su rostro. Dudé, mordiéndome el labio inferior. Si bien no creí que estuviera enfadado por el dinero, ni siquiera podía imaginar qué otra cosa podía ser.

—¿Gasté demasiado dinero?

Se me aceleró el corazón al verlo y recordar lo de la noche anterior. Siempre que estaba en su presencia, mi cuerpo entraba en modo hiperactivo. Era imposible apagarlo. Incluso cuando mi corazón se rompía seis años atrás, lo deseaba. Todo él.

—No gastaste lo suficiente —replicó, poniéndose en pie.

—¿No? —Entonces, ¿por qué estaba tan malhumorado? Tal vez me extrañó. «Sí, claro».

Byron le sonrió a nuestro hijo y se me retorció el corazón. No podía negar que era bueno con Ares. Cada sonrisa y cada gesto amable me hacían cuestionar mi decisión. Una decisión que creí acertada en su momento, mas en ese instante, al parecer, se estaba desmoronando.

—Ares, cenaremos en una hora —le avisó.

Ni siquiera se molestó en darnos un vistazo.

—De acuerdo.

—Vamos a hablar. —Los dedos de Byron me rodearon el brazo. Apenas podía seguir sus largas zancadas mientras caminaba hacia nuestro dormitorio. En el momento en que la puerta se cerró detrás de nosotros, su mano dejó mi antebrazo y subió para enroscarse alrededor de mi garganta, haciendo que mi espalda golpeará la puerta—. ¿Dónde has estado, *baby*?

Ejerció una suave presión, inclinó mi cara hacia arriba para que nuestras miradas chocaran mientras parpadeaba confundida.

—¿Qué estás haciendo? —Intenté apartarlo, sin embargo, Byron era un sólido muro de músculos.

Sus labios se quedaban a un suspiro de los míos.

—Te lo preguntaré otra vez. ¿Dónde has estado, esposa?

Mi cuerpo se calentó al sentirlo presionándose contra mí. Mis pulmones se intoxicaron con su aroma. Y mi vagina, esa parte traidora de mi cuerpo, se estremeció, y la evidencia de mi deseo empapó mis bragas.

—De compras. Ahí es donde he estado. Consiguiendo cosas de la lista que me dejaste.

—Mentirosa. —La mandíbula de Byron estaba tensa, su presión alrededor de mi cuello aumentó. No lo suficiente para herirme, aunque sí para sentirme amenazada—. Almorzaste con ese *playboy*. Marco. —La inquietud me recorrió la espalda. Parecía que Byron estaba tan celoso como siempre, lo que aún me sorprendió, dada la confianza que rezumaba. Lucía igual que hace tantos años en aquel estrecho ascensor; oscuro y posesivo. A Byron nunca le gustó compartir cuando se trataba de mí. Me presionó el cuello y su boca rozó mi piel—. Respóndeme, Odette.

Ahí estaba. Nunca me llamaba por mi nombre cuando me tocaba o me besaba. A menos que estuviera disgustado. Bueno, mala suerte. Tampoco estaba exactamente en el cielo.

—Quítame las manos de encima, Byron. —Mi tono era tranquilo. Frío. Sí, todavía lo quería. Pero no así. Nunca así. Y primero muerta antes de dejar que me trataran mal. Nunca.

Los segundos se alargaron, se sintieron horas, hasta que se separó de mí. Se dirigió hacia el baño. No obstante, esto no había terminado. Hablaríamos de esto, aunque fuera lo último que hiciéramos. Se lo sacaría. Si había algo que mi padre decía sobre el matrimonio, era que había que hablar las cosas. De lo contrario, los problemas solo se harían más grandes.

Así que lo seguí, decidida a solucionar esto.

—Estábamos de compras y luego paramos a comer. Allí nos encontramos con Marco. —Sus pasos vacilaron justo antes de llegar al baño. Me miró de frente, con los ojos llenos de angustia. No obstante, algo más acechaba bajo la superficie. No sabía qué era, pero era importante que lo supiera—. Somos viejos amigos. La esposa de Marco es la directora del hospital George Washington. Se ofreció a pasarle mi nombre, y no podía perder la oportunidad. Necesito un trabajo.

Me miró y supe cuáles serían sus siguientes palabras.

—No tienes que trabajar.

Cerré los ojos y me presioné el puente de la nariz. Ojalá entendiera por qué insistió en casarse conmigo. Tener herederos conmigo. Apostaba a que tenía un harén de féminas listas para cumplir su voluntad. Cualquier cosa que quisiera. Entonces, ¿por qué me quería a mí?

—Quiero un trabajo —solté finalmente—. No me esforcé estudiando medicina solo para tener un bonito currículum.

Nuestras miradas se sostuvieron. El pulso me retumbaba en los oídos. Había tantas palabras, dichas y no dichas, que bailaban entre nosotros. Esa noche con él fue la primera vez que me dejé llevar. Y las cosas me salieron tan mal que casi me destruyeron.

Sin embargo, amé cada minuto de esa noche. Cada caricia. Cada beso. Cada palabra que me susurró al oído.

Era la intimidad que había estado anhelando. Me dio a probar algo increíble y luego me lo arrancó, dejándome un hueco en el pecho, un vacío, que sabía que solo él podía llenar.

—¿Qué es lo que más amas de ello? —Parpadeé antes de recordar de qué habíamos estado hablando. De mi trabajo. De mi carrera. Solté un suspiro, una pequeña sonrisa curvó la comisura de mis labios.

—Me encanta el caos de la sala de emergencias. Me encanta operar y ver la cara de la gente cuando les digo que se van a poner bien. Es... —Mi tono vaciló un momento, pero luego continué—: Es casi como si mi padre estuviera allí, vigilándome. **Amo** hacerlo y no pienso

dejarlo. Ya he renunciado a demasiado.

Se quedó quieto.

—¿A qué renunciaste? —¡Diablos! Se me salió—. Odette, contéstame. ¿A. Qué. Renunciaste? —Era tan exigente. Pasé por su lado, corriendo hacia el baño. Me siguió, sus pasos pausados, sus anchos hombros tensos—. No pararé hasta que me lo digas —advirtió secamente. Su intensa mirada se cruzó con la mía a través del reflejo del espejo. Me vino a la mente un recuerdo y, a juzgar por la forma en que se le calentaron los ojos, mi marido también lo recordaba.

Suspiré, odiando y amando esta intensidad entre nosotros. Era tan fácil dejarme caer en aquella telaraña e ignorar todo lo demás. Dios, quería ignorar todo lo demás. Aun así, también quería... más. Lo que tuvieron mis padres, aunque duró poco.

—Echo de menos mi casa —confesé.

Frunció el ceño.

—*Estás en casa.*

Dios, no podía ser tan difícil.

—La Riviera Francesa. La casa de mi padre. Su hospital. Era nuestro pequeño mundo. Pequeño y modesto, pero acogedor. Era nuestro.

Una expresión de confusión en su rostro me alarmó.

—¿Por qué se deshizo tu padre del hospital? —preguntó. Me puse rígida, con la confusión revoloteando en mi interior. Su tono parecía realmente curioso—. Creí que sería lógico que continuaras su legado.

O Byron era excesivamente cruel, o ni siquiera sabía hasta dónde llegó su padre seis años atrás. Podía ser despiadado y arrogante, mas no lo creía cruel.

—Quería continuar su legado —expliqué con voz ronca, mirándolo en el espejo—. Aún quiero hacerlo. Pero el banco le quitó el hospital. —*«Y tu padre ayudó a acelerarlo».*

—¿El banco? ¿Incumplió?

—Sí, no era bueno en las finanzas. Solo quería ayudar a la gente, no dirigir el hospital como un negocio. Por desgracia, una cosa no puede ir sin la otra. Y tu padre se aprovechó de ello.

La confusión en la mirada de Byron fue evidente.

—¿Mi padre?

Tragué saliva. Seguía sin entender su dinámica de padre e hijo. No me atrevía a confiar explícitamente en Byron, a pesar de nuestro matrimonio de conveniencia. Así que me conformé con una verdad a medias.

—Tu padre es un imbécil —refunfuñé—. Y por lo visto, tenía conexiones en el banco para mover algunos hilos.

La furia brilló en los pozos azules de Byron. Era letal.

—¿Por qué haría eso?

Me encogí de hombros, había terminado con esa conversación. El día empezó demasiado bien como para arruinarlo con aquello.

—Porque es un desgraciado. Y no de los buenos.

La mandíbula de Byron se tensó, y vi cómo se recomponía a medida que diversas emociones pasaban por su expresión.

—Lo recuperaré —prometió. Mi corazón palpitó a pesar de saber que era imposible. De acuerdo, quizá no imposible, pero sería muy difícil.

Tragué saliva.

—No hagas eso. —Mi voz era un susurro.

De repente, Byron estaba pegado a mi espalda y sus manos recorrían mis muslos. Era increíble lo rápido que mi cuerpo se sometía a él. Su toque me quemaba a través de los *jeans*, ansiaba el contacto piel con piel. Lo necesitaba dentro de mí.

—¿Hacer qué? —Su aliento me calentó la piel. Sus labios rozaron el lóbulo de mi oreja y ladeé la cabeza para permitirle un mejor acceso. Sus dientes se deslizaron por mi cuello, mordisqueando el sensible hueco a lo largo de mi omóplato. Y mientras tanto, sus ojos se clavaban en los míos en el espejo.

—Hacer promesas que no cumplirás. —Respiré.

Se quedó quieto.

—Nunca hago promesas que no pienso cumplir —gruñó. Sus orbes brillaron con algo oscuro. Tal vez incluso rabia. No podía precisarlo—. Solo tienes que pedírmelo, *baby*, y el mundo será tuyo. —Su voz era profunda y ronca. Miré detrás de mí y me encontré con su mirada llena de deseo. Su gran erección empujándose contra mi trasero y me estremecí desde la cabeza hasta la punta de los pies.

—¿Qué quieres decir? —inquirí.

Me giró, poniéndonos cara a cara. Los nervios revoloteaban en mi estómago. Cada fibra en mí palpitaba anticipando tenerlo de nuevo. La noche anterior me penetró tantas veces que aún me dolían los muslos. Era el dolor más dulce.

—Lo que quiero decir es que el mundo está a tus pies. —La excitación bailó como fuego en sus ojos y me tomó el labio inferior entre los dientes. No rompí el beso. Lo deseaba—. Levanta las manos.

Obedecí al instante y me quitó el suéter por encima de la cabeza. Me desabrochó el sujetador y lo tiró al suelo. Deslizó su boca por mi mandíbula, llegó hasta mi oreja y me mordisqueó el lóbulo. Me desabrochó los *jeans* con destreza y los bajó por mis piernas mientras se arrodillaba. Levanté el pie izquierdo y dejé que me quitara los *flats*. Hizo lo mismo con el derecho.

Sin otra palabra, Byron me arrancó las bragas con un movimiento fluido y luego arrastró la lengua por mi hendidura. Jadeé. Él gruñó.

Los dientes de mi esposo rozaron mi coño mientras mi cabeza caía hacia atrás contra el espejo.

—Ohhh.

Metió su lengua entre mis labios, poniéndome los nervios sensibles. Mis manos se acercaron a su cabeza, agarrando sus mechones.

—Byron —susurré, mientras me lamía a un ritmo sensual, sus gruñidos vibraban a través de mí—. No seas brusco. Estoy adolorida por lo de anoche.

—Tendré mucho cuidado, *baby* —musitó contra mi sexo y mis rodillas se convirtieron en agua. Sus lamidas se convirtieron en lánguidos besos con lengua. El calor hervía en mi interior, amenazando con hacerme caer en espiral.

Mis pezones se endurecieron en el momento en que Byron tomó mi clítoris entre sus dientes, chupándolo perezosamente. Un orgasmo se me enroscó en la boca del estómago, extendiéndose hasta los dedos de los pies. Olvidando el dolor, lo agarré del cabello y cabalgué su cara. Desesperada. Necesitada.

—Ahhh... Byron.

Volvió a introducir su lengua en mí, masajeando mi clítoris con el pulgar y desgarrándome. Mis gemidos rompían el aire, su nombre era una constante en mis labios. Su lengua se hundió

profundamente en mi interior y arqueé la espalda, aferrándome a él. Confiaba en que me tendría. Una y otra vez, como lo hizo la noche anterior

Era tan contraintuitivo. Me rompió el corazón seis años atrás, pero en ese momento confiaba en él. Al menos, mi cuerpo lo hacía. Me mordió el clítoris suavemente.

Gemí tan fuerte, al borde del orgasmo, que creí que moriría si paraba. Me agarré a su cabello con tanta fuerza que mis nudillos se pusieron blancos. Estaba resbaladiza por la excitación, moviéndome descaradamente contra su rostro, necesítándolo más de lo que necesitaba aire para respirar. El empujón de su lengua. Y otro más. El orgasmo me recorrió de arriba a abajo, y los escalofríos se apoderaron de todos los músculos de mi cuerpo.

Me mecí contra su cara, deshaciéndome centímetro a centímetro y dejando que la sensación más hermosa inundara mi cuerpo. Era como flotar en una nube sobre las cálidas aguas del paraíso.

Byron se levantó y se limpió la boca con el dorso de la mano, mientras con la otra me rodeaba el cuello y acercaba mi oreja a sus labios.

Me dedicó una sonrisa lenta y satisfecha, aunque sus ojos se oscurecieron.

—Si vuelvo a ver a Marco husmeando a tu alrededor, acabaré con él. Con su carrera. Con su familia. Su mundo entero.

Sus iris ardían, su boca aún brillaba con mi excitación.

—Si lo tocas, no volverás a verme —reviré, con el tono ligeramente entrecortado por el orgasmo que me había provocado—. Te lo dije, está casado y es estrictamente una amistad.

Me agarró la cara, se inclinó hacia mí y me besó lentamente. Su lengua recorrió mis labios entreabiertos.

—Tal vez para ti, pero no para él —aseveró.

Me besó de nuevo, profundo y fuerte, tragándose mis protestas. Mis ojos se cerraron de dicha. Besar a Byron era casi tan bueno como el sexo. La forma en que me devoraba, como si fuera un lujo al que no estaba acostumbrado. Cada roce y cada gruñido me ponían la piel de gallina, y podría llegar al orgasmo solo con eso.

Me agarró el cabello con una mano y me inclinó la cabeza para que pudiera saborear cada centímetro de mi boca. Bajó sus labios por mi cuello hasta los hombros desnudos y me dio la vuelta.

El reflejo de ambos. Byron sobresalía detrás de mí, con los ojos llenos de pasión mientras sus manos recorrían mi cuerpo. Con los labios en mi cuello y los dientes rozándome la piel, me rodeó con la mano y separó mis húmedos pliegues, deslizando los dedos por ellos.

Su longitud estaba dura contra mi trasero. Acababa de provocarme un orgasmo y aquí estaba, ocupándose de mí otra vez. Nuestra excitación crecía intensa entre nosotros, rebotando en la pared del baño. Podía saborearla, su necesidad, y quería ocuparme de él. Como se ocupaba de mí.

—Byron, quiero...

Las palabras murieron en mi lengua cuando deslizó dos dedos dentro de mi apretado coño mientras con la otra mano me agarraba el pecho.

Metió otro dedo y el ardor de tres gruesos dedos follándome se sintió caliente y adictivo. El sonido de mi humedad resonó en el aire. Sucio y erótico. Levanté la pierna y la apoyé en la esquina de la lujosa bañera independiente. Que se jodiera el ser gentil. Necesitaba sus dedos dentro de mí, más profundos y duros.

—Byron —gemí—. Por favor, te quiero dentro de mí.

Empujé mi trasero desnudo contra él, rozándome para que supiera que lo decía en serio. Siseó.

—Estás adolorida, *baby*.

—Ya no. Por favor, por favor. Te necesito.

Apenas había respirado cuando ya se estaba quitando la ropa. Debía de ser un récord el tiempo que tardó en desnudarse. Miré por encima de mi hombro y vi su gruesa polla, goteando premen y listo para mí.

Con un movimiento rápido, jaló de mis caderas hacia atrás y empujó mi espalda hacia abajo, doblándome. Mis manos se desparramaron sobre el espejo y mi trasero sobresalió. Me penetró de golpe. Con fuerza. Gemí. Me agarró las caderas con las manos y salió casi completamente solo para volver a penetrarme.

—Mierda —gruñó.

—No pares —gemí, apretándome contra él. Entonces me montó, duro y sin disculpas. Su piel chocaba con la mía. Piel contra piel resonando en el baño.

Vi nuestra imagen en el espejo. Mi orgasmo crecía. Su imagen era magnífica. Tan grande. Tan poderoso. Todo mío.

Su piel bronceada brillaba con sudor mientras hundía los dedos en mis caderas. La expresión de puro éxtasis con la que me veía a través de sus ojos entrecerrados, ambas miradas clavadas en el espejo, me tuvo cayendo en espiral. Este hombre me hacía perder la cabeza.

—Más fuerte —gemí.

Me dio una fuerte nalgada y gruñó:

—Aquí las exigencias las hago yo.

Pero su ritmo se aceleró y sus embestidas se hicieron más profundas y fuertes. Grité, con mi interior apretándose alrededor de su longitud. El orgasmo que me atravesó me dejó sin aliento.

—¡Joder, joder, joder! —Ahora era su turno de gritar.

Mi cuerpo se contrajo a su alrededor mientras su verga se sacudía dentro de mí. Me estremecí con la intensidad y los dos jadeamos.

Con el cuerpo aún inclinado y las manos apoyadas en el espejo, el pecho de Byron bajó hasta cubrirme la espalda mientras sus labios rozaban el lóbulo de mi oreja.

—Lo que quieras, *baby* —murmuró, acariciándome la nuca—. Todo lo que tienes que hacer es pedirlo.

Lo miré a los ojos, con el corazón sangrando y brillando al mismo tiempo. Me asustaba tanto el control que tenía sobre mi corazón. Como si no hubiera pasado el tiempo.

Capítulo Cuarenta Y Tres

Odette



Me duché para la cena, me envolví en la toalla y me puse a buscar en un armario repleto de ropa sin saber qué ponerme. Prefería vestir informal, pero Byron siempre parecía ir vestido con su traje *Brioni*, o *Armani*.

Llamaron a la puerta y, agarrando la toalla que me envolvía, caminé hacia ella y la abrí.

—¿Billie? —Mis ojos vagaron alrededor—. ¿Está todo bien?

Agitó la mano.

—Sí, super bien. —Entró en el dormitorio, y estudió la habitación con curiosidad—. Wow, esta habitación es mucho más grande que la mía.

Mi hermana llevaba un vestido negro *Valentino* con detalles dorados en la cintura y los hombros. Estaba hermosísima.

—¿Quieres que le pida que te de su habitación? —bromeé. Su respuesta fue una mueca—. Te ves preciosa.

Su sonrisa se suavizó.

—Puedes llevar harapos y seguirías brillando. Tu belleza es atemporal —me halagó

Me reí entre dientes.

—Lo dices porque eres mi hermana.

Su atención se dirigió al vestidor y luego caminó hacia allí. Sus dedos recorrieron todas las hermosas prendas que Byron había conseguido en cuestión de pocas horas. No tenía ni idea de quién o cómo lo había hecho.

—¿Te regañó Byron? —preguntó con indiferencia. Me di cuenta. Estaba preocupada por mí. Sus ojos encontraron los míos—. Por el dinero.

Negué con la cabeza.

—No. Te lo dije, dijo que le parecía bien.

—¿Estás segura? —Asentí—. Parecía irritado cuando volvimos.

Deje escapar un suspiro.

—No estaba enfadado por eso en absoluto. Te lo prometo —asegué.

Sus cejas se fruncieron.

—Entonces, ¿por qué estaba molesto?

Agité los brazos en el aire y la toalla casi se me resbala. Rápidamente la agarré y volví a asegurarla. Gracias a Dios por mis reflejos.

—Debió tener a alguien siguiéndome porque sabía que habíamos almorzado con Marco. — Me miró sin comprender. Me encogí de hombros—. Supongo que piensa que me gusta. Qué diablos sé.

Parpadeó asombrada mientras una lenta sonrisa aparecía en su rostro.

—Dios mío.

—¿Qué?

—Está celoso. —Ronroneó, sonriendo como un gato que acaba de comerse un ratón.

—No iría tan lejos —murmuré.

—Lo está totalmente. —Estaba convencida, y sabía que no iba a cambiar de opinión—. ¿Crees que se dio cuenta de que fue un estúpido por dejarte ir?

Por mi mente pasó la breve conversación que tuve con mi esposo. Parecía realmente interesado en lo que había pasado en el hospital. Si realmente no era consciente de las intenciones de su padre, quizá todos los sacrificios de los últimos seis años habían sido para nada. Absolutamente para nada.

—No lo sé, Billie —agregué, sentándome en la alfombra de felpa del vestidor.

Levantando el dobladillo de su elegante vestido, bajó y se sentó a mi lado.

—¿Qué pasó exactamente entre ustedes? —La miré—. Aparte del sexo —gruñó—. No necesito saber esos detalles.

Me mordí el labio inferior. Le debía la verdad.

—Tengo que decirte algo. —Empecé, sin dejar de observarla—. Puede que me odies.

El corazón me dio un vuelco en el pecho. Era mi hermana. La idea de perderla era insoportable.

La preocupación apareció en la expresión de Billie. Tomó mis manos entre las suyas y las apretó con fuerza.

—Nunca, jamás, te odiaré. Si cometieras un asesinato, te cubriría la espalda. Si quemaras el mundo entero, sería tu coartada y diría que no lo hiciste.

—Maté a papá. —La confesión fue apenas un susurro, pero podría haber sido tan fuerte como una bomba atómica.

Billie me miró confundida.

—¿De qué estás hablando? No, no lo hiciste. Estabas conmigo cuando se disparó el arma.

Me tragué el nudo en la garganta.

—No de esa forma. —Cada célula en mi cuerpo temblaba—. Después de la noche con Byron, me desperté y encontré a su padre, el senador Ashford, en la *suite* del hotel. —Un escalofrío me recorrió la espalda. Odiaba pensar en ello—. Quería que me fuera y que saliera de la vida de Byron. Al principio creí que estaba loco, pero luego se volvió más cruel y aterrador. Amenazó al hospital, jurando que destruiría todo lo que papá construyó.

La comprensión entró en la mirada marrón clara de Billie.

—Jesucristo, Maddy. Todo este tiempo, tú... ¿te has estado culpando?

—¿C-cómo podría no hacerlo? —balbuceé—. Si no me hubiera metido con Byron, papá aún estaría aquí.

—Mírame. —La voz de mi hermana era fuerte. Inquebrantable—. No. Lo. Hiciste.

—Pero...

—Repítelo, Maddy. O te juro por Dios que resolveremos este asunto a mi manera.

Me pasé la lengua por los labios.

—No lo hice.

—Así es. Ahora, ¿lo sabe Byron?

Solté un fuerte suspiro.

—Eso creía. Todos estos años, estaba convencida de que también jugaba conmigo y sabía lo que hacía su padre. —Excepto que, ahora que pensaba en todos los acontecimientos, algunas cosas no me cuadraban—. Pero antes, cuando dije algo sobre el hospital y su padre, pareció sorprendido. Luego prometió que lo recuperaría.

Billie me observó pensativa y casi pude ver cómo le daban vueltas las cosas en la cabeza.

—Si Byron tuvo algo que ver, no creo que le importaría si lo recuperas o no. —Asentí—. Y puede dar gracias a sus estrellas de la suerte porque si lo hubiera hecho, lo mataría. Le cortaría las pelotas.

Parpadeé, confundida.

—¿Por qué no estás enfadada conmigo?

—Porque no tomaste el hospital de papá. Amabas ese estúpido edificio tanto como él. Es como si esa maldita cosa fuera parte de ti. Igual que era parte de él.

Me ardían los ojos. Dios, nunca había entendido cuánto me conocía mi hermana. Probablemente mejor que yo misma.

—Te voy a extrañar mucho—murmuré, jalándola para abrazarla—. Tanto, maldición. Pero nos mandaremos mensajes y hablaremos. Y encontrarás tu felicidad, porque eres el ser humano más increíble en este planeta.

Su cuerpo tembló ligeramente mientras se reía.

—No iría tan lejos. No salvo a la gente, aunque soy bastante buena destruyéndola.

Me aparté, encontrando sus ojos.

—¿Todavía planeas irte mañana?

Asintió.

—Es lo mejor. Arregla las cosas con tu marido. Encuentra tu final feliz. Es probable que los últimos seis años hayan sido en vano. Estaba enfadada con él por embarazarte, no obstante, mentiría si dijera que sigo sintiéndome así ahora. No podría imaginar mi vida sin ese diablillo.

Sonreí, sintiendo el pecho mucho más ligero.

—Te quiero mucho, Billie.

Se levantó y me tendió la mano.

—También te quiero. Ahora, vamos a vestirme con uno de estos preciosos diseños.

Y eso fue exactamente lo que hizo.

Media hora más tarde, vestida con un precioso vestido Givenchy de satén en un pálido amarillo dorado, salí del dormitorio y me dirigí por el pasillo. Billie había salido de mi habitación para bajar las escaleras hace diez minutos.

Unas débiles voces salieron de la habitación de juegos de Ares y seguí el sonido. Encontré a Byron y Ares juntos en una seria discusión.

—¿Eran realmente tuyos? —cuestionó Ares con curiosidad, observando a Byron como si fuera el mismísimo Dios.

Byron estaba sentado en el suelo junto a él, con pantalones grises y camisa negra de botones. Ambos trabajaban atentamente en la colocación de los trenes y montañas con soldados a su alrededor.

—Lo eran —indicó mi marido con seriedad—. Eran mis juguetes favoritos. Así que cuando fui demasiado mayor para jugar con ellos, dejé que mis hermanos los usaran. Sin embargo, les advertí que, si no cuidaban bien a los soldados, les quitaría todo.

Me apoyé en el marco de la puerta y los observé.

—¿Así que hicieron un buen trabajo cuidándolos? —Curioseó Ares.

—Lo hicieron —confirmó Byron—. Tuve que vigilarlos un poco, pero por la mayor parte tus tíos lo hicieron bastante bien.

No pude evitar que todos esos sentimientos cálidos bailaran en lo más profundo de mi pecho al verlos juntos. Como debería haber sido siempre. ¿Había hecho mal en no volver a ver a Byron? Cuando lo vi en el hospital y me dijo que había perdido al bebé, quedé destrozada. Si bien era demasiado joven para tener un hijo, estaba devastada.

Nunca olvidé aquel momento en el hospital. La forma en que su pecho temblaba visiblemente. La forma en que contuve la respiración mientras lo veía alejarse. Aun así... no podía retroceder en el tiempo y buscarlo. No después de lo que había pasado.

—¿Mis tíos? —La voz de Ares era suave y pequeña, sus ojos muy abiertos mientras observaba a su padre—. ¿Porque te casaste con *Maman*?

La mano de Byron se acercó a la cabeza de Ares, el toque casi reverente.

—Sí, Ares, son tus tíos. Y tu familia. Tanto tuya como de tu madre.

No creía que hubiera vuelta atrás de esta caída libre. Ni siquiera quería volver de ella.

Solo lo quería a *él*. Ares, Byron y yo. Mi propio final feliz para siempre.

—Me agradas. —Sonrió Ares—. Eres igual que *grand-père*. *Maman* siempre dice que era el mejor papá.

Las palabras de mi hijo hicieron que me doliera el corazón, de una buena manera.

—No conocí bien a tu *grand-père*, pero por lo poco que supe, era un hombre muy bueno. Ayudó a cuidar de mis cicatrices.

Los ojitos de Ares se abrieron de par en par.

—¿Tienes cicatrices?

Byron le revolvió el cabello, con expresión suave.

—Sí, pero no duelen. Gracias a tu *grand-père* y a tu *maman*.

Se inclinó hacia delante y presionó un beso en la frente de Ares. Se me cortó la respiración y se me estrujó el corazón al ver a mi esposo así con él.

El gesto fue sencillo, aunque muy cariñoso.

Me aclaré la garganta y dos pares de ojos azules del mismo tono se encontraron con los míos.

—Hola, chicos —saludé suavemente—. ¿Estamos listos para cenar? Me muero de hambre.

Ambos sonrieron y se pusieron de pie rápidamente. Los iris de Byron eran pozos oscuros mientras recorrían mi cuerpo, dejando un rastro de fuego y hielo a su paso. Un escalofrío me sacudió el cuerpo y respiré entrecortadamente, esperando a que dijera algo.

—Estás impresionante, esposa mía.

Me acomodé un mechón de mi cabello salvaje detrás de la oreja.

—Gracias por el vestido, esposo.

Acortó la distancia que nos separaba en dos grandes zancadas y me rodeó la cintura con la mano.

Bajando la cabeza, acercó sus labios a los míos y murmuró:

—Dilo otra vez.

Sus palabras estaban impregnadas de desesperación. Sus pozos azules brillaban y solo quería ahogarme en ellos.

—Gracias por el vestido. —Respiré suavemente.

Me pellizcó suavemente el labio inferior.

—Eso no. La última parte.

Su voz era ronca. En sus ojos azules había verdades que me asustaba descifrar.

—Esposo —repetí, apretando mis labios contra los suyos.

Ares se movió entre nosotros y nos rodeó con sus brazos.

—Ahora somos una familia.

La satisfacción, oscura y perezosa, brilló en los iris de Byron.

—Sí, lo somos, hijo. Para siempre.

Para siempre.

Capítulo Cuarenta Y Cuatro

Byron



Cuando salí de nuestro dormitorio, dejando a mi mujer profundamente dormida en la cama, me encontré con mi cuñada. Iba camino a tomar un vuelo matutino, lista para emprender su aventura de su lista de cosas que hacer antes de morir, como me explicó Odette la noche anterior. Por lo poco que me contó, era evidente que le debía mucho a mi cuñada. Ayudó a criar a mi hijo y ayudó a su hermana a estudiar medicina. Por eso, siempre tendrá mi gratitud.

—Buenos días, Billie —saludé—. ¿Ya te vas?

Asintió.

—Odio las despedidas, y si veo la carita de Ares, puede que nunca me vaya.

Asentí en señal de comprensión. Acababa de conocerlo y odiaba marcharme cada mañana. De repente, la jubilación anticipada parecía una opción atractiva. Quería pasar mis días con nosotros juntos como una familia. Sin embargo, estaba claro que ella quería trabajar y estaba decidido a encontrar la manera de estar de acuerdo con ello. Podría ser el cuidador para que ella pudiera centrarse en su carrera. Ya podía imaginármelo, Ares y yo recogiendo cada día, contándole todas las cosas que hicimos.

—¿Quieres que te lleve al aeropuerto?

—No, gracias —contestó rápidamente—. Seguro que estás ocupado.

—Nunca estoy demasiado ocupado para mi familia.

Negó con la cabeza.

—No soy tu familia.

Sonreí. Cayó en mi trampa tan maravillosamente.

—Pero lo eres. Y has sido familia por matrimonio, incluso mucho antes que tu hermana. — Se tambaleó y mi mano salió disparada para sostenerla. Entonces le quité la maleta de la mano —. Nos dará tiempo para hablar.

—Esto parece chantaje —se quejó.

—Tómalo como quieras, querida cuñada.

Si bien me miró con desconfianza, no dijo nada más. Cinco minutos más tarde, estábamos en la parte trasera de mi coche, tomando nuestros cafés para el camino. Mi chofer atravesaba la ciudad en dirección al *Reagan National Airport*.

Me recosté en el asiento, estudiando a Billie. Las hermanas eran muy unidas, estaba claro, y la quería de mi lado; sin embargo, las miradas que me lanzaba de vez en cuando dejaban claro

que no estaba contenta conmigo.

—¿Cuáles son tus planes? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Aún no estoy segura. Los inventaré por el camino.

La idea de ir por la vida sin un plan amenazaba con producirme urticaria, pero me guardé el comentario.

—¿Cómo fue ver a Marco de nuevo?

Me lanzó una ojeada.

—¿Estás celoso? —se burló.

Mierda, ¿era tan transparente? Por desgracia, cuando se trataba de mi esposa, todos los celos y la posesividad afloraban, y era difícil controlarlos.

—Tal vez —contesté inexpresivo.

Billie me dedicó su primera sonrisa sincera.

—Seguro que tienes motivos para estarlo. —La niebla roja cubrió mi visión, que debió de captar porque se apresuró a añadir—: No, no porque le guste a mi hermana. Nunca lo ha considerado más que un amigo. Pero Marco no es más que un idiota persistente.

El rojo se desvaneció lentamente y me centré en sus palabras.

—Explícate. —Cuando me fulminó con la mirada, enfaticé entre dientes—. Por favor.

Ambas hermanas Swan serían buenas para nuestra familia. Eran normales cuando nosotros definitivamente no lo éramos. Exactamente lo que necesitábamos. Bueno, Odette era exactamente lo que yo necesitaba. No haría suposiciones sobre Billie y Winston.

—Marco siempre ha babeado alrededor de mi hermana —respondió finalmente—. Estaba allí después de cada ruptura, esperando y deseando que lo eligiera. Nunca lo hizo, y nunca lo hará, aun así, de alguna manera el tipo parece no entender el mensaje.

—Creía que estaba casado —mencioné con indiferencia.

—Oh, lo está. —Se recostó en el asiento, poniéndose cómoda—. Eso no significa nada. Si Odette diera la más mínima pista de que está interesada en él, dejaría a su mujer inmediatamente. Deberías haber visto cómo se le echaba encima cuando estaba en el hospital, olvidándose casi por completo de su mujer.

Me puse rígido y el entendimiento me atravesó como un relámpago. Mi mente trabajó enérgicamente, tratando de unir los puntos. «*La doctora que me resultaba familiar*». Por fin recordaba dónde la había visto. Estaba sentada en la misma mesa que Odette en aquel bar hace tantos años.

—¿En el hospital? —inquirí—. Esa doctora del hospital es la esposa de Marco.

Debió de darse cuenta de que se le había escapado, porque se enderezó y sus labios se afinaron con determinación.

Mi mirada se entrecerró. Siempre se me había dado bien leer el lenguaje corporal. Era útil para dirigir un negocio, sobre todo cuando había enemigos intentando derribarte en cada esquina. Y la postura y la expresión tensa de Billie me decían que no diría ni una palabra más sobre el asunto. Así que le hice un gran favor y cambié de tema, guardando la información para otro momento.

—Ares es mi hijo. —Solté la bomba y su atención se disparó hacia mí, con la confusión nadando en sus ojos. Aunque los tenía tan diferentes a los de mi esposa, había similitudes en sus gestos.

—¿Cómo lo sabes? —Su voz apenas superaba un susurro—. ¿Vas a llevártelo? —Se

inclinó, con mirada suplicante—. Por favor. Por favor, no lo hagas. La destruirá y...

—Nadie se va a llevar a Ares —aclaré con firmeza—. Y no estás haciendo las preguntas aquí, yo las hago. Quiero saber cómo ocurrió. —Sus cejas se alzaron y me miró como si estuviera loco—. Fui quien la llevó al hospital. La doctora me informó que Odette había perdido al bebé.

Tenía que escucharla decirlo en voz alta.

Mi cuñada se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Estaba llorando como Magdalena cuando llegué, diciéndome que creía que lo había perdido, pero luego Marco le dijo que el bebé estaba vivo, sano.

La inquietud me subió por la espalda.

—¿Y dijiste que Marco la visitó mientras estaba en el hospital?

Asintió.

—Sí, vio cómo la traían. Supongo que se había reunido con su mujer para comer. También debió de haberte visto, ¿no la llevabas en brazos por todas esas calles? —La agitación brilló en sus ojos mientras continuaba—. De todos modos, estaba tan enfadada, el desgraciado esperó horas para decirme que estaba allí. Me estaba volviendo loca en la habitación del hotel, esperándola.

Si mis sospechas eran ciertas, ese imbécil y su esposa serían historia por la mañana.

—¿Por qué estás rechinando los dientes? —preguntó Billie, estudiándome con curiosidad—. Es como si te estuvieras preparando para asesinar a alguien.

La expresión y las palabras de Billie me dijeron que no compartía mis sospechas. Tampoco mi esposa.

Me obligué a relajar la mandíbula.

—Quiero darte las gracias —declaré.

Sus ojos brillaron de sorpresa.

—¿Así que rechinabas los dientes porque quieres darme las gracias?

Solté una carcajada forzada.

—Quizá no estoy acostumbrado a darle las gracias a la gente.

Billie soltó una risita.

—Sí, te creo.

Mi mandíbula apretada se aflojó un poco y le dediqué una sonrisa sincera. Billie no se guardaba sus opiniones. Tampoco su hermana, aunque Odette era más sutil y tenía mejores modales. Probablemente debido a su profesión.

Billie era una persona diferente, no obstante, algo me decía que eso era lo que atraía a mi hermano.

—Quiero darte las gracias por cuidar de mi hijo y de tu hermana. —Mi tono era serio—. Tienes mi gratitud y estaré siempre en deuda contigo. Significa mucho para mí que ambos te tuvieran.

Billie agitó la mano con indiferencia.

—Son mi familia. Claro que haría cualquier cosa por ellos. Además, metí la pata bastante. Solo mira lo que pasó con esos diamantes. —Cuando levanté una ceja, la sonrisa de Billie se tornó tímida—. Bueno, fui quien los tomó. Obviamente.

Sacudí la cabeza. Jesucristo, esas dos hermanas eran uña y mugre. Mi esposa me hizo creer que había sido ella. No era que la hubiera rechazado de cualquier manera.

—Ya veo. Bueno, no lo tomaré en tu contra si no le dices a tu hermana que sé que Ares es

mío.

De alguna manera habíamos cerrado el círculo y vuelto a la fase de negociación.

Billie ladeó la cabeza, observándome, y pude ver cómo su mente elaboraba algo. ¿Qué? No podría decirlo.

—De acuerdo. —Aceptó—. Pero si vuelves a hacer llorar a mi hermana, te encontraré y te mataré. Te cortaré en pedacitos y esparciré tus restos por todo el mundo. —Bueno, eso fue bastante específico. Debió pensarlo mucho a lo largo de los años.

—¿Qué te ha dicho Odette? —Sinceramente, también me gustaría saber por qué Odette me alejó.

Se encogió de hombros.

—Mi hermana nunca me contó del todo lo que pasó entre ustedes. Eso es entre ustedes dos. Sin embargo, no lo será si la haces llorar otra vez. —Sus ojos se entrecerraron en mí—. Porque, no lo olvides, te mataré.

Me reí entre dientes.

—Tomo nota. Y ya que eres tan cordial, un consejo sobre mi hermano. —Las mejillas de Billie se tiñeron de rosa y desvió la mirada—. Le encantan los retos y, de alguna manera, creo que te has convertido en el suyo.

Pasamos el resto del trayecto en un silencio sorprendentemente apacible.



La idea me había estado rondando por la cabeza desde que dejé a Billie en el aeropuerto. A mediodía, ya había decidido cuál sería el regalo de bodas perfecto para mi esposa, por mucho que me costara.

Llamé a Kristoff. Era dueño de Baldwin International y tenía contactos en el sector inmobiliario internacional, entre otras cosas.

—¿Cómo va la vida de casado? —Fue su saludo.

—¿Cómo te enteraste?

—Winston le dijo a Royce. Royce me llamó. Teníamos una apuesta.

La sorpresa se apoderó de mí.

—¿Apuesta sobre qué? ¿Y desde cuándo eres un hombre que apuesta?

Se rio entre dientes.

—No podía dejar pasar la oportunidad de darle una lección a tu hermano y hacerlo perder cien mil dólares.

—Jesucristo, ¿de qué demonios era la apuesta?

—¿Qué harías que esa mujer se casara contigo en dos semanas —afirmó—. Royce dijo que necesitarías un mes. Pero, obviamente, te conozco mejor. Cuando te propones algo, te lo juegas todo. —Negué con la cabeza. Los dos eran idiotas—. ¿Y? ¿Cómo va la vida de casados?

Me encantaba, demonios, aun así, faltaba algo. Odette me daba su cuerpo libremente, no obstante, seguía conteniéndose. Se negaba a abrirse completamente a mí, y maldita sea, la necesitaba completa. La ansiaba.

—Es buena. Tengo un hijo.

—Wow, ese es un matrimonio rápido el que tienes en marcha. ¿Está en avance rápido?

Puse los ojos en blanco.

—Es una larga historia. Creo que alguien se metió conmigo. Pronto me encargará de él. — Una risita oscura sonó por la línea. Kristoff habría hecho lo mismo—. Necesito un favor.

—*Soy todo oídos. Pero si quieres al tipo muerto, llama a Morrelli.*

Me reí entre dientes.

—Si alguien va a matarlo, seré yo. Quiero comprar un edificio en la Riviera Francesa.

—*Dime tus requisitos.*

—Es simple. Tengo la dirección. Quiero toda la propiedad alrededor y ese edificio en concreto. Una vez fue un castillo.

—*Dame la dirección y veré qué puedo hacer.*

—Gracias. —Mi intercomunicador zumbó—. De acuerdo, el deber llama. El precio no es problema. Solo haz que suceda. Lo quiero lo antes posible.

—*Envíame la dirección por mensaje de texto* —repitió antes de colgar.

Otro zumbido a través de mi intercomunicador.

—¿Sí? —contesté mientras tecleaba la dirección del edificio.

—*Su hermano está aquí* —anunció mi secretaria.

Al pulsar el botón de enviar, dejé escapar un suspiro silencioso. Aquella mujer no sabía después de tantos años, que tenía tantos hermanos que era difícil llevar la cuenta. La jubilación sonaba cada vez más atractiva. O trabajar desde algún lugar soleado y cálido.

«*Como la Riviera Francesa*», susurró mi mente. No había podido olvidar las palabras de Odette. Quería criar a nuestro hijo como lo habían hecho con ella, después de que ella y su hermana se marcharan de Estados Unidos cuando eran niñas. De vuelta a *Villefranche-sur-Mer*. Sabía que Kristoff lo haría realidad. Sería el regalo de bodas perfecto para mi bella esposa.

—¿Señor? —La voz de mi secretaria me recordó que no era hora de soñar despierto.

—¿Cuál hermano? —cuestioné.

—Alessio. —La sorpresa me invadió. Mientras que mis hermanos estaban llenos de sorpresas, Alessio solía avisarme cada vez que me visitaba.

—Hazlo pasar. —No tardaron en llamar a la puerta.

La puerta se abrió y apareció Alessio, con su hijo Kol detrás.

—Hola, tío Byron.

—¡Hola, amigo! —Me levanté y me le acerqué—. Qué buena sorpresa. Te echaba de menos. Sonrió, soltó la mano de su padre y corrió hacia mí. Lo levanté y lo hice dar vueltas.

Abrió las manos.

—¡Soy un avión!

Me reí entre dientes.

—Y que buen piloto vas a ser. ¿Cómo van tus clases de piloto? —pregunté, bajándolo de nuevo al suelo.

Kol arrugó la nariz.

—Papá no me deja pilotear un avión de verdad.

—Y el mundo le está agradecido a tu padre por ello.

Mi hermano mayor, bueno, medio hermano, se dejó caer en la silla y se acomodó en ella.

—Dios, tienes las sillas más confortables que hay aquí. No sé cómo la gente deja tu oficina.

—A veces tengo que echarlos —comenté secamente—. No te esperaba.

Se encogió de hombros.

—Mi esposa se está reuniendo con Aurora. Estamos aquí para la cena familiar de pasado mañana. —Maldición, se me había olvidado—. Y déjame adivinar, lo olvidaste.

—Por supuesto que no lo olvidé. —La mirada que me dirigió me dijo que no me creía. Volví a sentarme y me pasé la mano por el cabello—. Sí, se me olvidó.

Sus labios se torcieron en una sonrisa.

—Y apuesto a que también sé por qué.

Me recosté en la silla del escritorio, estudiando a mi hermano mayor. Era difícil creer lo lejos que habíamos llegado en los últimos años. De no hablarnos, a estar más unidos de lo que jamás hubiera imaginado. El hermano gruñón se convirtió en un marido contento. Lo dejó todo por su mujer, y no parecía arrepentirse en absoluto.

—¿Y por qué es eso, mi todopoderoso y omnisciente hermano?

Me dedicó una de esas sonrisas de suficiencia.

—Tiene que ver con una mujer francesa muy específica.

Jesucristo, ¿cómo demonios lo sabía?

Pero de pronto me vinieron a la mente sus palabras de antaño. Fue durante una de mis visitas a su casa en Canadá. ¿Cuáles fueron sus palabras exactas? *«Apuesto a que una mujer en concreto también te está exigiendo que te mantengas alejado»*.

Quería que lo dejara en paz, y la mejor forma de hacerlo era golpearme donde más me dolía. Pero ¿cómo demonios lo supo?

—Déjame adivinar —dijo—. Te estás preguntando cómo sé de ella.

—Estaría bien saberlo —refunfuñé—. Teniendo en cuenta que solo la vio Winston, y apenas se acordaba de ella.

Alessio se rio entre dientes.

—No es precisamente olvidable, pero entonces Winston estaba ocupado enredándose con su hermana si no me equivoco.

Negué con la cabeza.

—Honestamente nunca te vi mucho como un acosador.

—Tenías que serlo en mi profesión o acabarías muerto. —Se refería a sus días en la mafia, traficando con drogas y armas a través de Canadá. Aunque como dije, esos días quedaron atrás.

—¿Cómo supiste de ella?

Alessio se encogió de hombros.

—Te vigilaba. Sinceramente, no la habría detectado, pero entonces fuiste y le diste una paliza al conductor que la atropelló.

—El maldito borracho casi la mata. —Solo de pensarlo se me formó un sudor frío bajo la piel. Nunca había estado tan aterrorizado en toda mi vida—. Tocó algo que no le pertenecía.

A mi hermano mayor no parecía molestarle el hecho de que hubiera dejado al hombre en coma. De acuerdo, podría haber perdido algunos dedos y su cara estaba casi irreconocible, pero casi mató a mi mujer. Y creí que había matado a mi bebé nonato.

—No tienes que justificarte ante mí.

Me burlé.

—Como si lo hiciera. —Mi hermano mayor había hecho mucho más que golpear a un imbécil aquí y allá—. ¿Alguna vez te arrepientes? —inquirí, cambiando bruscamente de tema. Cuando levantó la ceja en señal de interrogación, añadí—: ¿Te arrepientes alguna vez de haber dejado todos tus negocios para ser solo padre y esposo?

Ni siquiera dudó.

—Jamás.

Estuvimos un rato sentados en silencio mientras Kol se entretenía con el juego de trenes que

tenía a la mano precisamente para estas visitas. Aunque estaba justo delante de mi despacho, dejó la puerta abierta y su vocecita parlanchina recorrió el aire. Seguía alternando entre el inglés y el francés.

Algo así como mi propio hijo, ahora que lo pensaba.

Capítulo Cuarenta Y Cinco

Odette



De pie en el probador de la tienda de ropa de diseñador, observé mi reflejo y no pude reconocermme.

Hice el papel que él quería. Excepto que no era feliz. Este mundo no era para mí, pero me tragué mis protestas y quejas, porque me había vendido.

Jesucristo, me vendí.

Mi único consuelo era ver la cara de felicidad de Ares. Cada vez que luchaba contra el impulso de tomar nuestras cosas y volver a *Villefranche-sur-Mer*, observaba su rostro de felicidad. Ares no tardó en caer rendido ante los encantos de su padre. ¿Qué podía no gustarle?

—¿Qué le parece el vestido? —inquirió la vendedora.

Forcé una sonrisa.

—Es precioso.

Y realmente lo era. Sin embargo, atraía las miradas de todos hacia mí. Gritaba dinero, poder y esa vibra de “mírame”. Nada de eso era yo.

No sabía que Byron me había agendado una cita para que me viera una diseñadora supuestamente famosa. Me entraron ganas de mandarle un mensaje a mi hermana y pedirle que volviera. Pero no lo hice. En lugar de eso, sonreí y asentí, aceptando sonrisas exageradas y cumplidos.

Byron estaba sentado en el sofá del vestíbulo de la tienda, con un aspecto irritantemente *sexy* y entreteniendo a Ares. Había llegado a casa directamente de la oficina y nos había arrastrado hasta aquí. Su traje azul y su corbata estaban impecables, y sus ojos me espiaban de vez en cuando, como si quisiera asegurarse de que era halagada adecuadamente.

—¿Por qué estamos haciendo esto otra vez? —Hice una mueca. No quería que saliera tan aguda, pero estaba cansada y de mal humor. Billie estaría en el cielo en ese instante. Sin embargo, yo estaba en el infierno.

Sonrió con satisfacción, sin inmutarse por mi tono.

—Necesito saber que estás bien protegida, y debemos coordinar colores.

Puse los ojos en blanco.

—Algo parecido a la sangre suena bastante tentador ahora mismo.

—El rojo te quedaría hermoso, pero estaba pensando en el esmeralda.

A Byron le gustaba tener el control, lo sabía desde que lo conocí, aun así, elegir mi ropa era

exagerar un poco.

La diseñadora volvió con otro vestido y gemí.

—No más. Por favor, no más.

Se rio como si acababa de soltar el chiste más gracioso. Tenía la cabeza llena de cabello blanco y, a pesar de su color plateado, se movía sorprendentemente rápido. Era delgada y las pulseras que llevaba en la muñeca tintineaban con cada movimiento.

—Mi colección de primavera sería perfecta para ti —comentó, asintiendo para sí misma. Su ayudante la siguió con un estante de vestidos y ahogué un gemido. No tenía ninguna posibilidad de probármelos todos—. Con ese tono de piel y esa magnífica melena pelirroja, brillarás por encima de las demás.

Era exactamente lo que no quería, pero eso no parecía importar. Así que me limité a asentir y a sonreír con dolor. ¿En qué me había metido?

—¡Sí! —El sarcasmo goteó de esa sola palabra como helado derretido, mas la mujer lo ignoró a propósito. Suspiré, tratando de no empañar el humor de todos. Saqué el teléfono del bolso, tomé una foto del estante de vestidos y se la envié a mi hermana.

Yo: De compras con Byron y Ares. Te echo de menos.

Cuando levanté la cabeza, todos me miraban. Me encogí de hombros.

—Mi hermana es una fanática de la moda.

—El número verde sin tirantes será tu vestido. —Le brillaban los ojos—. Confía en mí. Tú salvas vidas. Yo salvo la moda.

Si bien la comparación no tenía sentido, no me molesté en señalarlo.

—De acuerdo, entonces, probemos ese primero —señalé, fingiendo una sonrisa. Quería acabar de una vez. Metí el teléfono en el bolso cuando me dio el vestido.

Byron y Ares seguían sentados en el sofá color crema y me dedicaban sonrisas alentadoras. Dios, los dos eran tan parecidos que resultaba aterrador.

Volví al interior del probador y, una vez que la puerta se cerró tras de mí, sentí que se me caía la cara mientras me frotaba las mejillas. Me dolían de tantas sonrisas falsas. Debería haber estado emocionada. En el fondo, era el sueño de todas las chicas, menos el mío, aunque, de alguna manera, me sentía atrapada.

Todo parecía fingido. Bueno, todo menos nuestra vida sexual. Pero nuestra relación no podía durar solo con la conexión física. Necesitaba más. ¿Crecería mi relación con Byron hasta convertirse en algo más que tensión sexual y química desbordante?

Mi atención se posó en el vestido esmeralda. Mejor me lo ponía. El verde era mi color favorito, así que quizás estaría bien. Salí del probador con el vestido sin tirantes y subí los escalones para colocarme en la plataforma frente a los espejos y contemplarlo desde todos los ángulos.

Cuando alcé la vista hacia el espejo, se me cortó la respiración. El vestido era del color del poder y la envidia. El rico tejido verde desprendía varios tonos brillantes. Por debajo de la cintura, el corpiño encorsetado estallaba en rosetas de tul en tonos esmeralda y musgo, que fluían hasta el suelo y se arrastraban tras de mí en una corta cola.

Los iris de Byron se cruzaron con los míos a través del espejo y mi corazón se agitó; el hambre en sus ojos era una forma apenas diluida de deseo. Me sostuvo la mirada tanto tiempo que mis rodillas flaquearon y mis mejillas se sonrojaron.

La niebla se extendió por mi mente, todo se desvanecía excepto nosotros y nuestro hijo. Como si estuviéramos en nuestra propia burbuja.

—¿Te gusta el vestido? —inquirió con voz grave.

Asentí y sus exuberantes labios se curvaron en una bellísima sonrisa.

—Es el indicado —le anunció a la diseñadora sin apartar la vista.

—*Maman*, pareces una princesa.

Los labios de Byron esbozaron una sonrisa sin esfuerzo, pero su mirada permaneció fija en mí.

—No, hijo. *Maman* parece una reina.

Capítulo Cuarenta Y Seis

Byron



Los días pasaban volando. Las noches aún más.

Y fue como si siempre hubiéramos estado juntos. Los tres.

Billie se fue con el dinero que le dio mi esposa, y sabía que Odette la echaba de menos. Si mi cuñada supiera que le habría dado diez veces esa cantidad, probablemente habría vuelto para cobrarla. Winston había desaparecido durante unos días, probablemente persiguiéndola, pero había vuelto para nuestra habitual noche de hermanos y me alegré por ello.

Toda la familia iba a venir a cenar esta noche. Bueno, excepto mi padre. Si había que elegir entre Kingston y mi padre, mi hermano siempre ganaba. Si Padre estaba cerca, Kingston no lo estaría. El senador Ashford, que nunca sería presidente, si pudiera evitarlo, se enteró de mi matrimonio leyendo el periódico al igual que la mayor parte del mundo. A los únicos que me molesté en llamar fue a mis hermanos.

Me estacioné delante de mi casa. Parecía que todo el mundo había llegado al mismo tiempo. Mis hermanos y sus cónyuges. Bueno, serían solo los cónyuges de Aurora y Alessio. Y ahora la mía. Kingston estaba aquí solo y Royce aún no había convencido a su mujer para que se casara con él.

En cuanto salí del coche, otro se estacionó. Se detuvo a apenas tres metros de mí con un chirrido de frenos, y maldije en voz baja. Era mi padre.

Busqué con la mirada a mi hermano menor, pero ya había desaparecido. A Kingston se le daba bien andar en las sombras, mientras que a mi padre le encantaba ser el centro de atención.

Las puertas del vehículo se abrieron de golpe. Mi padre se abalanzó sobre mí. Siempre perdía el control, mientras que yo nunca lo hacía. Bueno, casi nunca. Mi esposa era la excepción.

—¡Casado! —reviró—. ¡Casado, maldición! Pensé que te casarías con Nicki.

Entre otras muchas cosas, mi padre también deliraba. Incluso después de seis años, quería conectar nuestro apellido con los Popov. Prefería cortarme la verga a dejar que eso ocurriera. Además, no era más que un recuerdo nauseabundo, y la única forma de que eso ocurriera era que él se casara con ella.

—Pensaste mal. —Pasé junto a él y le di un beso en la mejilla a Aurora—. Hola, hermana. ¿Cómo te va? —saludé a Alexei, su marido, con una inclinación de cabeza; nunca le había gustado el contacto físico a menos que viniera de mi hermanita.

Esta última me guiñó el ojo.

—Esta cena será divertida —murmuró en voz baja. Sabía que habría preferido saltarse la velada y no ver a papá, sin embargo, era nuestra tradición familiar y había venido por nosotros. Por sus hermanos.

—Podemos seguir hablando en francés y fingir que no entendemos a tu padre —murmuró Autumn, la esposa de Alessio. Era francocanadiense—. Él hacía creer que entendía, pero no era así.

Siguió una ronda de risitas mientras nuestro padre seguía echando humo de rabia, esperando a que nos diéramos prisa y entráramos.

Luego choqué los cinco con Kostya.

—Hola, amigo. Cuánto tiempo sin verte.

Aurora puso los ojos en blanco.

—Nos viste hace tres semanas.

Sonreí.

—Como dije, mucho tiempo.

—¿Quién se muere de hambre? —Royce anunció—. Tengo tanta hambre que podría comerme un caballo.

—Eres un caballo, Royce. —Si bien mi padre era un maldito idiota, al menos los demás teníamos la suficiente cortesía como para no decírselo. Royce lo odiaba a muerte y ni siquiera se detuvo a prestarle atención mientras se dirigía al interior de mi casa.

—Preséntanos a tu esposa, Byron —pidió Royce, ignorando a Padre—. No puedo creer que otro Ashford cayó. Solo quedamos Winston, Kingston y yo.

No me molesté en corregirlo. Winston tendría que hacerlo él mismo.

—Padre, creo que dejé claro que esta cena era solo para hermanos. —Mi voz era tranquila, mas mi furia no. Le prometí a mi esposa mantener a mi padre alejado de ella, y era un hombre que cumplía sus promesas.

Agitó las manos de forma dramática, su cabello gris volando por todas partes.

—Les di a todos la vida. No lo olviden, demonios.

—Te hemos devuelto muchas veces tu donación de esperma —refunfuñé.

De repente, papá se agarró el pecho mientras sus rodillas se tambaleaban.

—Mi corazón —se quejó—. Mi médico me dijo que mantuviera bajos los niveles de estrés. Aurora, no sé cuánto tiempo más me queda. —Lo estudié con incredulidad. Este manipulador y loco hijo de puta.

Aurora extendió la mano de mala gana y sostuvo a nuestro padre por el codo.

—¿Deberíamos llamar a una ambulancia?

Padre negó con la cabeza.

—No, no, no. Solo necesito descansar un momento. ¿Podrías llevarme adentro? No quiero desplomarme en la entrada. ¿Te imaginas lo mucho que aprovecharía eso la prensa? El senador Ashford murió delante de la casa de su hijo mientras estaba adentro cenando con sus hermanos.

Mi hermana dejó escapar un suspiro exasperado. Aurora era valiente, pero también tenía un corazón blando. No le importaba nuestro padre, aunque tampoco le deseaba mal.

—De acuerdo. —Cedió. Me lanzó una mirada suplicante—. Déjame llevarte dentro un momento. —Luego, como si pudiera leerme la mente, añadió—: Solo un ratito.

«Maldición, maldición, maldición».

—Llévalo al bar. —Nadie entraba en esa habitación. Aunque hubiera preferido meterlo en el cuarto de limpieza, mi hermanita no lo aprobaría. Había límites que no nos permitiría cruzar,

aunque tampoco le importaba mucho nuestro padre.

Subimos las escaleras de mármol y entramos en el vestíbulo. Una música estridente retumbaba con un bajo que hacía temblar el candelabro. Alexei elevó una ceja y todos seguimos el sonido de la música. Fallé en recordarle a Odette que teníamos planes para cenar, y empezaba a arrepentirme. Le gustaba pavonearse por la casa con unos *shorts* cortos y una camiseta de tirantes. Normalmente no me importaba, sin embargo, no quería que nadie más la viera así.

Me detuve en la puerta de la sala, donde mi esposa solía pasar la mayor parte del tiempo, y me encontré con ella y mi hijo riendo, con una canción ridículamente alta a todo volumen por los altavoces *Bose*. Ares y Odette saltaban, bailaban y gritaban la letra de la canción. Miré la pantalla de mi sistema *Bose*. En ella aparecía *HandClap* de *Fitz and The Tantrums*.

Sonreí. La letra no estaba mal, no obstante, mi mujer y mi hijo la destrozaban.

Cuando los dos saltaron, todo el primer piso tembló con cada nota grave que sonaba en el equipo de música. Todas las almohadas estaban tiradas por el suelo, como si hubieran tenido una pelea de almohadas. Una de ellas estaba rota, con las plumas esparcidas por la alfombra. Era cómico.

—Padre, te dije que no. —La voz enfadada de mi hermana vino de detrás de mí, y me di la vuelta para encontrar a papá y a Aurora de pie a unos centímetros de distancia. Lo fulminé con la mirada mientras Aurora me regalaba una disculpa silenciosa.

—Se siente mejor. —Articuló.

Imagínate eso. De repente, estaba curado. Esa víbora manipuladora.

Apreté los dientes, con ganas de arremeter, pero no quería parecer cruel delante de mí nueva esposa y mi hijo. Mis hermanos sabían quién y cómo era nuestro padre, mas con mi hijo sería diferente. Solo proyectaba bondad y amor, porque así lo habían criado mi esposa y Billie.

Mi padre me ignoró, sus ojos estaban clavados en mi nueva familia mientras lucía como si lo hubieran golpeado.

Así que, con la mandíbula apretada, le di la espalda a mi padre y me centré en lo bueno de mi vida.

Odette saltó de arriba a abajo y di gracias a todos los santos de que llevara sujetador, porque si no tendría que dejar ciegos a mis hermanos. Traía puesto un vestido negro de gasa de diseñador con tirantes plateados que hacían juego con su nuevo par de botas *Gucci*. A pesar de nuestro arreglo forzado, para ella, no para mí, mi esposa estaba radiante. Parecía sana, descansada y feliz.

«¿Pero lo era?», reflexioné. Era difícil saberlo.

Royce soltó una suave risita a mi lado. Aurora sonrió, viendo bailar a mi familia. ¿Eran *sexys* y sensuales los movimientos de mi esposa? Probablemente no, aunque seguía consiguiendo ponerme la polla dura. Incluso después de una semana de tomar su cuerpo cada noche, no podía saciarme de ella.

—Baila como si estuviera en un trampolín —criticó papá, claramente disgustado. Siempre podía irse. Sabía dónde estaba la puerta.

No podía importarme menos cómo bailaba, siempre y cuando esas sonrisas y felicidad permanecieran en sus rostros. Tenía la cara sonrojada y el cabello rojo se agitaba en el aire mientras sujetaba a Ares.

Mi pecho se calentó, la sensación nadando a través de mí.

Eché la cabeza hacia atrás y se rio a carcajadas, mientras la sonrisa de Ares iluminaba la sala. Era la mejor sensación del mundo verlos felices.

Mi esposa dejó de saltar.

—Necesitamos agua. ¿Verdad, amigo? —Sonaba sin aliento.

Asintió y ella se dio la vuelta. Cuando nos vio, se puso rígida de inmediato.

—¿Se divierten? —Sus ojos se movieron de un lado a otro, con esa sonrisa feliz aún congelada en su rostro. Estudió lentamente a mis hermanos: Winston y su malhumor, Royce y su sonrisa, mi hermanita y su familia... hasta que sus ojos se posaron en mi padre. Cualquier rastro de felicidad en su rostro se borró.

Alisándome la mano sobre el chaleco, me acerqué al equipo de música y lo apagué. La música se detuvo y el silencio que siguió fue ensordecedor mientras permanecía congelada con Ares en brazos.

—¡Jesucristo!, esto parece un zoológico —clamó Padre.

Ignorándolo, me acerqué a mi esposa. Me incliné y le besé la mejilla, observando cómo subía el color en su piel de porcelana. Luego me giré hacia Ares y le alboroté el cabello.

—Hola, amigo. ¿Has cuidado bien de tu madre hoy?

Los ojos de mi hijo se desviaron por encima de mi hombro y luego volvieron a mirarme, antes de asentir.

—Recuerda, esta noche es nuestra cena familiar —anuncié con frialdad—. Mi padre decidió invitarse a sí mismo ya que es un mal perdedor.

Parpadeó, su atención se desvió hacia mi padre y luego hacia mí.

—Supongo que no me di cuenta de que te referías a *toda* tu familia.

De repente me di cuenta del malentendido. Le dije que íbamos a tener una *cena familiar*. Lo entendió como que seríamos solo nosotros tres. Mentiría si dijera que no me hizo feliz. Si ya nos consideraba una familia, íbamos por buen camino.

—Vamos, déjame presentarte a mis hermanos aparte de Winston, a quien ya conoces. —La llevé hacia donde aún estaba parada mi familia—. Bien, la más joven y probablemente la más simpática es Aurora.

Mi hermana no perdió el tiempo, los envolvió a ambos en sus brazos.

—Bienvenidos a la familia. Por muy jodida que sea, algunos estamos bien.

Odette me miró, probablemente preguntándose si Aurora estaba bromeando. Por desgracia, no.

—Encantada de conocerte. —Odette movió a Ares en su cadera. Era demasiado grande para estar cargado, no obstante, por alguna razón, se negó a dejarlo ir—. Este es mi hijo. Ares.

Aurora levantó las cejas. Quizá debí haberles advertido a todos. A su favor, mi hermana no hizo ningún comentario. Menos mal. La última vez que habíamos tenido esta conversión, todos pensábamos que era el hijo de Winston.

En lugar de eso, pasó adelante a Kostya.

—Este es nuestro hijo, Kostya.

Odette sonrió y le tendió la mano.

—Encantada de conocerte. Me encanta tu nombre. —Kostya balbuceó algunas palabras en ruso, con una amplia sonrisa—. *Hmmm*, te enseñaré francés, y puedes enseñarme ruso.

Siguió una ronda de risas, y de repente supe, no es que lo hubiera dudado, que mi esposa no tendría ningún problema para encajar en mi familia.

Al ver a otro chico, Ares se zafó del abrazo de su madre y se deslizó por su cuerpo. Mientras los dos empezaban a susurrar, Aurora se giró hacia el hombre que estaba a su lado.

—Este es mi esposo, Alexei.

Odette sonrió y le tendió la mano.

—Encantada de conocerte.

Esta vez me puse rígido. Era imposible que supiera que Alexei no tocaba a la gente. Durante unos incómodos segundos, su mano quedó en el aire, pero fue lo que ocurrió a continuación lo que hizo que todo el mundo se quedara boquiabierto. Alexei le tomó la mano y se la estrechó.

—Doctora Swan, encantado de conocerla.

Mi cuñado se acababa de convertir en mi persona favorita de todos los tiempos en este planeta.

—Bien, mi hermano mayor y su esposa. Alessio y Autumn. —Alboroté el cabello de mi sobrino—. Y este chico es un futuro piloto y artista. Kol.

Odette les estrechó la mano y luego se inclinó, apoyando la mano izquierda en la rodilla y ofreciéndole la derecha a Kol.

—Encantada de conocerte, Kol. No puedo esperar ver tus obras de arte. —A mi sobrino se le iluminaron los ojos y asintió. Cambió al francés y añadió—: *Y quizás algún día puedas llevarme a volar alrededor del mundo. Seguro que serás el mejor piloto.* —Temí que mi esposa hubiera conseguido un nuevo admirador para toda la vida, porque mi sobrino brilló como una bombilla de cien vatios—. *Tú y Kostya tienen la edad de Ares. Creo que los tres se llevarán bien.*

Los tres chicos salieron del círculo de adultos y se dirigieron a mirar los trenes que Ares tenía tirados por toda la sala.

Era el turno de Royce y, por supuesto, la envolvió con su voluminoso cuerpo.

—Cuidado, hermano —advertí—. No te hagas ilusiones.

Se rio entre dientes.

—No te preocupes. Tu esposa está a salvo conmigo. —Dio un paso atrás y su mirada la recorrió—. Es una lástima que lo hayas visto primero. Creo que tú y yo seríamos más compatibles.

A mi esposa se le escapó una risa ahogada, y gruñí de inmediato. El carácter despreocupado de Royce siempre atraía a las mujeres, y nunca había sentido celos de él. Hasta ese momento.

—Estás casada conmigo, así que no te hagas ilusiones —le recordé.

Hizo un gesto con la mano.

—Fácilmente remediable. Podemos deshacernos de él. —Le guiñó a Odette.

—Pero me agrada Byron. —La voz de Ares atrajo la atención de todos hacia él—. No quiero deshacerme de él.

Royce observó a mi hijo con una expresión indescifrable, su mirada se dirigió a mí, luego de nuevo a mi hijo, antes de que una amplia sonrisa apareciera en su rostro. Se arrodilló y extendió la mano.

—Ares, ¿verdad? —Mi hijo asintió sombríamente, su mano empujando en la mía—. Creo que tienes razón. No queremos deshacernos de él. A mí también me cae bien. —Sonrió—. Es mi hermano, así que me gusta hacerle bromas.

Vacilante, estrechó la mano de mi hermano, y mi pecho brilló tanto que casi dio energía a toda la capital corrupta.

Llegó el momento de la presentación de mi padre y, al instante, los iris de Odette se volvieron tormentosos. Sus labios se afinaron y juré que el desprecio se reflejó en su expresión.

—Y este es mi padre. —Lo presenté—. El Senador George Ashford, quien no debía estar aquí.

El disgusto se hizo evidente en mi voz, aunque no disuadió en absoluto a mi padre. Imbécil

egoísta.

Para mi sorpresa, Odette no se movió. No sonrió ni extendió la mano como había hecho con Alexei. No dijo nada.

Esperó. No estaba seguro de qué, mas la tensión llenaba el espacio y, de repente, tuve una sensación incómoda.

Un susurro en el fondo de mi mente me advertía que mi esposa ya había conocido a mi padre.

Capítulo Cuarenta Y Siete

Odette



Desde el momento en que Byron propuso su matrimonio de conveniencia, supe que en algún momento volveríamos a cruzarnos. Incluso con la certeza de Byron de que no lo traería por aquí, sabía que era inevitable que nos cruzáramos con su padre.

Los ojos del senador se volvieron fríos al evaluarme, pero me negué a moverme. No sería quien diera el primer paso. Por lo que a mí respectaba, el senador Ashford podía caerse muerto y no movería un dedo. Al diablo el juramento hipocrático.

—Doctora Swan.

El pulso se me aceleró mientras el corazón me latía con tanta fuerza que temí que me explotaría como confeti rojo en el pecho. ¿Por qué estaba tan ansiosa? No tenía nada que ocultar. No había hecho nada malo. Sin embargo, este hombre, por otro lado, había empezado a darme cuenta de que había hecho mucho mal. Y no solo a mí y a mi familia, sino a través de su posición en la política. El mal se desprendía de su repulsiva presencia y me erizaba la piel.

—Senador —saludé entre dientes. Todavía no había extendido la mano para estrecharla. No quería tocar a la serpiente. Incluso después de seis años, sus palabras escocían. Incluso después de seis años, su amenaza mientras yacía asustada e indefensa en el hospital, porque a este hombre le daba igual golpear a la gente cuando estaban más vulnerables, seguía estando fresca.

Los de su clase y la mía no se mezclaban. Tenía razón. Porque los de su clase estaban podridos hasta lo más profundo.

El senador me extendió la mano y la sostuvo para que la tomara. No hice ademán de hacerlo. No perdonaba y no olvidaría. Y definitivamente no fingiría que nunca había pasado nada entre nosotros.

Al cabo de unos instantes, se metió las manos en los bolsillos y me observó con indiferente insatisfacción. Como si fuera una mota de tierra bajo su bota. Como si nunca me hubiera hecho daño. Como si no me hubiera quitado algo precioso. Mi oportunidad de ser feliz. La oportunidad de mi hijo de tener a sus dos padres juntos.

«*Mi padre*», pensé, sintiendo la tristeza familiar que se colaba en mi corazón.

—La cena está lista —anunció Maria, la cocinera de Byron.

Byron me agarró de la mano, luego la de Ares y nos condujo al comedor formal mientras los demás nos seguían detrás. La tensión llenaba la mansión y, por primera vez desde que Byron nos trajo aquí, odié este lugar.

Todo por su culpa. Su padre.

—¿Estás bien? —susurró Byron.

Asentí. A esas alturas, estaba segura de que Byron realmente no tenía ni idea de lo que su padre había dicho seis años atrás. O lo que había hecho.

Y en este miserable momento, estaba tan enfadada, tan alterada, que quería arremeter contra el senador Ashford y hacerlo sufrir. Hacerlo pagar, como me lo hizo a mí. Me quitó a mi padre. Quizá no físicamente, pero lo llevó a quitarse la vida. El senador George Ashford necesitaba probar su propia medicina en este universo retorcido.

—Bueno, podemos aprovechar esta cena para celebrar su matrimonio —afirmó Aurora mientras Maria se apresuraba a colocar otro cubierto para el invitado no deseado. Cuando terminó, nos sentamos todos. Aurora era bella, con el cabello oscuro y los ojos aún más oscuros. Su aspecto contrastaba con el de su marido tatuado, con sus desconcertantes iris azul pálido y su cabello rubio tan brillante que casi parecía pálido. Sin embargo, lo dudaba. En New Orleans, vi a otros dos hombres que se parecían a él y tenían el mismo tono de pelo.

—Es una idea excelente —acordó Byron—. Winston y Billie, la hermana de mi esposa, fueron los únicos que asistieron a la ceremonia, así que esto lo compensará.

—¿Dónde está Billie? —Winston me preguntó.

Me encogí de hombros.

—Persiguiendo su sueño. —Era su momento, y por los mensajes de Billie, estaba claro que no quería que le dijera a nadie dónde estaba.

Por la mirada de Winston me di cuenta de que sabía algo. No es que esperara que me lo revelara.

Sacaron la comida y la conversación se detuvo. Byron llenó el incómodo silencio con temas seguros. Deporte. Los niños. *Incluso el clima*. Mientras tanto, la atención de su padre no se apartaba de mí. Kostya, Kol y Ares estaban sentados uno junto al otro, ajenos a la tensión que bailaba en el aire. Empujé la comida en el plato, ignorando al hombre de los ojos fríos, y apenas presté atención a la conversación. Me sentía fuera de mi elemento.

—Byron dice que eres cirujana. —Royce dirigió su pregunta hacia mí, tratando de meterme en la conversación.

—Sí.

—¿Dónde ejerces?

—Pasé el último año en Ghana con la ONU, ofreciendo asistencia sanitaria a través de una de sus organizaciones. Puede que hayas oído hablar de ella, es la Organización Mundial de la Salud.

—Vaya, eso es impresionante —declaró Aurora. Me encogí de hombros—. ¿Y todo eso lo hiciste con tu hijo a tu lado? ¿O tu familia se quedó con él en Estados Unidos?

Bajando la vista a mi plato, contesté.

—Mi hermana me ayudó. Vino con mi hijo y conmigo. Mis padres están muertos.

El resentimiento crecía en mi alma, lento pero seguro. Trajo de vuelta el odio y la amargura hacia el hombre que había llevado a mi padre al suicidio. Una parte de mí quería hacerlo pagar, castigarlo, para que sintiera el dolor de una pérdida así, igual que mi hermana y yo.

—¿Estás trabajando ahora? —Royce cuestionó, casi como si pudiera sentir mi enojo—. Quiero asegurarme de que, si alguna vez necesito cirugía, la hagas tú.

Sacudí la cabeza, me llevé el agua a los labios y bebí un sorbo. Volví a dejar el vaso sobre la mesa.

—No, todavía no. Estoy hablando con la directora del Hospital George Washington para una

posible oportunidad. Aun así, como ahora somos familia, no podría operarte de todos modos. Perdería mi licencia.

Por el rabillo del ojo, vi y sentí, que Byron se ponía rígido. No le había dicho que había vuelto a saber de Marco. El hospital George Washington me hizo una oferta para unirme a su equipo quirúrgico de emergencia, por recomendación de la esposa de Marco. Comprobó mis credenciales y habló con mis contactos de la OMS y la ONU. Resultó que estaba ansiosa por tenerme en su equipo, aunque yo estaba dando largas a mi respuesta final.

—No creo que tengas problemas para conseguir trabajo —afirmó Alexei con frialdad. Dios, aquel tipo podía dar miedo. En su mirada azul pálida se escondían secretos inquietantes. Sospechaba que aquel hombre no había tenido una vida fácil.

—Estoy de acuerdo —convino Alessio—. Con tu experiencia formándote con la Organización Mundial de la Salud y la ONU, los hospitales se pelearán por ti.

Les dediqué una sonrisa tensa. Ninguna de las oportunidades me entusiasmaba. Había soñado con trabajar en el hospital de mi padre desde que era pequeña. Incluso antes de mudarnos a Francia.

—Podríamos utilizar su trabajo en la ONU en nuestro beneficio —añadió el senador. Mi cabeza se giró hacia él, mis ojos chocaron con los suyos—. Mi campaña de reelección está a punto de empezar. —¿Hablabas en serio? La ira rebotó por el comedor, jugando al *ping-pong* entre el Senador idiota y yo—. Después de todo, no tiene otras conexiones políticas.

Me puse en pie rápidamente, con la ira desatada en cada célula de mi cuerpo. Busqué con la vista a mi hijo, y lo encontré mirándome con los ojos muy abiertos.

—¿Está hablando en serio? —siseé, con las manos golpeando la larga mesa y haciendo sonar los cubiertos. *Nunca* perdía mi temperamento. Podía significar la vida o la muerte cuando se trataba de mi profesión. No obstante, el descaro de aquel tipo era incomparable. Al notar la expresión de asombro de mi hijo, inhalé un suspiro tranquilizador y me obligué a sonreír—. Cariño, ¿puedes ir a jugar con tus trenes? Mami te subirá la cena.

Los ojos de Ares se desviaron antes de posarse en Kostya y Kol. No quería dejar a sus nuevos amigos.

—Kostya, chico, ve con tu nuevo amigo y con Kol —ordenó Alexei, y le ofrecí una sonrisa de agradecimiento.

En el momento en que desaparecieron de mi vista y el sonido de sus piecitos se desvanecieron, volví a dirigir mi ira contra mi nuevo suegro.

—Ahórreme su mierda santurrona, doctora Swan —cortó—. Todo el mundo está en venta.

Me ardían las mejillas, la furia me recorría las venas. Lo peor era que no podía rebatirlo, porque me había vendido a Byron. Para salvar a mi hijo, a mi hermana y a mí misma. ¿Había compartido Byron ese detalle con su padre?

—Hombres como usted no deberían ocupar puestos de poder —reviré. Mis oídos zumbaban con la rabia que me corría por las venas—. No utilizaré, bajo ninguna circunstancia, mi nombre ni nada sobre mí para su maldita campaña.

—Todos los miembros Ashford...

Todos me miraron atónitos mientras lo interrumpía.

—Use mi nombre, o el de mi hijo, y le advierto que me aseguraré de que el mundo sepa exactamente cuál es mi postura sobre usted. —Mi cuerpo hervía con la rabia que sentía recorrer mi espalda.

El senador Ashford no parecía preocupado. Se inclinó hacia atrás y levantó el vaso, del cual

bebió un trago.

—¿Y cuál es esa?

—Que nunca votaría por usted, para empezar. Si su reelección dependiera de un solo voto, el mío, perdería. Nadie necesita su maldita corrupción.

Se rio. *Se rio*, joder.

—Menos mal que no eres americana, entonces. Tu voto no cuenta.

—Parece que no hizo su tarea la primera vez que me amenazó. —La rabia era una poderosa descarga de adrenalina, aunque también la mejor manera de meter la pata—. Tanto mi hermana como yo nacimos en Estados Unidos, senador imbécil. —Royce empezó a aplaudir, sin embargo, estaba demasiado enfadada para darle importancia.

—*Baby*, no te alteres. Me encargaré de esto —intervino Byron, y tuvo exactamente el efecto contrario. Me hizo ver rojo.

—¿Alterarme? —gruñí—. ¿Hablas en serio? Estoy más allá del punto de estar alterada. Este hombre está loco y es destructivo.

El senador Ashford se burló.

—*Esta* es la razón por la que eres inadecuada, como lo eras entonces. Por eso ciertas personas no pertenecen a nuestra familia.

Por un momento, sus ojos se desviaron hacia Alexei y no me cupo la menor duda de que el senador Ashford tampoco lo aprobaba. No es que a Alexei le importara una mierda. Tenía la sensación de que el hombre podría partirle el cuello a su suegro y no perdería el sueño por ello. ¡Bien por él!

Me mofé, a pesar de que esta conversación estaba empezando a desviarse hacia un terreno peligroso.

—Nadie cuerdo querría formar parte de su jodida familia.

Y con eso, dejé la habitación y a todos los Ashford detrás de mí.

Capítulo Cuarenta Y Ocho

Byron



Mi mujer desapareció y la tensión aumentó mientras repasaba todo lo que se había dicho. Estaba claro por su reacción que mi padre había hecho algo. Algo terrible.

Agarré con fuerza el vaso y me sorprendió que no se hiciera añicos. Tuve que tomarme un segundo para tragarme la rabia ardiente y no abalanzarme sobre la mesa y retorcerle el cuello a mi padre. ¿Podría ese desgraciado dejarnos en paz a cualquiera de nosotros para vivir nuestras vidas sin entrometerse constantemente?

Si bien mis ojos recorrieron la mesa, mis siguientes palabras solo iban dirigidas a mi padre.

—Nadie le faltará al respeto a mi esposa. —Entonces entrecerré los ojos hacia el hombre que me había dado la vida, para mí y mis hermanos, era un perfecto desconocido—. Me importa un demonio que seas mi padre. Si vuelves a hablarle así a mi esposa, acabaré contigo —declaré con calma—. Tu carrera habrá terminado antes de que puedas decir “jódete” —Era la única advertencia que recibiría—. Ahora me vas a contar lo que hiciste. —Mi voz era más fría que las temperaturas polares—. Y descubriré si estás mintiendo —advertí.

Mis palabras tuvieron el efecto deseado. Mi padre se movió incómodo, tosió y se rascó la oreja.

Winston no se molestó en moverse, sino que agarró su vaso de agua. Royce miró a nuestro padre con asco. Aunque la cara de Alexei no reflejaba nada, sabía que nuestro padre no le importaba.

Hubo un largo silencio mientras esperaba. Las mejillas de mi padre se enrojecieron y su pecho se hinchó. Ese desgraciado era tan egoísta que ni siquiera observó a Ares. Si lo hubiera hecho, se habría dado cuenta de que tenía otro nieto. Pero nunca estuvo cerca de nosotros cuando éramos niños para recordar nuestro aspecto. Incluso en ese momento, apenas le dedicaba una mirada a Kostya.

Después de que ayudara a Alessio, su hijo ilegítimo, a recuperar a Autumn, pensé que por fin había visto el error de sus actos.

No obstante, me preguntaba si también lo hizo con un motivo oculto. Nunca entendí por qué Kian estaba en Afganistán por encargo de mi padre, pero sabía que no me daría una respuesta sincera. Y Kian no traicionaría la confianza de un cliente.

—No preguntaré de nuevo, Padre. ¿Qué has hecho?

Se rechinó las ruedas.

—Le advertí, eso es todo.

Apreté la mandíbula. Un ardor irradiaba en mi pecho.

—¿Cuándo? —gruñí.

Se reclinó en la silla, en mi maldita casa, y me dedicó una sonrisa socarrona. La que todos sus hijos conocían. La que ponía cuando nos utilizaba para conseguir lo que quería. Por él habían secuestrado a mi hermano menor y lo habíamos llorado durante dos décadas, sin saber si estaba vivo o muerto. No podía ni imaginarme el maltrato que sufrió Kingston. Lo perseguiría el resto de sus días.

¿Aprendió mi padre la lección?

¡Demonios, no!

Golpeé la mesa con la mano y, por segunda vez en la noche, los cubiertos y el cristal sonaron.

—¡He preguntado *cuándo*, maldición!

Mi hermana se limitó a negar con la cabeza y solté una carcajada amarga. La verdad yacía justo bajo la superficie, mientras me daba cuenta poco a poco de lo que esto significaba. ¿Cómo pude ser tan estúpido? ¿Tan ciego? Por *supuesto* que mi padre fue la razón de la maldita agonía de todos aquellos años.

—¿Qué usaste contra ella?

—Estás pensando con tu verga, hijo, y...

Se me aceleró el pulso y se me entrecerró la vista.

—¡No! —bramé—. Eres el que lleva décadas pensando con tu verga, destruyendo a todo el que se cruza en tu camino, hijo de puta sediento de poder.

Una sonrisa siniestra levantó la comisura de sus labios.

—Y eres como yo.

—Estás delirando, Padre —respondió Aurora, mirándolo con odio—. Y ni siquiera mereces ese título. Eres un extraño para nosotros. Creía que habías empezado a hacer las paces, pero en realidad solo intentas encontrar la mejor manera de utilizarnos a tu beneficio. A todos nosotros.

—Sobre mi cadáver —espeté fríamente—. No habrá más de eso. Está claro que no tiene escrúpulos, senador Ashford. Está dispuesto a destruir a su familia para su propio beneficio.

—¿Cómo pudiste costarle a Byron su propio hijo? —siseó Aurora.

Padre agitó las manos en el aire, como si no fuera para tanto.

—No sabes si es su hijo. Esa chica es francesa. Se pavonean por ahí.

Mis fosas nasales se ensancharon y miré fijamente a aquel desconocido a través de una niebla de furia roja.

—¿Qué demonios sabes? —bramé—. Estás destruyendo esta familia tú solo.

—Soy tu padre. Recuérdalo.

Miré a los ojos del hombre quien era prácticamente un extraño para mí. Un donante de esperma. Sin embargo, yo no sería eso. Sería una parte importante de la vida de mi hijo. *Debería* haber formado parte de su vida durante todos estos años.

—Ya oí suficiente —pronunció Aurora, poniéndose de pie—. Y te preguntas por qué tu hijo menor no quiere saber nada de ti. —Sacudió la cabeza, con los labios curvados por la decepción hacia nuestro padre.

Estaba totalmente de acuerdo con el sentimiento.

—¿Qué. Hiciste? —inquirí, con voz extrañamente calmada. Uno de mis empleados de cocina se acercó y me tendió un vaso de *whisky*. Lo agarré y me lo llevé a los labios—. Y no olvides

que tengo una forma de validar tu historia.

La tensión tiraba de mis músculos. Sofocaba el aire. Las imágenes de Odette seis años atrás jugaban en mi mente: la sala de examinación número cinco, nuestra primera noche juntos, el día siguiente, el terror cuando la vi sangrando en la calle, aquellas horas en las que la sostuve de la mano en el hospital.

Mis hermanos contuvieron la respiración. Sabía que algo malo iba a pasar. Lo sabía, demonios.

—Mi colega del Deutsche Bank movió algunos hilos y ejecutó el préstamo del hospital de su padre.

Aunque mi esposa lo había insinuado, las palabras de mi padre me golpearon como un puñetazo en el pecho y perdí el control. No era de extrañar que se mostrara tan desconfiada conmigo. Tal vez incluso me odiaba. Desde luego, no me soportaba cuando volvimos a encontrarnos. De repente, su ira después de pasar la noche juntos tenía sentido. Mi padre destruyó a su querida familia. Mi mente ya estaba atando cabos; no hacía falta ser un genio para darse cuenta. Según la información que obtuve, su padre se suicidó poco después de que Odette y yo pasáramos la noche juntos.

Mi agarre se tensó y el cristal que tenía en la mano se hizo añicos. Me invadió una furia como nunca la había sentido antes, que encendió mi ira.

Dejé escapar una carcajada sin gracia mientras me levantaba. Debería haber sabido que llegaría tan lejos como para destruir algo tan puro. Tan bueno. Después de todo, ya lo había visto muchas veces. Pero, aun así, conseguía impactarme cada maldita vez. Debería darme vergüenza por darle más crédito del que merecía.

—Bueno, Padre. Permítame corresponderle el favor. Ahora también estás en bancarrota. —Me aseguraría de ello. Y todos sus donantes serían cosa del pasado—. Ya sabes cómo salir de mi casa. Nunca vuelvas. —*O de lo contrario* colgaba en el aire.

Con eso, fui en busca de mi esposa.

Capítulo Cuarenta Y Nueve

Odette



Me temblaban las manos de rabia mientras subía las escaleras.

Como si fuera una señal, un trueno atravesó las nubes y un fuerte viento azotaba las ventanas. Imitaba mi agitación interior. El rugido de ellos sacudía el cielo, aun así, gracias a Byron teníamos un refugio sobre nuestras cabezas.

No sabía si dejar que mi corazón lo amara o lo detestara. A *él* y a toda su familia, pero especialmente a su padre.

El pulso me retumbaba con fuerza en los oídos ante la audacia de aquel maldito hombre. La rabia hervía a fuego lento en mi sangre, años de culpa y reproches amenazaban con desbordarse y crear caos. En mi mente se reproducían imágenes del cadáver de mi padre, la forma en que su cuerpo se desplomó, con la sangre brotando de su cráneo, mientras se aferraba a esa única fotografía.

El senador Ashford lo había llevado al suicidio. No obstante, también tuve la culpa. Nunca debería haber tocado a alguien como Byron. Rezumaba poder, riqueza y, sobre todo, crueldad. Pero, de nuevo, tal vez fue exactamente eso lo que me atrajo a él.

En cuanto entré en la habitación de mi hijo, sentí un gran alivio. No se había dado cuenta de mi presencia, ni sus nuevos amigos. *Familia*, debería decir. Estaban jugando con los trenes, charlando entre ellos. Solté un suspiro tembloroso, tratando de calmar mi acelerado corazón, y me apoyé contra la puerta.

Esto era lo que necesitaba para aceptarlo todo: ver a mi hijo feliz.

Cerré los ojos, inhalando profundamente y deseando paz. La que se me había escapado desde que el senador Ashford me despertó en la habitación de Byron aquella mañana. Los recuerdos me punzaban la piel. El remordimiento, o algo parecido, bailaba en mi alma. ¿Se iría algún día?

—No estamos todos jodidos. —Una suave voz de mujer me hizo abrir los ojos. Me limpié las lágrimas de las mejillas, esperando que no viera el tormento que tanto me costaba enterrar. La hermana de Byron y la esposa de Alessio me observaban con una mirada demasiado sabionda. Mi atención se desvió hacia detrás de ellas, hacia el pasillo, donde sus esposos parecían estar inmersos en una conversación—. Mi padre ha hecho tantas cosas que no me sorprende oír lo que les hizo a ti y a Byron. Lo único que te pido es que no lo tomes en nuestra contra. Ni en contra de él —añadió Aurora en voz baja, y no necesitó decir su nombre para que entendiera a quién se refería.

Cruzaron el umbral y se acercaron a mí, como quien se acercaba a un ciervo asustado. Ya no era una joven inocente y, la verdad, me había quitado un peso de encima con la confrontación. Empezaba a pensar que era algo que debí haber hecho hacía años. Para mi tranquilidad.

Los chicos se sobresaltaron y detuvieron sus movimientos, fijándose por fin en nosotros.

—¿Se va a caer la casa? —preguntó Ares, con su mirada cobalto recorriendo los sonidos de la tormenta que azotaba en el exterior—. ¿Como la otra?

A mi lado, Aurora y Autumn se me quedaron viendo ante el extraño comentario, claramente confundidas. Suspiré. En Ghana, nos quedamos con una tribu durante una semana, cuidando de sus enfermos. Nos dieron una cabaña modesta para alojarnos, pero, por desgracia, hubo una tormenta. Provocó derrumbes y destrucción en la zona. Salimos de la cabaña segundos antes de que se derrumbara ante nuestros ojos. No hacía falta decir que nos marcó. A todos, aunque a mi hijo pequeño lo asustó especialmente.

—No, cariño. No hay nada que haga que esta casa se caiga. —Excepto por las mentiras y engaños del senador Ashford—. Sigue jugando con tus amigos.

—Familia —corrigió Aurora. Cuando la miré con curiosidad, añadió—: Somos una familia. Mi padre no, aun así, descubrirás que mis hermanos, mi media hermana... —Fruncí el ceño. No sabía que Byron tuviera otra hermana. Hizo un gesto de exasperación con la mano—. Es una larga historia. No te sorprendas, mi padre fue el culpable. De todos modos, lo que intento decir es que mis hermanos siempre te cubrirán la espalda. Pase lo que pase. Ahora eres parte de nuestra familia y nadie se atreverá a meterse contigo, o sufrirá la ira de los Ashford.

Esta familia era tan diferente a todo lo que había conocido. Aunque tal vez era demasiado confiada, le creí. Era demasiado franca y directa como para creer que me estaba engañando.

—Sí, lástima que no se aplique al senador —murmuré en voz baja.

—Oh, lo hará. Ya se ha pasado de la raya muchas veces, sin embargo, esta vez Byron le dará donde más le duele. —Su respuesta me conmocionó.

Tal vez había cometido un error hacía tantos años. Tal vez debí haberle contado a Byron lo que su padre había dicho. En vez de eso, creí que ambos eran iguales.

Autumn había permanecido callada durante toda la discusión y me pregunté si no estaría de acuerdo con la opinión de su cuñada.

Debió de leerme el pensamiento, porque sonrió suavemente.

—No conozco bien al senador Ashford. Hay ciertas cosas que nunca le perdonaré personalmente, pero hizo una cosa bien por Alessio y por mí. Hizo que un hombre letal me vigilara mientras estuve en Medio Oriente. Kian Cortes. Aunque le estoy agradecida por ello, cuarenta años de fechorías no se borran así de fácil.

Dios mío, tal vez el senador Ashford *había* jodido de verdad a toda su familia.



Aún no había terminado el primer párrafo del libro de medicina que llevaba treinta minutos intentando leer. Mis pensamientos rebotaban en las paredes de la biblioteca, ocultándose en las sombras y los rincones de este hermoso lugar.

Después de arropar a Ares, dejé que Byron se las arreglara para acomodar donde dormirían sus hermanos. Me sentía fuera de mi elemento y no tenía sentido fingir que sabía dónde dormían normalmente. Así que dejé que Byron hiciera de anfitrión con la ayuda de su personal mientras

me centraba en Ares y buscaba un rincón donde esconderme.

El olor de los libros encuadernados en piel y el suave zumbido de las luces tenues eran los únicos sonidos en esta ala de la casa. La tormenta seguía azotando afuera, reflejando la que había dentro de mí mientras me acurrucaba en un rincón del mullido sofá con el libro entre las manos.

—Ahí estás. —La voz de Byron, profunda y fuerte, se mezclaba con el sonido de los truenos que surcaban el cielo. Levanté la cabeza y lo encontré apoyado en la puerta de la biblioteca, vestido únicamente con un pantalón deportivo negro y una camiseta blanca—. ¿Te estás escondiendo de mí?

Esa cálida sensación familiar bailó a través de mí, empujándome hacia él. Su padre estaba en alguna parte de esta casa, toda su familia se había quedado, y saber que ese hombre estaba bajo el mismo techo me erizaba la piel.

Mis ojos recorrieron a mi esposo, preguntándome si había alguna vez en la que no pareciera seductor. No importaba lo que llevara puesto: traje, ropa informal, pantalones deportivos, *nada*. Aunque había algo especialmente excitante en ver a Byron tan relajado. Mi corazón latía un poco más rápido y las mariposas en mi estómago revoloteaban con más fuerza.

Sacudí la cabeza para salir de aquel aturdimiento que parecía invadirme cada vez que mi marido estaba cerca de mí.

—¿Debería esconderme? —pregunté en su lugar.

Byron se apartó de la pared y caminó hacia donde estaba, sin quitar la mirada de mí. De hecho, había una intensa determinación en su rostro que me puso en guardia.

Se sentó en el sofá a mi lado, luego me levantó rápidamente y me volvió a colocar en su regazo. Echó un vistazo al libro que tenía en las manos *Journal of the American College of Cardiology*, lo tomó y lo dejó sobre la mesa, a su lado.

—Tú y yo tenemos que hablar. —Me rodeó con los brazos y me colocó de tal forma que me vi obligada a mirarlo. Intenté apartarme, mas su agarre se hizo más fuerte—. No, basta de esconderte. Basta de correr. Tenemos que hablar.

No sabía si podía ir allí. Solo el recuerdo del efecto dominó de aquella noche que pasamos juntos me tenía asfixiada.

—Byron, estoy cansada.

Ladeó la cara y sus labios rozaron mi cuello.

—¿Estás preocupada por mi padre?

Me quedé inmóvil en su regazo, sorprendida de que pudiera leerme con tanta facilidad.

—Lo odio —solté. Las palabras se me escaparon, mi tono mordaz—. Odio que... —No pude terminar, todas las emociones que había reprimido a lo largo de los años me estaban sofocando.

—¿Me odias? —inquirió en voz baja.

Parpadeé, tragando saliva. Habría sido más fácil odiarlo, pero no lo hacía. No se sentía correcto odiar a alguien que me había regalado algo tan puro y hermoso como nuestro hijo.

Sacudí la cabeza.

—Bien —murmuró, rozando nuestras narices—. Podemos trabajar con eso.

—Por favor, no me pidas que arregle las cosas con tu padre. —Casi esperaba que se riera de mí, pero no lo hizo. En vez de eso, me acunó la cara y clavó sus ojos en los míos, dejándome sin habla.

—Nunca, *baby*. —Inhalé bruscamente ante su tono duro—. Nunca más se acercará a nosotros. Se ha ido para siempre, y si alguna vez se acerca a ti o a Ares, lo mataré.

Mis emociones habían sido un caos desde que salimos de Ghana a mitad de la noche, sin

embargo, desde que me casé con Byron, fue aún peor. Lo amaba; no quería amarlo. Lo anhelaba; sería más fácil si no lo hiciera. Odiaba todas estas emociones contradictorias.

—Pero ya está aquí —murmuré.

Sacudió la cabeza.

—No, no está. Se ha ido.

Me quedé mirándolo atónita.

—¿Lo corriste con esta tormenta?

La expresión de mi marido se endureció.

—Sí. No volverá a ser bienvenido aquí, y no iba a aguantarlo ni un momento más.

La verdad sonaba en su tono y en sus ojos. Entonces, ¿por qué me daba tanto miedo confiar en él? «*Confía*», me susurraba el corazón. Pero esa noche, confié ciegamente, y no me trajo más que angustia. Peor aún, mi familia había pagado por ello.

Debió de leer algo en mi cara, porque soltó un fuerte suspiro. Parecía cansado, igual que yo. Quizá también quería una vida sencilla.

—Me alegro de que se haya ido —afirmé con voz ronca—. Me agradan tus hermanos y tu hermana. Sus cónyuges también.

Sonrió suavemente.

—Son buenas personas. Nada que ver con nuestro padre. —Asentí. Podía verlo, aunque ya era difícil confiar en mis instintos. No después de que me fallaran seis años atrás. ¿O no?—. Quiero que hagamos borrón y cuenta nueva, Odette. Por Ares. Por nuestros futuros hijos. Por nosotros. —Agarró suavemente un mechón de mi cabello y lo enrolló alrededor de sus dedos. Sin embargo, no fue su suave tacto lo que hizo que mi corazón se estrujara. Era el tormento en su mirada. Como si tuviera miedo de perderme—. Por favor, habla conmigo.

Respiré hondo y aparté la vista. Era más fácil decírselo sin mirarlo a los ojos, como si le estuviera desnudando mi alma.

—Cuando me desperté después de... —Después de aquella noche increíble. Después de que me cogiste y luego me hicieras el amor hasta que el amanecer parpadeó en el horizonte de la Riviera Francesa—. Me desperté con tu padre sentado en una silla junto a la cama. Me dijo que estabas comprometido y que era tu último amorío antes de sentar cabeza. —Su aguda exhalación me hizo girar la cabeza en busca de sus azules cobaltos. Aquellos iris contenían una ira que prometía venganza. Pero no iba dirigida a mí. Ahora podía verlo—. Recalcó que los de tu clase y la mía no se mezclaban. No sabía a qué se refería. Nunca había oído hablar del senador Ashford. Me llamó puta y me tiró dinero. Al principio pensé que estaba loco y lo ignoré, pero luego empezó a amenazar a mi familia. —Tragué saliva, sabiendo cómo acabaría esto—. Cuando llegué al trabajo ese día, ya estaba pasando. Papá había perdido el hospital. —Se me quebró la voz y me acercó más a él, apretándome con fuerza—. Unos días después, papá cometió...

Me dolía muchísimo hablar de ello, aun así, con cada palabra, la opresión de mi pecho se aliviaba poco a poco. Los nudos de mi corazón se deshicieron y la esperanza empezó a brotar.

Tal vez aquello era lo que había necesitado todo este tiempo. A él.

Capítulo Cincuenta

Byron



Se le quebró la voz y enterró la cara en mi cuello, con su pequeño cuerpo temblando. —*Shhh*. —Sus lágrimas mancharon mi piel y se filtraban por mis poros, haciendo que me doliera el alma por ella. Debería haber estado ahí. Todo ese maldito tiempo, debería haber sido su roca. En cambio, esas palabras que le dije...

¡Mierda!

Le froté la espalda, murmurando palabras tranquilizadoras. No sabía si lo estaba haciendo bien, mas era lo que recordaba que hacía mi madre. Mi padre no había consolado a nadie en toda su maldita vida.

—Fue mi culpa, Byron. —Su voz estaba llena de angustia—. Me metí contigo y mi padre pagó por ello. Fue como si yo le hubiera puesto la pistola en la cabeza. Me sorprende que Billie no me odie.

La acuné su rostro y la miré a los ojos.

—Tu hermana nunca te odiará. En primer lugar, lo prohíbo. —Una risa estrangulada llenó el espacio que nos separaba—. Y lo que es más importante, porque ella moriría por ti. Te ama. Incluso me amenazó con matarme si te hacía daño. —Resolló, sus labios temblaron mientras sonreía—. ¿Crees que podríamos empezar de nuevo? ¿Dejar atrás el daño que nos ha hecho mi padre? —Mi voz era suave, sin embargo, mi corazón retumbaba tan fuerte que era imposible que no lo oyera—. Joder, *baby*. Eres todo lo que siempre quise, desde el momento en que entraste en esa sala de examinación para curarme mi maldita quemadura de sol. Nunca hubo un compromiso. Nunca hubo una mujer que me hiciera querer siquiera tener una relación a largo plazo. —Dejé que las palabras penetraran, le di un beso en la frente e inhalé el aroma a manzanas frescas—. Hasta que llegaste tú. No recuerdo a nadie antes de ti, y no ha habido nadie después de ti. Solo tú, *baby*. Lo eres todo para mí.

Su aguda inhalación recorrió la oscura biblioteca.

—N... no has estado con nadie más desde...

Podría mentir y decirle que no la esperé. Que no deseé que su camino me llevara a ella. En vez de eso, lo aclaré todo.

—No podía soportar a otra mujer después de ti —admití. A la mierda el machismo. La vida era demasiado corta para fingir indiferencia y hacerle creer que no estaba perdidamente enamorado de mi esposa—. Esperaba, contra todo pronóstico, que encontráramos el camino el

uno hacia el otro. Me parecías perfecta. Te sentías *mía*, como nadie más. Y sentí que te pertenecía solo a ti. Me enamoré de ti. No podría dejar de amarte, aunque quisiera, y francamente... no quiero dejar de hacerlo. Eres lo mejor que me ha pasado.

Su palma se posó en mi mejilla y me inclinó hacia ella.

—Tampoco ha habido nadie más para mí —confesó con suavidad. Sin embargo, retumbó tan fuerte como los latidos de mi corazón—. Lo intenté. De verdad que lo hice, pero me di cuenta de que, estuviera donde estuviera o con quien estuviera, te amaba y no podía olvidarlo. Siempre te amaré. De verdad. Completamente. Siempre has sido tú, Byron. Aunque después de lo que pasó con tu padre, dejé de confiar en mí.

Las luces parpadeaban, reflejando el comienzo que deberíamos haber tenido seis años atrás. Con un gruñido, estampé mi boca contra la suya. Me sentía tan esperanzado sobre cómo sería el resto de nuestras vidas. Siendo felices. Teniendo una casa llena de niñas y niños. Pero, sobre todo, no podía esperar a pasar tiempo con mi mujer. La mujer que debería haber sido *mía* hacía tantos años. La mujer que me dio un hijo.

Mía. Para siempre. Mi amante. Mi vida entera.

Sujetando su mandíbula con ambas manos, me separé y apreté mi frente contra la suya.

—¿Y si tu padre...?

La detuve.

—Solo tendrá poder si se lo damos. Deja que me ocupe de él. Y créeme, pagaré por lo que ha hecho. No puede destruirnos ni lo hará. Solo tú tienes el poder de destruirme. No soy nada sin ti, absolutamente nada. Y nunca, nunca te dejaré ir.

Me rodeó el cuello con las manos y derramó su alma en nuestro beso. Me endurecí debajo de ella y se movió en mi regazo para que mi polla empujara contra su coño. Mis manos bajaron por su espalda hasta su cintura, disfrutando de sus curvas. Estaba más suave que hacía tantos años, y me encantaba saber que la razón era nuestro hijo. Había dado a luz una vida que nosotros habíamos creado.

—¿Qué más ha hecho mi padre? —pregunté. No me cabía duda de que había más, y no confiaba en que mi padre fuera completamente sincero.

Suspiró y me agarró con más fuerza.

—Cuando fui a verte, estaba allí, en tu oficina, y me echó. —Apreté los dientes, pero no la interrumpí—. Me llamó cazafortunas. Y luego apareció en el hospital, después de que te fueras. —Tragó con fuerza—. Amenazó a Billie. Me sentí tan débil que no pude luchar contra él. Pensé que había perdido al bebé y no podía soportar perder una cosa más.

«*Pensó que había perdido al bebé*». Lo dijo y no se había dado cuenta, pero no se lo diría. La esperaba. Me lo diría, estaba seguro, cuando se sintiera segura.

El pecho me ardía de furia contra mi padre y se apretaba de pena por mi esposa. Mi padre pagaría, de la forma que más le dolía. Nos costó años. Malditos *años* perdidos. Le robó a mi hijo a su padre. Me privó de tener una buena mujer en mi vida.

—Confía en mí, se lo haré pagar. —Mis labios rozaron los suyos, su sabor tan adictivo.

—Ahora que te tengo, no tiene sentido. Déjalo ser un viejo solitario. —Me mordió el labio inferior—. Tú, Ares y Billie son todo lo que me importa. —Sonrió tímidamente—. Tus hermanos también.

Me hice para atrás ligeramente y la miré a los ojos.

—Fui —declaré en voz baja. Arrugó las cejas—. Winston y yo fuimos al funeral de tu padre. Aunque no sabía lo que había pasado y sabía que no me querías, quería asegurarme de que

estabas bien. —Mi frente se apoyó en la suya—. Quería que todo fuera mejor para ti. Ojalá lo hubiera sabido.

Se lamió los labios, con la respiración ligeramente agitada.

—Y ojalá hubiera confiado en mi instinto. Debí saber que no eras ese tipo de hombre. Tal vez un poco gruñón, pero no despiadado y cruel.

—Mi padre jugó con los dos.

También tendríamos que hablar de nuestro hijo. Acababa de admitir que no había estado con nadie desde aquella noche, mas una parte de mí necesitaba que dijera las palabras, que me dijera que Ares era mi hijo. Que me confiara esa información. No obstante, sabía que necesitaba tiempo. Se estaba abriendo a mí y eso era lo único que importaba.

Mis manos bajaron desde su cintura hasta su trasero, agarrando sus curvas.

Me lo diría, eventualmente. Necesitaba tiempo y se lo daría. Después de todo, teníamos el resto de nuestras vidas.

—Te he extrañado mucho —murmuré, con mis labios rozando los suyos.

—Lo mismo digo. —Respiró, con las mejillas sonrojadas y los ojos color avellana brillantes.

La besé de nuevo, esta vez lentamente. Devoradoramente. Como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Y lo teníamos. Lo tendríamos. Me aseguraría de ello.

Su respiración se entrecortó y su beso se volvió urgente. Me excitaba como ninguna otra cosa. Giró suavemente sus caderas en mi regazo, haciéndome caer aún más en esta adicción.

Sus manos recorrieron mi camiseta, sin romper el beso, hasta que llegaron a mis bíceps, y entonces sus dedos trazaron mi tatuaje. Lentamente. Con reverencia.

—Nunca me has dicho por qué tienes una molécula química como tatuaje. —Jadeó, rompiendo el beso.

—Es una combinación que hace bombas. Fue la mezcla de los dos lo que me quemó la espalda —aclaré—. Es mi recordatorio de nunca financiar a los imbéciles que hacen esta mierda.

Me acarició suavemente el tatuaje.

—Pero si no tuvieras esas cicatrices, tu quemadura solar de aquel día quizá no hubiera sido tan grave como para buscar tratamiento médico, y nunca habrías acabado en el hospital de mi padre.

No tenía ni idea de cuántas veces me pasó por la cabeza ese pequeño hecho. Después de que me rompiera el corazón, maldije más que nunca mi espalda quemada porque me llevó hasta ella. No obstante, cuando el dolor de mi pecho se calmó y se asentó en lo más profundo de mi corazón, supe que no habría cambiado nada. Los dos habríamos encontrado la forma de cruzar nuestros caminos.

Después de todo, la vida sin ella habría sido sombría. Un lienzo en blanco. Pero ahora, habría colores salpicados por todas partes. Era lo mejor que me había pasado.

Levantó el dobladillo de mi camiseta y me la pasó por encima de la cabeza. Esos pozos color avellana se acalararon al contemplar mis abdominales, y mis labios se curvaron en una sonrisa. Recordé la misma mirada que me dirigió seis años atrás.

—Supongo que algunas cosas nunca cambian —bromeé suavemente. Nunca se hacía la tímida ni fingía su deseo.

—Sigues teniendo unos abdominales magníficos. —Ronroneó.

—Tendré que hacer ejercicio hasta desplomarme para que estés contenta con mis abdominales.

Hizo un gesto con la mano en señal de desestimación mientras una suave sonrisa aparecía en

sus labios.

Llevaba el deseo escrito en la cara y lo estaba admitiendo. ¡Por fin! Tomaría esto como una buena señal. Estábamos avanzando.

Me incliné para darle otro beso, mi toque era ahora más áspero. Más hambriento. Introduje la lengua en su boca y exploré cada centímetro. Me tragué su gemido con avidez. Le quité la bata de los hombros, dejándola caer detrás de ella. Mis manos rodearon el dobladillo de su sedoso camisón y lo jalé con impaciencia, interrumpiendo nuestro beso el tiempo suficiente para quitárselo por la cabeza.

—Mierda —gemí al ver sus pechos. Si ella estaba obsesionada con mis abdominales, yo estaba bastante obsesionado con sus senos—. Serás mi muerte —anuncié con voz ronca mientras la jalaba más cerca, para tener sus pechos justo en mi cara. Donde pertenecían.

Incliné la cabeza y tomé su duro pezón entre los dientes. Gimió, arqueando la espalda hacia mí y moviendo las caderas hacia delante y hacia atrás, apretándose contra mi dura erección.

Sus manos se pasaron por mi cabello y levanté la vista mientras chasqueaba la lengua. Sus ojos color avellana se cruzaron con los míos, oscuros de deseo y algo más que hizo que se me oprimiera el pecho de la mejor manera posible.

—Byron. —Jadeó suavemente—. Te necesito dentro de mí.

Sonreí ante su petición.

Mis manos bajaron lentamente desde su cintura, hasta desaparecer entre sus muslos. Aparté sus bragas mojadas y le rocé el coño con el pulgar. Sus ojos se cerraron y sus labios se entreabrieron mientras sus caderas se movían.

—Oh, Dios... Por favor...

Mi esposa metió la mano en mi pantalón, rodeó mi verga con sus delicados dedos y apretó.

—Si vas a provocarme, entonces haré lo mismo.

Solté una risita, aunque un poco ahogada.

—Tan exigente —murmuré, mordiéndole el lóbulo de la oreja.

—Tú empezaste, así que térmalo.

Me reí entre dientes mientras levantaba las caderas y apartaba los pantalones deportivos y los bóxers. Los movimientos de ambos eran frenéticos, como si fuera la primera vez que estábamos juntos. Y en cierto modo, quizá lo fuera. Por primera vez en seis años, no había ni barreras emocionales ni se interponían entre nosotros los fantasmas de las fechorías de mi padre. Admitimos que habíamos esperado el uno por el otro.

Mi esposa volvió a sentarse en mi regazo, con mi miembro perfectamente colocado contra su abertura. Con los pechos apretados contra el mío, me rodeó con los brazos.

—Rómpeme las bragas que me compraste, esposo —pidió—. Te necesito dentro de mí.

Mis labios se posaron sobre los suyos y, de un tirón, el sonido del material rompiéndose llenó el espacio. Éramos solo los dos. Nuestros fuertes latidos. Nuestras respiraciones agitadas mientras nuestras almas bailaban al son de nuestros movimientos.

Quería, no, *necesitaba* como si mi vida dependiera de ello, sentir su coño por completo. Puse mis manos en sus caderas y la acerqué a mi longitud. Jadeó. Gemí. Se sentía como la primera vez con ella, cada maldita vez.

Empezó a moverse encima de mí, nuestras bocas se amoldaron mientras nos perdíamos el uno en el otro. En este beso.

—Sí —gemí en su boca—. Justo así, *baby*.

Sus manos se enredaron en mi cabello mientras le agarraba el trasero, amasando, jugando.

Con cada movimiento de sus caderas, mi polla penetraba más profundamente en su interior, llenándola hasta la empuñadura. La besé con más fuerza, sus pequeños gemidos me deshacían.

La bajé al sofá con brusquedad y su espalda chocó con los cojines. Con el cabello alborotado a su alrededor, estaba hermosa. Me miraba a través de sus gruesas pestañas, con los labios ligeramente entreabiertos y enrojecidos por mis besos.

Mis ojos recorrieron su cuerpo desnudo.

—Demonios, amor. Cada vez que te miro, me dejas sin aliento.

Se sonrojó y mi corazón dio un vuelco. Mi esposa. Odette Madeline Ashford. ¡Maldición, sí! Sonaba perfecto. Juntos, éramos perfectos.

Separé sus piernas y me coloqué entre ellas una vez más. Sus ojos se posaron en mi longitud mientras me ponía de rodillas. Me incliné sobre ella y le agarré las muñecas, sujetándoselas por encima de la cabeza con una mano.

—También quiero tocarte —protestó en voz baja, con la vista clavada en mi verga.

Me llevé la mano libre a mi palpitante erección y la rodeé con los dedos.

—Más tarde, cariño. Quiero durar y derramarme dentro de ti. —Mi corazón se aceleró en mi pecho mientras me alineaba entre sus pliegues calientes y empapados—. Estás tan mojada.

Moví ambas manos alrededor de sus muñecas y volví a penetrarla hasta el fondo.

Arqueó la espalda y sus pezones rozaron mi pecho.

—Te sientes tan bien —gimió—. Tan, tan bien.

Cuando salí de su húmedo coño, apreté los labios contra su cuello y la besé, para volver a penetrarla.

—Estás tomando mi polla tan bien, Madeline. —Succioné la piel sensible de su cuello, haciéndola gimotear para mí.

—Más —susurró, con voz temblorosa.

Mis ojos encontraron los suyos, y mi alma cantó. *Cantó* al ver cómo me miraba. Me dio un vuelco el corazón y caí profundamente bajo su hechizo. La saqué casi por completo antes de volver a meterla de golpe.

Era toda mía. Era dueña de cada uno de mis pensamientos y de todo mi corazón. Ahora quería poseerla completa.

Le solté las muñecas y murmuré:

—¿Cómo se siente, *baby*? —Entré y salí de ella, sintiendo cómo su interior se apretaba alrededor de mi longitud.

—Sí —gimió, moviendo sus caderas conmigo—. Dios mío... sí, Byron.

—Tu coño está ordeñando mi verga, cariño —elogié mientras volvía a penetrarla, más profundo y fuerte, ganándome otro grito ahogado. La besé hambriento mientras seguía follándomela de esta manera, volviéndome completamente loco de deseo. Me la follé con tanta fuerza que temí romperla, pero cuando intenté frenar mis embestidas, Madeline gruñó con descontento.

Mantuve sus caderas levantadas en un ángulo mientras empujaba de nuevo dentro, mi pulgar se apoyaba en su clítoris, mientras me deslizaba dentro y fuera de ella.

—Este coño es mío.

Mis ojos se clavaron en su abertura, viendo mi polla desaparecer dentro de ella. Se sentía como en el cielo, con la cara enrojecida y los iris brillantes de placer clavados en mí. Sus pliegues empapados estrangulaban mi verga y sus gemidos me urgían a ir más rápido y más profundo.

—Sí, Byron... Oh, oh, *oh*.

Rodeé su clítoris, manteniendo mi longitud en el ángulo adecuado para presionar su punto G. Me encantaba mi nombre en sus labios, la forma en que gemía. La forma en que me dio todo su deseo. Todo de *ella*.

Fue como siempre debió haber sido.

Giró las caderas para intentar que mi pulgar diera más vueltas, desesperada por más.

Me reí entre dientes.

—Mi codiciosa esposa quiere montar tanto mi polla como mi mano.

—Byron —suplicó. Estaba desesperada por conseguirlo, el orgasmo que solo yo podía darle.

—Dime a quién le pertenece este coño —murmuré, jugueteando con ella y torturándome.

—Es tuyo. —Jadeó, con tono suplicante—. Mi coño siempre ha sido tuyo. Siempre he sido tuya.

Escuchar su confesión fue una ráfaga de emociones como ninguna otra. Llevábamos seis años esperando esto. Nos lo merecíamos.

Aumenté el ritmo y penetré hasta el fondo, cerrando los ojos de placer mientras su canal se contraía a mi alrededor, ordeñándome por completo. Mi pulgar sobre su clítoris se movió con más fuerza y observé, hipnotizado, cómo mi esposa se destrozaba debajo de mí.

Con los ojos aún vidriosos por el orgasmo, metió los dedos en mi cabello. Arqueó las caderas y me rodeó con sus delgadas piernas, moviéndose conmigo. Sus gemidos me empujaron con más fuerza hasta que me desmoroné en un potente orgasmo que me recorrió desde la base de la columna vertebral.

Dejándome caer sobre ella, la boca de Madeline se acercó a mi sien y me besó, suavemente, mientras mi polla seguía agitándose, derramándose en lo más profundo de su interior.

Cuando mi respiración se ralentizó y bajé de mi euforia, me encontré con la mirada de mi mujer. Sonrió suavemente, con expresión relajada.

—Eso fue... —suspiró soñadoramente—. Simplemente increíble.

—Solo porque eres tú. —Dejé caer mi frente sobre la suya con un suspiro. Ya quería más de ella.

Lo arreglaría todo. Sería digno de tenerla y lo arreglaría todo. Empezando por lo que mi padre había hecho mal.

Haría realidad todos los sueños de mi esposa.

Capítulo Cincuenta Y Uno

Odette



Distraídamente, en *The River School* escuché a la directora enumerar todas las comodidades y actividades extraescolares que tenían para sus alumnos de primer grado. Excepto que, no pude encontrar ni una pizca de entusiasmo por nada de lo que había enlistado. Bueno, quizá la enseñanza del francés como lengua extranjera, pero mi hijo ya hablaba el idioma.

—Nuestros estudiantes prosperan aquí. Tenemos hijos de algunas prominentes familias políticas que asisten, y estoy segura...

Esta vez, dejé de escuchar. Ares me agarró de la mano, renuente a soltarme. No necesitaba preguntarle para saber que no le gustaba la escuela. Después de pasar años con Billie, el espíritu libre, y luego un año en Ghana, este lugar parecía demasiado estirado.

Sonreí y asentí con la cabeza durante otros veinte minutos hasta que encontré mi oportunidad para escabullirme. La directora estaba distraída con otra madre que protestaba porque su hijo jugaba con cierto niño al que le gustaba comer paletas que no eran libres de azúcar ni lactosa.

¿En serio?

—*¿Listo para salir de aquí, amigo?* —le pregunté a Ares en francés. Asintió con entusiasmo y empezó a arrastrarme hacia la salida. El chofer de Byron, Bernard, ya nos estaba esperando e inmediatamente abrió la puerta cuando nos acercamos.

—Señora Ashford —saludó—. Pequeño Ares. ¿Qué te pareció la escuela? —La mueca de Ares fue su respuesta. Bernard se rio entre dientes—. No te preocupes, hombrecito. Encontrarás la adecuada.

Sin embargo, no creía que hubiera una en esta ciudad.

Ares se deslizó en el asiento conmigo a su lado. Inmediatamente, agarró su tren y se giró hacia mí.

—Mami, ¿puedo tener soldaditos para montar en los trenes?

Arqueeé una ceja.

—¿No sabía que te gustaban los soldados?

Se encogió de hombros.

—Byron dijo que tenía soldados cuando era pequeño, y que viajaban en tren para ir a la guerra. —Puso el tren contra la ventana del coche, sosteniéndolo en alto. Supuse que para que el tren pudiera ver por dónde iba—. ¿Sabías que Byron estuvo en la guerra? —Me lanzó una mirada y agrandó los ojos como si quisiera dejar claro su punto de vista—. Una guerra de

verdad.

Sonreí.

—Sí, lo sabía.

Me giré para mirar por la ventana las ajetreadas calles de D.C. Los habitantes de esta ciudad siempre parecían tener prisa por llegar a alguna parte, lloviera o tronara.

—¿Mami?

—Sí, cariño.

—¿Puede Byron ser mi papi?

Me quedé paralizada, con los ojos desorbitados. Lentamente, me giré para observar a mi hijo. Su expresión me decía que hablaba muy en serio.

No podía decir que me sorprendió. Byron tenía una conexión con Ares. Y luego estaba el pequeño detalle de que *era* el padre de Ares. Suspiré. Tenía que decírselo. Debía decírselo. No obstante, las palabras se negaban a salir de mis labios.

¿Por qué?

No tenía ni maldita idea. Tal vez no quería arruinar el momento. Tal vez temía que me odiaría por alejarlo de su hijo. Intenté decírselo, pero Nicki y su padre se interpusieron. Luego ocurrió el accidente, y pensó que había perdido al bebé.

—¿Maman? —La voz de Ares me sacó de mis pensamientos y solté un suspiro.

—Sí, claro. Puedes llamarlo papi. —«*Porque es tu papá*». Dios, tendría que hablar tanto con Byron como con Ares.

Mi teléfono zumbó y lo saqué.

Leí el mensaje.

Byron: Bouillabaisse para cenar y crème brûlée de postre.

Un suspiro incrédulo me abandonó. Era lo último que esperaba. *Bouillabaisse* era un platillo francés. Mi hermana y yo crecimos con él. Nos encantaba, aun así, no creí que a Byron le gustaba. Era una clásica sopa francesa de pescado con marisco, que si no se preparaba bien, ninguno de nosotros la comería.

Escribí un mensaje de respuesta.

Yo: ¿Estás seguro? Nos morimos de hambre. Bouillabaisse y crème brûlée son difíciles de preparar.

La respuesta fue instantánea.

Byron: Ten un poco de fe.

Me reí entre dientes.

—De acuerdo, entonces —murmuré en voz baja.

Mientras regresábamos a casa, mis pensamientos volvieron al secreto del tamaño de un niño de cinco años. Se me hizo un nudo en el estómago. Sentía como si, involuntariamente o no, le hubiera robado algo precioso a mi marido, y justo cuando las cosas empezaban a mejorar, estaba a punto de arruinarlo con mi confesión. Pero no había vuelta atrás. Tenía que decírselo.

El vehículo se detuvo y, antes de que Bernard pudiera abrir la puerta, Ares ya había salido corriendo escaleras arriba. Sacudí la cabeza y lo seguí.

—Gracias, Bernard.

Asintió y me dedicó una pequeña sonrisa. Subí las escaleras renuientemente, con el estómago revuelto ante la idea de compartir mi secreto con mi esposo. Tenía que hacerlo.

Unas voces recorrieron la casa cuando entré. El corazón me retumbó al escuchar las voces de Ares y Byron.

—Cielos, ¿puedo probar un poco? —Escuché a mi hijo preguntar—. No sé —le murmuró a Byron—. Parece un poco pastoso. Nunca lo había visto *pastoso*. ¿Dónde está la cocinera?

Entré en la cocina y encontré a mis dos hombres de pie, mirando la olla. Byron tenía una cuchara de madera en la mano y fruncía el ceño.

De vez en cuando, sacudía la cabeza, murmurando:

—Esto está mal.

—Parece vómito —comentó Ares, con la cara ligeramente torcida. No creía que fuera a comerse ese postre, si su expresión era una pista.

—*Ugh*, amiguito. No creo que cocinar sea mi fuerte. Soy mejor dirigiendo negocios.

Mis labios se curvaron en una sonrisa. Era difícil imaginar que Byron no fuera bueno en algo.

Ares palmeó suavemente la mano grande y fuerte de Byron.

—No pasa nada, papi. Eres bueno en todo lo demás. —Byron se quedó inmóvil un momento y Ares continuó, sin darse cuenta del revuelo que probablemente había causado—. Además, *Maman* es buena cocinando y es terrible en los negocios. Al menos eso dice mi tía Billie. —Byron se giró para observar a nuestro hijo. Mierda, tenía que decírselo. Inmediatamente. Los ojos de Ares, grandes y vulnerables miraron a su padre y sonrió tímidamente—. ¿Está bien que te llame así?

Una fuerte emoción parpadeó en su rostro y lo vi tragar saliva. Había algo poderoso en ver a alguien tan fuerte ser impactado por un niño tan pequeño.

—Sí —afirmó con voz ronca, sonriéndole a nuestro hijo—. Sería un honor.

Los brillantes ojos zafiros de Byron se encontraron con los míos, y mi corazón se apretó.

—¿Estás de acuerdo? —La pregunta de Byron fue suave, su voz rasposa y gruesa con emoción.

Debería decírselo en ese instante. Era el momento perfecto, mas tenía tanto miedo de arruinar lo que mi esposo había planeado para la cena. Tragándome el nudo de la garganta, asentí. Quería decírselo, arrancar la bandita, pero Ares estaba aquí y no quería tener la conversación delante de nuestro hijo.

Como si Byron pudiera leer mis pensamientos, lo miró.

—Oye, amiguito. Tengo una sorpresa para ti en la sala de juegos. ¿Quieres ir a verla?

Ares salió de la habitación dando saltitos y chillando de felicidad. Mientras subía las escaleras, sus palabras resonaban por toda la mansión:

—¡Tengo papá! ¡Tengo papá!

Solté un fuerte suspiro. Era el momento. Era ahora o nunca.

—Es tuyo, Byron —solté, sosteniendo su hermosa mirada y aguantando la respiración. El pulso se me aceleró mientras el corazón me golpeaba las costillas con tanta fuerza que amenazaba con rompérmelas—. N-nos salvaste llevándome al hospital a tiempo. —Me temblaba la voz mientras me ahogaba en esos pozos azules—. Por favor, intenta comprender...

Dejó caer la cuchara de madera al suelo y caminó hacia mí mientras contenía la respiración. Sus manos llegaron a mis caderas y me levantó en el aire. Mis manos volaron hacia sus fuertes hombros, sujetándome.

—Dios, Madeline. —Enterró la cabeza en mi estómago, llenándolo de besitos. Agradecí a

todos los santos que llevaba un vestido ligero para poder sentir su boca a través de la tela—. Me acabas de hacer tan feliz.

—¿No estás molesto?

—Considerando por lo que te hizo pasar mi padre, no tengo derecho a enfadarme.

Resoplé, con tantos sentimientos arremolinándose en mi pecho y oprimiéndome la garganta.

—Intenté ir a verte a tu trabajo. Tenía toda la intención de decírtelo —admití en voz baja. Me ardían los ojos, queriendo mantener a raya las lágrimas. Pasé la mano por su espeso cabello y tiré de él para poder ver sus orbes azules—. Te prometo que lo hice. No obstante, entonces me encontré con tu padre y me hizo salir escoltada. Me llamó basura y...

La primera lágrima rodó por mi mejilla, y pronto le siguieron más.

Su expresión se volvió asesina.

—Voy a matarlo, maldición.

Negué con la cabeza, secándome la cara con el dorso de la mano.

—No vale la pena. —Le dediqué una sonrisa vacilante—. Y nada de malas palabras —demandé entre lágrimas.

Byron asintió.

—Así es. No delante de nuestro hijo. —Sonrió tanto que pude ver las arrugas alrededor de sus ojos—. No más maldiciones.

Me reí entre dientes.

—Solo no delante de él.

—O de nuestros futuros hijos.

Puse los ojos en blanco.

—Dijiste que querías un heredero. Ya cumplí.

—Tus habilidades de negociación se están acercando peligrosamente a lo despiadado —murmuró mientras me agarraba por las caderas y me deslizaba por su cuerpo—. Puede que se te haya pegado algo de mí. —Sus labios se acercaron a unos centímetros de los míos—. ¿No quieres más hijos?

Incliné la cabeza. Aunque todavía teníamos que resolver algunas incógnitas, sorprendentemente, no me oponía a tener más hijos.

—Seré un buen esposo y padre. —La expresión de su cara era desgarradora, atormentada. Como si pensara que lo rechazaría de nuevo—. Me tomo en serio mis votos. —De repente, sus ojos parecían cansados—. Solo quiero que tengamos un futuro juntos. Quiero que tú y nuestros hijos sean felices. Todos nosotros. Todo lo demás caerá en su lugar.

Le acaricié la cara, observándolo, mientras mi corazón se saltaba un latido. Tal vez por fin tendría mi cuento de hadas. Mi padre solía decirme lo que sentía por mi madre, y esto se parecía mucho.

—Sí quiero más hijos, pero vayamos despacio. Acabamos de encontrarnos...

Me silenció con un beso en los labios. Cuando se separó, ambos respirábamos con dificultad.

—Te amo —susurré mientras rodeaba su cintura con los brazos. Me puse de puntitas y rocé sus labios con los míos. No podía dejar de tocarlo, de sentirlo contra mí. Gimió y me agarró la nuca, con un apretón que delataba su desesperación.

—También te amo —contestó, sus labios se cernieron sobre los míos—. Demasiado. Vivir sin ti era solo existir, pero una vida contigo, es prosperar, maldición.

Un suave suspiro escapó de mis labios ante sus bellas palabras.

—Tanto tiempo perdido —suspiré.

Me besó el borde del labio.

—No desperdiciemos más. A partir de este momento, empezamos a vivir. —Cuando me aparté para encontrarme con sus ojos, sonrió con una expresión de suficiencia en la mirada—. Solo pido que no aceptes el trabajo en el hospital George Washington.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

Me agarró la barbilla y dejó caer su frente sobre la mía.

—Porque soy un idiota celoso y posesivo. —No pude evitar que mis labios se elevaran ante aquella confesión—. Y tiendo a excederme cuando se trata de ti —admitió en un susurro—. Confía en mí esta vez, cariño. —Me dio un dulce beso en la mejilla y su toque se prolongó—. Nos esperan cosas mejores. Mi único propósito en la vida es hacerlos felices a ti y a nuestros hijos.

Que Dios me ayudara, porque confiaba en que cumpliría su promesa.

Capítulo Cincuenta Y Dos

Odette



Cuando entramos en la Casa Blanca, escuchamos el anuncio y los aplausos, como si fuéramos celebridades.

Byron ni siquiera se inmutó mientras mis hombros se tensaban y dejaba escapar una respiración entrecortada. Instintivamente, mi mano fue a girar el gran collar de diamantes que llevaba al cuello. Era la segunda vez que lo llevaba y seguía brillando como todas las estrellas del cielo.

Mi marido me apretó la mano.

—Son solo personas. —Su sonrisa era dulce. Reconfortante—. La mayoría son idiotas, así que ignóralos. Y recuerda... Eres una Ashford. Prácticamente de la realeza americana.

Una risa estrangulada me abandonó.

—¿Que humilde?

Esta vez, sonrió.

—Vine con una reina. ¿Por qué iba a ser humilde?

Su tono era suave y cálido, como el vino tinto.

Un coordinador nos hizo señas para que atravesáramos la gran sala.

Cruzamos el enorme balcón de piedra, lentamente, gracias a mis tacones y a mi vestido, y, cuando llegamos al final de la escalera, la mano de Byron me agarró por la cintura y nos detuvo.

Murmullos y susurros recorrieron el aire, todos los ojos puestos en nosotros, y el corazón se me aceleró en el pecho. Odiaba ser el centro de atención, y en ese momento cientos de rostros se giraban en nuestra dirección. No se trataba solo del mundo político local, había famosos y miembros de la alta sociedad de todo el mundo. A algunos los reconocí, gracias a mi hermana, a otros no, pero no había forma de confundirlos con gente corriente de clase trabajadora.

—Señor y señora Byron Ashford.

La voz retumbó en los altavoces y estallaron los aplausos, llenos de vítores y silbidos.

Miré a Byron.

—Muy sutil.

Me dedicó una sonrisa encantadora.

—Nada en este lugar es sutil, amor.

Era obvio.

La mano de mi esposo seguía alrededor de mi cintura mientras las cámaras destellaban, pero

no le quitaba los ojos de encima. Era mejor opción que devolverles la mirada a todos esos rostros desconocidos.

—¿Estás lista para este desastre? —cuestionó bajo su sonrisa, sus labios apenas se movían.

Bufé suavemente.

—No.

Byron me ofreció su brazo y lo tomé, mientras me agarraba la falda con la mano libre. Podría haber pensado que el vestido era demasiado elaborado, sin embargo, en ese momento me alegraba. Todos los vestidos que había elegido eran bonitos, pero sutiles. Y como Byron mencionó antes, no había nada sutil en esta fiesta.

Levanté la barbilla y bajamos por la escalera, cuyos peldaños de piedra estaban cubiertos por una alfombra roja de felpa. Cualquiera diría que ambos éramos famosos y no solo yo y, le eché un vistazo a mi apuesto y siempre galante esposo.

Nos dirigimos a los jardines, donde se habían colocado mesas sobre el césped alrededor de una íntima pista de baile. Guirnaldas de luces estaban colgadas y daban al espacio un cálido resplandor, mientras que debajo brillaban los diamantes y los vestidos.

—¡Jesucristo! —exclamé—. Sí que saben derrochar el dinero de los impuestos.

—Desgraciadamente —concordó Byron.

Apenas habíamos tocado el pasto cuando la gente se abalanzó sobre nosotros. Alguien me dio una copa de *champagne*, que acepté y bebí con impaciencia. Necesitaría algo más fuerte para soportar esta multitud. Un mesero pasó junto a mí y dejé la copa vacía en la bandeja antes de agarrar otra.

Hombres y mujeres charlaban al mismo tiempo, pero no entendía ni una palabra. No porque hablaran en otro idioma, sino porque todos hablaban al mismo tiempo. Me reí. Hasta mi hijo sabía que era de mala educación hablar por encima de los demás.

Mis labios se curvaron en una suave sonrisa al pensar en Ares. La forma en que sonrió, diciéndome que ya era un niño grande. No había querido dejarlo con la antigua niñera de Byron, la señora Bakers. Si bien la anciana parecía amable y competente, nunca lo había dejado con una extraña.

Tenía ganas de volver al coche de Byron, tomar mi teléfono para llamarlo y ver cómo estaba.

Como si me hubiera leído el pensamiento, Byron me tendió su celular y levanté la cabeza, encontrándome con su mirada.

—Está bien. Confírmalo por ti misma.

Me incliné sobre la pantalla y sonreí. Él y la señora Bakers estaban jugando al ajedrez, y Ares le estaba ganado. Ambos tenían grandes sonrisas.

—Al menos se está divirtiendo —murmuré en voz baja.

—Más de lo que nosotros podemos decir. —*Huh*. Así que él tampoco la estaba pasando bien. Esto era sobre negocios, así que lo soportaría. Por él.

—¿Cómo es que todavía tienes a tu niñera? —pregunté con curiosidad. Cuando sugirió que cuidara de Ares, me sorprendió que siguiera en contacto con ella.

Se encogió de hombros.

—Hizo mucho por mis hermanos y por mí. Quería devolverle el favor. Cuidó de nosotros, y ahora nosotros la cuidamos.

Bueno, mierda. Si eso no me hizo amar a Byron un poco más... A este paso, tendría corazones en mis ojos, embelesada hasta el día de mi muerte. «*O hasta que te rompa el corazón otra vez*», susurró una voz nerviosa.

—Qué amable de tu parte y de tus hermanos. —Más que amables.

De repente, el mar de gente que nos rodeaba se separó y un señor mayor se dirigió hacia nosotros. Me resultaba familiar, aunque no me di cuenta de por qué hasta que se detuvo frente a nosotros.

Era el maldito presidente de los Estados Unidos. Ni que decir, el pobre hombre parecía mucho mayor de cerca.

—Bueno, eso fue inesperado. —El presidente estrechó la mano de Byron—. ¿Te estás preparando para las próximas elecciones? Mejor quita a tu padre de en medio.

Byron le dedicó una sonrisa tensa, pero no hizo ningún comentario. Podía verlo como el próximo presidente, aunque egoístamente no quería que tuviera esa aspiración.

—Señor presidente, esta es mi esposa, Odette. —Me presentó Byron.

Asentí y le tendí la mano.

—Encantada de conocerlo.

El presidente la sacudió con tanta firmeza que me hizo temblar los huesos.

—Doctora Swan, he oído hablar mucho de usted. —Me quedé quieta, confundida ante su afirmación. ¿Acaso el senador Ashford ya había hablado mal de mí?—. ¿O debería llamarla doctora Ashford?

—Doctora Swan está bien —musité—. ¿Qué escuchó sobre mí?

—Es protocolo estándar revisar a cada acompañante que viene a la Casa Blanca. Pero tengo que decir que ningún otro acompañante es tan impresionante como usted. Sirvió junto a la Organización Mundial de la Salud como cirujana en Ghana. También ha hecho algunas cosas para las Naciones Unidas. Se graduó de la escuela de medicina como la mejor de su clase. Podría haber terminado en cualquier hospital de primera, y, sin embargo, fue a Ghana. ¿Por qué?

Me encogí de hombros, tratando de poner una máscara de confianza que no sentía.

—Mi padre hizo algo parecido en su juventud, y siempre quise seguir sus pasos. Decía que era una de las mejores cosas que podía haber hecho por sí mismo.

—¿Y por qué no se quedó allí? —inquirió con curiosidad.

Sonreí.

—Se enamoró de mi madre, una modelo. Dijo que África no era su pasarela.

Todos nos reímos mientras en mi mente bailaban recuerdos entrañables. Lo extrañaba mucho. También a mi madre, pero para mí siempre fue mi padre. Billie era más una niña de mamá.

El presidente pasó a hablar con otra persona. Aún no podía creer que me hubiera dedicado su tiempo y su atención. Podía ser que fuera lo más elogiada que me había sentido alguna vez. La gente iba y venía mientras Byron desempeñaba su papel a la perfección. Sonreía y asentía, y la mitad de las veces ni siquiera oía lo que me decían. No obstante, seguí adelante como si estuviera pasándola de maravilla, por Byron y por la amabilidad que me había demostrado desde que le confesé lo de Ares.

Después de una hora escuchando política y sosteniendo una sonrisa, me dolían bastante las mejillas. Y también la cabeza. Al ver una ventana para un descanso, la tomé. Demonios, la agarré con ambas manos.

—Disculpenme, tengo que usar el baño de damas.

Byron me dio un beso en la frente.

—No te pierdas.

Le dediqué una sonrisa tranquilizadora.

—No lo haré. Después de todo, mi transporte está aquí.

Me abrí paso entre la multitud, deteniéndome cuando unos desconocidos entablaron una conversación como si nos conociéramos de toda la vida, hasta que por fin encontré el camino hacia el interior de la Casa Blanca. Subí las escaleras, pasé el control de seguridad y me dirigí a los baños de la segunda planta.

Empujé la puerta y mis pasos vacilaron. Casi me daba la vuelta, porque Nicki, la ex, estaba allí, lavándose las manos. Su mirada se desvió hacia mí, llena de odio y algo más. Enderezando la espalda, me dirigí al lavabo más alejado de ella y me lavé las manos.

Nos quedamos paradas allí, lado a lado. Se pintaba los labios mientras yo esperaba a que se fuera. Se suponía que este era mi tiempo de escape y respiro, no un maldito drama con la exprometida.

Cuando terminó de pintarse los labios, se echó tantos polvos en las mejillas que temí por sus pulmones. Creó una nube tan grande de humo blanco a su alrededor que hasta tuve que aclararme la garganta.

—Se dará cuenta de que eres un error.

Ya había durado demasiado el rato de tranquilidad en el baño. Suspiré, sin detener mis movimientos.

—Y con el tiempo, te darás cuenta de que es hora de superar a Byron.

No se inmutó.

—Él y yo somos iguales. Mismos antecedentes. La misma riqueza. Los mismos amigos.

Dios, realmente iba a ir allí. Cerré el grifo y alcancé la pila de lujosas toallas calientes de un solo uso. Tomé una y me sequé las manos con minuciosidad.

—Tal vez esa es la razón por la que decidió casarse conmigo en lugar de contigo.

Prefería morir antes que decirle que esto entre Byron y yo había empezado como un matrimonio de conveniencia, o como sea que él lo hubiera llamado. Que creyera que era un festival de amor. Estaba locamente enamorado de mí, y yo locamente enamorada de él. Nuestro afecto había estado ahí desde el primer momento. No se desvanecería con el tiempo. No lo permitiría. Esta vez, lucharía con uñas y dientes si alguien intentaba separarnos.

—O tal vez lo atrapaste.

Sentí una extraña punzada en el pecho. ¿Por qué? No tenía ni idea.

Levanté una ceja.

—¿Y cómo lo habría atrapado?

—Bueno, es un hombre. Y probablemente seas buena de rodillas.

Jesucristo, ¿de verdad estábamos teniendo esta conversación en el baño de la Casa Blanca? O estaba demasiado cansada, o simplemente no me importaba esta mujer en absoluto. Seis años atrás, eso me habría molestado. Mas ese día, mi corazón ni siquiera se inmutó. Tal vez era cierto lo que decían: a medida que envejecías, crecías segura en tu cuerpo y en quién eras como persona. Pensándolo bien... tal vez solo era cierto para la mayoría de la gente. Esta mujer era tan insegura.

—De hecho, soy buena de rodillas —declaré con calma mientras me dirigía a la puerta. Con la mano en el pomo, miré por encima del hombro, evaluándola—. Sin embargo, mi esposo es aún mejor.

Salí del baño, y apenas había dado cinco pasos por el pasillo cuando alguien me empujó. Instintivamente, extendí la mano y apoyé la palma en la pared verde para mantener el equilibrio. Gracias a Dios, o me habría caído de bruces.

—Nos arruinaste. —«¿Está bromeando, maldición?». Me di la vuelta lentamente, y me pregunté si golpear a una mujer en la Casa Blanca haría que me arrestaran.

Los ojos de Nicki se clavaron en mi cara.

—Eres una maldita *rana*. —Alcé una ceja. Realmente había recurrido a un insulto ridículo. Dios, debió de estar desesperada.

—Y tú eres patética, suspirando por un hombre que claramente no te quiere —solté.

Levantó la mano y, antes de que pudiera moverme, unos gruesos dedos rodearon su muñeca y se la retorcieron por la espalda.

—No estabas tratando de golpear a mi esposa, ¿verdad, Nicki? —El tono de Byron era suave, pero su expresión era fría como el hielo.

—N-no.

—No te creo. —Los labios de mi marido se torcieron en una sonrisa—. ¿Y qué fue lo que escuché sobre una *rana*?

Los ojos de Nicki se abrieron de par en par y sus mejillas se sonrojaron, probablemente por la vergüenza.

—Yo no...

—No insultes mi inteligencia con tus malditas mentiras —reviró, con la voz como un látigo. Incluso me puse rígida ante su tono—. Te irás de esta fiesta. Ahora mismo. Si te veo cerca de mi esposa, mi hijo o cualquiera de mi familia, o de la suya, haré que te arrepientas de haber mirado hacia ellos. —Mi corazón brilló como fuegos artificiales del cuatro de julio. Había incluido a Billie—. Y no me refiero a tu herencia, porque la perdiste esta noche. Esta es tu primera y última advertencia.

Tragué fuertemente. Me concentré en el material de su traje. El traje azul cobalto de tres piezas. *Stuart Hughes Diamond Edition*. Le quedaba perfecto y, según mi hermana, costaba seis cifras. Me quedé mirándolo, preguntándome por qué era tan costoso, pensando en varias situaciones estúpidas para distraerme de su ira.

Por el amor de Dios. Ni siquiera estaba dirigida a mí.

—Déjanos —ordenó, y ella se escabulló.

Por fin solos, levanté la cabeza y me encontré con su mirada. La ira en sus ojos se desvaneció lentamente y la opresión de mi pecho se alivió. Mi padre nunca nos había levantado la voz a mi hermana y a mí. E incluso cuando lo sacábamos de quicio, nunca perdía la calma. Nos sentaba y nos hablaba de nuestras hormonas, citando las razones científicas que nos llevaban a portarnos mal. Al final, nos quedábamos confundidas o, en el caso de Billie, dormidas.

—¿Estás bien? —Asentí—. ¿Te hizo daño?

Negué con la cabeza.

—No, pero probablemente herí su orgullo.

Su suave risa llenó el espacio entre nosotros.

—¿Cómo es eso? —Esta vez, fueron mis mejillas las que se sonrojaron de vergüenza mientras los ojos de Byron brillaban—. Viendo cómo te sonrojas, ahora tengo que saberlo.

Le dediqué una sonrisa tímida.

—Me acusó de ser buena de rodillas. —El significado se hizo evidente y pude ver la tormenta que ya se estaba gestando en sus orbes—. Le dije que sí, pero que tú eras aún mejor.

Su mirada era tan intensa como el sol. Demasiado difícil de ver, mas su belleza era tan cegadora que no podías apartar la vista. Entonces acortó la distancia que nos separaba, me rodeó el cuello con la mano y acercó tanto nuestras caras que nuestras narices se tocaron.

—Tienes toda la maldita razón —murmuró, rozando su nariz con la mía—. Pero eres la única por la que me arrodillo. —Jadeé, y se aprovechó para pegar su boca a la mía. Cuando se apartó, sus iris brillaban como los diamantes alrededor de mi cuello—. Soy el hombre más afortunado del mundo cuando estoy contigo, cariño. Lo quiero todo, pero solo contigo.

—Byron. —Respiré, con los ojos ardiendo por las lágrimas de felicidad que amenazaban con arruinar mi maquillaje. No podía creer el viaje que nos había traído hasta aquí. Después de todos esos años, por fin era suya y él era mío.

Uní nuestros dedos y sonreí.

—También lo quiero todo contigo.

Lo había amado durante tanto tiempo que era imposible detenerme.

Mi amor por él se había convertido en una parte integral de mí.

Capítulo Cincuenta Y Tres

Byron



O dette se quedó callada cuando entramos en nuestra habitación. Estaba claramente disgustada por el comportamiento de Nicki. Toda la experiencia fue inesperada, incluso para mí. Aunque lo manejó como una profesional. Era lo que siempre amé de mi esposa. Su temple.

—Siento lo de Nicki —expresé, viendo cómo mi mujer se quitaba los tacones, colocándolos junto a mis zapatos. Joder, había algo tan relajante y correcto en ver sus cosas junto a las mías.

Se encogió de hombros.

—No estoy segura de lo que esperaba, pero esto es probablemente bueno. Ya quedó en el pasado.

—Está lejos de quedar atrás. Mañana, Nicki se despertará en un mundo completamente diferente.

Me lanzó una mirada de desconcierto.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que nadie, absolutamente nadie, le habla así a mi esposa y sale ileso. —Tiré de la corbata y se giró hacia mí, ayudándome a aflojarla. Me sorprendió que estuviera tan tranquila. No parecía molestarla en absoluto, mientras yo estaba aquí echando humo por los dos. Nicki tenía suerte de ser mujer, o la habría asesinado. En ese momento.

—Es solo una mujer triste que no tiene un propósito en la vida —expuso, extrañamente perspicaz—. En el hospital de papá, había muchos de esos yendo y viniendo. Esperaban que el mundo entero se arrodillara ante ellos mientras trataban mal a todos los demás. —Sus labios se torcieron en una mueca—. Además, estás aquí conmigo, no con ella. ¿A quién le importa ella?

Me quitó la corbata a través del cuello de la camisa, me la entregó y caminó descalza hacia nuestra cama, echándose hacia atrás sobre ella. Su esbelto cuerpo rebotó y dejó escapar un suspiro de alivio.

—Podría pasarme el resto de mi vida sin otro evento así —mencionó, moviendo los dedos de los pies.

—Entonces así será.

Odiaba haberla arrastrado a un mundo en el que no quería estar. Pero aún más, odiaba la forma en que me ocultaba su dolor. Quería ser su bienestar, su consuelo, su confidente. Sin embargo, se mantenía a distancia, resguardando su corazón como el tesoro que era, incluso

después de decirme que me amaba. Bueno, a la mierda, quería poseer ese tesoro.

Se apoyó en los codos, mirándome con los ojos entrecerrados.

—Sabes, ni siquiera puedo culparla —susurró distraídamente.

Alcé una ceja.

—¿Por?

—Quererte —continuó—. Quiero decir, qué mujer en su sano juicio no te querría.

Mis movimientos se detuvieron y observé a mi esposa mientras se estiraba perezosamente en nuestra cama.

—¿Me deseas?

—Mucho, Byron. —Levantó las rodillas, el vestido le cayó hasta la cintura y se bajó las bragas por sus muslos, dejándome entrever su excitación. Sus dedos rozaron su coño y estaba perdido. Su aroma. Sus gemidos. Estaba en el paraíso—. Siempre *te* desearé. —Cerré los ojos un instante y gruñí de alivio. Podía decirlo un millón de veces y nunca me cansaría de oírla decir que me deseaba. Que me amaba—. Ahora, por favor, esposo. Ven y fóllame.

Me desabroché los pantalones y me acomodé entre sus piernas abiertas. Estaba tan mojada que goteaba entre sus muslos y sobre nuestras sábanas. Tan erótico.

—¿Quieres que te folle ese apretado coño hasta que grites, Madeline?

—Dios, sí.

La agarré por las caderas y la jalé hasta el borde del colchón. Luego la penetré con crueldad y posesión.

—Ohhhh... Sí, Byron... —gimió mientras la cogía, su cuerpo se sacudía contra la cama. Empujé dentro con una intensidad que debería preocuparme. Era demasiado brusco, demasiado exigente, pero no podía bajar el ritmo.

—Más fuerte, Byron. —Jadeó, y el último hilo de mi control se rompió.

—Di que eres mía —gruñí, mis movimientos más duros, más salvajes.

—Soy... tuya... Solo tuya, Byron.

Empecé a penetrarla, cada vez más rápido, hasta que los únicos sonidos fueron mis gruñidos mezclados con sus gemidos. Nuestras respiraciones entrecortadas. Piel golpeando contra piel. Fui tan brusco que pensé que me suplicaría que parara. Temía romperla. No obstante, nunca me pidió que bajara el ritmo. De hecho, sus gemidos y sus jadeos me pedían más.

Mi mano rodeó su garganta y la agarré, golpeando dentro. Se sentía como en el cielo. Cada. Vez.

Se desmoronó debajo de mí, sus ojos vidriosos de placer y sus suspiros me instaron a acelerar el ritmo. A follarla más rápido, más fuerte y profundo hasta que me corrí, con un potente orgasmo que me recorrió por dentro.

Caí encima de ella y sus manos sanadoras se aferraron a mis hombros.

Cuando nuestra respiración se ralentizó, busqué los ojos de mi mujer.

—¿No fue demasiado brusco? —Le aparté el cabello húmedo de la frente y rocé sus labios con los míos.

—Nunca —pronunció—. No te preocupes, esposo. No soy de las que aguantan abusos en el dormitorio.

Se me escapó una risa ahogada mientras le besaba la sien. Apoyé mi frente contra la suya con un suspiro de satisfacción, sintiéndome más relajado que en años.

—Entonces prepárate para otra ronda. Apenas estamos empezado.

Capítulo Cincuenta Y Cuatro

Byron



Las puertas de hierro se abrieron y pasé por ellas.

Delante de mí se extendía un largo camino bordeado de sauces llorones, los preferidos de mi madre. La casa de mi padre, mía, en realidad, puesto que yo la pagué, se alzaba detrás de los árboles.

No había querido arrastrar a mi esposa y a mi hijo hasta aquí para este desastre, así que vine solo. Además, le prometí a Odette que nunca tendría que volver a ver a mi padre. Así que arreglaría este desagradable asunto yo mismo, y luego planeaba reunirme con Kristoff y Alessio para cerrar el trato sobre la compra del hospital de su difunto padre.

A pesar de la desagradable tarea que tenía por delante, sonreí. Me moría de ganas de darle la noticia a mi esposa. Sería el comienzo oficial del resto de nuestras vidas.

Encontré a mi padre en su despacho, fumándose un puro mientras le chupaban la verga. Gruñidos. Gemidos falsos. Pelotas golpeando contra una barbilla.

Jesucristo.

No era una imagen que quisiera ver jamás. Estaba oficialmente marcado mentalmente de por vida.

—Byron. —La mujer de rodillas se puso rígida, preparándose para detenerse, pero la mano del senador Ashford se posó en su espalda y la mantuvo en su sitio—. ¿A qué debo esta sorpresa?

Sacudí la cabeza.

—Te esperaré en el estudio. Dependiendo de cuántas pastillitas azules te hayas tomado esta mañana, esto podría llevar un rato.

Dándome la vuelta, lo dejé y a los sonidos de arcadas detrás de mí.

No me molesté en sentarme, no pensaba quedarme más tiempo del necesario.

Justo cuando iba a mirar el reloj, una voz chirriante llenó la habitación.

—Ahhh, ahí estás. —Mi mandíbula se tensó. Lentamente, me di la vuelta y encontré a mi padre de pie, arreglándose la hebilla del cinturón.

—Tienes la bragueta abierta —señalé.

Se rio como si fuera lo más gracioso que había oído en todo el día.

—¿A qué debo esta sorpresa? —Volvió a preguntar—. Teniendo en cuenta que me echaste de tu casa en medio de una terrible tormenta hace solo unos días, no te esperaba hoy

precisamente.

Permanecí en silencio, estudiando al hombre que se suponía que era una figura paterna y que, de algún modo, había fracasado en ello. Para todos nosotros, sus hijos legítimos e ilegítimos. Era un donante de esperma, nada más.

—Vine a discutir tus futuros arreglos de vida y finanzas.

Se detuvo y su arrogante máscara se desvaneció por un instante.

—Esta casa será liquidada. Te he conseguido un apartamento adecuado para tu nivel de vida. Además, todos los patrocinadores que te han estado apoyando, por mi beneficio, han decidido apoyar a un candidato diferente. Uno que se determinará más adelante.

Permanecí en silencio, dejando que las palabras penetraran, y observé cómo los ojos azules de mi padre se tornaban oscuros y tormentosos. Había trabajado por mis hermanos y nuestro imperio desde que era adolescente. Intenté ser un buen hermano, darnos a todos lo que creía que necesitábamos, mientras este hombre, que se suponía que debía protegernos, se dedicaba a prostituirse y ponía a nuestra familia en peligro una y otra vez. Causó estragos en cada uno de nosotros sin preocuparse más que de sí mismo.

Ya era suficiente.

—Todo esto es por culpa de esa puta francesa.

Mis nudillos se pusieron blancos.

—Cuidado, padre. O te quedarás sin un centavo. —Mi voz era tranquila, mi rostro y mi postura relajadas—. Sé que tus ingresos trabajando para el senado no son suficientes para mantener tus *hábitos*.

Tenía traficantes y acompañantes de lujo en marcación rápida. Se gastaba la paga que le daba sin pensar en lo mucho que habíamos trabajado para hacer crecer nuestro imperio.

Ni que decir que mi padre, el gran senador George Ashford, era pálido, masculino y rancio. ¿Quién demonios lo querría sin dinero?

—Deberías haberte quedado con Nicki.

Me burlé.

—Nunca fue mi elección. Nunca lo habría sido. A diferencia de la doctora Swan, Nicki fue un error. —Mi padre nunca lo entendería. Era un desgraciado egoísta y solo le importaba la riqueza, el poder y el estatus—. A estas alturas, tanto tú como Nicki tienen suerte de estar vivos después de las cosas que han hecho. Así que hazte un favor y cierra la maldita boca.

—Sigo siendo senador y tengo cierta influencia. No lo olvides, Byron. —Sonrió, esa sonrisa mala y cruel que le dedicaba a mi madre cuando la humillaba una y otra vez, y se acercó a mí, con ojos intensos—. También podría hacerte daño.

«¡Oh, lo sabía!». Recordaba su cagada costándole la vida a mi madre.

La conocida presión en el pecho creció al recordar el día en que murió mi madre.

Los gritos me helaron la sangre y lo que vi la congeló por completo, rugí al ver a mi madre. Tenía la boca entreabierta y una expresión de sorpresa grabada en su rostro. Una mancha roja brillante floreció en el vestido crema Valentino de mamá, derramándose sobre el concreto a su alrededor.

Yacía allí, quieta e inmóvil, la luz había desaparecido por completo de sus ojos oscuros.

Pedí a gritos una ambulancia. Amenacé con destruirlos a todos si no traían una de inmediato, aunque sabía que era demasiado tarde.

Se había ido. La única verdadera madre que teníamos. Mi hermanita crecería sin conocer su amor y mi corazón se apretó por ella.

Era hora de que interviniera, porque sabía que mi padre nunca lo haría.

Parpadeé y reprimí la irritación que me producía el desconocido que tenía adelante. Su amenaza me produjo una gran tensión. No tenía reparos en destruir a su propia familia en beneficio propio. Afortunadamente, nunca lo conseguiría. Sería él contra todos sus hijos.

—Tus fondos han sido recortados —notifiqué, con voz fría y distante—. Tendrás que reducir tus gastos y tu estilo de vida. Agradece de rodillas a Dios que te deje conservar tu puesto en el senado. Créeme cuando te digo que tengo suficientes pruebas contra ti como para meterte en la cárcel, y sin mencionar que te echen de un puesto en el gobierno.

Quería quitárselo todo al hombre que me había robado la oportunidad de ver crecer a mi hijo. Pero, aun así, era mi padre. Esa sería su última oportunidad. Un intento más de joder a mi familia, y se hundiría más rápido que la mierda en un retrete.



Dos horas más tarde, estaba sentado con Alessio y Kristoff en un restaurante tailandés del centro de la ciudad y la sangre aún me hervía.

—Enhorabuena. —Kristoff me entregó una carpeta con una amplia sonrisa—. Espero que mi familia y yo seamos atendidos en el hospital de tu esposa cada vez que vayamos de vacaciones a Croacia. Cada vez que vamos, tengo mi yate y mi helicóptero a la espera. Me encanta estar allí, pero su sistema de salud... Sí, no tanto. Podría ir por un corte en el dedo y terminar perdiendo toda la maldita mano.

—Claro que sí. Tú y tus veinte hijos.

Una ronda de risas recorrió la mesa.

—Como mi mejor amigo, espero que sepas cuántos hijos tengo —bromeó Kristoff, y recordé las muchas veces que su sentido del humor me había salvado durante nuestras estancias en zonas de guerra.

Hice un gesto con la mano.

—Llegarás a veinte al paso que vas.

—No estés celoso.

—Que buen regalo de bodas —intervino Alessio, reclinándose en su asiento—. Creo que nos has superado a todos. Probablemente acabarás teniendo más hijos que todos nosotros juntos.

Kristoff y mi hermano soltaron una risita, compartiendo miradas. Ignorándolos, mis ojos recorrieron la escritura del hospital que poseía el padre de Odette, más otras cinco propiedades a su alrededor. Listas para que las usáramos y convirtiéramos nuestros sueños en realidad.

—Tengo mucho que remediar.

—Fue todo él, no tú —recalcó Alessio—. Seguro que tu esposa también lo sabe.

Asentí, pero aun así no estaba bien. Mi padre había destruido al suyo. Lo había llevado al suicidio. Así que, sí. Había muchos males que tenía que compensar.

—Gracias por hacerlo posible —le dije a Kristoff, y luego me giré hacia Alessio—. ¿Pudiste mover algunos hilos en Francia para que se restablecieran las instalaciones médicas y todas las licencias allí?

Alessio hizo una mueca.

—Sí, lo conseguí. Y créeme, no fue fácil después de lo que hice con los corsos, echándolos de Philadelphia.

—Nunca dudé de ti. —Resumiendo, mi hermano mayor tuvo que entregar Philadelphia y echar de allí a la mafia corsa para asegurarse la entrada en Afganistán y salvar a su esposa. Lo hizo sin dudarlo, pero cada vez que quemabas un puente, acababan pasando cosas y acababas necesitando a esa misma gente—. Dime lo que te debo.

Alessio sonrió.

—Esta va por cuenta de la casa. Después de todo, somos familia.

—Así es.

Me moría de ganas de darle la noticia a mi esposa. Agarré el teléfono, ansioso por enviarle un mensaje y decirle que esta noche estaríamos celebrando. Encontré uno suyo esperándome.

Sonriendo, lo abrí.

Odette: Me reuniré con Marco y su esposa en el Tortino Restaurant. No tardaré. Ares está con tu niñera. Creo que la ama más que a nosotros.

Si bien la última parte del mensaje me hizo sonreír, la primera hizo que la inquietud se deslizara por mis venas. Me pasé una mano por la cara, la preocupación abriéndose paso en mi corazón.

Me puse en pie de un salto.

—¿Qué pasa? —Kristoff se sorprendió al verme irme ya. Normalmente pasábamos horas charlando.

—Tengo que acortar esto. —Tenía un mal presentimiento—. Mi esposa se está encontrando con el tipo cuya carrera destruí hace unos días.

Sería un blanco demasiado fácil para él. Podría usarla para vengarse.

—Iré contigo.

Con mi hermano a mi espalda, salí corriendo del lugar y me dirigí al Tortino Restaurant.

Había una cosa que nunca tendría que cuestionarme: mis hermanos y hermanas siempre me cubrirían la espalda.

Capítulo Cincuenta Y Cinco

Odette



Me abrí paso por la gran habitación, recorriendo con la mirada el lujoso restaurante italiano. Ares me aseguró que quería quedarse con la señora Bakers, aunque sospeché que era porque no quería separarse de sus nuevos juguetes. Sonriendo, negué con la cabeza. Su padre lo estaba mimando demasiado.

Una mano se levantó y fue entonces cuando lo vi. Estaba sentado solo en la mesa y gemí para mis adentros. Dijo que su esposa también estaría aquí. Alisando mis manos sobre mi sencillo vestido verde, me dirigí a él.

—Maddy. —Puso su mano sobre su corazón—. Estás hermosísima. —Me mordí el labio, forzando una sonrisa cortés. A Byron no le agradaba Marco y estaba convencido de que estaba enamorado de mí. Billie y él coincidían en eso. Me acerqué a la mesa—. Gracias por venir —anunció.

Asentí.

—¿Dónde está tu esposa?

No me miró. Sus ojos se desviaron hacia algún lugar detrás de mí, pero cuando seguí su mirada, no vi a nadie allí.

—No pudo venir.

Me senté en una silla frente a él.

—Esto debería ser rápido, entonces. Como dije por mensaje, no voy a aceptar el trabajo en el hospital George Washington en este momento.

Se puso rígido y una expresión apareció en su rostro. Sin embargo, desapareció tan rápido como apareció.

—Es un error —opinó. Estudié su rostro hasta que, de repente, me invadió una sensación alarmante. Marco parecía cansado. Tenía el cabello revuelto y la ropa arrugada, con algunas manchas. Nunca lo había visto tan desaliñado.

—¿Estás bien? —pregunté, ignorando su comentario. No era un error. Byron me pidió que confiara en él, y lo haría.

Sacudió la cabeza.

—Perdí mi trabajo.

Levantó una mano y se limpió delicadamente bajo el ojo. ¿En serio estaba llorando? Tenía que estar jodiéndome.

—De acuerdo... estoy segura de que podrás encontrar otro. ¿Qué es lo que solíamos decir? Un paso adelante, dos pasos atrás. Tu próximo paso será hacia adelante.

—Recordé que te gusta el té de frambuesa. Lo pedí para ti antes de que llegaras. —Señaló la taza que tenía adelante.

—No, es tuyo. —Quería salir de aquí.

—No, lo pedí para ti. Tengo mi bebida. —Señaló su jarra de cerveza.

—Claro, entonces. Gracias.

Me lo entregó y sonreí incómoda.

—Intentaré encontrar otro trabajo. —Empezó despreocupadamente, pero sus hombros estaban tensos. Demasiado tensos—. Tengo algunas oportunidades en Europa. ¿Tu marido te ha hablado de ello?

Tomé un sorbo de mi té e hice una mueca ante el sabor amargo. Tragué el asqueroso líquido por educación y luego le contesté.

—No, no creo que ninguno de sus negocios pertenezca a la industria de la moda.

La verdad era que los negocios no eran lo mío, así que, aunque hubiera mencionado algo, probablemente se me hubiera pasado por alto.

Sus ojos parecían tristes cuando se posaron en mí.

—Te echo de menos. —Mi sonrisa cayó un poco. Extrañaba mi casa, mas no a él. La vida había cambiado mucho, y nosotros también—. ¿Recuerdas los viejos tiempos? Las cosas eran más fáciles en ese entonces.

Mis dedos trazaron el asa de mi taza.

—Al final teníamos que crecer.

Su expresión se volvió sombría.

—Sí, algunos crecimos antes que otros. —Tomé otro sorbo de mi té distraídamente—. Los Ashford nos arruinaron a todos. —Me quedé paralizada a medio sorbo, preguntándome a qué se refería. Por lo que sabía, él nunca había conocido a ninguno de los Ashford, aparte de aquella noche en el bar hace tantos años—. Vi a su padre visitarte en el hospital. Incluso intentó sobornarme para asegurarse de que te mantuvieras alejada de su familia.

La ira se apoderó de mi pecho y tuve que apretar los dientes para no soltar las palabras. Pero no lo interrumpí, esperando a que contara todo.

—Incluso le habló bien de mí a mi novia de entonces. Fue la única razón por la que aceptó casarse conmigo. Eso y el anillo de compromiso que pude comprarle con el dinero que me dio el senador Ashford.

Apreté los dientes. De alguna manera no me sorprendía que el senador Ashford fuera tan lejos, aun así, Marco consiguió sorprenderme. Nunca imaginé que llegaría tan lejos. Incluso cuando estaba arruinado y tenía tres trabajos para ayudar a su familia, siempre me lo imaginé honorable.

—*Hmm.* —Fue todo lo que pude decir por debajo de mi taza mientras mi rabia se cocinaba a fuego lento. Me bebí el té, tratando de tragarlo y de esconder la mueca que me produjo el sabor. Sin embargo, era mejor beber té malo que escupir todas las palabras mezquinas que me quemaban la lengua.

—Tú y yo podríamos haber sido mucho más. —Sus ojos oscuros estaban llenos de agitación e irritación. Se me aceleró el pulso, pero seguí mirando la madera de la mesa e intenté mantener la calma—. Si tan solo me hubieras hecho caso.

Se me revolvió el estómago, mientras un dolor sordo me palpitaba en el pecho.

—¿Cómo pudiste? Somos... *éramos* amigos. —Eso ya era definitivamente cosa del pasado.

—No puedo verte, no con él —confesó—. Arruinó mi carrera. —Fruncí el ceño, sin seguir su divagación—. Ya te alejé de él una vez y volveré a hacerlo. —Me palpitaban las sienes, no me gustaba la amenaza en su tono.

—¿Qué quieres decir? —Mi voz sonaba apagada. Lejana. La habitación se movió.

Marco sonrió. Su rostro se volvió tan frío que daba náuseas.

—¿Por qué crees que convencí a mi esposa hace tantos años para que le dijera a Byron Ashford que habías perdido al bebé? No te merecía. Eres mía.

La declaración se quedó ahí durante un buen rato, dejándonos sentados en silencio. El corazón me latía de forma extraña, provocándome una sensación desconocida. Era como si corriera sobre una nube y mis pies no tocaran el suelo.

«*Marco está demente*», pensé. ¿Cómo no lo vi antes?

Parpadeé cuando dos Marcos entraron en mi campo de visión. Empecé a parpadear rápidamente, mi corazón fuera de sincronía con mi cuerpo.

—No me siento bien. —Necesité todas mis fuerzas para ponerme en pie. Me entraron náuseas y el mundo empezó a girar.

—No, no lo creo. —Se levantó también, moviéndose sin esfuerzo, y tomó mi mano entre las suyas. Las cosas se movieron en mi visión y lo empujé, alejándome a trompicones.

Debí de chocar con una mesa al oír el ruido de cubiertos y platos que caían al suelo. Ignorándolo todo, me agarré a cualquier cosa para apoyarme, luchando por recuperar el aliento.

—Mi esposa ha bebido demasiado. —Escuché que Marco le decía a alguien.

Alguien se rio. Quería gritar, decirles que no era verdad. Pero tenía la boca demasiado seca. La habitación daba vueltas sin control.

Me lancé hacia la puerta principal. Alguien la abrió e intenté correr hacia ella, golpeando torpemente una de las sillas. Se me revolvió el estómago, amenazando con vaciar su contenido. El tiempo se ralentizó y me ardieron las entrañas. Se me llenaron los ojos de lágrimas y el martilleo de mi cabeza amenazaba con aplastarme el cráneo.

Mis piernas dejaron de funcionar. Tropecé, bajando y bajando, hasta que unos fuertes brazos me rodearon. Un aroma familiar. Olía tan bien.

—¡Odette! —gritó una voz masculina.

—Viniste. —Creí decir, pero no podía estar segura. Hundí los dedos en el cálido material de sus mangas, anclándome a él. Unas manos me levantaron, mientras los gritos resonaban a mi alrededor.

—¡Odette, abre los ojos!

Me obligué a abrirlos antes de dejar que la oscuridad me abrumara.

Byron apareció y supe que estaba a salvo. Alcé la mano, deseando tocarle la cara.

—Te amo —musité con voz ronca y puntos oscuros bailando en mi visión.

El mundo se volvió borroso cuando sentí que me colocaba sobre su regazo. Gritaba algo, pero no pude distinguir ninguna palabra. La expresión frenética de su rostro me hizo entrar en pánico. No obstante, estaba en tal estado que ni siquiera sentía el corazón retumbando en mi pecho.

—N-no —gemí. No quería morir en los brazos de mi esposo. No quería morir ahora, después de haber encontrado por fin el camino de vuelta a Byron. No podía dejar a Ares sin madre. Mis pensamientos divagaban, hurgando en sonidos incoherentes. Quería salir de ese estado y volver a la consciencia. Acabábamos de reencontrarnos y nos merecíamos al menos unos años de

felicidad. Seguro que el destino no sería tan cruel como para arrancárnoslo todo.

—Odette. —Un dedo frío me apartó suavemente un mechón de cabello de los ojos. Parpadeé, cada vez más desorientada—. ¿Qué pasó? ¿Qué te hizo ese imbécil?

Mi cerebro empezó a apagarse rápidamente. A pesar de que abrí la boca para decirle que debía de haber algo en mi té, no emití ningún sonido.

—¿Qué demonios? —Me pareció oír la voz de uno de sus hermanos que venía de detrás de mí, mas no podía girar la cabeza. Pesaba demasiado.

—Rómpele las piernas si es necesario, pero averigua qué le dio. —Su voz contenía una orden oscura. Se puso en pie, llevándome con él—. La llevaré al hospital.

—Nos vemos allá. —¿De quién era esa voz?

—N-no... quiero... morir —balbuceé, tirando de la chaqueta de Byron con lo que me quedaba de fuerzas.

—No vas a morir. —Oí el horror silencioso que permanecía allí. Un gruñido de dolor se escapó de mis labios mientras un malestar se disparaba por todo mi cuerpo, centrándose en la boca de mi estómago—. Aguanta por mí, amor.

Byron se puso en acción. El viento me revolvió el cabello y me recorrió un escalofrío. Me sentía sin fuerzas, cada parpadeo y cada respiración me exigían demasiada energía. El corazón me latía cada vez más despacio.

El sonido de la puerta de un coche al abrirse, el cuero frío sobre mi piel. Un cuerpo grande y cálido acunándome.

Un portazo.

—¡Al hospital más cercano! —le gritó Byron al conductor—. No me importa si infringes todas las leyes de tráfico. Llega tan rápido como puedas.

El sonido de los neumáticos chirriando contra el pavimento llenaba el aire.

Haciendo un esfuerzo, extendí la mano. Necesitaba tocarlo. Tenía que decirle algo, no obstante, sentía que mi visión se desvanecía lentamente. Podía sentir su fuerte cuerpo envuelto alrededor del mío, aunque no podía verlo.

—Byron —gemí—. ¿Dónde...?

Su mano rodeó mi muñeca, apretando su cara contra mi palma.

—Estoy aquí.

—Mantén... a... nuestro... hijo... —Me interrumpí, luchando por formar las palabras—. Seguro. Feliz.

Me besó el centro de la palma de la mano.

—Lo *mantendremos* feliz y a salvo. Juntos. Aguanta. Por favor, *baby*.

Un escalofrío me recorrió la espalda. El coche giró bruscamente y los neumáticos chirriaron contra el asfalto. Se me revolvió el estómago, me entraron náuseas y giré la cabeza hacia otro lado mientras vaciaba el estómago. Tuve arcadas y el líquido se me derramó por la boca.

Byron no me soltó. Su mano se disparó hacia mi cabello, apartándolo de mi cara.

—Jesucristo —susurró—. Aguanta. —Me acarició las hebras con una mano, mientras murmuraba en voz baja—: Todo saldrá bien. Te tengo.

Le temblaban las palabras y las manos. Quería consolarlo, pero estaba demasiado débil para hablar. Mi marido utilizó el dorso de la mano para limpiarme los labios con ternura mientras me sujetaba la cabeza y me acariciaba la mejilla.

Un sonido de timbre llenó el pequeño espacio del interior del coche.

—Sí.

Una voz grave llegó a través de los auriculares, tranquila y serena.

—*Puso algo en su té. Que le hagan pruebas de todas las drogas.*

Una letanía de maldiciones salió de la boca de Byron.

—Quiero a ese tipo muerto.

El grito de alguien atravesó los auriculares.

—Lo estará. Además, tenía un cómplice.

Volví a tener arcadas, vaciando más contenido de mi estómago. Intenté pensar, mas todos mis pensamientos se confundían. Insegura de si estaba lúcida o soñando, seguía con la vista fija en el hermoso rostro de mi esposo. La angustia de sus ojos me atravesó el pecho.

—Está bien, cariño —susurró Byron suavemente—. Déjalo salir. Es mejor si no está en tu sistema.

—Byron. —Mi garganta estaba en carne viva, pero meforcé—. Me estoy muriendo.

—No —objetó con voz ronca—. Vas a mejorar. Voy a salvarte otra vez. Esta vez, nadie se irá. Permaneceremos juntos.

El caos en sus ojos me rompió el corazón.

—*¿Cómo está?* —preguntó la voz del teléfono.

—Es fuerte. Saldrá adelante. —La mano de Byron sobre mí se apretó, como si temiera que me escaparía—. ¿Quién lo ayudó?

—Nicki Popova y...

Otro grito resonó en los auriculares.

—Acaba con ella. —Una orden fría y distante—. ¿Y quién más?

—Solo...

No llegué a oír la respuesta mientras caía en la oscuridad.

Capítulo Cincuenta Y Seis

Byron



—¡Necesito ayuda, ahora! —grité mientras corría por la puerta y entraba en la sala de emergencias del Hospital George Washington.

Era un maldito *déjà vu* que me producía ansiedad.

Un gemido se escapó de los labios de Odette y su cuerpo empezó a convulsionar. Apartó la cabeza de mí y vomitó por todo el suelo de la sala de emergencias, agitándose y estremeciéndose. El aire se llenó de jadeos y la gente se apartó de nosotros, separándose como el Mar Rojo.

Jadeaba y su respiración entrecortada era alarmante. Mi raciocinio me decía que era bueno que vomitara, sin embargo, mi alma se estremecía al verla con dolor.

—Señor, por aquí, la pasaremos directamente.

Seguí al enfermero por el pasillo, acunando el cuerpo de mi mujer cerca de mí.

—La drogaron. No sé qué sustancia, pero está teniendo una mala reacción.

—Traeremos un médico enseguida.

El enfermero abrió la puerta de la habitación y pulsó un botón de llamada.

—B-Byron —Odette luchaba por respirar—. Penicilina.

Parpadeé, estudiando el rostro de mi esposa. La piel se le llenó de ronchas, de un feo color rojo y con aspecto de sarpullido.

—¿Necesitas penicilina?

Gimió, sacudiendo la cabeza.

—Alergi...

Volvió a tener arcadas y sus palabras se interrumpieron. Me encontré con la mirada del enfermero.

—Creo que es alérgica a la penicilina.

Todavía vomitando, Odette levantó la mano débilmente y nos hizo un gesto con el pulgar hacia arriba, diciéndonos que habíamos acertado.

—Bien, bien —murmuró el enfermero—. Podemos trabajar con eso.

La hora siguiente fue un torbellino de actividad. Me negué a apartarme de su lado, no obstante, acabé estorbando a las enfermeras y a los doctores. No tenía ni idea de cuándo apareció Alessio, pero tuvo que apartarme de su cama.

—Podemos observar desde aquí —explicó Alessio con calma—. Vigilaremos juntos. Deja

que hagan lo suyo para que se mejore.

—Tiene que estar bien —musité más para mí que para mi hermano—. Tiene que estar bien.

—Lo estará —declaró con una convicción que yo no sentía—. Hueles mal —comentó con calma. Me pasé la mano por el cabello, el hedor del vómito persistía en el aire. No me importaba. Me negaba a moverme de este sitio hasta que estuviera sana de nuevo.

—Sigo oliendo mejor que tú.

Alessio empujó su hombro contra el mío. Desde afuera, nadie diría que nos habíamos vuelto cercanos en los últimos años. No había sabido nada de él mientras crecía, y lo lamenté. Creció como un Russo, abusado y maltratado por su padrastro mientras intentaba proteger a sus medias hermanas. Mi padre debería haber sido lo bastante hombre como para intervenir y protegerlo. Lamentablemente, una vez más, falló. Igual que lo hizo con cada uno de sus hijos.

El médico se acercó a nosotros, con desaprobación en los ojos. Protestó por tener a dos hombres grandes abarrotando la habitación. Bueno, mala suerte. Mi expresión lo retó a que intentara echarnos.

—Señor, le hemos administrado una fuerte dosis de antihistamínicos. Su esposa se pondrá bien. —Sentí alivio y suspiré—. Puede que tenga fiebre y otros efectos secundarios en los próximos días, pero se recuperará.

Agarré la mano del médico y la estreché con fuerza. El pobre hombre hizo que pareciera que estaba sacudiendo un muñeco de trapo.

—Demonios, gracias. Muchísimas gracias.

—Hizo bien en traerla enseguida. El cuerpo de su esposa hizo la mayor parte del trabajo vaciando el contenido de su estómago, pero el antihistamínico seguirá aliviando sus síntomas. —Sus ojos se dirigieron a Alessio y luego a mí—. Mantenga su estrés al mínimo. Puede que pierda la conciencia, que le suba y le baje la fiebre, aun así, todo es normal. Incluso puede llevársela a casa esta noche.

—Gracias de nuevo... —Miré el nombre cosido en su bata—. Doctor Chen.

—Tiene la línea de emergencia si algo cambia. La revisaré una vez más antes de que la autoricen a irse a casa. Disculpe —anunció.

Salió de la habitación y mis ojos volvieron a la cama donde dormía Odette, con la respiración entrecortada. Había dejado de vomitar, pero la urticaria y la irritación seguían ahí. Mientras estuviera viva y respirara, todo lo demás lo podía manejar.

—Nicki y Marco trabajaban juntos. —Si bien la afirmación de Alessio me hizo enfurecer, la mantuve bajo control—. Marco planeaba embarazarla, maldito imbécil, y Nicki estaba convencida de que te casarías con ella si Odette quedaba *permanentemente* fuera de la jugada, si entiendes lo que quiero decir.

Apreté la mandíbula.

—Así que uno tenía un plan para matarla y el otro para...

Ni siquiera pude terminar la frase. La adrenalina corría por mis venas. La niebla roja cubrió mi visión y cada músculo de mi cuerpo gritó que fuera a castigar a esos desgraciados.

—¿Estaba nuestro padre involucrado? —A decir verdad, en este punto, no me sorprendería que lo estuviera.

—Esta vez trabajaron solos. Tal vez pensaron que el senador te avisaría.

Lo triste era que no creía que lo hubiera hecho.

—¿Qué quieres hacer con esos dos idiotas? —Quería hacerlos sufrir. Matarlos, lenta y dolorosamente. Arrancarles la piel de su carne y escucharlos gritar. Mi hermano debió de leer

mis pensamientos, porque añadió—: Puedo hacerlo realidad, ¿sabes?

Joder, estaba tentado. Más que nada, quería hacerlos pagar. Marco me robó años de la vida de mi hijo. Debería matarlos a él y a su esposa, pero en vez de eso, haría que se arrepintieran de haberme traicionado. Marco y Nicki se arrepentirían del día en que decidieron herir a mi mujer. En realidad, quería matarlos. Ver cómo se apagaba la luz de sus ojos.

Sacudí la cabeza. Si seguía por ese camino, no habría forma de detenerme. Era demasiado fácil dejar que las líneas entre el bien y el mal se difuminaran.

—Quiero presentar cargos —comenté finalmente, esperando que fuera la decisión correcta—. Pero primero, quiero darles una paliza. Luego, sufrirán ser encerrados por intento de secuestro y asesinato.

Capítulo Cincuenta Y Siete

Byron



B ajé por los escalones del sótano hasta el lugar donde el jefe de la mafia de Maryland realizaba la mayoría de sus interrogatorios. El lugar pertenecía a Nico Morrelli. El amigo de Alessio. Y también mío. Las líneas entre nuestros mundos se habían ido difuminando con el paso de los días.

Odette dormía profundamente en el hospital y pensaba llevármela a casa en cuanto la dieran de alta. Kristoff y su esposa la estaban vigilando y me enviarían un mensaje en cuanto se despertara.

Me invadió una extraña calma. Era el tipo de desapego que no había sentido en mucho tiempo. No desde que estaba en el ejército.

Nico y su mano derecha estaban apoyados contra la piedra, sus ojos se encontraron con los míos.

—¿Algún problema? —cuestionó Alessio mientras mi atención se desviaba hacia la mujer y el hombre que se habían atrevido a ir contra mi esposa.

—Ninguno. —La fría voz de Nico y su mirada aún más gélida hicieron gemir a nuestros dos invitados—. Aunque tengo que decir que estos dos se llevan por mucho a todos mis prisioneros anteriores. Son más cobardes que mi hijo pequeño.

Sonriendo, me acerqué a nuestros dos prisioneros. Nicki tenía la cara llena de lágrimas y el maquillaje corría por sus mejillas. Tenía el cabello enmarañado. Marco, por otro lado, estaba callado, su rostro era una máscara de indiferencia, pero apestaba a orina.

Ambos estaban atados a una silla, aunque ninguno de ellos amordazado.

Tomé una silla y la acerqué, haciendo rechinar sus patas sobre el suelo. Me senté frente a ellos y chasqué la lengua.

—¿Así que oí que planeabas dejar embarazada a mi esposa? —Chasqué la lengua, manteniendo apenas la calma. La idea de que ese maldito desgraciado tocara a mi mujer me hacía hervir la sangre en las venas—. ¿Cómo pensabas hacerlo, Marco? Violándola.

—¡No!

Sacudí la cabeza.

—En más de una década que la conoces, no te ha querido. ¿Qué te hace pensar que lo haría hoy?

—Está confundida. Te interpusiste entre nosotros hace seis años y ahora otra vez. Es mi puta,

no la tuya.

Quería enfadarme. Para hacerme arremeter. No obstante, mi intención era alargarlo y tomarme mi tiempo para hacerlo gritar de dolor.

—Es mi esposa, madre de mi hijo, lo que significa que está fuera de los límites. Es mía hoy y lo era hace seis años. Dejé ir fácilmente a tu esposa por mentirme sobre el bebé. Solo perderá su licencia médica, pero tú, Marco... Sufirás por lo que has hecho.

—Ya arruinaste mi carrera.

Me burlé.

—¿Qué carrera? ¿En la que te pavoneas con tus trajes de baño cortos?

Me miró con desdén.

—Nunca volverá a ser tuya. Tu padre arruinó todo lo que ella sentía por ti. Debería haber hecho que mi esposa abortara a tu bastardo mientras estaba inconsciente.

No pensé, solo me abalancé. Le di un puñetazo en la boca y luego en el ojo. Marco tenía el labio partido y la barbilla cubierta de sangre.

—Tu esposa tiene suerte de no haberlo hecho o estaría aquí. —Giré mi atención a Nicki—. Y tú te has cruzado en mi camino por última vez. Te lo advertí esa vez que te acercaste a mi esposa. Aun así, no hiciste caso de la advertencia. Ahora, pagarás las consecuencias.

—¿Qué vas a hacer, eh? —gritó con todas sus fuerzas. No es que le sirviera de algo. Estas paredes eran más gruesas que los muros de un castillo medieval—. Me vas a dar una paliza. El gran Byron Ashford, golpeando a una mujer indefensa. —No la golpearía. No la torturaría, pero la haría pagar usando su vanidad en su contra.

Mirando detrás de mí, llamé a mi hermano.

—Vamos a darle un corte de cabello adecuado y a prepararla para su larga estancia en la cárcel, donde conocerá a gente encantadora. ¿De acuerdo?

Alessio ya estaba en marcha. Agarró unas tijeras sin filo de la mesa y se acercó sin prisa.

—¿Yo empiezo? —Me ofreció. Cuando asentí, se puso manos a la obra. Ella gruñó y luchó contra sus ataduras, mas todo fue en vano. Nadie se escapaba de las cuerdas apretadas de Nico Morrelli.

—¿Deberíamos amordazarla? —Nico preguntó, haciendo que Nicki se detuviera al instante—. No puedo soportar sus chillidos. Creo que tengo un trozo de tela aquí en alguna parte. Aunque creo que podría tener sangre de la última víctima.

La siguiente hora fue la peor.

Sin embargo, ni siquiera arañó la superficie de los seis años que Odette y yo habíamos pasado separados. No fue suficiente castigo ni compensación por el miedo que había sentido cuando sostuve a mi esposa mientras yacía inerte en mis brazos.

Sin embargo, me aseguraría de que durante el resto de sus vidas pagaran por todo lo que habían hecho.



Me senté con el detective, viendo las imágenes de Marco y Nicki adulterando el té y conspirando antes de la llegada de Odette, y luego mientras Marco le entregaba a mi esposa el té para drogarla. Estaba más allá de furioso.

—Esta es toda la evidencia que necesitamos —notificó el detective—. ¿Y dices que los

tienes retenidos?

—Sí, están en mi almacén.

Me lanzó una mirada extraña. Sí, ambos sabíamos que no era usual tomar a la gente y encerrarla en un almacén. No a menos que fueras mi hermano, que lidiaba con esta mierda tomándose la justicia en sus propias manos.

—Solo por curiosidad, ¿por qué esperó dos horas para llamarnos, señor Ashford?

«*Porque contemplé asesinarlos mientras empleaba algunas técnicas de tortura*».

—Estaba más preocupado por la vida de mi esposa que por esos dos idiotas. —Alessio me lanzó una mirada divertida. Había intentado convencerme de que lo dejara encargarse y hacerlos desaparecer. Empezaba a pensar que tenía razón. Este policía estaba haciendo demasiadas preguntas—. Mi hermano los retuvo para que no huyeran. Ambos son un riesgo de fuga.

El detective sacó su teléfono.

—Envíen una patrulla para recoger a un hombre y una mujer en esta dirección. Al parecer, están encerrados en un lugar seguro. —Recitó la dirección y luego colgó—. Tengo que preguntar. ¿Los secuestraste?

Alessio se encogió de hombros con indiferencia.

—Los convencí de que era mejor venir conmigo que ir con la policía. Supusieron que no los entregaría.

Traducción: *Planeaba matarlos, pero mi hermano cambió de opinión.*

—Quiero que los dos sean acusados y encerrados esta noche. —Escribió una nota en su libretita mientras hablaba—. *Son* un riesgo de fuga, tiene que confiar en mí. Quiero que se sepa que estamos en contra de cualquier libertad provisional bajo fianza. —Mis ojos encontraron la forma dormida de mi esposa en la cama del hospital—. En una prisión de máxima seguridad.

El detective exhaló pesadamente.

—Haremos todo lo posible.

Lo haría, no obstante, también movería mis conexiones y me aseguraría de que los metieran en la peor celda.

Capítulo Cincuenta Y Ocho

Odette



Hacía horas que Marco me había drogado, pero parecían días. Si bien poco a poco, los efectos secundarios fueron disminuyendo, el sarpullido persistía. La fiebre iba y venía, haciéndome delirar un poco. Mientras tanto, Byron se preocupaba por mí, dando órdenes a los médicos y enfermeras.

El doctor me examinó una vez más y comprobó mis signos vitales antes de darme de alta. Era exactamente lo que esperaba. De aspecto mayor y experimentado, ojos inteligentes y porte serio.

—Estás mejorando —declaró—. La alta dosis de penicilina que te administraron te provocó una arritmia cardíaca, pero ya la tenemos controlada.

Asentí.

—¿Puedo irme a casa?

Se subió las gafas por la nariz.

—Puedo darla de alta con instrucciones específicas a su marido por si le vuelve a subir la fiebre.

Asentí, con los labios ardiendo.

—Sí, quiero irme a casa.

Prácticamente podía sentir la oleada de suspiros de alivio que recorría la habitación: los de Byron, pero también los de las enfermeras. Ni que decir que el personal del hospital se alegró de librarse de mi esposo y de su actitud. Su tono era más cortante que un látigo y más frío que el hielo.

Diez minutos después, estaba desplomada en el asiento trasero del vehículo, con la cabeza palpitándome apoyada en el hombro de Byron. Estaba tan llena de medicamentos y delirante por mi terrible experiencia que mi concentración vacilaba. Algo así como una fiebre baja. Llevaba una fina bata de hospital bajo la chaqueta de Byron y una manta de ese mismo sitio. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, y el sudor me humedeció la piel.

Los labios de Byron se apretaron contra mi frente.

—¿Frío?

Me castañeaban los dientes, haciendo un ruido horrible. Me apretó más contra él y su calor se filtró en mi interior. Agradecí su calor y que hubiera aparecido en el momento oportuno.

—Gracias por salvarme —dije con voz ronca—. Otra vez.

—Siempre.

No dejaba de tocarme, como si le preocupara que me iría. Por extraño que pareciera, también me tranquilizaba. El sol se había puesto hacía rato, recordándome dolorosamente que habíamos pasado toda la tarde en el hospital. Estaba agotada.

Mi esposo debió de sentir lo mismo, a juzgar por su expresión. Llevaba la corbata desanudada y los botones de arriba de la camisa blanca de vestir desabrochados. Tenía el cabello alborotado de pasarse las manos por él una y otra vez. La imagen me recordó aquel día, seis años atrás, cuando pensó que había perdido al bebé.

Excepto que esta vez, nos íbamos a casa juntos.

—Hablé con Ares y le expliqué que no te sentías bien. No quería asustarlo. Quiere asegurarse de que te cuidemos bien esta noche.

Sonreí cansada.

—Me siento mejor por momentos.

—Mejor no le decimos eso. —Rio entrelazando nuestros dedos—. Quiere que veamos una película juntos.

Mi mirada recorrió sus largos dedos y los músculos que se retorcían a lo largo de su antebrazo y desaparecían bajo la manga remangada. Tenía unos antebrazos fuertes, con venas y dedos expertos.

—Me encantan tus manos —murmuré—. Son tan sexys. —Byron me miró con extrañeza, pero mi cerebro aún se sentía atontado por las drogas y la fiebre—. Cuando estaba en Ghana, solo tenía que pensar en tus manos cuando me tocaba y llegaba al orgasmo.

La suave risita de Byron hizo que mi pecho se calentara.

—Creo que todavía estás un poco drogada.

Me llevé nuestras manos unidas a los labios y recorrí sus nudillos con ellos.

—Quizás, aunque es mejor que vomitar. —Luego fruncí el ceño y alcé la vista para encontrarme con su mirada—. ¿Apesto?

Se encogió de hombros.

—Para mí siempre hueles a las manzanas más deliciosas. Además, Alessio ya me dijo que huelo a vómito, así que apestaremos juntos.

Sonreí soñadoramente.

—Sí, eso me agrada.

—¿Quieres saber cómo llegaba al orgasmo durante todos esos años que estuvimos separados? —preguntó suavemente, con sus labios rozando mi frente.

Lo observé fijamente, a pesar del dolor de cabeza y la visión borrosa. Sus ojos eran oscuros, como un océano turbulento. Tan hermosos. Tan vulnerables.

—¿Cómo?

—Usando tu bufanda *Hermès*. La dejaste en la habitación del hotel.

—¿Eh? —Tardé unos segundos en asimilar el significado. La sorpresa me invadió lentamente, mi reacción tardada era el resultado de las drogas—. *Ahh*. Me preguntaba qué le había pasado.

Las imágenes de Byron con la bufanda alrededor de su verga me llegaban a la mente, e incluso en mi lamentable estado, se me calentaban las entrañas. No era que tuviera energía para hacer nada al respecto.

El coche se detuvo frente a nuestro hogar y, antes de que pudiera moverme, Byron me cargó en brazos y entró en la casa conmigo.

Apoyé la palma de mi mano contra su pecho, donde palpitaba su corazón.

—Puedo caminar.

—Lo sé. Déjame hacer esto. Necesito sostenerte.

Ares estaba sentado en el último peldaño de la gran escalera esperándonos cuando entramos. En cuanto nos vio, se levantó de un salto y corrió hacia nosotros.

—Hola, amigo —saludé despacio mientras mi hijo rodeaba las piernas de Byron con las manos y enterraba la cara en mi cadera. Le pasé la mano por la cabeza y le alboroté el cabello, con movimientos lentos—. ¿Estás bien?

—Estaba preocupado.

Byron se arrodilló, aun manteniéndome entre sus fuertes brazos.

—Mamá está de vuelta en casa y se encuentra mucho mejor. Pero todavía tenemos que cuidarla esta noche. ¿Te apuntas, colega?

La mirada preocupada de Ares se clavó en mí, y sonreí suavemente.

—Te lo prometo, estoy mejor.

—No tienes nada morado en la cara. —Se me apretó el corazón. La última vez que me hirieron, tenía moretes por todo el cuerpo por culpa de ese maldito imbécil que me había acorralado en el callejón.

—No, esta vez comí algo malo. Todo va a estar bien; solo tengo que dormir. —Me incliné y le di un beso en su mejilla regordeta—. Primero, pondremos una película. Aunque te advierto, puede que me quede dormida.

Asintió seriamente con las cejas fruncidas.

—No te preocupes, *Maman*. Te cuidaremos.

Capítulo Cincuenta Y Nueve

Byron



Otro escalofrío sacudió el cuerpo de Odette.

Ratatouille se reproducía de fondo, y la atención de Ares estaba puesta en ella mientras la observaba con una sonrisa y los ojos muy abiertos. Él estaba bien, pero Odette no, así que centré toda mi atención en ella.

Le temblaba la mano mientras se apretaba más el suéter. Ares se acurrucó contra ella, y la vi estremecerse un par de veces cuando se movió. Se recostó contra los cojines, dejando espacio entre Ares y ella.

Fruncí el ceño.

Tenía que seguir con dolor. Normalmente, le gustaba acurrucarse. Sin embargo, cada vez que le preguntaba si estaba mejor, me aseguraba que sí. Empecé a sospechar que me mentía; aunque mi esposa era una gran doctora, era una paciente terrible.

Estudí su rostro. Estaba pálida. Tenía los ojos vidriosos y sombras oscuras bajo ellos. Apenas podía mantenerse despierta, lo cual, teniendo en cuenta los acontecimientos de ese día, era de esperarse, pero su fiebre me preocupaba. Ya había llamado al doctor Chen dos veces. Temía que, a la tercera, bloquearía mi número y entonces tendría que ir y ser un idiota.

—¿Estás bien? —La película que sonaba de fondo cautivó toda la atención de Ares. Cuando acordamos la noche de cine familiar, tanto Odette como yo votamos en contra de *Thomas y sus amigos*. No podíamos soportar tanto a Thomas, todos los días.

—Ares, amigo. —Los ojos de mi hijo me encontraron inmediatamente—. ¿Quieres venir a sentarte conmigo y ayudarme con esta película? No sé lo que está pasando. —A pesar de que me había entrenado sobre los buenos y malos amigos de Thomas, esta película nunca la había visto.

No tuve que decirlo dos veces. Ares saltó del pequeño sofá, abandonando el nido de su madre, y se acercó a mí. Su pijama azul tenía trenes por todas partes, a juego con el que tenía en la mano. Se subió al sofá y se acercó a mí. Su pequeño cuerpo se acurrucó cerca de mí y se me apretó el pecho. Era tan pequeño. Tan inocente.

—¿Ves eso...? —Empezó señalando la gran pantalla.

Durante los siguientes treinta minutos, me explicó animadamente todo sobre la película. Lo escuché, sonriendo ante su entusiasmo, pero sin apartar mi mirada preocupada de Odette. Se había sentado en el sofá y se había acurrucado en posición fetal con una manta sobre el cuerpo.

Se me oprimió el pecho al verla sufrir. Podía intentar ocultarlo, mas era inútil. Estaba claro

cómo el día con la forma en que sus ojos se cerraban. No podía soportarlo más. Tendría que aguantar que la cuidara.

—Ares, creo que mami no se encuentra bien —le avisé en voz baja. El hecho de que Odette ni siquiera se diera cuenta de que estaba hablando era señal suficiente de que estaba peor de lo que pensaba—. Voy por medicina para ella. ¿Puedes vigilarla por mí? —Sus iris azules se dirigieron inmediatamente a su madre, llenos de preocupación—. No te preocupes, amigo. No dejaré que le pase nada.

Asintió con seriedad, su película completamente olvidada y toda su atención en Odette.

—La vigilaré.

Me levanté y me dirigí al baño más cercano. Cada baño estaba suministrado con un botiquín de primeros auxilios y algunos medicamentos esenciales. Eché un vistazo al contenido del botiquín. Hubiera jurado que había...aja. ¡Lo encontré!

Ibuprofeno.

El doctor Chen dijo que era seguro dárselo. Volví a la habitación familiar con el frasco de pastillas y un vaso de agua. Ares seguía mirando a su madre.

—No se ha movido —susurró.

—Bien. Eso significa que está descansando y eso es exactamente lo que necesita. —Asintió, con una expresión seria en su rostro—. Terminaremos la película y luego es hora de dormir. ¿De acuerdo, amiguito?

—De acuerdo.

Era un buen niño. Podía ser que me robaran años con él, pero Odette lo educó bien. Coloqué todo el contenido del baño sobre la mesita y luego me arrodillé, acercando mi cara a ella.

—Odette. —Mi voz era baja mientras le tocaba la frente con el dorso de la mano. No sabía si mi mano estaba demasiado fría o su frente demasiado caliente.

Un suave gemido vibró en sus labios.

—Dios, qué bien se siente. Mantén tu mano ahí.

Si esto fuera cualquier otra circunstancia, mi polla estaría dura como una roca. Así como estaba, su respuesta solo me preocupó más.

Retiré la mano de su frente y la sustituí por mis labios. Su piel me quemó la boca.

—Estás ardiendo —comenté con voz ronca contra su frente. Agarré el ibuprofeno y le di dos pastillas—. Tómame esto.

Abrió los párpados, las motas doradas de sus ojos parecían opacas.

—Solo quiero dormir —susurró, sin moverse. Otro escalofrío la recorrió.

—Abre la boca —ordené. Esta vez obedeció y le puse dos pastillas blancas en la lengua, luego levanté su cabeza y acerqué el vaso de agua a sus labios—. Ahora bebe.

Hizo lo que le pedí antes de que me levantara para agarrar otra manta del sofá y envolverla en ella.

—No puedo dormirme —mencionó mientras se le cerraban los ojos, pasándose la lengua por los labios—. Ares necesita un cuento para dormir.

—No te preocupes por eso. Le leeré un cuento y me aseguraré de que se cepille los dientes.

La observaba todas las noches hacer su rutina con él, incluso cuando no estaba en casa. Hubo algunas noches en las que lo hicimos juntos. Me parecía bien. Podía con ello.

—Le gusta tener un pie fuera de la cama —musitó, con la voz pesada por el sueño—. Así puede escapar más rápido de sus pesadillas. No lo obligues... a... meterlo... bajo las sábanas.

Odette se aferraba a duras penas a la consciencia.

Le besé la cabeza.

—Duerme —pronuncié—. Yo me encargo.

No se movió después de eso. Ni cuando Ares le dio el beso de buenas noches ni cuando salimos de la habitación. Dejé la televisión encendida mientras preparaba a mi hijo para irse a la cama. Era la primera vez que lo hacía solo. Definitivamente no sería la última.

Después de lavarse los dientes, corrió a la cama y saltó sobre ella, con su pequeño cuerpo rebotando contra el colchón. Las nubes que Odette había pintado por todo el techo brillaban en la oscuridad. Tenía que admitir que era un bonito detalle.

—De acuerdo, ¿qué libro quieres leer? —inquirí mientras me sentaba encima del edredón cubierto de trenes y aviones. Me eché hacia atrás y crucé las piernas.

—Thomas y los trenes.

No pude evitar soltar una risita.

—Todavía no te has cansado de él, ¿eh? —Negó con la cabeza, sus ojos ansiosos puestos en el libro específico—. Muy bien. Aquí vamos.

Al leer las palabras sobre los amigos imaginarios, me vinieron a la mente recuerdos de mis propios cuentos antes de dormir, hacía tanto tiempo. A diferencia de mis hermanos y mi hermana, durante mi infancia nuestra madre rara vez podía colarnos uno o dos cuentos. Eran pocos y distantes entre sí, la agenda trepadora de poder de mi padre le dejaba poco tiempo para algo, aun así, esos momentos permanecían arraigados en algún lugar profundo.

Tal como había prometido, dejé el pie de Ares colgando de la cama y fuera de las sábanas. Escuchó atentamente, con los ojos caídos, hasta que se quedó dormido con una sonrisa inocente y feliz en su cara. Podría ser mi vivo retrato, pero la sonrisa de Ares era toda de su madre.

Suave y sincera. Amable.

Volví junto a Odette y la encontré profundamente dormida. Le pasé los nudillos por la mejilla y ahora parecía más fresca. No tan sonrojada. Incluso su sarpullido había desaparecido.

La levanté en brazos y la llevé al dormitorio. El doctor Chen dijo que le diéramos un baño fresco si la fiebre subía demasiado, mas en ese momento no parecía tan caliente.

—No habra baño. Creo que necesitas dormir más —susurré, aunque estaba claro que no podía oírme.

La metí en nuestra cama grande y la cubrí con las mantas hasta los hombros. Cada vez que estaba en mi cama, en nuestra cama, se me hinchaba el pecho. Parecía pequeña y vulnerable, pero mentiría si dijera que no me encantaba verla en ella. Se sentía bien teniéndola en cada parte de mi vida.

La dejé descansar y fui a darme una ducha rápida. Cuando volví a la cama, mi teléfono sonó en la mesita de noche. Era un mensaje de Alessio.

Alessio: Ambos están detenidos. Sin fianza.

Todo estaría bien en el mundo. Pronto.

Capítulo Sesenta

Odette



Habían pasado tres días.

La penicilina abandonó mi organismo y volví a la normalidad. Más o menos. Todavía no podía creer que Marco, el chico que fue nuestro primer amigo cuando nos mudamos a la Riviera Francesa, hubiera intentado secuestrarme. Posiblemente matarme. Debía de conocer mi alergia; era algo bien sabido cuando éramos pequeños.

Fue él, con la ayuda de su esposa, quien le había dicho a Byron que había perdido al bebé seis años atrás. Pensé que me estaba protegiendo. No lo hacía. Estaba saboteando mi final feliz. Él y el padre de Byron nos habían costado, sobre todo a Ares, años sin Byron. Era imperdonable.

Apenas eran las seis de la mañana cuando me desperté. Extendí la mano por la cama y la encontré vacía, y fruncí el ceño. ¿Dónde estaba?

Me dirigí al baño para asearme antes de caminar por el pasillo en busca de mi esposo. Contuve la respiración, escuchando el sonido de su voz. Lo encontré en su despacho. Estaba de pie junto a los grandes ventanales, leyendo algo con tanta atención que no me vio allí.

Me apoyé en la puerta y dejé que mi mirada recorriera su cuerpo, sintiendo escalofríos. El deseo que sentía era señal inequívoca de mi completa recuperación. Mis ojos se detuvieron en él, que solo llevaba un pantalón deportivo gris y la parte superior del cuerpo desnuda. Me sorprendió que no llevara una camiseta puesta. Deduje hacía seis años que no le gustaba que nadie le viera su espalda desnuda. A mí no me molestaba. De hecho, pensaba que era el hombre más hermoso que había visto alguna vez, con todas sus perfecciones e imperfecciones. Hacían de él el hombre que era.

Y luego estaba el pequeño hecho de que ningún hombre me había acelerado el corazón como él. A veces me preguntaba cuándo me había enamorado. ¿Fue seis años atrás, durante aquella noche de sexo y lujuria? Quizá fue cuando nació nuestro hijo.

—Deberías ponerte pantalones deportivos más seguido —opiné suavemente.

Alzó la vista y las serias líneas en su rostro desaparecieron al instante.

—¿Qué haces despierta tan temprano?

—Ya me aburrí de dormir —comenté. El día anterior, había dormido sin parar. La única vez que me desperté fue para ducharme por la noche. Ese día, me sentía renovada y como una mujer nueva. Una mujer llena de lujuria. Mis ojos recorrieron el hermoso cuerpo de mi marido, empapándome de cada centímetro suyo—. ¿Vas a llevar pantalones deportivos más a menudo, o

qué?

Mi tono era ronco y el corazón me retumbaba en el pecho.

—¿Te sientes bien? —Cerró el expediente y lo tiró sobre el escritorio mientras yo cruzaba la habitación.

—Nunca mejor, esposo.

Mi vista bajó de nuevo a sus pantalones deportivos y se detuvieron un segundo de más en la zona de su entrepierna. Demonios, no me extrañaba que las mujeres se volvieran locas por los hombres vestidos con ellos. El palpar entre mis muslos pulsó y se me ocurrió una idea.

Llevé mis manos a sus abdominales definidos, su piel se sentía caliente bajo mis palmas, y lo empujé suavemente hacia atrás hasta que se dejó caer en su asiento.

La sorpresa parpadeó en sus ojos, aunque no dijo nada, se limitó a observarme con expresión excitada. Cuando me arrodillé entre sus muslos abiertos, su mirada se calentó.

—Madeline, ¿qué estás haciendo?

—Quiero probarte. —Ronroneé, con la adrenalina corriendo por mis venas. Enganché los dedos en el elástico de su pantalón deportivo y tiré de él para bajárselo por las piernas gruesas y musculosas.

—Deberías estar descansando. —Su protesta fue débil y a medias. Sonreí con suficiencia al ver que su pene ya se estaba engrosando.

—Me siento genial —objeté, acercándome y frotando la mejilla contra su longitud—. Esto me hará sentir aún mejor. Así que no te atrevas a decir que no.

—No se me ocurriría negártelo. —Su voz sonó áspera, haciéndome temblar de excitación. Sentí su mirada ardiente mientras rodeaba su polla con la mano y lo lamía de la base a la punta.

Dejó escapar un gemido tenso, mirándome con esos pozos azules que se habían vuelto oscuros y borrosos. Le lamí la punta y luego me lo metí hasta el fondo de la garganta. Lo oí respirar con dificultad y disfruté viendo cómo se le contraía el estómago, esos abdominales que me hacían agua la boca.

Su reacción me hizo soltar un sonidito de aprobación en la garganta. El calor se apoderó de mi estómago, bajó y me hizo apretar los muslos para aliviar el dolor.

Volví a pasarle la lengua por la punta antes de metérmela en la boca. La cabeza de Byron cayó hacia atrás con un:

—Maldición, Madeline. Eso es.

Era todo lo que necesitaba: el más mínimo elogio de mi esposo para que me recorrieran chispas de placer. Volví a chuparlo, llevándomelo hasta el fondo de la garganta, deslizándome arriba y abajo.

Su mano me agarró del cabello.

—Mírame —ordenó en un tono áspero y ronco.

Mi mirada se desvió hacia él.

—Tan hermosa —elogió—. Y toda mía.

Hice un ruido de asentimiento alrededor de su miembro. Su mano se apretó en mi cabello antes de mover mi cabeza, controlando el ritmo. Arriba y abajo, cada vez más dentro de mi boca con cada embestida.

La tensión crecía en él, a la par con la oscura lujuria de sus orbes. Le pasé la lengua por la coronilla y le chupé la longitud como si fuera mi único propósito en la vida. Se metió hasta el fondo. Se me humedecieron los ojos, pero me quedé quieta. Quería dárselo todo. Quería demostrarle cuánto lo amaba. Confiaba en él. Dejé que me cogiera la boca, muriéndome de ganas

de verlo llegar al crescendo y caer al vacío. Por mí.

Porque era todo lo que necesitaba. Y quería ser todo lo que él necesitaba.

—¿Puedo correrme en tu boca? —preguntó, con su mirada llena de lujuria centrada en mí.

Tararé mi aprobación.

Su gruñido retumbó en su garganta, ronco, y su respiración se volvió agitada.

Se corrió en mi boca y me tragué hasta la última gota. Me lamí los labios, sosteniéndole la mirada mientras mi piel ardía bajo el calor de sus ojos. Había tantas emociones en él que reflejaban las mías. Aquella oleada de devoción y amor me calmó momentáneamente.

Me soltó los mechones y acercó las manos a mis mejillas, pasándome suavemente el pulgar calloso por el labio inferior.

—Te amo, Madeline —dijo con voz ronca, con sus ojos oscuros del tono del océano más profundo.

—También te amo —suspiré.

Se subió los pantalones y, de repente, me levantó por la parte posterior de los muslos y me dejó caer sobre el escritorio. Se me escapó un suave chillido cuando me abrió las piernas, la evidencia de mi excitación manchando mis bragas.

—Mi turno —gruñó, tomando mis labios para un beso áspero.

Nuestras lenguas se deslizaron la una contra la otra. Gemí en su boca mientras un profundo y vacío dolor palpitaba entre mis muslos. Mis dedos se clavaron en su cabello, profundizando nuestro beso, mientras su mano se deslizaba entre mis piernas.

Me metió dos dedos y gruñí contra sus labios. Estaba empapada y algo en darle placer era tan adictivo.

Los labios de Byron recorrieron mi cuello, mordisqueándome y marcándome, mientras deslizaba sus dedos dentro y fuera de mí, extendiendo mi excitación.

Sin previo aviso, me arrancó las bragas, me agarró por la parte posterior de los muslos y se los enganchó por encima de los hombros. Apretó la cara entre mis piernas y mi cabeza cayó contra la fría superficie de su elegante escritorio.

El placer me desgarró y los párpados se me cerraron. Me estremecí y me retorcí mientras me lamía y chupaba el clítoris. Mis gemidos llenaban el aire, mi sangre hervía como un infierno y, con un último mordisco en el clítoris, el orgasmo me atravesó por completo. La luz se disparó detrás de mis ojos. Mis dedos se clavaron en su cabello mientras cabalgaba el resto de las oleadas de mi orgasmo.

Parecía que cada vez con Byron era mejor que la anterior, haciéndome adicta a él. No quería volver a vivir sin él nunca más.

Se apartó y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que nuestro hijo se despierte?

Un pequeño escalofrío me recorrió cuando fijó en mí su mirada azul oscurecida.

—Alrededor de una hora.

—Entonces aprovechemosla lo mejor posible.

Dios, si lo hicimos.



Había pasado una semana desde el fiasco con Marco. Estaba totalmente recuperada y Byron

había estado allí cada segundo del día, cuidándome. Hablábamos. Nos besábamos. Pasábamos tiempo con Ares. Éramos una familia.

Y como familia, comíamos cada comida juntos. Byron aún no se había ido a trabajar, ni a ningún otro sitio.

—¿Puedo retirarme? —inquirió Ares en tono apagado, con la boca aún llena de los huevos que se había metido.

Me reí entre dientes, viendo sus mejillas de ardilla mientras masticaba lentamente.

—Puedes, pero primero mastica la comida. Y la próxima vez, bocados más pequeños.

Asintió y se puso en pie en cuanto tragó su comida. Se alejó de nosotros sin mirar atrás mientras Byron y yo nos reíamos detrás de él.

—Antes de que te des cuenta, nos dejará de ese mismo modo para ir a la universidad —reflexionó Byron.

—Oh Dios, no vayas allí. Todavía no.

Estábamos en el comedor, desayunando. Los tres solos. La gente había venido a vernos en los últimos tres días... bueno, a verme. Y para asegurarse de que no me estaba muriendo. Sin duda no lo estaba. Billie estuvo a punto de volver a casa, pero por suerte la convencí de que no era necesario. Resultó que mi hermana mayor estaba evitando a Winston.

La vida tenía una extraña forma de funcionar. Nos trajo a todos aquí. A este preciso momento. No tenía ninguna duda de que también funcionaría para mi hermana. Ya sea con Winston o no.

—Tengo algo para ti.

Puse los ojos en blanco.

—Por favor, no más joyas.

Se rio mientras agarraba una carpeta y me la entregaba.

—No, no son joyas.

—De acuerdo, tengo que admitirlo. No esperaba papeles —murmuré mientras abría la carpeta. Empecé a leer las palabras. Inglés. Francés.

Me quedé boquiabierta mientras observaba con incredulidad los documentos que tenía en la mano.

El tiempo simplemente se suspendió mientras letras y palabras bailaban frente a mí. La escritura del Hospital Swan y la licencia para reanudar las operaciones del antiguo negocio de papá.

Alcé la vista y me encontré con la mirada de mi marido. Brillaba con amor y afecto. Había estado ahí todo el tiempo, pero gente como su padre y Marco se interpusieron. Nos habían robado seis años, no obstante, ahora éramos más fuertes. Nadie se atrevería a volver a interponerse entre nosotros.

El amor, la felicidad y tantas otras bellas emociones se entrelazaban, rebotando dentro de mi pecho.

—No sé qué decir. —Respiré, con la voz temblorosa.

—¿Gracias y te amo? —Su tono era juguetón, mas las emociones de su rostro me oprimieron el corazón. Estaba preocupado—. Fue la razón por la que te pedí que no aceptaras el trabajo en el Hospital George Washington.

Parpadeé confundida.

—Pero ¿cómo vamos a hacer esto? ¿Tú aquí y nosotros allá?

—¿Es eso lo que quieres?

Negué con la cabeza.

—No, quiero que estemos juntos, como debe ser una familia. No obstante, sé que toda tu vida está aquí. Tienes tu imperio y... —Estaba divagando, insegura de lo que él imaginaba para nuestro futuro. ¿Estaba dispuesto a que viviéramos separados? ¿Quería eso?

—Puedo hacer mi trabajo desde cualquier parte del mundo —aclaró—. Tengo la intención de pasar todos los días contigo por el resto de mi vida. Quiero construir una vida en la que tú y nuestros hijos sean felices.

—Pero también quiero que seas feliz.

—Lo seré —aseveró con convicción—. Mientras esté contigo. *Tú* eres mi hogar. —Dios, ¿era aterrador ser tan feliz? ¿Amar tanto?—. Quiero formar una familia. Mi sueño es pasar más tiempo con mi hijo. —Se detuvo un momento, con la mirada llena de amor y devoción. Byron, a diferencia del suyo, era un padre increíble. Un maravilloso hombre de familia—. Espero que tengamos más hijos. Demonios, estoy a favor de ser un padre que se queda en casa para apoyar tu carrera.

Me puse en pie y me dirigí hacia él, sentándome en su regazo.

—Nada me haría más feliz, esposo —pronuncié, mi nariz rozando la suya—. Sí a tener más hijos. Sí a ti y a mí, juntos, todos los días. Sí a que nos mudemos a la Riviera Francesa. Pero no a una cosa.

Sus cejas se alzaron sorprendidas.

—¿Puedes darme más detalles?

—Quiero trabajar en el hospital y gestionar esa parte de los asuntos, pero no quiero llevar las finanzas ni los negocios del hospital. —Sonreí tímidamente—. Se me da mal todo lo relacionado con los negocios. —Pasé los labios por el cuello de mi marido—. Y eres muy bueno en eso. Te pagaría. Cada noche, de rodillas. —Moví las cejas.

El cuerpo de Byron tembló mientras intentaba contener la risa.

—Entonces tenemos un trato, amor. Nos mudaremos a la Riviera Francesa.

Epílogo Uno

Odette



Tres meses después

Hacía un mes que nos habíamos trasladado a tiempo completo a la Riviera Francesa. Byron insistía en que podía dirigir su imperio desde cualquier parte del mundo. Y si se necesitaba su presencia, haría que sus hermanos intervinieran. No discutí. Washington nunca fue mi objetivo final ni mi lugar favorito.

Poco a poco, con mucho trabajo y ayuda, el Hospital Swan volvía a su antiguo esplendor. Pasé por el pasillo que conducía a la sala de examinación número cinco y mis pasos vacilaron. Me ocurría cada vez que pasaba por delante del cuadro. Me traía recuerdos agridulces, pero nunca lo quitaría.

La placa dorada bajo el retrato decía:

—En memoria del gran trabajo del doctor Swan.

Me llevé las manos al pecho. Era la misma imagen que mi padre había sostenido en sus manos cuando murió. Los cuatro delante de este hospital, felices y sonriendo a la cámara.

Era un buen recuerdo. Elegí recordar eso, no la forma en que nos dejó.

Mi mirada se desvió hacia el cuadro que tenía al lado y mis labios se curvaron en una suave sonrisa. Era nuestra vida actual: un cuadro de Byron, Ares y yo en su yate. Teníamos que llegar a un acuerdo. Aunque se mudaría a la Riviera Francesa, no quería vivir en nuestra vieja casa de piedra de dos dormitorios.

Cuando le pregunté por qué no, su respuesta fue:

—Pienso tener muchos pequeños, Madelines y Byrons. Necesitamos al menos cinco dormitorios.

Me froté el vientre plano. Resultó que Byron cumpliría su deseo. Vivíamos en el yate mientras buscábamos la casa perfecta. Ares estaba super feliz. Siempre que se lo preguntábamos, insistía en que podíamos quedarnos a vivir en el yate para siempre.

Muchas cosas habían cambiado en el último mes. Para bien. Mi sueño se hizo realidad, gracias a mi maravilloso esposo. Ejercí en el hospital de mi padre e incluso tuve a otros dos médicos prometedores en plantilla. Pudimos localizar a algunas de las enfermeras que habían trabajado para papá y, cuando se enteraron de que íbamos a volver a abrir el hospital, no dudaron en volver.

La vida era buena. Y ajetreada. Las noches aún más, gracias a mi insaciable marido.

—Doctora Swan a la sala cinco. —El anuncio volvió a sonar por los altavoces y suspiré, dejando de soñar despierta por el momento.

Con suaves pasos sobre el suelo blanco del hospital, me dirigí hacia la sala de examinación donde conocí a Byron. Casi deseaba poder cerrar esa habitación y que fuera solo nuestra.

Negué con la cabeza ante el sentimentalismo, luego agarré el picaporte y empujé la puerta para abrirla.

—Qué...

Mis ojos se abrieron de par en par y me quedé viendo la habitación transformada. Luces tenues, como las de *Le Bar Américain*, colgaban por toda la habitación y flores de todos los colores yacían esparcidas. Y en medio de todo ello estaban mi esposo y nuestro hijo.

—¿Qué...? —Mi mente no podía formar una frase—. ¿Cómo...? —Sacudí la cabeza—. ¿Qué es todo esto?

—¡Maman! —Ares corrió hacia mí y me tomó de la mano, llevándome hacia Byron, quien se arrodilló. Tanto mi marido como Ares vestían trajes de tres piezas idénticos y estaban bastante guapos.

—¿Qué están haciendo? —Me atraganté, con la mirada perdida entre los dos hombres más importantes de mi vida.

Byron sacó del bolsillo una cajita de terciopelo y la abrió. Un hermoso diamante brilló, en un precioso incruste *vintage*.

—Doctora Swan, ¿me haría el hombre más feliz de este planeta y me concedería el honor de tener su mano en matrimonio? —Ares soltó una risita, mas no podía apartar los ojos de mi esposo—. Por tu propia voluntad.

Me temblaban los labios mientras me invadían tantas emociones. Por supuesto, mis hormonas las multiplicaban al doble. Pero pensar que seis años nos habían traído hasta aquí. De una noche increíble a un desengaño devastador, solo para volver el uno al otro.

Pestañeeé para contener las lágrimas y me lancé a los brazos de mi marido, haciéndonos caer a los dos.

—Sí, sí —afirmé, bañando su cara de besos—. Mil veces, sí.

Ares se unió, rodando con nosotros y riendo alegremente.

—Maman y papi sentados en un árbol. B.E.S.Á.N.D.O.S.E.

Byron se rio contra mi boca, pero sus iris se volvieron del azul más intenso.

—¿Quieres una gran boda por la iglesia?

Negué con la cabeza.

—No, solo tus hermanos, hermanas, Billie y nosotros. —Apreté la boca contra su oído y le susurré—: Aunque prepárate para que el cura nos rechace. —Me miró perplejo. Era un pensamiento gracioso, que alguien se negara a este hombre. Acerqué mis labios a su oído—. Ya que hemos pecado y estoy embarazada.

La sorpresa brilló en sus ojos, seguida inmediatamente de tal felicidad que sus ojos se volvieron tan claros como el cielo del mediterráneo.

—El amor de mi vida —aduló contra mis labios—. Me haces tan feliz. —Nuestras narices se rozaron—. ¿Eres feliz, *baby*?

Sonreí y le besé la punta de la nariz.

—Tan feliz. Te amo tanto que a veces temo despertarme y que la realidad me golpee.

—Esta es nuestra realidad —aseguró con voz ronca—. Y te convenceré el resto de nuestras

vidas.

Diez vidas no serían suficientes con este hombre.

Epílogo Dos

Byron



Diez años después

—¡Papi, papi!

Ares Etienne, Brielle Emmeline y Achille Bastien se tomaban de la mano mientras corrían hacia mí. Ares, al ser el mayor, siempre sostenía de la mano a su hermanita y hermanito para mantenerlos a salvo. No podría parecerse más a mí, aunque lo intentara.

Sonreí cuando todos subieron a mi *Mercedes-Benz S65 AMG Cabriolet* rojo. Brielle y Achille ni siquiera se molestaron con abrir la puerta. Ambos treparon por ella, con los pies colgando en el aire.

—Niños, ¿cuántas veces les he dicho que usen las puertas? —los reprendí, pero no pude evitar que me apareciera una sonrisa en la cara. Ares fue el único que abrió la puerta y se metió en el asiento del copiloto, abrochándose el cinturón.

—¿Cómo estuvo la escuela hoy? —les pregunté a todos. Las respuestas llegaron al mismo tiempo que ponía la primera marcha.

—Tengo el mejor dibujo...

—Un chico malo derramó mi jugo.

Achille y Brielle no tardaron en empezar a empujarse de los hombros.

—¿Qué hiciste hoy en el colegio? —le inquirí a Ares, sin perder de vista a mis dos hijos menores en el asiento trasero.

El mayor me miró seriamente.

—Estuvo bien. Tengo los resultados de mis exámenes.

—¿Y?

Sonrió.

—Los pasé con dieces.

—Sabía que lo harías. —Le lancé una mirada—. Pero no todo son las calificaciones. Asegúrate de divertirte también.

—Lo sé, papá. Por cierto, eres el único que dice eso. Todos los demás padres regañan a sus hijos para que tengan buenas calificaciones.

Me encogí de hombros.

—No todos los padres son tan geniales como tú *maman* y yo.

Puso los ojos en blanco. Al menos tenía esa cualidad adolescente.

—¿Y ustedes, Brielle y Achille?

Dejaron de empujarse y sonrieron, como si fueran angelitos inocentes. Mis hijos, los tres, eran tan adorables que apenas podía soportarlo.

—Jugué con mis amigos —contó Achille.

—Y causé... caos. —Brielle probó la palabra en sus labios, luego sonrió—. Sí, caos.

Achille empujó con el hombro a su hermanita.

—Eres un caos.

—Achille, no hagas pasar un mal rato a tu hermanita. —Puso los ojos en blanco—. Tú y Ares tienen que cuidarla, ¿de acuerdo?

—Pero no cuando causa caos —soltó por lo bajo Achille.

Ares se echó a reír.

—Brielle probablemente cuidará de Achille y luego le dará una paliza.

Reprimí una sonrisa. Brielle, al igual que su madre, era una mujer poderosa. Si bien solo tenía cinco años, era intrépida. Tenía la inteligencia de una niña de diez años, y a veces nos hacía falta a todos para lidiar con ella y ser más listos.

Había sido lo mejor de nuestras vidas últimamente.

—Papi, ¿podemos comer un helado? —Se me encogía el corazón cada vez que la oía llamarme así. Miré sus grandes ojos azules por el retrovisor—. Por favor.

—*Maman* no estará contenta si se entera de que comimos helado antes de recogerla. Sabes que le gusta tanto como a ti.

Parpadeó inocentemente.

—Podemos ir de nuevo después de recogerla.

Como dije, demasiado lista para su propio bien. Tan tierna.

Llevaba un vestido azul brillante con lazos rosas, zapatos rosas y una cinta azul en el cabello. Su moda volvía loca a Odette. Sin duda se parecía a su tía Billie en ese aspecto.

El sol se reflejaba en el collar de Brielle y fruncí el ceño.

—Cariño, ¿qué llevas en el cuello?

Si pensaba que el sol estaba brillante, estaba muy equivocado. Su sonrisa prácticamente me cegó.

—Tío Winston me dio un regalo por ser tan buena —explicó—. Es un collar con un diamante de verdad.

Maldición. Y por su aspecto, era un diamante enorme. Jesucristo. ¿Intentaba Winston que golpearan y robaran a mis hijos en la escuela?

Saltó emocionada en el asiento.

—Oh, oh, oh, y la tía Billie dijo que tiene una pulsera a juego para mí en cuanto venga de visita.

—Mi hermano me va a volver loco —me quejé—. Y también tu tía Billie.

—Sí, mis hermanos me van a volver loco —confirmó Ares en voz baja.

Nos miramos y sonreímos.

—Pero los amamos de todas formas —pronunciamos al mismo tiempo.

El dicho empezó cuando nació Brielle, porque lloraba mucho. Era una bebé quisquillosa, con reflujo ácido, alergia a la leche y todo lo demás. Sin embargo, eso no fue lo peor. Fue enterarme de que mi hija padecía del corazón. Había empezado con el embarazo de alto riesgo y luego casi perdemos a Odette y a nuestra niña. El primer año estuvo lleno de angustia.

Los recuerdos me retorcían el corazón, pero decidí alejarlos. Éramos más fuertes gracias a ella y lo habíamos superado.

—¡Ya llegamos! —Brielle jadeó con fuerza, dispuesta a salir del coche mientras aún estaba en marcha.

Me estacioné y me acerqué para abrirle la puerta a mi princesita.

—Vamos a buscar a mami.

Ares y Achille entraron corriendo, dejándonos atrás.

Mi hija me miró con tanta reverencia y sonrió ampliamente.

—Cuando sea una niña grande, seré justo como *Maman*.

Sonreí suavemente y se me encogió el corazón. Había días en los que aún no podía creer que tuviera tanta suerte de tener a mi familia. A mi esposa. A mis hijos.

—Sé que lo serás, princesa. Y estaré aquí en cada paso del camino.

Se le iluminó la cara.

—Mami dijo que salvaste el hospital para ella. Para todos nosotros.

—Amo a tu mami, y haría cualquier cosa por ella. Por ustedes.

Los ojos de Brielle brillaron, mirándome como si fuera el héroe más valiente del mundo.

—Cuando sea mayor, me casaré con alguien como tú.

Hice un gesto de dolor. Preferiría golpear a cualquier chico u hombre que se atreviera a acercarse a mi niña.

—Señor Ashford. —El personal y los pacientes nos saludaron, sonriéndonos a Brielle y a mí. Llegaron a conocer muy bien a nuestra princesita durante esos primeros doce meses de su vida.

—¡*Maman*! —Sin previo aviso, Brielle me soltó la mano y se echó a correr por el pasillo—. ¡Mami! —gritó, lo bastante alto como para que todo el mundo la oyera.

Ares y Achille ya estaban con ella, bombardeándola con los acontecimientos del día. Los ojos de mi esposa encontraron los de nuestra hija, luego los míos, y su rostro se iluminó.

Abrió los brazos y Brielle se lanzó a ellos. Con nuestra niña en brazos, Odette se enderezó y le dio un beso en sus mejillas regordetas.

—Te extraña —murmuró suavemente, con los ojos clavados en mí.

—También te eché de menos, *baby*.

Brielle, por supuesto, pensó que estaba hablando con ella.

—Estuve contigo toda la hora, papi.

Mi mujer me sonrió, con una mirada suave.

—Te amo. —Articuló.

Dios, nunca me cansaría de escuchar eso. Nunca me cansaría de verla y a nuestros hijos. Eran todo mi mundo y nada se comparaba con este sentimiento.

Me acerqué a mi familia y me incliné para darle un suave beso a mi esposa en la frente.

—También te amo, cariño —le susurré al oído—. Noche de cita. Esta noche. Tú y yo.

Sus mejillas se sonrojaron.

—No puedo esperar, esposo.

Mi mujer había convertido el Hospital Swan en una de las clínicas más prestigiosas de Europa. Era excelente en su trabajo y la atención que recibían nuestros pacientes no tenía comparación. No obstante, al igual que su padre, odiaba el aspecto empresarial. Ahí fue donde intervine. Me aseguré de que nadie le arrebatara este hospital ni a ella ni a nuestros hijos en las próximas veinte generaciones.

A pesar de que seguía dirigiendo mi imperio, había disminuido mi participación en él.

Teníamos riqueza suficiente para varias vidas, pero no vidas suficientes para disfrutar de nuestros hijos. Eso era lo más importante para mí. Para nosotros. Y no me había arrepentido de la decisión ni un solo momento.

Pasé el dorso de la mano por la mejilla de mi esposa, con todo el amor que me embargaba como cada vez. Sentía que mi corazón iba a estallar con emociones. La amaría en todas las vidas. En todas las dimensiones. En todos los universos, hasta que se apagara la última estrella del cielo.

Porque no había vivido antes de verla. De ella trataba mi vida: amor, familia y ella. Mi esposa. Mi hogar. Mi todo.

FIN

Agradecimientos

Quiero darles las gracias a mis amigos y a mi familia por su continuo apoyo.
A mis lectores alfa y beta: son increíbles. Aguantan mis plazos locos y mi organización aún más loca. No podría hacerlo sin ustedes.
Mis libros no serían lo que son sin cada uno de ustedes.
A los *bloggers* y reseñadores que ayudaron a correr la voz sobre cada uno de mis libros. Los aprecio mucho y saber que les gusta mi trabajo lo hace mucho más agradable.
Y, por último, pero no por ello menos importante, **¡a todos mis lectores!** Esto no sería posible sin ustedes. Gracias por creer en mí. Gracias por sus increíbles y solidarios mensajes.
Simplemente, GRACIAS.
Puedo hacer esto gracias a todos ustedes.

XOXO

Eva Winners